

*Selecta*

Antología de relatos  
románticos

*San  
Valentín*

2019



# Antología de relatos románticos

## San Valentín 2019

*Ana Álvarez, Ana Castellar, Ana de Liévana, Ana E. Guevara, Ana F. Malory, Andrew Macklaus, Antonio Sánchez, Begoña Gambín, Bela Marbel, Betina Shabliko, Bruno Puelles, Camilla Mora, Chris de Wit, Christine Cross, Díaz de Tuesta, Eleanor Rigby, Emma J. Care, Encarna Magín, Eneida Wolf, Eva Benavidez, Fabiola Arellano, Iris Romero Bermejo, Isabel Jenner, Jimena Cook, Julianne May, Laura Adriana López, Lucía de Vicente, Mairi Duan, Mar P. Zabala, Marcia Cotlan, Mari Díaz, María Acosta, María Ferrer Payeras, Mariam Orazal, Marian Arpa, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Maya Moon, Mayte Pascual, Mery Eirabella, Mía Martín, Mile Bluett, Mimi Romanz, Mina Vera, Nieves Hidalgo, Nuria Espert Más, Nuria Rivera, Paula Alaimo, Pilar Piñero, Reina González Rubio, Sandra Heys, Viktoria Yocarri, Yolanda Arcenegui*

# *Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

Queridas lectoras:

De nuevo ponemos en vuestras manos una colección de relatos escritos con mucho cariño. Esperamos y deseamos de todo corazón que os guste y la disfrutéis.

Leeréis romances de todo tipo... más dulces, más tiernos y con más o menos humor según sean los libros de los que salen estas mininovelas.

Esta antología está formada por pequeñas escenas protagonizadas por personajes principales o secundarios de novelas pertenecientes a Selecta.

Todas y cada una de estas breves historias cuentan una bonita aventura romántica acontecida en una fecha tan emblemática como es San Valentín.

Quienes formamos parte de Selecta Editorial, especialmente nuestros autores, hemos puesto mucho amor, ganas, tiempo y entusiasmo para haceros llegar este obsequio en el Día de los Enamorados.

¡Feliz y romántico San Valentín!

Lola Gude

Editora de Selecta Editorial

Ana Álvarez

## Busca la otra mitad

Sobre la enorme mesa de despacho, Félix y Oliver tenían desplegados los planos de las reformas que llevaban a cabo en un chalet de las afueras de Granada. Había surgido un problema que debían solucionar cuanto antes y que los obligaría a pasar toda la tarde en el lugar de la reforma, y quizás se alargase hasta la noche.

—¿Puedes encargarte tú? —le pidió Oliver a su amigo y socio en la constructora—. Hoy es San Valentín y quisiera hacer algo especial con Leticia.

Félix se rio a carcajadas.

—¡El que no era romántico!

—No se trata de romanticismo, pero tenemos una pequeña diferencia de opiniones y quiero tenerla contenta, a ver si consigo llevarla a mi terreno.

—¿A tu mujer? ¿Todavía no la conoces? Es la persona más persistente y tozuda que conozco. ¿Qué os ocurre?

—Quiere quedarse embarazada.

—Pues olvídate de ganar esa batalla. Si Leticia se lo propone, serás padre antes de un año.

—Eso me temo, y no es la idea de ser padre lo que me asusta, sino que la criatura salga propensa a los accidentes, como ella. ¡Bastante tengo con estar preocupado todo el día por Leticia, para añadir un niño indefenso!

Félix volvió a reír con ganas.

—Tú ríete, ya me dirás cuando estés enamorado y tengas que debatirte entre complacer a tu mujer o hacer las cosas de forma razonable.

—De acuerdo, trata de convencer a Leticia con un detalle romántico, que yo me ocupo de esto. —Señaló la mesa con gesto firme—. Pero sabes que no te servirá de nada.

En aquel momento, el timbre de la pequeña oficina que tenían alquilada sonó con estrépito. Al otro lado de la puerta, un mensajero con una caja alargada preguntó:

—¿Félix Sánchez?

—Sí, soy yo.

—Un paquete a su nombre.

Tras firmar la entrega, llevó la caja hasta la mesa.

—¿Has pedido algo a Amazon? —preguntó Oliver.

—No que yo recuerde —respondió su amigo mientras abría la caja.

—¡Joder!

—¿Qué es?

Félix volcó la caja para que pudiera ver el interior. Tres rosas rojas de tallo largo, atadas con un pedazo de encaje negro.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —rio Oliver ante la cara de estupefacción de su amigo.

—Te aseguro que no. No tengo ni remota idea de quién puede mandarme esto. Espera, hay una tarjeta.

«Hace tiempo que te observo en la distancia y tú no parece darte cuenta. Le he pedido a San Valentín que me eche una mano, porque me gustas mucho. Si quieres encontrar la mitad que falta, ven esta noche al Halley copas, pero tendrás que buscarla».

—¿Una admiradora misteriosa?

—Ni idea.

Oliver cogió los planos y los enrolló despacio.

—Está claro que Leticia y yo tendremos que posponer nuestra salida

romántica. Tú tienes la búsqueda del tesoro.

—Gracias, tío. No me perdería ir al bar esta noche por nada del mundo.

—Ni yo la oportunidad de verte en la misma situación que yo.

—¿Atrapado por una mujer?

—No, enamorado y feliz. Que se te va a pasar el arroz, como dice mi madre.

—Aunque no tengo ni idea de qué debo buscar. ¿Una mujer? ¿Las tres rosas que faltan para la media docena?

Félix sacó las flores de la caja y se dispuso a meterlas en una botella de agua para que no se tronchasen ni marchitaran antes de tiempo. Al quitar la atadura, una sonrisa pícaro asomó a su boca.

—Creo que ya lo sé —dijo sujetando una liga de encaje con dos dedos.

—Pues espero verte mañana sano y salvo; si tienes que ir levantando la falda a todas las mujeres del bar para encontrar la otra, no sé si terminarás en comisaría o en el hospital.

—Ya se me ocurrirá algo.

Eran las diez de la noche cuando cruzó la puerta roja del bar. Estaba bastante concurrido y lo primero que hizo fue recorrer la sala con la mirada, con la esperanza de encontrar algún indicio de interés en alguna mujer presente. Pero, aunque algunas lo miraron, no detectó nada especial en ellas. Se dirigió a la barra, pidió una copa y se sentó a beberla en una de las mesas centrales, bien a la vista de todos y, en especial, la de todas.

Se sentía nervioso, expectante, como si los roles se hubieran cambiado. Era la primera vez que iba a una cita a ciegas, si se le podía llamar así, y, también, la que esperaba que una mujer se le acercase en un bar.

A una copa siguió otra, que trató de alargar todo lo que pudo. Después de tres cuartos de hora, se sentía estúpido por permanecer allí y convencido de que todo se trataba de una estúpida broma. De que alguien se estaba mofando de él a base de bien.

Se acercó a la barra para pagar la consumición y le preguntó a la camarera:



—¿Alguien te ha hecho preguntas sobre mí últimamente?

La chica, una pelirroja alta y esbelta, se encogió de hombros.

—No recuerdo. ¿Estás en apuros? ¿Te busca la policía acaso?

—No, olvídale. Ha sido una tontería preguntarte. Dime cuánto te debo.

Mientras la chica se giraba hacia la caja para cobrar las copas, Félix dio una última mirada alrededor del bar. Un grupo jugaba al billar, pero las mujeres vestían todas pantalones. Varias parejas se repartían por las mesas y ninguna tenía el menor interés en él. Pensó que ya había hecho el idiota bastante y temió las burlas de Oliver al día siguiente.

Se dio la vuelta para coger el cambio y entonces la vio. La camarera seguía de espaldas tecleando en la caja registradora y la larga coleta pelirroja estaba recogida con un trozo de encaje negro.

—Perdona... —comentó con una sonrisa. La chica se giró y enfocó su mirada titubeante—. Eso que llevas para sujetar el pelo... ¿qué es?

—Un coletero.

—Pero no uno normal.

—Yo no soy una mujer normal.

—El coletero tiene una pareja —insistió.

—La tiene. —Ella continuó sirviendo una copa mientras hablaba, con el mismo tono que usaba siempre para atenderlo. Félix era un asiduo del local, pero por la actitud de la chica, jamás hubiera pensado que le interesara. Y él respetaba a las mujeres que no le lanzaban señales, especialmente a las que estaban trabajando. Despreciaba el acoso en general, pero si además era en el lugar en el que uno se gana la vida, le parecía aún más deleznable.

—Ejem... ¿Puedo hacerte una pregunta directa?

La chica se volvió a encoger de hombros. Félix sacó del bolsillo la otra liga, arrugada en el puño cerrado, y se la mostró fugazmente.

—¿Me has enviado esto?

—¿Tú que crees?

—Que sí, pero no tengo la certeza. ¿Cómo podría averiguarlo?

—Puedes esperarme a la salida y comparemos la tuya y la mía.

—Estaré por aquí hasta entonces —dijo eufórico.

Las dos horas que transcurrieron hasta que el bar cerró se le antojaron a Félix las más largas de su vida. Sentado a una de las mesas, esa vez, con una simple tónica en la mano, se dedicó a observar a la camarera, de la que ni siquiera sabía el nombre. Alta, esbelta y con unos buenos pechos, pero sin duda su mayor atractivo estaba en la larga y espesa melena que no tardó en imaginar suelta sobre la espalda desnuda. Se sintió excitado ante la imagen que reflejó su mente y se entusiasmó ante la posibilidad de terminar la noche de San Valentín con ella.

Cuando el bar apagó las luces, salió y se apostó en la puerta. Eran las dos de la madrugada y hacía frío. Al rato, vio salir a la chica y se acercó a ella.

—En primer lugar, creo que deberíamos presentarnos. Yo soy Félix.

—Sé tu nombre. El mío es Luna.

—Precioso, como tú.

Acto seguido, alargó la mano y, atrapando el trozo de encaje negro que sujetaba la melena, lo deslizó y la dejó suelta. Todos los pensamientos que le habían rondado durante la noche acudieron presurosos y se inclinó para besarla. Luna giró la cara y la boca de Félix se encontró con el vacío.

—¿Qué ocurre?

—Vas muy deprisa.

Él fijó la mirada en los ojos verdes de la mujer, rodeados de espesas pestañas y de los que había desaparecido todo rastro del maquillaje que solía llevar mientras trabajaba. Unas pecas salpicaban las mejillas y una suave sonrisa le curvaba la boca.

—¿A qué juegas? Me citas aquí con una treta y ahora te haces la estrecha.

—No te he hecho venir para echar un polvo.

—Entonces, ¿para qué?

Luna fijó una mirada intensa en Félix y dijo con decisión:

—Quiero conocerte.

—Pero si ya me conoces... Sabes mi nombre, mi lugar de trabajo...

—Hace tiempo que te sirvo copas, y me gustas, pero no busco un revolcón, sino conocer al hombre que hay tras el cliente que bebe *whisky* del caro.

—Buscas una relación. —No era una pregunta.

—No sé qué podría salir de esto. De momento, repito, solo quiero conocerte. A lo mejor terminamos echando un polvo. A lo mejor llegamos a algo más, o nos decimos adiós sin siquiera un beso.

Félix sintió mariposas agitarse dentro de su estómago ante la mirada limpia y sincera de la mujer. Y se dijo que él también quería saber más de ella.

—De acuerdo. Vamos a conocernos... ¿Por dónde empezamos?

—¿Qué tal si me acompañas a casa y por el camino nos contamos cosas uno del otro?

—Me parece perfecto.

Metió las manos en los bolsillos y echó a andar al lado de Luna. Se sintió como cuando tenía quince años y hacía el recorrido desde el instituto acompañando a la chica que lo tenía loco desde el comienzo del curso. Se sentía cómodo y relajado, y mientras la observaba hablar, tuvo la certeza de que no acabarían separándose sin siquiera un beso. Que aquella mujer se le metería en la piel... y no le importó.

---

El protagonista es **Félix**, el amigo y compañero de trabajo de **Oliver**, de la novela *La serpiente Peluda*.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-serpiente-peluda/MES-094943>

<https://www.megustaleer.com/autor/ana-lvarez/0000953365/>

Ana Castellar

## Un café inesperado

Daniela estaba mirando el escaparate, absorta, pensando si comprar esa guitarra para Matías. Estaba segura de que podía ser el regalo perfecto para esas fechas. Alguien la interrumpió en sus pensamientos.

—¡Hola! ¿Cuánto tiempo? Me alegro de verte.

Una chica había aparecido casi de la nada y la abrazaba efusivamente.

—Hola —respondió algo confundida.

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó.

—No, lo siento.

—Soy Belén, amiga de tu hermana Laura. Coincidimos en clase hace tiempo, pero yo lo tuve que dejar. ¿Qué tal está ella?

—Muy bien...

—Vamos a tomar un café y me lo cuentas todo, no admito excusas. Te presento a Natalia.

Belén las llevó a la cafetería sin que les diera tiempo a darse dos besos. Una vez sentadas, el móvil de Belén sonó y salió fuera a hablar para atender la llamada. Daniela se quedó allí sentada, esperando que les trajeran los cafés que acababan de pedir. Natalia la miraba.

—Es un poco raro esto, ¿no crees?

—Bastante, no se lo digas, pero no la recuerdo de nada, también es verdad que hoy tengo la cabeza en otro sitio, pero un café siempre está bien.

—¿Tienes problemas? Perdona, me estoy metiendo en tu vida.

—No son problemas —le confesó Daniela—. Es que me ha pasado algo raro. Hay un chico, mi pareja, si puedo llamarlo así, porque somos pareja, aunque es raro decirlo delante de gente. Me lo acabo de encontrar en el centro comercial y él estaba trabajando. Es chofer de una familia, hemos chocado y se me han caído paquetes. Ya sé, pensarás: típica película americana, pero no hay parte feliz, él no me ha presentado a sus jefes en plan «qué casualidad, ella es...», ha hecho como si no me conociera y me ha ayudado a recogerlos porque su jefe se lo dijo. Es raro, ¿no? Bueno, que estoy soltando todo esto y no nos conocemos, y quizá solo preguntabas por educación. No sé, estoy liada.

—A veces, es más fácil contarle las cosas a desconocidos, o eso dicen. Sí me parece raro, pero a lo mejor solo estaba nervioso por la situación y no supo cómo reaccionar. Muchas veces no sabemos cómo afrontar las cosas y le damos demasiadas vueltas a los gestos o las actitudes de otras personas, no sé...

—Sí, quizá no tenga importancia y estoy dándole vueltas. —Daniela bebió un sorbo del café que les acababan de servir.

—Yo... a mí me pasa algo también.

—Cuéntame.

—Hay un chico, no somos nada. Conocidos. Él tiene un bar y yo voy por allí, y es raro, pues me mira y me evita, pero siento que hay algo diferente en él, no sé.

—¿Te gusta?

—Sí, creo. —Natalia se sonrojó y sonrió—. Sí, pero no sé qué siente él por mí, no sé siquiera si le caigo bien. Es que es confuso, pero cuando me mira, es... siento algo especial, no sé.

—No sé qué aconsejarte, Natalia, es complicado, no sé si decirte que te lances o que esperes. Quizá tendrías que intentar averiguar cómo le caes. Quizás podrías decirle a alguien que averigüe.

—Prefiero hacerlo yo, puedo hablar con Andrés, él es su amigo y le tengo

más confianza, algo podré averiguar.

—Sí, me parece muy buena idea. Estamos igual, son las cosas que intuimos, ¿verdad? Sabes que algo pasa, pero no llegas a saber qué. Yo estaba pensando en comprarle la guitarra que estaba mirando en el escaparate, sé que le gusta la música y que tenía una que tuvo que vender en un momento de su vida. Sé que es el regalo ideal, pero como estaba ahí pensando, en ese momento dudaba, pero ahora lo voy a hacer porque quiero verlo feliz. Eso me hace feliz a mí también, pensar en que va a sonreír cuando la vea.

—Estás muy enamorada, te cambia la cara cuando hablas de él. Ahora mismo, pensando en él, tu cara tiene más luz. Deja pasar lo de antes y piensa en lo bueno que tienes con él.

—Sí, estoy enamorada de él, es tan perfecto, y a su lado... —Daniela dudó unos segundos—. Es que nuestra relación no empezó de una forma típica y siempre hay dudas. ¿Y cómo es el chico que te trae loca? —dijo queriendo cambiar de tema.

—Es muy guapo, esto te lo digo a ti, que no nos volveremos a ver; ante los demás lo negaré.

Las dos rieron.

—Me parece bien.

—Es alto, rubio, fuerte, pero no es súper delgado, ¿sabes? De esos que piensas cómo será un abrazo suyo, y cuando me mira serio, es muy guapo —dijo Natalia suspirando.

Las dos se quedaron en silencio unos segundos, pensando en esos hombres que les generaban tantas dudas. Belén regreso.

—Perdonad, que os he dejado solas, pero tenía que contestar a mi hermana que está con movidas en casa. ¿Qué tal?

—Bien, Natalia es muy maja y me gusta su color de pelo y su camiseta.

—Sí, no me había fijado, es muy mona. ¿Dónde la has comprado?

—En una tienda del centro, pero no recuerdo su nombre. La vi mientras ojeaba la ropa y me gustó, fue lo mismo que pan con chocolate, ¿a quién no le

gusta?

—A mis hijas les encanta, bueno, y a mí.

—¿Tienes hijas?

—Dos niñas preciosas, Sofía y Lola, son lo mejor que me ha pasado en la vida, no sabía que las necesitaba tanto hasta que las he tenido.

—Qué bonito, Laura estará feliz con dos sobrinas.

—Sí, está muy contenta, a lo mejor les compro unas camisetas de esas, son muy monas.

—Te puedo decir cómo llegar, pero el nombre no lo recuerdo.

Daniela sacó de su bolso una pequeña libreta y se la dio a Natalia para que le hiciera un pequeño mapa porque sabía que, si no, se olvidaría nada más salir de allí. Natalia miró el dibujo de la libreta que Daniela le entregaba, era un castillo sobre unas nubes, parecido al dibujo que tenía en su habitación y que Salvador le había regalado hacía mucho tiempo.

—¿Te gusta? Quédatela.

—No, ¿cómo me la voy a quedar?, es solo que el dibujo me ha gustado.

—Quédatela, es nueva, solo necesito una hoja con el mapa y te la regalo. No puedes decir que no a un regalo.

Natalia sonrió.

—Gracias, Daniela.

—Gracias a ti, me ha gustado conocerte.

—Os he dejado un momento y ya sois las mejores amigas. Yo os invito al café.

—Ya lo pagué antes, ya nos invitarás a más cafés —le dijo Daniela—. Me tengo que ir, que ya se me ha hecho tarde.

—Dale recuerdos a Laura.

—Sí, claro. —Daniela se levantó rápido, cogió el pequeño mapa de Natalia y se despidió—. Te deseo que todo te vaya bien.

—Muchas gracias, Daniela. ¿Vas a comprar la guitarra?

—Sí.

—Yo también te deseo que todo te vaya bien, y si algún día nos volvemos a encontrar, ya me contarás.

—Sí.

Les dio dos besos y se fue. Belén y Natalia se quedaron allí. Natalia se tomó otro café mientras esperaba que Belén acabara el suyo.

—Es muy maja, tenía que haberle pedido el número de Laura, pero bueno, ya nos volveremos a encontrar —dijo Belén.

—Sí, es muy maja. Bueno, pero date prisa, que el descanso ya está llegando a su fin y al final no has hecho el recado tan urgente para el que me necesitabas.

—Solo quería sacarte un poco del hotel y que te despejaras, no tengo recados que hacer. Al final, lo he conseguido, te has despejado un poco y encima te vas con un regalo.

Natalia volvió a mirar la libreta y acarició suavemente el dibujo.

—Sí, es muy bonita, este dibujo es...

—Venga, vamos, que ahora sí que se nos hace tarde.

Belén y Natalia se levantaron rápidamente y pusieron rumbo al hotel donde trabajaban.

---

**Daniela** es la protagonista de la novela Pan con chocolate, y **Natalia** protagoniza Castillos en el aire, que será publicada próximamente.

<https://www.megustaleer.com/libros/pan-con-chocolate/MES-099676>

<https://www.facebook.com/Ana-Castellar-573879476335704/>



Ana de Liévana

## El ángel de Whitechapel

*Londres, 14 de febrero de 1891*

La débil luz que emitían las farolas de gas apenas iluminaba el sucio callejón. Erik Tanner recorría Whitechapel con el temple que le otorgaban sus cinco años de servicio en Scotland Yard. Durante sus recorridos patrullando el peor barrio de Londres, había visto de todo: peleas a navajazos de borrachos por apoderarse de una botella de *whisky* barato, ratas grandes como gatos, hombres tan enganchados al opio que parecían muertos vivientes... A Erik ya no le impresionaba nada.

Excepto lo que les estaba ocurriendo a las prostitutas desde hacía ya un par de años.

Todavía recordaba el cadáver de la primera prostituta asesinada: Mary Ann Nichols, aunque todos le decían Polly. Cuando la encontraron, tenía cortes en la garganta, el abdomen rasgado con una profunda herida y varias cuchilladas por todo el cuerpo. Al principio, pensaron que se trataba de un asesinato aislado, terrible, sí, pero puntual. Sin embargo, luego vinieron las otras...

La caza del que llamaban «el Destripador» se había prolongado desde aquella primera y horrible noche. Los londinenses vivían aterrorizados, tanto los ricos como los pobres. El problema era que los pobres, y más concretamente las prostitutas, no podían encerrarse en confortables salones al calor de la chimenea cuando se ponía el sol. Ellas tenían que salir para ganar

cada penique, expuestas siempre al frío, al maltrato, a las enfermedades y, en ese momento, a ese monstruo que acechaba en los callejones.

Erik permanecía alerta y mantenía la mano sobre la pistola que llevaba al cinto. Apenas sentía el gélido viento de febrero ni percibía el hedor de los orines y los desperdicios que alfombraban el empedrado. No tenía esposa, ni familia en Londres, ni nadie a quién amar, y solo le importaba su trabajo: proteger a los habitantes de una ciudad que empezaba a odiar.

Llegó a la esquina de Sheep and Wolf y se asomó por la puerta entreabierta de la taberna para cerciorarse de que todo iba bien dentro. La música desafinada del acordeón y el olor a cerveza rancia dominaban el ambiente, siempre ruidoso y desagradable, pero las cosas parecían estar en orden. Estaba a punto de salir cuando tres o cuatro prostitutas lo llamaron a gritos desde la mesa donde se sentaban.

Erik se acercó a ellas abriéndose paso entre un grupo de marineros ebrios. Conocía de sobra a aquellas mujeres y solía ser objeto de sus bromas y coqueteos, pero desde hacía tiempo ya no reían ni se burlaban... En ese momento, parecían siempre preocupadas, nerviosas e indefensas, como animalillos del bosque conscientes de un depredador oculto.

—¿Qué ocurre, señoritas?

Nell Talbot, una escocesa de unos cuarenta años, pelirroja y la mayor del grupo, se levantó del banco. Había estado sentada junto a su sobrina Isobel, una hermosa joven que no ejercía como prostituta y a la que Erik veía de vez en cuando atendiendo un puesto de verduras. Durante unos segundos, se perdió en sus ojos castaños, dulces y asustados, pero enseguida se volvió hacia su tía, que lo había agarrado del brazo mientras lo miraba con aprensión.

—¿Es cierto que anoche encontraron a otra víctima en Swallow Gardens? —preguntó Nell sin rodeos—. Hemos oído rumores, pero nadie sabe nada seguro...

Las cuatro mujeres esperaban su respuesta sin apartar la vista de él. Erik suspiró internamente: no quería mentir, pero tampoco alarmarlas.

—Sí, pero no se ha demostrado que fuera el Destripador. La mujer solo tenía un corte en la garganta, y lo más probable es que se trate de...

No lo dejaron continuar. Las prostitutas se arremolinaron a su alrededor, tirando de la manga del uniforme con nerviosismo y hablando a la vez.

—¿Qué será de nosotras si no podemos trabajar con seguridad?

—¿Cuándo van a detener a ese asesino?

—¡Nos matará a todas una por una!

Solo Isobel seguía sentada y callada. Erik permaneció igualmente en silencio hasta que, poco a poco, se fueron calmando. Cuando las tres volvieron a sentarse, él también tomó asiento y trató de adoptar una expresión confiada y un tono de voz sereno.

—Os prometo que acabaremos encontrando al Destripador. Pero mientras, decidme qué puedo hacer por vosotras. Si os puedo ayudar de algún modo, lo haré.

Terminó entregándoles unas monedas de su propio bolsillo, lo necesario para que no tuvieran que trabajar esa noche y pudieran pagarse una cena decente y una cama, pero no dejaba de pensar en que sus vidas valían mucho más, aunque la mayoría no lo creyera así... El fracaso de Scotland Yard en encontrar a aquel monstruo era su propio fracaso personal.

Dos horas después, Erik estaba en su casa. Su apartamento contaba con un dormitorio amueblado con sencillez y una oscura sala de estar que comunicaba con la cocina. No le importaba la falta de luz ni de elementos decorativos; solo era un sitio en el que vivir. O, más bien, un sitio donde dormir, pues su vida se desarrollaba en las calles.

Iba a prepararse la cena cuando unos golpes en la puerta lo sorprendieron. No esperaba a nadie y jamás tenía visitas imprevistas, pero abrió a pesar de lo cansado que se sentía y de lo poco que le apetecía hablar con cualquiera.

Isobel estaba en el umbral, con su larga melena pelirroja húmeda de la lluvia helada de febrero. Tiritaba debajo de la capa gastada.

—Mi tía me dijo que viniera.

Erik la miró perplejo.

—¿Para qué?

—En la taberna nos dijiste que, si podías ayudar de algún modo, lo harías.

—Es cierto, pero...

—Ella quiere que pase aquí esta noche —se apresuró a explicar la joven manteniendo los ojos bajos—. Ha decidido salir a trabajar en las calles a pesar de todo, porque dice que en San Valentín abundan los hombres desesperados, pero no le gusta que me quede sola. Le da miedo que el Destripador... Ya sabes.

Muy a su pesar, Erik se apartó para que entrara. Cuando se había ofrecido a ayudarlas, no era eso a lo que se refería, pero se sentía incapaz de echarla. ¡Era tan joven, tan inocente, parecía tan desamparada!

Le entregó una toalla para que se secara y la hizo sentar junto a la estufa. Ella apenas hablaba, y él no sabía cómo actuar. No estaba muy acostumbrado a la compañía femenina, y menos a tenerla en su propio apartamento.

Puso ante ella un plato de sopa y la observó mientras comía. Él había perdido por completo el apetito y solo se preguntaba de qué serviría que Isobel se refugiara en su casa durante esa noche. Por la mañana se iría, y el Destripador continuaría al acecho. Isobel, Nell y sus compañeras no dejarían de estar en peligro hasta que lo detuvieran.

—¿Sabes que mi tía y las demás te llaman «El ángel oscuro de Whitechapel»?

La suave voz de la chica lo sacó de sus sombríos pensamientos.

—¿A mí? ¿Por qué?

Ella lo miraba desde el otro lado de la mesa, con una cucharada de sopa detenida entre el plato y su boca. No sonreía, pero parecía más animada que antes.

—Porque siempre intentas proteger a los más necesitados. No solo a las prostitutas, sino a todos los que vivimos en el East End. No llevamos una vida fácil, pero al menos podemos recurrir a ti. Eso ya es mucho.

—Solo cumplo con mi deber —replicó. Luego recordó el apodo que le habían dado y preguntó con curiosidad—: Pero ¿por qué «ángel oscuro»?

Isobel dejó la cuchara y rio, tímida.

—¡No lo sé! Supongo que porque pareces tan solitario y triste...

Él se limitó a sonreír, pensando que tenía un poco de razón. Era un hombre solitario, sin duda, aunque no exactamente triste... Más bien, sentía una especie de vacío vital, aunque no estaba seguro de qué lo motivaba. Mientras recogía el plato de Isobel, reparó con sorpresa en que esa sensación había disminuido desde que ella estaba en su casa.

Insistió en que se acostara en su cama, y él lo hizo en el pequeño sofá del salón. Erik era alto y corpulento, y sus piernas colgaban por un extremo, pero sabía que no solo eso le impedía conciliar el sueño. Al cabo de un rato, se levantó y atravesó la oscuridad hasta su dormitorio. Se detuvo ante la puerta entreabierta. ¿Eran sollozos lo que oía?

Después de un segundo de duda, entró. Isobel estaba acostada, muy quieta, y lloraba con el tono bajo de quien no desea molestar a nadie con su pesar.

—¿Qué te ocurre?

Ella dejó de llorar al instante y se incorporó un poco. La luz de la luna que entraba por la ventana permitió a Erik contemplar los rastros de lágrimas en sus pálidas mejillas y los hombros redondos y desnudos que asomaban bajo las mantas.

—Lo siento —murmuró ella con voz quebrada aún por el llanto—. No quería despertarte.

—No lo has hecho. —Se sentó a su lado, en el borde del colchón, y volvió a preguntar—: ¿Qué ocurre?

Ella respiró hondo antes de contestar; las lágrimas desbordaban sus ojos.

—¿Y si esta noche...? ¿Y si mi tía se encuentra con él? ¿Y si ella es la próxima? ¿O Florence, o Rosie, o...?

Se echó a llorar de nuevo y se tapó el rostro con las manos. Las mantas resbalaron un poco hacia abajo y revelaron la parte superior de su pecho. Erik

volvió a cubrirla bien y la rodeó con sus brazos.

—Entiendo que estés asustada, pero no pienses ahora en eso —dijo, porque no podía decir otra cosa—. Intenta dormir un poco y por la mañana estarás más tranquila.

—Por la mañana tendré que irme —suspiró ella. Luego sonrió a través de las lágrimas; una sonrisa muy leve, valiente y dulce, que estremeció el corazón de Erik—. Pero no me quejo... Al menos he pasado una noche bajo el amparo del ángel de Whitechapel.

Se miraron en silencio. Erik seguía sosteniéndola en sus brazos y sentía que algo en su interior había empezado a fundirse.

—No te vayas por la mañana —susurró, y acarició su mejilla. Acercó más su boca a los labios entreabiertos de Isobel sin llegar aún a rozarlos—. Sigue bajo mi amparo.

---

El policía **Erik Tanner** y las **prostitutas de Whitechapel** son personajes secundarios de *Un caballero del East End*.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-caballero-de-east-end/MES-099870>

<https://www.facebook.com/anadelievana>

Ana E. Guevara

## Al final le debo yo el favor a William

—William va a deberme un favor realmente muy gordo —pensaba, en voz alta, Ferguson mientras conducía el coche de alquiler por la sinuosa carretera.

Conducir no era un problema, hacerlo por el lado derecho y con el volante a la izquierda era algo a lo que no estaba acostumbrado un escocés habituado a circular por el lado contrario. Estaba en España con la misión de encontrar a una tal Youki, amiga de su exnovia Emma, y decirle que William estaba desesperado por recuperarla y que necesitaba su ayuda para hacerlo. Y esa misión le había tenido que tocar a él, a un joven de treinta y un años con el pelo de color negro cuervo y unos ojos penetrantes.

Llegó hasta la granja donde le habían dicho que podía encontrar a Youki y, tras intercambiar unas cuantas palabras en un español más bien penoso con un operario, este desapareció en el interior de una nave con la promesa de que le diría a la joven que la estaba esperando en la puerta.

Aspiró profundamente, dejándose embargar por esa mezcla de aire libre y bosta de vaca. Un olor que le recordaba a su casa, a la granja de sus abuelos en las Tierras Altas y que siempre acababa relacionando con la felicidad. Tal vez fue porque estaba abrumado de recuerdos placenteros o tal vez porque Cupido se divirtió lanzándole una flecha al trasero justo en ese momento, el caso es que cuando vio llegar a Youki, se quedó sin palabras.

Una joven de algo menos de treinta años, con el pelo negro y liso propio de sus orígenes asiáticos, unos ojos color avellana llenos de dulzura y una sonrisa que hizo que se le parara el corazón en aquel mismo instante. Ella llevaba un mono de trabajo y unas botas de agua verdes hasta la rodilla. Para cualquier otro, esa imagen no tendría nada de atractivo, pero para él, un hombre curtido en las Highland escocesas, amante del campo y la naturaleza, Youki se le antojó como una de las hadas que pueblan las leyendas de su gente.

La vio cubrir la distancia que lo separaba de él con pasos cortos y rápidos y, cuando se paró delante de Ferguson, le tendió una mano y le dedicó una sonrisa que hizo que se le erizara el pelo de la nuca.

—Soy Youki, Miguel me ha dicho que no hablas castellano demasiado bien —dijo en un perfecto inglés sin apenas acento.

Él se la quedó mirando embobado y necesitó un par de segundos extra para recomponerse. Carraspeó para aclararse la garganta y ganar algo de tiempo, y finalmente le estrechó la mano y le devolvió la sonrisa.

—Necesito hablar contigo de un tema personal. ¿Te puedo invitar a un café después de tu trabajo?

—Primero, dime quién eres y qué quieres de mí. Tienes que pensar que soy muy estúpida si piensas que me voy a meter en el coche del primer tío que viene a esta granja preguntando por mí.

Suponía que algo así podía pasar y tenía pensado un guión con todas las posibles preguntas y respuestas, pero al estar frente a ella por fin, se había olvidado de todo.

—Soy Ferguson.

Youki dio un paso atrás instintivamente, antes de que él pudiera terminar su frase.

—No quiero saber nada de ti ni de William. Y Emma tampoco.

Desoyendo todos los protocolos de un buen británico, se acercó hacia ella y la cogió del brazo.

—Ha sido un malentendido, Fiona lo preparó todo para que Emma y William



rompieran. Su objetivo ha sido siempre quedarse con él, y esa cita frente al palacio real fue la oportunidad perfecta. William no siente nada por ella, ¡está completamente enamorado de Emma!

Algo en la actitud de ella cambió. Tal vez Youki sentía también la corriente eléctrica que pasaba de la mano del escocés a su brazo, o había visto la intensidad que reflejaban sus ojos mientras hablaba de su mejor amigo. El caso era que, si en un principio había decidido que mandaría a paseo a William o a cualquiera de sus amigos si alguna vez se encontraba con ellos, en ese momento, estaba empezando a cambiar de opinión. Pero recordó lo que le había prometido a Emma y decidió ser fuerte.

—No, no tenemos nada que decirnos, siento que hayas tenido que venir hasta aquí solo para eso.

—¡Youki! Ven, está empezando ya. —Una voz masculina salió del cobertizo situado detrás de ellos.

—Te tengo que dejar, una yegua se ha puesto de parto y tengo que asistirle. Nos vemos a las siete.

Se dio la vuelta sin despedirse siquiera y se dirigió hacia el cobertizo con sus pasos cortos y rápidos.

—¿Puedo ir contigo?

Ella se giró, sorprendida.

—¿Tú quieres venir a asistir a un parto equino? —preguntó, incrédula, mientras repasaba su vestimenta de arriba abajo.

Ferguson se sonrojó ligeramente.

—No te fíes de las apariencias, soy mucho más de lo que aparento —añadió con una sonrisa traviesa al tiempo que la seguía al interior de la cuadra.

El ambiente ahí dentro era cálido, con ese típico olor a heno y a caballo que tan buenos recuerdos le despertaba. Se quitó la chaqueta y el jersey y se quedó con una camisa de cuadros que se arremangó por encima del codo.

Youki se acercó con un estetoscopio para auscultar a la yegua mientras él se puso al otro lado y le iba diciendo palabras suaves en gaélico a la vez le

acariciaba el morro y el cuello. Ella lo miró sorprendida, en un primer momento, pensó que sería un tipo estirado y entonces lo tenía pegado a una yegua sudorosa, tranquilizándola.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

Él sonrió y las rodillas de ella temblaron durante un instante.

—No, *miss* Youki. William está forrado, pero yo vengo de una familia muy humilde y desde pequeño me ha encantado ocuparme de la granja de mis abuelos. Estoy más acostumbrado a los partos de oveja, pero he visto alguna que otra yegua parir también.

Ella asintió en silencio. A partir de ese instante, se movieron como si fueran un equipo de natación sincronizada. Él sabía perfectamente lo que había que hacer en cada momento y eso facilitó mucho la tarea de veterinaria de Youki. Cuando el potro nació y comprobaron que estaba perfectamente, se fundieron en un abrazo, reconociendo el trabajo bien hecho, aunque se soltaron rápidamente, pues Youki sentía que estaba abrazando al enemigo.

Se quedaron un par de minutos en silencio, viendo cómo el milagro de una nueva vida tomaba forma. El pequeño se acurrucó junto a la extenuada madre y se quedó dormido mientras la yegua lo miraba embelesada.

Ferguson se bajó las mangas de la camisa y comenzó a ponerse su jersey al tiempo se dirigía a la puerta del establo. Lo había intentado y había fracasado; al menos haber ayudado a parir a la yegua había sido una experiencia formidable que le había ayudado a reencontrarse con sus orígenes.

—A las siete en el café Mauricio, está en el pueblo de al lado, no tiene pérdida —dijo una voz femenina a su espalda.

Él no se giró, simplemente siguió caminando con una enorme sonrisa dibujada en el rostro. Era verdad lo que le había dicho William, las españolas tenían algo especial, una especie de magnetismo arrollador que te impide pensar en nada más que en ellas. «Al final, le voy a acabar debiendo yo el favor a William», se dijo entre dientes. En ese momento, solo le quedaba aguantar hasta las siete; esas dos horas se le iban a hacer interminables.

---

**Youki y Ferguson** son personajes secundarios de *En los ojos del highlander*, que saldrá publicada por Selecta en la segunda mitad de 2019.

<https://www.megustaleer.com/autor/ana-e-guevara/0000955908/>

<https://www.facebook.com/Ana-E-Guevara-1937838319636392/>

Ana F. Malory  
Una vieja tradición

Aunque el grupo al completo se reuniría al día siguiente para celebrar la despedida de solteros de John y Elaine, esa noche, víspera de San Valentín, las cuatro amigas saldrían a divertirse por su cuenta.

—Una despedida de soltera en condiciones: solo chicas —había propuesto Suzi unos días atrás; a las otras tres les entusiasmó la idea. Cena, copas y, por último, como en los viejos tiempos: *fiesta de pijamas*; en esa ocasión, en el apartamento de Jessica, puesto que era la única que continuaba viviendo sola.

La velada transcurrió entre risas, bromas, recuerdos y brindis por la futura novia, por la amistad que las unía, por los momentos compartidos y por los que estaban por venir. Tampoco faltaron los intentos de sonsacarle a Elaine algún detalle, por mínimo que fuera, que arrojara un poco de luz sobre el repentino e inesperado comienzo de su relación con John. Pero, como de costumbre, la profesora no soltó prenda.

—Fue todo demasiado... surrealista, no me ibais a creer —sentenció con una enigmática sonrisa en los labios.

Decepcionado, el trío tuvo que desistir. ¡Ni pasada de copas soltaba prenda! En realidad, todas iban alegres. Tal vez por eso y porque nada había conseguido de Elaine, Charlotte decidió cambiar de blanco.

—Y tú, ¿a qué esperas para echarte novio? —le recriminó a Jessica, como si

no tener pareja fuera un pecado capital.

—Ni que crecieran en los árboles —resopló la veterinaria.

—Aquel tipo del bar no te quitaba la vista de encima —apuntó, maliciosa, Charlotte conteniendo una carcajada.

Jessica puso los ojos en blanco y Elaine, apretando los labios para no reír, le propinó un codazo a la primera; las tres continuaban caminando sin darse cuenta de que Suzi se había quedado rezagada y, plantada en mitad de la acera, contemplaba las ramas que asomaban por encima de una cerca.

—No nacen en los árboles, pero quizá la solución esté en uno de estos —opinó alzando la voz para captar la atención de sus amigas, que se giraron y la miraron como si se hubiera vuelto loca—. No pongáis esa cara y ayudadme. —Les hizo señas para que se acercaran e intentó trepar a la valla.

—¿Se puede saber qué haces? —quiso saber Elaine, sosteniéndola para que no terminara en el suelo.

—Necesitamos cinco hojas de laurel —sentenció con naturalidad, como si ponerse a recolectar hojas, de vuelta a casa, a las dos de la madrugada, fuera lo más normal del mundo.

—¿Para qué *necesitamos* cinco hojas de laurel? —preguntó Jessica tan confundida como las otras dos.

—Bájate de ahí, que te vas a romper la crisma —la regañó Charlotte, preocupada.

—No seas exagerada, que estoy a un metro del suelo. —Conseguido su objetivo, regresó a la acera de un salto y, una vez que recuperó el equilibrio, mostró su botín con gesto triunfal.

—¿Vas a contarnos para qué quieres las malditas hojas? —inquirió Charlotte, sustituyendo la inquietud por la intriga.

—No me puedo creer que desconozcáis la tradición del laurel.

—¿Qué tradición? —preguntaron a coro. Se les escapó la risa; iban pasadas de copas.

—Os lo explicaré de camino a casa. —Con las mismas, reanudó la marcha.

Las demás la siguieron expectantes, deseando averiguar de qué iba todo aquello y qué tenía que ver con que Jessica encontrara o no pareja—. Es una vieja costumbre que se ponía en práctica la víspera de San Valentín, o sea: hoy —aclaró—. Las mujeres colocaban cinco hojas de laurel bajo la almohada: dos en cada extremo y una en el centro.

—¿Con qué fin? —inquirió Charlotte impaciente.

—Dicen que esa noche, la joven soñaba con el que sería su futuro marido —concluyó mirando a Jessica con intención. Esta estalló en carcajadas.

—Menuda tontería —dijo sin parar de reír.

—No pierdes nada por probar —sentenció Elaine, entusiasmada con la idea.

—¿En serio te crees ese cuento de viejas? —le preguntó Jessica incrédula, pero sin perder la sonrisa.

—Cosas más increíbles he visto. —La seguridad con la que respondió sorprendió a sus amigas y, durante un instante, la contemplaron en silencio.

—Estoy con Elaine —habló Charlotte tras el breve lapso de desconcierto—. Deberías hacerlo.

—Estáis locas o demasiado borrachas si pensáis que voy a...

—No seas aguafiestas —la increpó Suzi.

—De acueerdooo —cedió alargando con pereza las vocales. Las otras aplaudieron encantadas—, pero os advierto que jamás recuerdo los sueños, de hecho, ni tan siquiera sé si sueño.

—No te preocupes y deja que el laurel haga su magia —pidió Elaine con un guiño.

A la mañana siguiente, Jessica se despertó con una extraña pero agradable sensación que le provocó una sonrisa perezosa mientras, con los ojos aún cerrados, estiraba los brazos por encima de la cabeza y dejaba escapar un ronroneo de satisfacción.

—¿Y esa cara de felicidad? —El susurro de Elaine terminó de espabilarla.

—¡Qué susto me has dado! —le recriminó en un murmullo para no despertar

al resto. Gracias a uno de esos enormes colchones hinchables, habían dormido las cuatro en la misma habitación; como en los viejos tiempos.

—Lo siento —se disculpó riendo por lo bajo—. ¿Qué tal has dormido? —inquirió expectante.

—Bien —respondió al tiempo que se levantaba y le hacía un gesto a Elaine para abandonar el cuarto y dejar que las otras continuaran durmiendo.

—¿Solo bien? —quiso saber en cuanto entraron en la cocina. Jessica no entendió su decepción.

—¿Te parece poco?

—Iré al grano. ¿Has soñado con tu príncipe azul? —sonó esperanzada.

—¿De qué...? Ah, te refieres a la tontería del laurel. ¿De verdad pensabas que daría resul...? —se interrumpió de forma abrupta cuando, con una especie de fogonazo, la imagen de unos increíbles ojos azules cruzó su mente. Regresó la sensación agradable que había notado al despertar. Sacudió la cabeza, confundida. Otra imagen, la de unos labios sonrientes y claramente masculinos, se formó después dentro de su cabeza. Sintió un hormigueo en el estómago antes incluso de que la siguiente visión se alojara en su cerebro. Supo que los retazos que iba rescatando de entre la bruma de su subconsciente pertenecían a un sueño. Uno que no lograba recordar por completo, pero que estaba segura de que era el responsable de la sonrisa con la que había amanecido y que tenía como protagonista a un desconocido. Uno, por cierto, muy atractivo.

—Ha funcionado —festejó Elaine emocionada—. Has soñado con un hombre.

—Eso parece —reconoció a regañadientes; para qué negarlo cuando seguro su cara de asombro la delataba—. Pero es lógico —añadió para refrenar el entusiasmo de su amiga—, con la lata que me disteis anoche, lo extraño sería que no hubiera soñado. Mi cerebro estaba predispuesto, solo eso. Pura sugestión.

—Piensa lo que quieras, pero a veces suceden cosas inexplicables y tengo el

presentimiento de que esta es una de ellas.

—Buenos días —saludó Charlotte al entrar en la cocina conteniendo un bostezo.

Jessica le lanzó una mirada de advertencia a Elaine para que guardara silencio. Quería evitar que la avasallaran a preguntas absurdas el resto de la mañana.

Una urgencia de última hora la obligó a acudir a la clínica y, como consecuencia, llegaba tarde.

Apuró el paso en cuanto alcanzó White Horse Street y divisó el edificio en el que Peter y Charlotte vivían. Una vez más, su dúplex serviría para reunir al grupo. Grupo cada vez más numeroso, puesto que —a excepción de Harry y ella— todos tenían pareja. ¡Sería una gran fiesta de despedida!

No necesitó utilizar el portero automático, el portal estaba abierto. Trotó escaleras arriba, se detuvo frente a la puerta para recuperar el aliento antes de llamar. Sonrió al escuchar las risas que sonaban del otro lado del panel de madera y pulsó el timbre.

—Hola, preciosa —la recibió Peter risueño.

—Lamento el retraso —se disculpó al tiempo que se desprendía del abrigo.

—No pasa nada, tenemos toda la noche por delante. —Acompañó su comentario con un guiño y se hizo cargo de la prenda.

—Aquí está mi veterinaria favorita —exclamó Bill arrastrando las palabras con la dejadez que lo caracterizaba.

—¿Conoces a muchas? —contraatacó con la ceja arqueada y una mueca de diversión mal disimulada en los labios.

—Si nos vamos a poner puntillosos... —Se hizo el ofendido y Jessica soltó una carcajada en el momento en que Suzi se acercaba a ellos y le tendía una copa de vino.

—Gracias —dijo antes de tomar un sorbo.

Paseó la vista por la estancia y sus ojos se detuvieron, curiosos, sobre la



espalda de uno de los presentes. Uno alto, de anchos hombros, pelo oscuro y risa sensual. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo la espalda y la invadió una sensación de familiaridad. ¡Absurdo! Nunca antes lo había visto, de haber sido así, lo recordaría.

«Imposible olvidar el sonido de esa... ¡No puede ser!». Se le aceleró el pulso.

¡Conocía aquella risa!

Por supuesto que la conocía. ¡La había soñado!

Igual que había soñado —en ese momento lo recordó todo— con sus ojos tremendamente azules, su sonrisa perfecta, sus masculinas facciones, su atlético cuerpo... con él.

Porque era él. Aunque continuaba dándole la espalda, y por descabellado que pudiera parecer, sabía que se trataba del hombre de su sueño.

A pesar de la certeza y con el corazón latiendo a toda máquina, contuvo la respiración al ver que se giraba.

Sus ojos se encontraron y la conexión fue inmediata. La distancia no impidió que Jessica sintiera la energía que fluía entre ellos. Y como si una fuerza invisible los empujara a ambos, se reunieron en el centro de la sala.

Permanecieron en silencio, a un paso el uno de la otra, sosteniéndose la mirada, ajenos a la expectación que su comportamiento comenzaba a despertar en el resto de invitados.

Poco a poco, sus bocas se curvaron para formar una sonrisa.

—¿Crees en el amor a primera vista? —le preguntó Adam con voz grave, las pupilas fundiéndose con las de ella.

Jessica se estremeció de pies a cabeza. ¿En verdad aquello estaba pasando?

—Tal vez debería empezar a hacerlo —respondió prudente a pesar de que su corazón lo tenía claro.

---

**Jessica** es un personajes secundario de *A un beso del pasado*.

<https://www.megustaleer.com/libros/a-un-beso-del-pasado/MES-091264>

<https://www.facebook.com/anafmalory/>

Andrew Macklaus

## Gracias, pero mejor en otras circunstancias

—Oye..., ¿tú por qué estás aquí?

Ella solo levantó la cabeza y lo miró fríamente desde su cama. Volvió a agacharla.

—Ya tenemos más de tres horas aquí metidos, lo más probable es que ya se hayan olvidado de nosotros, podrías tratar de relajarte un poco —dijo en un tono despreocupado.

—¿Eres idiota o qué? —Nuevamente, levantó su mirada, pero con desesperación y coraje—. Sabes perfectamente que la próxima vez que abran esa puerta van a ejecutarnos. ¡Solo nos tienen aquí para entretenerse!

—No hay cámaras por ningún lado, tampoco hay micrófonos y no se escucha que haya nadie por aquí cerca, no creo que les interese nuestra situación aquí dentro. No tiene caso desgastarse, los únicos perjudicados somos nosotros.

—Ah, bueno, el señor ha hablado, debería estar aquí tranquilita y contenta mientras a aquellos se les ocurre venir a matarnos, ¿te parece bien así? —Al decirlo hacía una enorme sonrisa por demás fingida y unos bizcos que parecía que sus ojos estaban por mirarse a sí mismos.

—¿Ya ves?, ¡hasta tú puedes bromear en momentos así!

—No estoy bromeando, pedazo de mierda, trataba de ser grosera, sarcástica y, de paso, condescendiente contigo.

—Entonces la sonrisa horrible hubiera bastado, pero... ¿y los bizcos para

qué?

Ella no pudo más que sonrojarse por aquel comentario. Por un momento, bajó un poco la guardia y se sintió libre, pero esa sensación no duró mucho, pronto las paredes metálicas y la puerta asegurada la regresaron a la realidad que los aquejaba, las lágrimas comenzaron a fluir como una cascada, sin sonidos, sin sollozos, sólo lágrimas que brotaban sin detenerse.

—Oye, oye, no es para tanto, no se veía tan mal, nunca había visto a alguien que pudiera mover de esa manera sus ojos.

—No lloro por eso, mierda.

—Disculpa, no quise incomodarte.

—¿Sería tan complicado venir a consolarme un poco en lugar de estarme diciendo tanta pendejada desde ese rincón?

—Me encantaría poder acercarme a donde estás, pero una pierna no me funciona muy bien.

Fue en ese momento que lo notó, su pantalón estaba lleno de sangre y su pierna derecha se veía anormalmente relajada.

—No había notado lo de tu pierna, disculpa...

—No te preocupes, tú también has tenido mucho en qué pensar estas horas.

Ella bajó de la cama y dio un par de pasos hacia donde estaba su compañero en el suelo, con cuidado se sentó junto a él y se acurrucó bajo su brazo izquierdo.

—Dices muchas groserías.

—Estoy muy estresada y hace horas que no fumo, y a ratos tú no haces más que estresarme, ¿qué te importa si digo mil groserías?

—Nunca había escuchado a una mujer tan bella decir «pendejada».

—Pues, ¿qué tipo de mujeres conocías? ¿Feas?

—Je, je, supongo que sí.

—¿Cómo te llamas ?

—Reme.

—¿Reme? ¿Qué nombre es ese?

—Nada te parece, me llamo Romualdo, pero desde joven comencé a abreviarlo como “R—M” y con el tiempo me empezaron a decir Reme. ¿Cómo te llamas?

—Teodora.

—Tampoco es para que te burles, a casi nadie le digo cómo me llamo.

—Martha, me llamo Martha. Teodora es mi nombre artístico.

—¿Entonces tú...?

—¡Soy prostituta! ¡Si fuera una pinche actriz, no estaría metida en este pinche cuartito con el señor gangrena! ¿Cómo puedes tener la pierna así y tener energía para pensar en formas de exasperarme?

—¿Teodora? —preguntó pensativo

—Dime...

—No, era una pregunta. ¿Teodora? Te llamas Martha y pudiste elegir cualquier nombre *artístico*, y... ¿elegiste Teodora?

—Teodora era una prostituta y era tan buena que llegó a ser emperatriz bizantina.

—Gran nombre.

—Para lo que me sirvió... Ya hay más sangre que cuando me senté. Déjame ver. —Con mucho cuidado le retiró el pantalón, se notaba que Reme estaba aguantando el dolor, pero no tenían nada con qué cortarlo.

—Es la primera vez que le bajo el pantalón a un hombre y no me recibe con una erección, estoy perdiendo el toque.

—Te la voy a quedar a deber, en estos momentos tengo la sangre acumulada, pero en el suelo... Nunca estuve con una prostituta, pero en este instante daría todo por estar contigo en otras circunstancias.

Martha ni siquiera estaba escuchándolo, acariciaba los vellitos de su pierna izquierda mientras observaba impactada su pierna derecha; se veía que se la habían molido a golpes. Nuevamente empezó a llorar, era claro que Reme había pasado un rato mucho peor, sin embargo, trataba de darle ánimos y hacerla reír.

—Hey, no llores, me vas a hacer llorar también.

Al levantar la vista, miró sus ojos verdes llorosos, seguramente por el dolor que sentía en ese momento, sus miradas se cruzaron y se besaron. Por un instante, ambos estaban fuera de su pequeña celda, era como si volaran por el espacio, libres, solos, el universo les pertenecía. Ese momento infinito de gloria no debía terminar, ninguno quería regresar a la realidad.

Mientras tomaba su pierna, pudo sentirlo rozar sobre sus dedos.

—Oye, ¿está bien que tengas una erección? Has perdido mucha sangre.

—Pues tengo sangre en la cabeza, en el pene y en el suelo, creo que todo está bien, tengo hasta para repartir.

Martha sonrió, descubrió sus senos y levantó su vestido; no llevaba ropa interior.

—No te muevas, deja que me haga cargo. Con mucho cuidado, se colocó sobre Reme e introdujo su miembro lentamente.

—Yo que quería enseñarte mis movimientos especiales de pierna derecha.

—Ya será en otra ocasión. —Volteó a ver sus senos de manera sugestiva y Reme los acarició con suavidad.

Continuaron su beso apasionado, esa vez no eran ellos dos solos en el universo, se habían convertido en uno solo junto con el universo.

Reme terminó, pero no fue razón para que se separaran. Duraron otro rato abrazados, en silencio; ambos se negaban a volver a la realidad.

—Eres la mejor —dijo en voz baja.

—¿Perdón?

—Eres la mejor del mundo, no solo de Bizancio. Seguro que tú podrías ser la emperatriz de todos si te lo propones. Martha sonrió coqueta y orgullosa.

De forma repentina, la pierna derecha de Reme se sacudió un par de veces. Eso les dio la dosis de realidad que necesitaban, y Martha se retiró, pero se volvió a acurrucar junto a él.

—¿Estás bien?

—Sí, hace eso de repente.

Martha pasó su mano sobre la barba de Reme.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde en la mañana.

—¿Entonces llegaste aquí con esa barba? Pensé que ya tenías días aquí.

—No, lo que sí tiene días, y muchos, es mi barba... a mi lado... En las buenas y en las malas.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en sistemas para Alpha Corp.

—Empresa grande, he tenido clientes de ahí.

—¿Conoces a Julio?

—Sí, claro.

—¿En serio?

—Sí, me lo cogí hace diez minutos. ¡Pues claro que no lo conozco!, ¿nomás porque el tal Julio se va de putas crees que lo voy a conocer?

—No te enojas, es una reacción natural preguntar si conoces a alguien cercano a cierto entorno.

—No me enojo, pero sabes cómo sacarme de quicio. Así que en sistemas, ¿por eso te agarraron?

—Bueno, algo así. Soy vicepresidente del área de desarrollos tecnológicos.

—Y... ¿para qué te quieren?

—Creen que porque soy vp de desarrollos estoy al tanto de cada línea de código que escribe mi gente. Están buscando una información que es vital para ellos, pero simplemente no la tengo, aunque ellos insisten en que sí.— Dijo en tono cínico mirando su pierna.

—Pero qué idiotas.

—¿A ti por qué te agarraron?

—Es relacionado con un cliente con el que estuve hace un par de días, amaneció muerto y ellos temen que haya hablado de más conmigo, pero no fue así, no sé nada.

—Sin embargo, aquí nos tienen, sin saber nada, sin deber nada, esperando lo

peor.

—Sí...

—Hace rato que no se escucha movimiento afuera, ¿que estará pasando?

—Tienes razón...

—Hace rato te escuchabas muy segura de que la próxima vez que abrieran la puerta nos iban a eliminar, ¿qué sabes?

—Es sobre los códigos que están buscando, parece ser que deben de ingresarlos antes de que inicie el quince de febrero, de lo contrario, ya no servirán, por eso la prisa por obtenerlos.

—Ya es quince de febrero.

—¿Cómo?

—Ya es quince, han de ser como las cuatro de la mañana.

—¿Cómo sabes eso? No hay relojes por ningún lado y estamos presos desde hace varias horas.

—Bueno, en los ratos que estaba en silencio, contaba los segundos transcurridos y, con lo que alcancé a contar, ya pasan de las tres con seguridad.

—Pero ¿por qué no nos han matado? Ya no les servimos.

—¡Por eso mismo! Ya no hay nadie en este lugar.

—¿Cómo sabes eso?

—Si llegó la hora límite que tenían y no nos ejecutaron, es porque no tenían tiempo de sobra como para perderlo con nosotros, lo más seguro es que este lugar ya esté abandonado. Tenemos que ver cómo salir de aquí, de otra forma, nos vamos a morir, pero de sed. No quiero caer así.

—Sí... —dijo Martha con ánimos

De forma violenta, la puerta se empezó a sacudir, el metal resonaba con fuerza y Reme abrazó fuerte a Martha; la esperanza que sentían, poco a poco, se empezó a desvanecer hasta que la puerta se abrió por completo de un golpe.

Era un grupo de bomberos.

Efectivamente, el edificio había sido abandonado y dejaron unos papeles



quemándose en una oficina, cuando el humo salió de este, los vecinos alertaron a las autoridades.

Eran las 00:37 del 15 de febrero del 2018, Daniel se despertó... Solo.

—¿Reme? ¿Prostitutas bizantinas? ¿Qué pasa conmigo? Necesito una novia, urgente.

Feliz San Valentín.

---

**Daniel** es un personaje secundario en Danzando sobre los árboles. **Daniel** es uno de los mejores amigos de **Mark** y tiene una breve aparición.

<https://www.megustaleer.com/libros/danzando-sobre-los-rboles/MES-099881>

<https://www.facebook.com/andrew.macklaus.1>

Antonio Sánchez

## La Sierra de la Contienda

**D**aniela Pinilla estaba tranquila. En el bar de la plaza de Alájar, uno de los pueblos más bonitos de la Sierra de Aracena en Huelva, donde era asidua, se estaba bien esa tarde de febrero. El té que le había preparado la Bruja Blanca estaba riquísimo y le estaba sentando bien. Con esa mujer no sabía muy bien cómo comportarse. Cuando pagó, le cogió la mano y la miró durante unos minutos mientras Daniela sonrió sin saber muy bien qué hacer. La Bruja Blanca la miró a los ojos de una forma intensa.

—¿Tú estás enamorada, Dani?

—¿Yo? Qué va. ¿Qué dices? No. Para nada.

—Ahm. Pues lo estarás muy pronto.

—Ah. Vale. Gracias.

Nunca sabía si la Bruja Blanca, la mujer de entre cuarenta y sesenta años, propietaria del bar alternativo del pueblo y con una melena blanca hasta la cintura, se burlaba de ella o se lo decía en serio.

—Además, hoy es San Valentín.

—¿Tú crees en San Valentín?

—Yo creo en el amor, niña, y tú también.

—Yo ya no sé si creo o no.

—Pues estás enamorada.

—Que no.

—Pues lo estarás pronto. Al primer hombre que te lo proponga, tú le dices que sí.

—¿Qué me proponga qué?

—Lo que sea.

—Vaaaaleeee. Voy a tomarme el té, que se me enfría.

No. Daniela tomaba el té tranquila, pero ya no sabía si creía o no en el amor. El puesto en la Oficina Comarcal Agraria de la Junta de Andalucía en Aracena, en el que llevaba unos meses, le había servido para ascender en su carrera administrativa. Pero también para poner distancia entre ella y Claudio. Su exmarido. Desde que la habían ascendido a jefa de servicio, tenía mucho trabajo. Había mucho que hacer en aquel escondido y maravilloso Parque Natural Sierra de Aracena y Picos de Aroche. Daniela estaba sorprendida de sí misma, de lo rápido que había olvidado a Claudio, y no era por el trabajo. A sus cuarenta y cuatro años, ya no esperaba nada, no esperaba a nadie, pero se sentía muy bien con su divorcio. No sentía dolor. Era como si ya no tuviera corazón. Como si en su pecho solo hubiera un músculo aburrido que se limitaba a bombear sangre, pero que no sentía nada por ningún hombre.

Nunca debió casarse; él insistió tanto, sus padres, sus hermanas, los amigos, que si ya eran mayores, que si vivían juntos, que si los hijos que iban a tener... pero los hijos no vinieron, ambos eran ingenieros muy ocupados... y cuando se quedaban a solas... cuando se quedaban a solas, Daniela se sentía sola. Curiosamente, con el divorcio, el traslado, su nueva vida, viviendo sola en realidad, en un apartamento de Aracena, Daniela no se sentía sola. Había hecho muy buenas amistades. En especial con Fina y el Maestro, pero también con sus compañeros Antonio Jurado y Domingo Dorado, y por supuesto, con toda la fauna de jipis alternativos que vivían en la aldea cercana a Alajar y que en ese momento llenaban el bar. No. La mayor de las soledades era estar con alguien y sentirse sola.

—Perdona, ¿puedo sentarme? —El tipo que estaba a su lado era muy alto, casi metro noventa, de unos cincuenta años, ojos verdes y pelo cortado casi a

cero. Vestía con pantalón de camuflaje y una chaqueta tipo *ghillie*, de las que usan los francotiradores del ejército. La enorme cámara, con el enorme teleobjetivo, que le colgaba del hombro, despejaba las dudas de a qué se dedicaba vestido así—. No quiero molestarte, pero no hay sitio y estoy molido. No sabes lo bien que me vendría poder sentarme a tomar estos dos cafés.

—Sí. Claro —respondió Daniela recordando el consejo de la Bruja Blanca. Decir que sí a toda proposición que viniera de un hombre—. ¿Dos cafés? ¿Es que vienes con alguien?

—No. Qué va. Es que llevo desde las siete de la mañana en la Sierra de la Contienda y hace horas que se me acabó el termo de café que llevaba. Soy fotógrafo de naturaleza y estaba fotografiando aves. Estoy reventado.

—¿Y has tenido suerte? ¿Has hecho buenas fotos?

—Ya por estar en ese sitio merece la pena, pero sí. He hecho una serie a un águila real que posó para mí, sin miedo ni vergüenza, mientras devoraba un ratoncillo. Deja que me tome el primer café y te la enseño. ¿Tú eres de aquí?

—Ahora sí. Vine por trabajo hace unos meses.

—¿Has estado en la Sierra de la Contienda?

—Sí, esa es la que está al norte de Aroche, pegada a Portugal.

—Sí. Vaya, sí que conoces el parque.

—Bueno, trabajo en la Oficina Comarcal Agraria, en Aracena.

—HAAAAALLAAA, tú eres Daniela.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Perdona, me llamo Ismael. Es que conozco a los técnicos de esa oficina. Domingo Dorado y Antonio Jurado. Buenas cervezas nos hemos tomado. Es que para muchos de los lugares a los que tengo que ir necesito permisos especiales, y una cosa lleva a la otra.

—Ya. Los conozco. No saben decir que no a una cerveza.

—Ni a dos. Pues sí que tenían razón.

—¿En qué?

—En que la nueva jefa de servicio es guapísima.

—Hombre, gracias. No sabía que iban diciendo eso de mí. —Ya hablaría con ellos al día siguiente en la oficina, a ver qué iba diciendo ese par.

—No es nada malo, mujer. Es la verdad. Te busco la foto del águila.

Mientras Ismael manejaba los controles de su enorme cámara en busca de la foto, Daniela se entretuvo en observarlo. Los ojos verdes la habían desarmado desde el primer momento, pero la tranquilidad y confianza de ese hombre la tenían con media sonrisa. Además, estaba ese olor a campo que traía. Se notaba que había estado todo el día en la sierra. Olía a tomillo y a romero, a tierra y a hierba. Olía a sierra.

—¿Sabes por qué la Sierra de la Contienda se llama así? —preguntó Ismael sin dejar de mirar el visor de su cámara.

—Lo sabía... pero ilustreme.

—A finales del siglo XIII, los pueblos de la corona de Castilla y de la corona de Portugal se disputaban esas tierras. No estaba claro en los tratados a quién, de ambos reinos, pertenecían. Hasta 1890 no se firmó un tratado para delimitar a quién pertenecía qué territorio. Un tercio para Portugal y los dos tercios restantes se lo repartieron entre los pueblos de Aroche y Encinasola. Es un sitio muy especial. Con muy poca presencia del hombre a lo largo de siglos precisamente por esa contienda. De ahí su nombre.

Daniela no podía dejar de sonreír. Le importaban muy poco los conflictos medievales entre las coronas de Castilla y Portugal, pero empezaba a tener muy claro que si ese fotógrafo le proponía ir a hacer fotos, le iba a decir que sí. Por consejo de la Bruja Blanca y porque le estaba encantando aquel tipo.

—Aquí está la foto. Es una pasada. —Ismael acercó su silla a la de ella, con la cámara en mano, y le enseñó una increíble foto de un águila que miraba a cámara directamente.

En ese momento, Daniela sintió el calor de Ismael y el olor a sierra la inundó completamente. En su pecho, notó cómo su corazón comenzó a latir de una forma tan rápida y tan fuerte que temió que se escucharan sus latidos. Por

encima de la cámara, Daniela pudo ver a la Bruja Blanca al otro lado de la plaza que, sonriente y feliz, le decía que sí con la cabeza.

---

Daniela Pinilla es un personaje secundario de Me llamo Fina y estoy gorda.  
Ismael es el fotógrafo de Nunca es demasiado pronto para decir te quiero.

<https://www.megustaleer.com/autor/antonio-snchez/0000956337>

<https://www.facebook.com/AntonioLSanchezEscritor/>

Begoña Gambín

¿Qué día es hoy?

— ¡Bufff! —resopló Raquel mientras se dejaba caer en la silla de la mesa de su despacho.

Frente a ella, Felipe, su amigo y ayudante en la agencia de viajes de la que era propietario su padre, la observaba penitente. Llevaba toda la mañana esperando que ella explotara. Se la veía rumiando algo en su interior que la tenía colapsada y que necesitaba soltar cuanto antes. Además, no era habitual que tuviese el ceño fruncido, y en esos momentos lo tenía.

En realidad, ella no solía tener filtros y lo que sentía lo soltaba sin más. Sobre todo, si estaba en compañía de alguno de sus amigos. Tenía plena confianza en ellos y, si algo le picaba, le gustaba tocar las teclas de sus opiniones.

Seguro que sería una tontería.

—A ver, jefa, ¿qué te ocurre? ¡Sueltaooooooooo! ¡Sueltaooooooooo! —Terminó cantando como *Frozen* mientras se sentaba frente a ella.

Y ahí apareció la verdadera personalidad de Raquel. Una fuerte y curiosa carcajada, signo de identidad de la joven, surgió con fuerza de su garganta y su rostro se iluminó como si un gran foco, de los que se utilizan en los platós de televisión, se hubiese encendido e incidiera sobre ella.

—Gracias, Felipe —le dijo a su amigo entre risas—. Tienes toda la razón, quizás me puedas ayudar. Sé que es una bobada, pero no consigo apartarlo de

mi mente.

—Te escucho con atención —aceptó Felipe posando los codos sobre la mesa para sostener su cabeza entre sus manos.

—A ver... esta mañana, Dante me ha dicho algo sobre esta noche, pero no recuerdo qué. Estaba distraída escribiendo en mi diario y, la verdad, no le he prestado mucha atención, pero sé con certeza que era algo muy importante porque, cuando he salido de casa para venir aquí, me ha venido un *flash* de retazos de la conversación. Desde entonces estoy dándole vuelta en la cabeza, pero ¡no consigo recordarlo!

Felipe la miró con la boca abierta. ¿No sabía en qué día estaban? Una sonrisa traviesa jugueteó en sus labios.

—Vale, y ¿por qué no has llamado a Dante para preguntárselo?

Esa vez fue Raquel la que lo miró con cara de sorprendida.

—¡Anda! ¡Mira que soy boba! ¡No lo he pensado!

Y volvió a soltar sus características carcajadas.

—¡Dame un segundo! —continuó a la vez que cogía el móvil y buscaba en favoritos el número de Dante.

—*Hola, amor* —escuchó casi de inmediato.

—Hola, cariño —respondió.

—¿*Necesitabas oír mi voz?*

—Eso siempre, pero también quiero que me resuelvas un enigma.

—*¡Ey! No sabía que era un Indiana Jones para ti. Adelante, dime qué misterio quieres que te solucione.*

—Verás, mi amor, esta mañana me has comentado algo sobre esta noche y no lo recuerdo. Sé que es algo importante, pero no consigo hacer memoria.

—...

—¿Dante? ¿Estás ahí? —preguntó Raquel extrañada al no obtener respuesta.

—...

—¡Yujuuuu!

—*Raquel, ¿me estás contando que no sabes qué pasa esta noche?* —



preguntó Dante, asombrado.

—¡Ay, Dante! ¡Soy lo peor! —exclamó la joven con voz arrepentida—. He repasado todos los cumpleaños importantes de nuestro entorno: el tuyo, el mío, el de mi padre, tu familia, mis amigos...; nuestros aniversarios; algunas fechas importantes, pero no he encontrado nada que celebremos este mes.

—*¿Me lo estás preguntando en serio?* —se oyó la voz de Dante con un tono medio en broma, medio en serio.

—¡Oye! No me hagas sentir peor de lo que ya me siento. Ve al grano y dime qué pasa esta noche, por favor, cariñito mío.

—*Si crees que me vas a ablandar con palabras cariñosas, la tienes clara. No pienso darte ni una maldita pista, así que ya puedes espabilar si no quieres quedar como el culo esta noche, cariñito mío.*

—¡Bufff! ¡Eres insufrible!

—*Pero me adoras.*

—Y un cabronazo burlón.

—*Pero te encanta que sea así.*

—¡Brrrrrrrrr! ¡Maldita sea! ¡Lo malo es que tienes toda la razón!

Hasta Felipe, que permanecía atento a la mitad de la conversación que oía, oyó las carcajadas de Dante.

—*Vale, amor, no te hago sufrir más, si quieres que te diga la verdad, me encanta que no sepas qué día es hoy, así podré sorprenderte. Tú ponte guapa. Es lo único que debes saber.*

—¡Eso no es justo!

—*La vida es astiiii, no la he inventado yooooo* —canturreó el estribillo del *Jardín prohibido*, de Sandro Giacobbe.

—¡De esta te acuerdas!

—*Seguro que sí, mi amor. Pienso recordártelo durante toda nuestra eterna vida juntos.*

—Ya veo, ya. Eres muy amable.

—*¿Contigo? ¡Siempre!*

—Bueno, Dante, si no me lo vas a contar y solo pretendes seguir burlándote de mí, no tengo nada más que hablar contigo. Ya nos veremos esta noche. Te dejo.

Y colgó enfurruñada.

—¿Tú te crees? ¡Se ha negado a sacarme de la duda!

—No me extraña, Raquel —replicó su amigo con tono burlón.

—¡¿Tú lo sabes?! —gritó alucinando.

—¡Todo el mundo lo sabe! —exclamó Felipe entre risas.

—Pero... pero... ¿qué es? ¿una fiesta nacional?

Las risotadas de Felipe casi se oyen en los confines del universo.

—Eres la leche, amiga, la leche.

—Oye, al final voy a terminar de los nervios.

Raquel se levantó de la mesa y se acercó hasta el mueble auxiliar que tenía al fondo del despacho y en el que una cafetera la proveía de su vicio.

—¿Quieres uno?

—¿Con el café pretendes relajarte?, ¿o es que prefieres dar botes? —preguntó su amigo con sorna.

—¡Caray, Felipe! ¡Parece que hoy no hago nada bien! —replicó la joven con fastidio mientras volvía a su silla.

—Raquel, ¿hoy has mirado el calendario?

—Pues no. Tenía en la cabeza el trabajo de hoy y no lo he consultado.

—Haz el favor de mirarlo.

La joven cogió su móvil, lo encendió y buscó la aplicación del calendario. En cuanto lo abrió, su rostro mudó, se dio un cachete en la frente y se dejó caer desmadejada en su silla.

—Soy una imbécil.

Felipe la miró en silencio.

—Y una cabeza loca —continuó.

Más silencio por parte de su amigo.

—Y tengo una memoria de pez.

El joven se acarició la barba mientras contenía con ahínco la sonrisa que pugnaba por salir.

—Y soy una patosa de libro. —Frunció el ceño a la vez que miraba a su amigo con un evidente gesto de impaciencia—. Cuando quieras, me paras, ¿eh?

—Tranquila, chica. Estaba comprobando que te conoces muy bien a ti misma.

—¡Felipe, por favor, ayúdame! ¡Hoy es 14 de febrero, día de los enamorados!

—¿No me digas? No me había dado cuenta —ironizó su amigo.

—He de hacer algo espectacular para que me perdone Dante —determinó resuelta.

—Raquel, no exageres. Seguro que tu amor no estará enfadado.

—No, pero se va a burlar de mí hasta el fin de los tiempos.

—Conociendo a Dante, tienes toda la razón, pero no sé cómo vas a poder evitarlo.

—Por eso he dicho que necesito ayuda.

—Está bien, Raquel, lo intentaré —reconvino al tiempo que sacaba su móvil y buscaba en su navegador *los mejores planes para San Valentín*—. Un fin de semana romántico en un pueblo apartado de todo, pero hoy es jueves, descartado; relax acuático en un spa, no está mal...; probar nuevos sabores en un restaurante a oscuras, ¡me encanta!; dormir en una casa en el árbol, ¡puff!, busca eso a estas horas...; cenar en el restaurante más alto de España, ¡ah, no! Es en Madrid; hotel de lujo con jacuzzi en Barcelona, ese sí...

Mientras su amigo leía las posibilidades que le había dado Google, Raquel se había acercado a la amplia ventana que daba a la calle, con una mirada en la que se podía ver con claridad que no observaba nada a través de ella. En realidad, estaba pensando en Dante, en su amor.

—No sigas, Felipe.

—¿Cuál te ha gustado? El del restaurante a oscuras, ¿eh, pillina?

—Ninguno.

—¿Entonces qué vas a hacer? —preguntó Felipe intrigado.

La joven se dio la vuelta y regresó a su silla, pero tropezó con una de las patas y cayó desmadejada en ella, aunque se recompuso de forma automática, como si no hubiese pasado nada. Se acomodó, reposando su espalda en el respaldo, y con una mano se acarició, pensativa, el mentón.

—Felipe, ¿sabes qué creo? No voy a fastidiarle la noche a Dante. Creo que él ha organizado algo especial para mí, por lo que, si yo planifico otra cosa y, encima, pretendo que sea espectacular para hacerme perdonar, su esfuerzo puede verse descolorido, y yo no quiero que eso pase. Él se merece que yo reconozca la ilusión y el empeño que ha puesto en celebrar el amor que nos tenemos. Si he de sufrir sus burlas durante el resto de mi vida, será una penitencia que tendré merecida y un mal menor en comparación con todo lo que él se merece por tanto que me da.

Su amigo la miró con atención. Raquel acababa de demostrarle el gran amor que sentía por su marido. Ni las más grandilocuentes palabras habrían significado más que esa forma de evidenciar dónde encontraba su amiga la felicidad: haciendo feliz a Dante.

Era bello ver el amor en los ojos violetas de su amiga, era hermoso comprobar cómo se afanaba a cada segundo por disfrutar junto a él de eso que compartían ambos, pero esa muestra de amor desinteresado y generoso era la mayor prueba de lo que sentía Raquel por él, por ese hombre que luchó por ella sin tregua y con tesón y, al final, como debía ser, como estaba escrito en las estrellas y en el destino de los dos, supo hablarle con el corazón de la forma en que ella necesitaba para dejar en libertad a sus sentimientos.

—¿Sabes, Raquel? Te tengo una envidia... —dijo Felipe con una sonrisa que evidenciaba el cariño que sentía por su amiga y no lo que había expresado en palabras.

—Felipe, yo sé quién eres tú, por eso estoy convencida de que pronto conocerás la felicidad plena que se siente cuando sabes que tienes a tu lado a

una persona con la que puedes compartir todos tus sueños, pero también tus miedos. Eso es el amor, y tú mereces sentir algo así.

---

**Raquel y Dante** son los protagonistas, y **Felipe**, un personaje secundario, de la novela Tú alteras mi mundo.

<https://www.megustaleer.com/libros/t-alteras-mi-mundo-mujeres-nicas-1/MES-105468>

<https://www.facebook.com/BegoGambin/>

Bela Marbel

La gran cita

Se había puesto su vestido azul a juego con el color de los ojos. Seda ceñida a su estrecha cintura y que caía como una caricia sobre sus caderas, unos finos tirantes lo sujetaban a sus redondeados hombros, mientras que el pronunciado escote en uve dejaba divisar el pequeño tatuaje en forma de flor que decoraba el principio de su pecho izquierdo. Se colocó unas sandalias azules y tomó el bolso.

Se miró al espejo y le gustó lo que vio, no era una mujer espectacular pero sí mona, tenía la nariz respingona y los labios carnosos con pómulos pronunciados y rosados por naturaleza, y el cabello, que había recogido en moño informal, de color castaño claro; a los ojos rasgados les había puesto sombra azul, perfilador negro y rímel; en los labios, solo brillo.

Sonaron unos golpes fuertes justo cuando cogía una rebeca fina y corta del mismo color que el bolso.

Por el sonido, dedujo que su cita era una persona fuerte y decidida, tal y como le había parecido por teléfono.

No estaba preparada para ver el ejemplar de hombre que se encontró al abrir. No podía apartar los ojos de la mirada penetrante que la estaba examinando de arriba abajo y entreteniéndose más de la cuenta en su flor, parecía miel líquida que la acariciaba a distancia; los labios entreabiertos mostraban una leve sonrisa ladeada. Por fin pudo apartar la vista de su cara,

pero solo para admirar la forma en la que el traje se ceñía a sus músculos; nunca había acariciado unos brazos de ese tamaño. No llevaba corbata y los dos primeros botones de la camisa, abiertos, dejaban entrever un entramado de vello rizado que se imaginó enredado en sus dedos. El color de su atractiva piel...

En ese momento, se dio cuenta de que él le tendía un ramo de flores.

—Te he traído esto, si es que eres Lorie. —Su voz profunda parecía salida de ultratumba. Se quedó paralizada, casi muda.

—Yo, yo... —consiguió balbucear.

—¿No las quieres o no eres Lorie? —le preguntó él riéndose más abiertamente.

—Eh... yo... sí y sí. —Lorie alargó la mano para coger las flores, procurando no rozar esos oscuros dedos que se las tendían.

—Ponlas en agua, te espero.

—Eh... sí, claro —dijo en un hilo de voz.

Él se adentró en la habitación y paseó su mirada por la estancia; ella llenó un recipiente con agua y colocó dentro el ramo de margaritas; su flor favorita, qué casualidad.

Cuando salió, lo encontró apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y cabizbajo, parecía pensativo.

—Gracias —comentó ella acercándose.

—¿Umh?

—Por las flores, no te había dado las gracias.

—De nada.

—¿Nos vamos? —le preguntó.

John levantó la vista del suelo y la clavó en los ojos de Lorie; ella se estremeció porque parecía que la miel se había cristalizado por el frío.

—Chad no te ha informado, ¿verdad?

Ella se quedó pasmada.

—¿De qué tenía que informarme? —preguntó, asombrada, mientras cogía de

nuevo su bolso y la rebeca.

—Es evidente, ¿no? —comentó él, con tono de enfado.

—Pues lo siento, a lo mejor soy un poco corta, pero no sé de qué me hablas.

—«¡Mierda! Un loco», pensó, ese guapísimo hombre la miraba con resentimiento y ella no entendía por qué, así que ya no le parecía tan atractivo, y sin el efecto sedación que producían en ella sus ojos, era más dueña de sus actos y de su voz.

—De que soy negro —dijo John alzando la voz.

—¿Eres negro? Pensé que tomabas mucho el sol —ironizó ella apoyando las manos en las caderas.

Él abrió la boca, pero la volvió a cerrar y, entornando los ojos, se acercó a ella sin sacar aún las manos de los bolsillos.

—Qué graciosa —concluyó—. Me he percatado de la cara que has puesto cuando me has visto y lo que te ha costado reaccionar. Si quieres acabar con esta cita ahora, solo tienes que decirlo, no te sientas obligada.

Ella soltó una carcajada, se reía de verdad, con ganas, lo que descolocó a John por completo. «Esta mujer está loca», pensó; era preciosa, pero estaba loca. Era evidente que Chad no le había dicho que tenían razas diferentes cuando preparó la cita; él lo sabía porque la había buscado en Google: era escritora, inteligente, preciosa, con un cuerpo de fábula y con sentido del humor, un sentido del humor que a él no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Me vas a decir de qué demonios te ríes? —gruñó.

A ella se le cortó la risa instantáneamente.

—Vamos, no seas modesto, tienes que estar más que acostumbrado a que las mujeres te miren como yo lo he hecho. —Nunca en su vida había sido tan descarada, la tímida y apocada Lorie diciéndole eso a un impresionante hombre de metro noventa.

—¿Qué?

—Me has... impresionado, eres muy atractivo. No debería decirte esto, pero... en fin, no parece que estemos hechos el uno para el otro. Creo que sí



será mejor que dejemos esta cita. Te acompaño a la puerta —sentenció dirigiéndose a la salida.

—Perdona, pero necesito sentarme un momento. —Lorie vio cómo el hombre se dejaba caer en el sofá—. Entonces, ¿me estabas mirando así porque te gusto?

—Me gustabas.

—¿En pasado? ¿Ya no?

—Exacto, ahora creo que eres idiota.

Él la miró intrigado.

—Oh, por mí no te inhibas, di lo que pienses —le replicó John.

—Por lo general, sí me corto, pero hay algo en ti, y que quede claro que no es tu color de piel, que me pone de los nervios.

Pasaron algunos segundos antes de que él contestara.

—¿Me perdonas? Yo... hace mucho que no tengo una cita y antes... bueno, no solía salir con mujeres blancas.

—No quisiera cambiar tus costumbres, así es que... —Ella le indicó el camino de salida.

—Te he pedido perdón, ¿no? —gruñó él.

—Te perdono, y ahora largo. —Lorie abrió la puerta y se quedó esperando a que él saliera. John se giró hacia ella al pasar por su lado.

—De veras lo siento. Por cierto, me pareces una preciosidad. —Y se fue, desapareció por el pasillo en dirección al ascensor.

Lorie se apoyó en la puerta y recordó el momento exacto en que su hermano Chad les había preparado la cita. Estaban comiendo en un restaurante italiano frente al Sheldon Lake.

«—¿Cómo llevas tu nuevo estado civil? —le había cuestionado Chad.

—Oh, bien, supongo. Las chicas me organizaron una despedida de casada, fue... interesante —le contó Lorie.

—¿No te gustó? —preguntó Chad.

—No estoy en mi mejor momento.

—Tendrás que volver a relacionarte, ¿no? Te has divorciado, no estás muerta.

—«Bla, bla, bla» dijo el soltero empedernido.

—Si quieres te presento a alguien.

—Conozco a tus amigos. No, gracias.

Cuando había sonado el teléfono de Chad, una pícara sonrisa se dibujó en su rostro.

—*Hola John».*

John no podía creer lo que acababa de pasar, su amigo le había dicho que no se arrepentiría, y había sido la peor *no cita* de su vida.

Notó como vibraba su móvil en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Harris.

—*Hola, Harris.*

—¿Con quién hablo? —Esa preciosa voz le sonaba, pero no sabía de qué, quizá su noche mejorara.

—*Soy la mujer blanca que te ha echado de su habitación hace un momento.*

A John se le aceleró el corazón; bien, la chica había cambiado de opinión, la cosa se ponía interesante.

—¿Y qué quieres? —Decidió hacerse un poco el duro.

—*Chad me dio unos documentos para ti, se me habían olvidado, creo que es algo que tienes que presentar por la mañana.*

—Eh... sí, es... bueno, da igual, subo a recogerlos si no te importa. —John no pudo evitar sentirse desilusionado.

Lorie notó un pinzamiento en el estómago al escuchar su voz, no era un tío muy simpático, pero ¿qué tal una noche de sexo libre y sin compromisos?

Al abrir la puerta, la miró embelesado. Había cambiado el delicado vestido por una camiseta gigante y unos calcetines, se había soltado el pelo y no llevaba ni una gota de maquillaje, y el sintió que se moría de ganas de

desnudarla para poder ver el tatuaje que lo traía de cabeza, quería acariciarla, enterrarse en su ombligo... Sacudió la cabeza para volver a la realidad.

Ella le tendía los documentos.

—Gracias —dijo él cogiéndolos. Al hacerlo, rozó con ligereza y con total intencionalidad los dedos de ella con los suyos y la miró a los ojos, directamente; ella los vio cristalinos, nublados por el deseo.

Los papeles terminaron en el suelo, Lorie se puso de puntillas y le echó los brazos al cuello, pegando por completo su cuerpo al de él.

—¿Y esto? —preguntó él sin atreverse a reaccionar.

—¿Tú qué crees? —contestó Lorie apartándose enfadada. Recogió los documentos, se los estampó contra el pecho y le cerró la puerta en las narices.

—¡Estás loca! —gritó John a través de la puerta.

Ella no pensó que nadie pudiera enfurecerla tanto, la había rechazado. La primera vez en su vida que se atrevía a ser moderna y liberal y la habían rechazado. ¡Qué vergüenza, qué humillación, y, encima, la llamaba loca! Abrió la puerta dispuesta a ir detrás de él y decirle lo que pensaba, pero John no se había movido del sitio y casi se dio de bruces contra él.

Esa vez, se vio inmovilizada, presa de unos fuertes brazos que la aprisionaban, los papeles volaron de nuevo hacia el suelo, una mano de John la asió por la nuca mientras la otra la agarraba por el trasero, alzándola sin esfuerzo alguno. Lorie lo rodeó con las piernas y se besaron apasionadamente de camino a la cama.

Un rato después, Lorie yacía adormilada cuando sintió algo húmedo en su flor, en su pecho; la boca de él vagaba por ella. No seguía una ruta, pero se recreaba en su ombligo.

—¿Sabes? —le dijo—, creo que hemos empezado por el final.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Las parejas, normalmente, se hablan, se conocen, se casan, hacen el amor y, por último, se pelean.

—Ja, estás un poco anticuado.

—Nosotros, primero, nos peleamos, luego hicimos el amor, adivina qué nos toca ahora...

—Estás loco.

—Entonces hacemos buena pareja.

---

Hago referencia a la novela El gigante rubio, cuyo protagonista es **Chad**, que saldrá en abril en la colección Selecta.

<https://www.megustaleer.com/autor/bela-marbel/0000953340>

Betina Shabliko

## El boomerang de San Valentín

—**M**irá, ya llevo más de dos kilómetros caminados y no me siento en absoluto más tranquila... ¡Al contrario! —apenas lo dijo, Alondra se arrepintió. Si su amiga tenía la mínima intención de ir a pasar unos días con ella a esa playa inhóspita y ventosa de la provincia de Buenos Aires, con esa última demostración de pesimismo, la habría convencido de buscar una excusa para quedarse en la ciudad. Y la misma no tardó en llegar...

—*¿Sabés, Alondra? ¡Qué lástima! Javier tiene que ver un cliente en Naples y me propuso que lo acompañe para celebrar juntos San Valentín... Sorry, amiga... ¡No voy a poder acompañarte!*

A pesar del ulular del viento, sin dudas ensañado con ella, Alondra pudo escuchar la voz del otro lado del celular que sonaba como una recomendación: «que no se lo tomara así...» o algo por el estilo. Luego, ella solo se escuchó diciéndole: «Ok, suerte... que la pases bien». Decepcionada, cortó la llamada y sintió deseos de arrojar el celular al mar. Lo habría hecho, pero luego debería ir al pueblo a comprar uno nuevo, y entonces sí se sentiría la reina de las infelices.

Miró el mar con fiereza. No. Definitivamente, no había una persona tan infeliz como ella en varios kilómetros a la redonda. Enseguida sintió que había exagerado y más aún cuando se le vino a la mente el recuerdo de su exvecina, Fabiola Mitchell... ¡Esa sí que podía considerarse desafortunada después de

ese evento aciago, a partir del cual todos comenzaron a llamarla «La prima flor»! Alondra todavía podía recordarla en el jardín lindero a su casa... Aunque era Patricio, su hermano mayor, quien había tenido más trato con Fabiola.

—Pobre... —pronunció en voz alta, y se sintió arrepentida de su inmadurez al creerse la más desafortunada del universo. Pero enseguida se justificó y arremetió—: Pero sí... ¡claro que tengo derecho a ponerme así! Es una ironía del destino... Yo aquí, en vísperas de San Valentín, confinada en estas playas que parecen las de *Cumbres borrascosas*, rodeada de acantilados recorridos solo por el silbido de este puto viento... y él, mi ex marido, ¡a punto de comenzar su luna de miel en el Caribe!

Alondra pateó dos guijarros con fuerza y se contuvo de hacerlo con un tercero por la cercanía de un hombre que iba caminando hacia ella con una caña de pescar. Él tenía un andar despreocupado y, cuando se cruzaron, la saludó como lo haría el hombre más feliz del universo. Alondra le respondió con una sonrisa ladeada que resultó más desdeñosa que afable.

Ella no era así.

—Quizá hice mal en venir a estas playas solitarias —se reprochó en voz alta, total... no había un alma alrededor, nadie la escuchaba ni la veía.

Pero la elección de esa playa solitaria, agreste y ventosa no había sido motivada por la búsqueda de paz, pero sí, en cambio, por la de un escondite... Ese día no toleraría encontrarse con ningún conocido que la mirara con conmiseración disfrazada de tacto. Si iba a otra playa, se toparía con todos y cada uno de sus conocidos, y uno por uno fingirían evitar el tema que, de todos modos, flotaría en el aire hasta materializarse.

Y como nada está tan mal que no pueda empeorar, esa máxima tomó forma de gaviota, una que, en vuelo rasante, comenzó su misión de perseguir cual misil el cráneo de Alondra para perforarlo.

—¡Ay, no...! ¡Por Dios...! —gritó aterrada; siempre había sentido un pánico irracional por las aves. Tomó su bolsa de yute y comenzó a espantar a sus

fantasmas. Gritaba aterrada hasta que vio que otras manos se unían a la lucha y lograron que la gaviota huyera.

—No te asustes... habrás pasado cerca de su nido y por eso te atacó... Aléjate de ahí.

Alondra, tan avergonzada como asustada, siguió las indicaciones del hombre de la caña de pescar. Este, sin perder su sonrisa, se presentó:

—Encantado, soy Valentín.

Alondra lo miró incrédula, pero enseguida concluyó que no era un nombre prohibido, aun en ese día, en esa playa, y en medio de la tristeza que la agobiaba.

—Hola... —lo saludó con la respiración todavía entrecortada.

—Los animales captan el miedo —le explicó Valentín, risueño, como si se tratara de algo gracioso—. Pero, además, invadiste su zona. Tenlo en cuenta para otra vez.

Alondra no pensaba tenerlo en cuenta, porque no se quedaría ahí ni un día más. El extraño hombre pareció leerle la mente y, sin que fuera al caso, aseveró:

—Cuando uno visita un lugar diferente a los que frecuenta, es porque está buscando algo distinto, o algo que quedó enterrado en alguna parte dentro de sí, o quizá en ese lugar...

Alondra ya se estaba preocupando. «¿Y si es un loco?», se preguntaba mientras observaba a ese sujeto tan pacífico como beato. Valentín le sonrió y solo le sugirió:

—En serio. Haz memoria, a ver si recuerdas algún tesoro que hayas dejado por aquí... —comenzó su marcha y, sin darse vuelta para mirarla, agregó—: Te deseo suerte, porque sé que la mereces.

El hombre comenzó a alejarse y a diluirse en la bruma.

Más allá de su incredulidad, Alondra reconoció que esa beatitud había cambiado su estado de ánimo. Ciertamente, de la furia terrible que había estado sintiendo, pasó a una congoja abrumadora.

Miró el mar y dijo en voz alta, pletórica de amargura y sorna:

—Un tesoro...

Las lágrimas corrían y se mezclaban con el salitre que había comenzado a pegarse a su piel. Mientras caminaba sin rumbo, dejó que saliera el dolor en forma de sollozo. Ese sentimiento al que ya no seguiría negando y al que ya le había hecho un lugar en sus entrañas. Pero también era consciente de que esa tristeza no se debía a Julio, su ex; no lo había amado tanto... ¿Entonces?

Su mente divagaba, pero se quedó inmóvil ante una casa alpina con chimenea que no veía desde su adolescencia, época en la que solía fantasear que ahí vivían dos eternos enamorados. El sol estaba cayendo y le había prestado su tono granate a las gotitas suspendidas en el aire.

Sería triste recordarlo y, sobre todo, concebirlo como una fantasía. La reciente visión de la casa de sus sueños le había demostrado que no siempre los sueños eran fantasías.

¿Cómo había sido posible tanta perfección? ¿Había sido real? Se decidió a desenterrar ese recuerdo. «Qué chica era. ¡Dieciséis años! Quizá fue una ilusión», reconoció acongojada. Mientras rememoraba, notó que se encontraba dentro de su playa secreta, rodeada de acantilados. Miró extasiada a su alrededor y no pudo reprimir un gemido al verse frente a esa roca intacta que se erigía en el centro como un altar sagrado.

La acarició y reconoció, tallado en ella, un nombre que hacía décadas que no pronunciaba.

—Jeremy... —musitó—, bellissimo Jeremy... con tus ojos violáceos, tu cabello negro, tu adolescencia madura y tan diferente a los demás.

¡Qué historia! Ese chico de ascendencia inglesa, que, por defender a su madre de su padrastro, había sido sentenciado y cumplía una condena en el reformatorio de esa zona. Se habían conocido en secreto, en una de las escapadas de él. Se encontraban en esa playita a la hora de la siesta hasta el atardecer. Aquel verano, se amaron sin testigos, prometiéndose amor eterno. Hasta que un día el padre de Alondra los descubrió y la arrancó de ahí para



siempre. Después, la vida siguió...

«Ay, Jeremy, mi dulce amor... ¿Dónde estarás? Fuiste lo más noble y perfecto que jamás haya conocido. ¿Qué habrá sido de tu vida? ¿Estarás vivo? ¿Habrás logrado demostrar tu inocencia? Mientras se reencontraba con sus sentimientos enterrados, sus lágrimas desdibujaban todo a su alrededor. Cuánto dolor enterrado. ¡Cuánto amor! En ese momento, recordó a ese tal Valentín. «Tiene razón», dedujo Alondra.

El llanto se recrudecía y, en el zenit de su abatimiento, Alondra miró hacia el mar con intensidad. Sintióse supersticiosa y ridícula, arrojó su ruego a la eternidad: «San Valentín, No te pido algo para mí, te ruego que, si aún está con vida, ayudes a Jeremy, que sea feliz, que se sienta compensado por todas las penurias e injusticias que sufrió».

Ante ese recuerdo, imploró con más fervor: «Por favor, que sea feliz y muy amado por alguien que lo merezca y que sea el amor que le corresponda para completarse y ser dichoso por siempre». Al terminar el ruego, lloró desconsolada por Jeremy. Y por sí misma.

Ya agotada de tanto llorar, abrió los ojos para ver el atardecer en su apogeo. Se irguió, dispuesta a regresar a su hotel. Sentía tristeza, pero también paz. Tristeza por su soledad, y paz por el pedido que había hecho para Jeremy, una súplica desde el alma.

Se sentiría feliz si tan solo su deseo para él se hiciera realidad. «Eso sí es amor. Él era mi amor», concluyó Alondra, derrotada.

A lo lejos, en ese paraje solitario, la figura de un hombre se estaba acercando. Alondra sintió miedo.

A medida que este se aproximaba, ella pudo divisarlo mejor. Bien parecido, alto, cabello negro, aproximadamente de su edad. De pronto, el hombre se detuvo y se quedó paralizado, observándola.

Alondra creyó escuchar su nombre en el viento. «No, me pareció», se dijo.

—Alondra, sos vos... —afirmó el hombre.

—Jeremy, no podés ser vos... —susurró ella. Y reconoció la mirada noble

de esos ojos violáceos. Esa mirada que nunca había cesado de buscar.

—Siempre supe que volverías... —dijo él con melancolía.

Ese hombre majestuoso irradiaba ternura.

—No puedo creerlo... —repetía Alondra.

—Alondra, seguís bella... —murmuró él.

—Vos también... —susurró ella.

Él le contó:

—Mi tío puso abogados que demostraron mi inocencia, me fui a Estados Unidos, pero algo me hacía querer regresar; no hay que huir del pasado... Volví para instalarme aquí. Ahora escribo y soy guionista.

—Y... ¿dónde vivís? —fue lo único que atinó a preguntar Alondra.

—En esa casa sobre el médano —dijo él, señalando en dirección a la casa alpina.

—¿En esa...?! —exclamó ella apenas con un hilo de voz—. Y... ¿con quién vivís? —inquirió con temor.

—Solo, ¿y vos? —indagó él, vacilante.

—Sola —respondió Alondra, con una gran sonrisa, mientras tomaba la mano que él le tendía. Sus miradas se prometían besos que ya nadie interrumpiría.

---

Relato relacionado con la novela La prima flor.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-prima-flor/MES-099674>

<https://www.facebook.com/betina.shabliko>

## Bruno Puelles

### Boda de invierno

El marido de Dirue volvió una mañana y se llevó a su familia a la casa que habían ocupado antes de la guerra, que había estado vacía durante todos aquellos años. Shururu ayudó a su hermana a realizar el traslado, empaquetando todas las cosas de los niños y entreteniéndolos para que no estorbasen. La casa estaba preparada ya, porque, días antes, Shururu y Dirue habían estado allí abriendo las ventanas, limpiando y haciendo las camas. Dirue lloraba de felicidad: la guerra por fin había terminado y todo volvía a ser como antes. Lo recordaba bien, aunque solo había cumplido ocho años cuando estalló el conflicto. Shururu había tenido cuatro.

Los niños reaccionaron con timidez ante su padre. Dirue también. Aunque se alegraba de tenerlo de vuelta, hacía años que no lo veía. Se habían casado apresuradamente antes de que él se alistase, y el hombre que llegó a Raoamin no era el mismo que se había marchado. Los dos se hablaban con cierta precaución, mirándose mucho, tocándose poco.

Por la noche, también Shururu lloró. La casa de su madre estaba vacía; era increíble el espacio que ocupaban los niños solo con su presencia.

\*\*\*

Desayunaron solas su madre y ella. Shael masticó en silencio,

concienzudamente, como si estuviera triturando ideas en lugar de trozos de pan. Shururu aguardó. Sabía que su madre no tardaría en compartir sus pensamientos.

—Ya no hay gente de tu edad aquí —dijo finalmente—. Tu hermana está casada y tiene a los niños, pero ¿qué va a pasar contigo?

—Yo estoy contigo, mamá —respondió Shururu. No iba a admitir en voz alta que aquello también la preocupaba.

Shael no insistió entonces, pero volvió a sacar el tema cuando sus amigas se acercaron a visitarla por la tarde. No había jóvenes en Raoamin, ¿qué pasaría con la zona cuando no hubiera nadie para trabajar los campos? Todas se sentían inquietas al respecto. La guerra tenía la culpa de todo, como siempre.

—Algunos volverán todavía —dijo una de ellas—. Esto acaba de terminar, están desperdigados por todas partes. Volverán.

—El chico de los Zazahue aún no ha vuelto...

—El chico de los Zazahue murió ahogado. Por accidente. O eso dicen.

—No, ese no. Yo digo el pequeño, Yinnorin.

—Ah, sí, volverá, pero no será pronto, ¿no lo sabíais? Lo han metido en la cárcel... Me lo dijo su hermana. A saber qué haría.

—Nada, ¿qué va a haber hecho? Perdió la guerra, eso es todo.

\*\*\*

Cinco años después, Shururu continuaba viviendo con su madre, lo cual era una suerte porque la salud de Shael había empeorado mucho y ya apenas era capaz de levantarse de la cama. Sin embargo, cuando Thea, la hermana de Yinnorin Zazahue anunció que su hermano volvía a la aldea, Shael pareció recuperar parte de su energía.

—Coge el carro y ve a buscarlo al puerto —le indicó a Shururu—. Thea no va a poder ir, está con los niños.

Shururu asintió y la ayudó a vestirse y a bajar al salón. Le gustó ver a su

madre despejada y dando órdenes: era mucho mejor que ser testigo de cómo se apagaba poco a poco. Le hizo caso y preparó algo de comer para el camino, escogió la mejor ropa para el viaje y comprobó que los arreos del burro estaban en buen estado.

—La granja que tienen Thea y su marido es la de los Zazahue. Hubiese sido para el hermano mayor, el que murió ahogado, pero ahora es de Thea. El pequeño, Yinnorin, no tendrá a dónde ir. Se fue hace mucho tiempo, cuando no llegaba ni a los veinte años, ¿te acuerdas de él? La ciudad le será extraña, imagino. Sus padres ya no viven... Tendrá unos años más que tú, no muchos. Ascendió rápido porque es un elementalista...

Pronunció la palabra con admiración. Los elementalistas eran pocos en Sylros, pero su don era el orgullo de la nación. Gracias a ellos su ejército había sido un rival digno para sus enemigos, eran su arma más temible.

El viaje hasta el puerto fue largo. Cuando Shururu llegó, el barco ya estaba allí. Se encontró a Yinnorin frente al puerto. Era un joven demacrado, serio, que no llamaba la atención por nada. No parecía un elementalista ni tener poder de ningún tipo. La miró con ojos inexpresivos y Shururu recordó que había estado varios años encerrado en la cárcel.

Recorrieron de vuelta un paisaje nevado y silencioso. Shururu le habló de la ciudad, de los animales, de la vida de los habitantes de Raoamin. Yinnorin no dijo nada. Parecía abstraído, pero la miró de reojo cuando ella hizo una pausa, y Shururu supo que estaba escuchando.

\*\*\*

Para Shael era evidente que Shururu tenía que casarse con Yinnorin. Su insistencia crecía a medida que su salud empeoraba. Ya no esperaba mejorar y lo único que deseaba era morir dejando a sus dos hijas casadas. Shururu no tenía corazón para compartir con ella sus dudas.

Toda la ciudad hablaba de Yinnorin, aunque se esforzaba en disimular

cuando él estaba presente. Nadie sabía de qué hablar con él, pero tan pronto como se daba la vuelta, faltaba tiempo para conversar: había estado en la cárcel por hacer cosas horribles durante la guerra, por ser el responsable de grandes matanzas... aunque eso es lo habitual en una guerra, ¿no? Sí, pero es que no es eso, es que mató a un montón de prisioneros, a gente que estaba desarmada; no, era gente que se había rendido y aun así los mató... ¿Los mató él a todos? Sí, él fue...

\*\*\*

Se encontró con él una noche. Lo vio desde el otro lado de la calle, antes de que él se diera cuenta de que ella estaba allí. Salía del templo, que estaba iluminado con una luz cálida. Yinnorin la sacó de allí antes de cerrar la puerta: bolas de fuego se movieron por el aire obedeciendo un gesto sutil de sus manos. Shururu lo contempló, fascinada. Para él aquello era normal. Se relacionaba con las llamas con familiaridad, dejaba que fluyeran tras él, las hacía desvanecerse, las convocaba de nuevo. Lo acompañaron calle abajo y revelaron la presencia de Shururu.

Iban en la misma dirección, así que caminaron juntos.

—No te había visto en el templo de día —comentó ella.

—No puedo meditar si hay más gente —respondió él. Shururu pensó que, después de cinco años en una celda, estaría poco habituado a estar acompañado—. Y en casa de mi hermana hay presencias... —Frunció el ceño, como dándose cuenta de que estaba siendo injusto y reprochárselo a sí mismo—. Aunque no son ellas las que me impiden meditar. Son las personas que están físicamente allí.

Shururu comprendió y asintió.

—Supongo que echáis mucho de menos a vuestro hermano —dijo en voz baja. Él no respondió—. Yo también pensaré en tu familia cuando medite.

Yinnorin la miró con cierta fijeza durante un momento. Las llamas brillaban

en sus ojos, dándole una expresión difícil de interpretar. Sacudió la cabeza.

—Pensar en la gente que ha muerto no sirve de nada.

Estaban ante la casa de Shael, así que se despidieron. Shururu entró, preparó la cena y se preguntó en quién pensaba Yinnorin cuando meditaba.

\*\*\*

Diure cruzó con Shururu una mirada preocupada, porque al invitar a los vecinos a cenar para inaugurar su nueva casa, no había esperado que hablasen de política. Sin embargo, la guerra, pese a haber terminado, seguía presente.

—Ahora los de Coril están por todos lados —se quejaba alguien—. Han ganado, ¿qué más quieren? ¿No van a volver nunca a su país?

—Han estado muy ocupados juzgando a los nuestros. Todo el mundo hizo barbaridades durante la guerra, eso no lo niega nadie, pero... Han ejecutado a tantos de nuestros oficiales solo por cumplir órdenes, por hacer lo que...

—Bueno, a algunos no los han ejecutado, algunos, con unos años de cárcel, se han librado.

—Será que cantaron cuando se lo pidieron. —El que hablaba se llevó un codazo y una mirada de advertencia.

Nadie quería fijarse en Yinnorin, pero todos estaban atentos a él. Suspiró. Se puso en pie, incómodo.

—Todo eso son excusas. Quizá teníamos que haber desobedecido.

No las tenía todas consigo. Le costó decir eso. Shururu creyó entender las palabras que él no había dicho: «Aunque no se me ocurre cómo podríamos haberlo hecho».

Él se fue de la habitación, silencioso, deslizándose por el suelo como las llamas lo habían hecho por el aire. Shururu le hizo un gesto a Diure y salió detrás de él. Se estaba poniendo el abrigo.

—Por favor, discúlpame ante tu hermana.

Shururu asintió.

—¿Cómo evitaste la pena de muerte?

Él no se lo esperaba, pero pareció agradecer la pregunta. La respuesta se había convertido en algo que lo definía. Podía aferrarse a ello en aquel momento, cuando el fin de la guerra había puesto en duda lo que era y en lo que había creído.

—Salvé a uno.

Se miraron en silencio. Uno de los prisioneros. Los mataron a todos, pero él había salvado a uno. Había desobedecido las órdenes. Se preguntaba si había sido suficiente, si se merecía el perdón por eso, que era muy poco y, a la vez, lo era todo.

\*\*\*

Shael estaba tan obcecada con la posible boda que ni se le había ocurrido que su hija pudiera desear otra cosa. Diure aprovechó un momento a solas con Shururu para preguntarle si quería hacerlo.

—Sí.

—Hay más personas en el mundo —sugirió Diure—. Personas que no tienen un pasado tan...

—Me lo ha pedido y le he dicho que sí —cortó Shururu.

Su madre estaba cada vez más enferma, así que la celebración tendría lugar cuanto antes. Sería una de las infrecuentes bodas de invierno, sombrías y llenas de malos presagios. Para Shururu, solo simbolizaba el final de una mala época: después de su boda, los días serían cada vez más largos y llegaría por fin la primavera.

---

**Shururu y Yinnorin** son personajes de la novela *A dónde van los dragones*, del autor **Bruno Puelles**.

<https://www.brunopuelles.es/a—donde—van—los—dragones>

<https://www.megustaleer.com/libros/a-dnde-van-los-dragones/MES-103923>



Camilla Mora

Eres mi ideal

Max salió por las puertas del hospital para hallar a la mujer con la que había salido hacía un par de noches atrás, parada en la entrada. Caían unos pocos copos de nieve y algunos habían quedado capturados en su cabello claro.

—Sarah, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras se acercaba a ella, con las manos metidas en los bolsillos de su guardapolvo blanco, como si eso pudiera ampararlo en algo del frío de invierno.

—No llamaste —reprochó la joven rubia y vestida en un atuendo colorido.

Su comentario lo descolocó. Hacía tan solo dos días que habían tenido su primera cita. Se habían conocido de casualidad, un encuentro fortuito en el que él salía por una puerta y ella entraba, chocaron y él le ayudó a recoger los libros que habían caído de sus brazos.

—¿Eh? No, no lo hice.

Los ojos oscuros de la pequeña fémica se empañaron y Max se tensó. Miró a un lado y al otro, sin saber cómo proceder con una mujer a punto de las lágrimas en la acera, envueltos en un frío de mil demonios y con copos de nieve volando a su alrededor.

—Sé que no soy como las demás.

—No, no lo eres. Pero eso no es...

—No soy normal —sollozó—. Y se agregan mis dos hermanos posesivos,

controladores y sobreprotectores, y tampoco con la sanidad mental de la media.

No, ella no era normal, por lo que no entendía qué diablos había visto en un ser tan plano y aburrido como él. Sarah era etérea, como una pequeña elfa que revoloteaba con sus ideas para libros infantiles, su voz cantarina, sus cambios constantes de temas de conversación, su vestimenta colorida... Pero jamás había tenido una mujer en frente que lo hiciera sentir como ella lo hacía. Era como un remolino que lo envolvía y lo sacudía de un lado al otro.

—Es difícil tratar con ellos a decir verdad, Sarah. Entiendo que son así porque te aman y quieren cuidarte...

—No puedes dejarme, Max —rogó ella al tomarlo de las muñecas, como si con esos débiles grilletes humanos pudiera mantenerlo en el lugar—. Soy tu mujer ideal.

Esa declaración le arrancó una sonrisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Es muy sencillo —expresó, liberándolo—, tú eres mi hombre ideal, por lo que yo soy la tuya. Es simple matemática.

Max soltó un profundo suspiro y se frotó los ojos con cansancio después de tantas horas de privación de sueño, aunque encandilado por la joven.

—Sarah, percibo que, detrás de tu no «normalidad», hay un pasado oscuro y supongo que, en cierto momento, saldrá a la luz, o eso me gustaría. Shhh —la detuvo con una palma en alto—, déjame continuar antes de que me caiga dormido aquí mismo. Hace más de veinticuatro horas que no duermo, no pude volver a mi apartamento al finalizar mi guardia por un accidente masivo. No te llamé porque aún no he tenido un respiro. ¿Tus hermanos son abrumadores? Sí y mucho. ¿Me marean tus cambios de estado de ánimo? Sí, demasiado.

—Max, prometo que...

—Lo comprendo —la interrumpió—, puedo tocar con mis dedos tu vulnerabilidad, la necesidad de que te amen sin condiciones y que cualquier contradicción o diferencia lo vives como un rechazo.

—Oh, Max, soy un desastre. —Se tapó el rostro con sus manos, aunque lo observaba a través de los dedos separados—. Lo sé, y temo que solo voy a enloquecerte. Eres tan normal.

—Lo dices casi como un insulto —se carcajeó Max, y se estremeció cuando una ola de frío le caló hasta los huesos.

—No suelo tener normales en mi vida —estableció Sarah y, luego de una pausa, preguntó—: ¿Ibas a llamarme?

—Después de unas buenas doce horas de sueño y un plato de comida caliente y no de algo salido de una dispensadora. ¿Qué fecha es hoy?

—Trece —contestó ella con el ceño fruncido.

—Bien. En un par de horas me voy a casa, me quedaré dormido aún antes de que mi cabeza llegue a la almohada y te llamaré apenas me despierte. Mañana es San Valentín, tenía pensado una cena romántica, ¿qué opinas?

—Mis hermanos querrán hacerte algunas preguntas más —dijo con cierta vergüenza que tenía sus mejillas de un rojo intenso, o quizás fuera obra del clima helado.

—Querrás decir interrogarme.

—Pero no habrá tortura de por medio, lo prometo. —La sonrisa femenina lo cautivó de tal forma que bien podría ser un trompo del remolino emocional que le produjo.

Max atrajo a la joven a sus brazos y besó la cima de la cabeza rubia.

—Cariño, también presiento que eres mi mujer ideal, pero yo no tengo tan claro como tú mis sentimientos y menos cuando todo parece transitar en un carril demasiado rápido. Necesito ir un poco más lento. Además, no tenía intención de caer tan profundo por alguien cuando aún estoy cursando la residencia en el hospital.

—Temo que desaparezcas —confesó contra su pecho—. Sé que te asusto, que la intensidad de lo que siento es atemorizante, que debería bajar la velocidad, pero no sé cómo, Max. Te amo y sé que no debería decírtelo para no espantarte, pero tampoco sé cómo callarlo. Solo he dicho esas dos palabras

a mis hermanos y quizás creas que soy muy joven... No voy a amar a nadie más, Max. Esto es algo que sucede una sola vez en la vida.

—Sarah, me espantas a cada paso, no lo voy a negar. A cada palabra quiero salir corriendo para el lado contrario. —Ciñó el agarre en la mujer cuando ella se removió en sus brazos—. Eres joven, sí, tan solo veintiún años y bien podrías ser una mujer que recién comienza a vivir, pero tus ojos dejan ver cuánto lo has hecho ya para tu corta edad. —Hizo una pausa y tomó aire—. Siento que esas dos palabras están alojadas en mi corazón, Sarah. Solo permíteme ir a mi ritmo y las verbalizaré, tenme paciencia.

Ella asintió con una solemnidad que estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Entonces, ¿me llamas, luego, interrogatorio de mis hermanos y, por último, cena? No creo que pueda pasar la noche en tu apartamento si no queremos que mis hermanos te asesinen antes de la boda...

—¡Sarah! —exclamó para detener el tropel de palabras y la magnitud de lo que decía—. Más lento, cariño. Más lento —suplicó, acunándole una mejilla—. Permite que lleve las riendas por un trayecto, por favor.

—Entiendo, decir «te amo» y mencionar «boda» quedan aplazados por el momento.

Max chasqueó con la lengua, sacudió la cabeza de un lado al otro y dibujó una amplia sonrisa.

—Ay, Sarah, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Amarme?

—Parece que no me dejas opción, cariño.

---

**Sarah y Max** son personajes secundarios que aparecen a lo largo de la **serie Corazones en Manhattan**, siendo **Corazón sin valor** la primera novela en la que son presentados.

<https://www.megustaleer.com/libros/corazn-sin-valor-corazones-en-manhattan-1/MES-091416>

<https://www.facebook.com/camillamoraescritora/>

Chris de Wit

## Un león en San Valentín

Gabriel cerró el cajón de su escritorio y colocó la cajita sobre la mesa. Al abrirla, una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó en el rostro.

Había mandado a realizar la réplica de un dije que, colgado de un collar, le había regalado a Aniel hacía tiempo, cuando luego de sortear durísimas circunstancias, los dos habían decidido constituir una verdadera pareja. Y su señora álmica nunca se lo había quitado. Pero en esa oportunidad, a la nueva joya la había hecho engarzar en un anillo que le entregaría a la noche.

«Aniel, mi amor».

Guardó el estuche en el bolsillo del pantalón y, levantándose del asiento, se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, se topó con Damián, uno de los silverwalkers más fuertes de la casta. Traía una expresión lúgubre en la mirada y se preocupó.

—¿Tu hermano? —preguntó con cautela.

Sabía que el semblante del gigante respondía al terrible episodio acaecido entre Triel y Brenda, dos personas unidas por fuerzas demasiado poderosas, pero que Triel se había encargado de rechazar.

Damián asintió. Gabriel suspiró.

—Iba en camino hacia la cabaña. ¿Me acompañas?

Gabriel hacía referencia a la casa que había edificado a doscientos metros de la guarida de los silverwalkers para vivir con su esposa.

—No, me quedo aquí. Pero estoy alarmado. Es solo cuestión de tiempo para que Triel...

—No le ocurrirá nada, Damián.

Su amigo meneó la cabeza y la trenza con que sujetaba su larga cabellera se sacudió de un lado a otro.

—¡Puede morir, Gabriel!

—Calma, Damián. Aunque no le deseo a nadie lo que tu hermano debe estar atravesando, tenemos que confiar en él. Brenda y Triel transitarán el camino del reconocimiento de los señores álmicos, que no es fácil pero sabes que, de lograrlo, serán los seres más dichosos de la tierra. Como tú y yo con nuestras mujeres.

Damián bajó la vista. Resultaba perturbador observar una mole de dos metros de alto a punto de resquebrajarse. Pero era el precio que los señores álmicos debían pagar para alcanzar el mayor poder que alguien pudiese añorar: el amor incondicional.

De súbito, lo miró de nuevo.

—Está bien, Gabriel. Que así sea. —Y dándose la vuelta, se retiró.

Gabriel estaba seguro de que, antes de continuar con los asuntos de su hermano, Damián caería en los brazos de Maia, su señora álmica, a quien amaba con locura. La única capaz de ofrecerle paz.

Tocó el objeto en su bolsillo y se obligó a continuar.

Al salir de la guarida, se encontró con un magnífico atardecer que, en esa región de islas y de aguas, era frecuente. El delta enterriano se caracterizaba por su belleza rústica, salvaje y agreste. Era el lugar ideal para permanecer aislados del resto de la civilización y para poder llevar a cabo las tareas que los cinco silverwalkers debían completar: el hallazgo de los demás símbolos que la Estirpe de Plata, a la que pertenecían, requería, y derrotar a sus temibles enemigos: los caídos.

Contempló hipnotizado el color anaranjado del sol. Amaba ese paraíso donde los animales y la vegetación convergían en una pintura de colores y

trazos únicos, el escenario ideal para invitar a su amada Aniel a una noche de San Valentín.

Ninguno de los dos era muy adicto a esa clase de festividades, pero Gabriel quería que su regalo fuese símbolo de la reafirmación del amor que se tenían y del profundo agradecimiento que él sentía hacia su esposa por llevar al hijo de ambos en el vientre.

Su embarazo constituía un hecho histórico para la estirpe, porque un silverwalker jamás había sido capaz de fecundar. Pero la pareja de ellos, a causa del sublime sentimiento que los unía, había sentado un nuevo precedente.

Como San Valentín era el día en que se celebraba el amor, le había parecido la oportunidad ideal para festejar con Aniel. Y por eso se apresuró a reservar una mesa en un restaurant ubicado a orillas del majestuoso río Paraná.

Al ingresar a la cabaña, percibió el olor a rosas de la piel de su mujer, que lo excitaba como un enajenado.

—¡Aniel, mi reina! Llegué.

La risa femenina, que ponía a su miembro duro como una roca, se oyó a lo lejos.

Meneó la cabeza, subyugado. Pronto cumplirían un año de casados, pero el fuego que los abrasaba al hacer el amor continuaba expandiéndose, incluso cuando la panza enorme de su chica a veces les dificultaba realizar algunas posiciones. Se encogió de hombros. En realidad, lo tenía sin cuidado, porque Aniel y él eran muy creativos y adoraban inventar nuevas formas de unirse en la cama o donde fuese.

El sonido bajo de los pasos de Aniel llamaron su atención y, al verla, se quedó sin aliento. Con la larga y rubia cabellera cayendo a la altura de sus nalgas, vestía una braga de color lila suave y un sujetador al tono que ayudaba a destacar el dije ubicado entre sus pechos repletos de leche.

Emitiendo un gemido de placer, Gabriel se precipitó hacia ella y atacó los labios carnosos que tanto amaba. Pero cuando Aniel entrelazó los brazos

alrededor de su cuello y lo atrajo con fuerza, él perdió cualquier atisbo de control.

Se devoraron las bocas mientras se acariciaban con ardor. Gabriel veneraba el cuerpo firme y lleno de curvas que lo transportaba al paraíso.

—Te esperaba —le susurró Aniel al oído.

—Soy todo tuyo, mi amor.

—¿Sabes qué día es hoy?

Gabriel se separó un poco y la observó. Los labios inflamados lo excitaban aún más.

—Catorce de febrero. San Valentín.

Aniel sonrió.

—Te tengo una sorpresa.

Arqueó las cejas, asombrado.

—Yo también.

Los ojos verde mar se abrieron como platos.

—¿En serio? —Gabriel asintió con picardía, porque conocía la curiosidad de su esposa—. ¿Qué es, por favor?

Cuando iba a contestar, la expresión en el semblante de Aniel se transformó. Y no supo cómo ni de qué manera, pero las piernas de su mujer se humedecieron con un líquido que nacía de su parte más íntima.

—¡He roto bolsa!

Al escuchar su grito, Gabriel actuó como si miles de caídos luchasen contra él. La levantó entre sus brazos y, corriendo como un loco, la llevó hacia la guarida en tanto enviaba una orden mental a Damián, a Ruryk y a Astos, el Maestro sanador.

—Estarás bien, mi ángel. Te lo prometo.

No tenía idea de cómo sería el parto de un niño silverwalker, así que, en unos pocos segundos, ingresó al edificio. Damián y Ruryk lo esperaban, y Astos surgió por detrás señalando la habitación de soltero de Gabriel.

Sin demora, y con Aniel gimiendo de dolor, la llevó hasta su cama, donde la



depositó con extremo cuidado.

—Ha llegado el momento —informó Astos con un mohín en la cara.

Cuando iba a asentir, Aniel exclamó:

—¡Gabriel!

A toda prisa, se acercó a ella, quien, con los ojos desorbitados, respiraba como le habían enseñado en las clases de yoga. Le tomó una de las manos y entrelazó los dedos con los suyos.

—Aquí estoy, mi amor.

—Me duele... mucho.

—Lo sé, cielo. Creo que nuestro silverwalker ha decidido asomarse al mundo.

—Recuerda el nombre que le elegimos, Gabriel —murmuró entre sollozos. Y apretando sus dedos con mayor fuerza, cerró los ojos.

Aniel era la chica más valiente que conocía, por lo que debía estar pasándola muy mal si se había atrevido a confesarle lo dolorida que se encontraba. El niño iba a ser grande, ya que ella era alta para el promedio de las mujeres, y él medía dos metros.

Le acarició la frente, que chorreaba de sudor, y se acuclilló a su lado.

—Te juro que no me separaré de ti, mi dulce.

La sonrisa en el rostro de su señora álmica provocó lo mismo en él, y se inclinó para besarle los párpados. Aniel lo recibió con ternura y musitó:

—Justo cuando había preparado todo para pasar una noche de amantes alocados.

Las comisuras de la boca de Gabriel se alzaron y, llevando la mano de Aniel a los labios, le dio un beso en la palma.

—Te aseguro que la tendremos. Pero ahora nos debemos a nuestro pequeñito.

—Que no lo será tanto, Gaby.

En ese segundo, la voz de Astos se alzó con orgullo:

—Mis queridos tortolitos, es hora de comenzar.

A partir de ahí, Gabriel fue testigo de lo más hermoso que cualquier ser vivo podía experimentar en la vida: el nacimiento de un hijo.

Continuó aferrado a la mano de su esposa durante horas, mientras ella se transformaba en la verdadera guerrera silverwalker que era. La mujer incondicional, la compañera leal y la madre más valerosa.

Como si los gritos de dolor se hubiesen transformado en magia, de repente, un llanto repleto de fuerza inundó el lugar. Y Gabriel creyó en los milagros.

Con los ojos cuajados de lágrimas, contempló, primero, a su maravillosa señora álmica y, después, a su niño, cuyo cuerpo pálido contrastaba con la carita roja por los berridos. Aniel, por completo conmovida, estiró los brazos para estrechar al pequeño que Astos le entregaba con satisfacción. Al instante siguiente, le devolvió la mirada con la ternura que lo ponía de rodillas.

Quitándose las lágrimas con los dedos, Gabriel sonrió. E incapaz de controlarse más, se aproximó a Aniel y la besó con voracidad, de igual forma que ella a él. Al cabo de un rato, y con renuencia, se separaron y observaron al bebé, quien había dejado de llorar y se prendía ansioso al pecho de su mamá.

La carcajada de sus padres llamó la atención del niño que, con los ojos entrecerrados, emitió de sus pupilas el brillo plateado que tanto conocían: la señal de los miembros de la estirpe.

Gabriel besó la frente de su hijo. Con él, la Estirpe de Plata y la casta de los silverwalkers iniciaba la gran y esperada evolución.

Aniel apoyó la mejilla en la suya y susurró contra su boca:

—Feliz día de San Valentín, mi guerrero. Te presento a León.

Con un nudo en la garganta, Gabriel extrajo la cajita del bolsillo y, ante la imagen emocionada de su esposa, la abrió.

—Feliz día, mis dos amores.

---

**Gabriel** es un personaje de la novela Cuando te rindas.

<https://www.megustaleer.com/libros/cuando-te-rindas-los-silverwalkers-3/MES-091310>

<https://www.facebook.com/chrisdewitromance/>

Christine Cross

## Enamorado sin remedio

**R**esultaba difícil ser el hermano menor del marqués de Allensbury en medio de una sociedad construida a base de prejuicios y normas absolutas; «pero aún resulta más difícil ser uno mismo», pensó Geoffrey mientras echaba un vistazo a las últimas adquisiciones que el señor Godwin había traído a la tienda de antigüedades.

Siempre había admirado a Daniel y se alegraba de su matrimonio con Isabella. El amor había sustituido el rictus amargo de su boca y la frialdad de sus ojos con una sonrisa que afloraba espontáneamente cada vez que veía a su esposa o escuchaba su voz. Y por eso, en aquel momento, también envidiaba a su hermano. Él tenía una familia: una hermosa mujer y un hijo maravilloso, Aidan. En cambio, Geoffrey estaba solo, como siempre.

Dejó escapar un suspiro de resignación. De nada servía lamentarse, aunque le molestaba enormemente que lo comparasen todo el tiempo con su hermano y, sobre todo, que las mujeres siguiesen utilizándolo para llegar hasta Daniel a pesar de que este estuviese ya felizmente casado.

Ojeó el muestrario de camafeos y joyas antiguas resguardadas tras el mostrador de cristal. Los años les habían dado una pátina de envejecimiento que las dotaba de una belleza singular que atraía la mirada. Sin embargo, aunque le fascinaban las antigüedades, lo que verdaderamente le apasionaba eran los recientes inventos científicos, especialmente lo referente a las

locomotoras. El mundo de los engranajes mecánicos representaba para él un lenguaje sencillo y comprensible, mucho más que el mundo de la alta sociedad londinense o ese otro, misterioso y oscuro, que suponía el amor y las mujeres.

Un objeto le llamó la atención, un pequeño reloj de bolsillo cuya leontina pendía de un clavo incrustado en una superficie de madera. Apreció la caja, labrada con forma de león y bañada en oro. Extendió la mano para cogerlo, pero solo atrapó unos dedos finos, de piel delicada y suave, muy femeninos.

Como si lo hubiese atravesado una corriente eléctrica, retiró la mano con precipitación y se volvió hacia la dueña de aquellos dedos. Se hallaba tan cerca de él, que Geoffrey pudo observar sus largas pestañas rubias, que se rizaban en las puntas, y sus ojos claros como el cielo en una mañana de verano. Unos mechones rizados, del color del trigo, enmarcaban su rostro ovalado; el resto de su cabello quedaba oculto bajo un coqueto sombrero de color azul oscuro.

—Lo... lo siento —balbuceó Geoffrey cuando recuperó el aliento que había perdido tras aquella visión.

Ella desvió su mirada azulada y la posó sobre el reloj que sostenía en la mano.

—Yo diría que su manufactura es francesa; quizás de principios del siglo XVI —comentó con una cadencia suave y melodiosa que hizo que el interior de Geoffrey vibrase como las cuerdas de un violín.

—No soy experto en relojes —le confesó él sin saber qué otra cosa decir.

Ella se volvió a mirarlo y esbozó una sonrisa con la que el corazón de Geoffrey se saltó un latido.

—Entonces, ¿no le interesa?

—El exterior es hermoso —señaló nervioso—, pero a mí lo que me importa es lo de dentro.

—Vaya —exclamó la mujer, sorprendida—, un hombre que no se fija en la apariencia y solo mira el interior; tal vez por eso lleva el lazo de su corbata torcido —añadió divertida.

«¡Maldita sea!», se dijo Geoffrey. Había salido tan rápido de casa, huyendo de su propia soledad, que se había vestido sin la asistencia de Morton, su ayuda de cámara. Notó el rubor en sus mejillas y su cuerpo se tensó. Él no era un hombre de mundo como su hermano; no era capaz de convertir un simple incidente en un agradable coqueteo. Bajó la cabeza para comprobar el desastre que anidaba bajo su barbilla, pero los femeninos dedos delgados y ágiles que antes había atrapado, en ese momento como las alas de un pajarillo enredadas entre los pliegues de su corbatín.

—Ya está —señaló la mujer al tiempo que le daba unas palmaditas sobre el duro pecho.

Geoffrey clavó sus ojos grises en ella. Su corazón adquirió velocidad, como había visto que sucedía con las locomotoras, y le pareció que de un momento a otro iba a descarrilar saliéndose del estrecho hueco que ocupaba en su pecho.

Ella se sonrojó, consciente de lo impropio de su comportamiento, pero le devolvió la mirada. El aire se volvió denso a su alrededor y el tiempo pareció detenerse. Los ojos de ambos mantuvieron una muda conversación en la que había miles de preguntas y ninguna respuesta. Un inoportuno carraspeo terminó con el hechizo.

—*Lady* Sara, me alegro de verla de nuevo. ¿Ha tenido problemas con su última adquisición? —preguntó el anticuario con tono obsequioso.

Era un hombre bajito y redondeado, vestido con una chaqueta de paño verde con botones dorados que lo hacía parecer un árbol de Navidad. Sus ojos oscuros bajo unas cejas pobladas, que contrastaban con su reluciente calva, asemejaban a los de un águila, y su mirada era igual de aguda y penetrante.

*Lady* Sara se volvió hacia él y Geoffrey aprovechó para observar su perfil. Al menos ahora conocía su nombre.

—Ningún problema, señor Godwin —repuso con una sonrisa amistosa—. He venido a comprar un regalo para el día de San Valentín. Es pasado mañana, y casi lo había olvidado.

Las palabras sacudieron a Geoffrey de tal manera que todo su cuerpo se

tenso. Se amonestó a sí mismo por no haber pensado que la dama, siendo tan deliciosa, podía estar ya casada, o al menos comprometida.

—¿Y ha encontrado algo de su gusto?

—Sí, este reloj —dijo tendiéndole el reloj de bolsillo con la leontina—. Es francés, ¿verdad?

—Tiene buen ojo, *milady* —la aduló el hombrecillo—. Entonces, ¿se lo lleva?

Sara sacudió la cabeza.

—Creo que este caballero lo ha visto antes —repuso sin mirar a aquel hombre cuya mirada triste y plateada la había cautivado.

—¡Oh! —exclamó el anticuario visiblemente contrariado.

Geoffrey supuso que complacer a aquella dama debía de ser su prioridad; en realidad, pensó, también sería la suya si aquella mujer no perteneciera a otro. De todas formas, el reloj en sí no le interesaba, solo su mecanismo.

—Puede quedárselo, *milady*.

El comerciante se entusiasmó.

—¿Lo ve, *milady*? Lord Harmond se lo cede encantado. Todo el mundo conoce la generosidad del hermano del marqués de Allensbury —añadió como si pretendiese subsanar su anterior preferencia por la dama.

Geoffrey vio cómo los ojos de ella se abrían por la sorpresa y se volvían hacia él inquisitivos. Luego ladeó la cabeza como si él fuese una obra digna de estudio, lo que provocó que se sintiese incómodo.

El señor Godwin aprovechó el momento para coger el reloj y escabullirse hacia la trastienda al tiempo que murmuraba unas palabras que a él le resultaron enigmáticas.

—¿Usted es el hermano de Daniel?

Él frunció el ceño ante la familiaridad con que la dama pronunciaba el nombre de su hermano. ¿Habría sido una de sus amantes? Por algún motivo incomprensible para él, aquello le molestó.

—Lo soy, *milady* —repuso con sequedad—, pero permítame decirle que

lord Allensbury está ahora felizmente casado, por lo que usted debería centrarse en que ese regalo a su esposo o prometido, por el día de San Valentín, sea lo más sincero posible. Le deseo que pase buen día.

Sara lo observó salir furioso de la tienda al gélido frío invernal que asolaba las calles de Londres y, sin poder evitarlo, soltó una carcajada. Aquel hombre no se parecía en nada a su hermano, y eso era, cuando menos interesante.

Geoffrey salió a la terraza en busca de un poco de soledad. No le importó que su propio aliento se condensase en vapor debido al aire helado, prefería congelarse antes que volver a aguantar otra insustancial charla sobre caballos, política o moda. Inspiró profundamente e intentó relajarse. ¿A quién demonios se le podía ocurrir organizar un baile el día de San Valentín? A su hermano, naturalmente. Estaba tan enamorado de Isabella que no podía dejar de complacer a su mujer.

«Qué sentimiento tan extraño y complejo es el amor», pensó mientras contemplaba las estrellas desde su oscuro refugio. A él lo había golpeado de repente, como un rayo. Llevaba dos días pensando en *lady* Sara. Ella llenaba sus sueños y no lo dejaba concentrarse durante el día. Como si la hubiera convocado con sus pensamientos, apareció a su lado, más hermosa de lo que la recordaba, luciendo un vestido de seda plateado que la hacía parecer una estrella. «Una estrella inalcanzable», se dijo Geoffrey.

—Buenas noches, milord —lo saludó, y su voz envolvió su corazón y sus sentidos como si tuviera magia—. Espero que no siga enfadado conmigo.

—Creo que le debo una disculpa —repuso envarado.

Ella negó la cabeza.

—Supongo que mi comportamiento poco adecuado lo indujo a error —comentó con un tono exento de coquetería y falsedad—; tampoco ayudó el no haber sido presentados adecuadamente. Mi nombre es *lady* Sara Russell. Soy la nieta de lord Russell; para él era el reloj que adquirí.

Geoffrey se sintió mortificado ante aquella revelación. Era la nieta del

primer ministro, del jefe de Daniel, y él la había creído su amante.

—Yo...

—No diga nada —le pidió ella al tiempo que ponía los dedos sobre sus labios para acallar sus palabras—, déjeme terminar. Me sorprendió saber quién era usted porque mi abuelo siempre había insistido en que debía conocerlo. Tenía la idea de que usted y yo podíamos... congeniar, porque a mí también me gustan las antigüedades y los mecanismos extraños...

Ella se interrumpió, sorprendida, cuando vio la ternura que bañaba sus ojos plateados y sintió el cálido beso de los labios masculinos sobre sus dedos.

—Supongo que no podía pedir mejor regalo de San Valentín que esta confesión que me ha hecho, Sara —declaró con una sonrisa—. ¿Qué le parece si comenzamos de nuevo? Mi nombre es Geoffrey Ross, vizconde Harmond.

—*Lady Sara Russell* —repuso ella devolviéndole la sonrisa.

—Ahora que ya hemos sido debidamente presentados... —acercó, despacio, su rostro al de ella y depositó un beso suave en sus labios—. ¡Feliz día de San Valentín!

Los delgados dedos femeninos buscaron su mano y se enredaron entre sus propios dedos, apropiándose de ellos y hablando un lenguaje íntimo.

—¡Feliz San Valentín! —repitió ella.

---

**Geoffrey** es un personaje de la novela *En tu lugar*. Geoffrey es el hermanastro de Daniel, lord Allensbury.

<https://www.megustaleer.com/libros/en-tu-lugar/MES-099253>

<https://martalujan.wordpress.com/>



Díaz de Tuesta

## Regreso por San Valentín

—**M**e da la impresión de que no te das cuenta de la gravedad de lo que estás haciendo. ¡Por Dios, Salva! Llevas demasiado tiempo tirando tu vida por ahí, de cualquier modo —estaba diciendo Conchi al borde del enfado.

Él no hizo caso. ¿Para qué? Llevaba oyendo lo mismo, una y otra vez, desde que los había recogido en el aeropuerto, aunque fuera a distintos ritmos y con variaciones. Zuriñe, la chica de Bilbao que había conocido en un McDonald's de Baker Street, iba tumbada en el asiento trasero. Con lo que había bebido y los porros fumados como despedida de Londres, seguro que ya estaba dormida. Mejor.

Suspiró interiormente y siguió contemplando su reflejo en la ventanilla. Estaba pensando que no tenía mal aspecto, pese a que llevaba varios días sin dormir apenas, comiendo cualquier mierda y bebiendo mucho. Ventajas de ser un tío atractivo: Salva no estaba demasiado pagado de sí mismo, pero sabía que jamás le había costado ligar cuando se fijaba en una chica. En el cristal no conseguía distinguir bien sus ojos, de un gris más claro del habitual en su familia. Solo esperaba que no estuvieran muy inyectados en sangre.

El cabello oscuro, más corto por detrás que por delante, formaba una especie de cresta en lo alto de su cabeza. Solía ocurrir cuando estaba nervioso y se tiraba de los pelos, así que intentó peinarlo un poco. Si ese era todo el desastre, al menos tenía fácil solución. La camiseta y los vaqueros rotos le

gustaban y no pensaba cambiarlos, aunque podía imaginar la cara que iba a poner su padre cuando lo viese.

No iba a ser un reencuentro de telefilme norteamericano, desde luego, ni siquiera tras tanto tiempo fuera de Bilbao.

—¿Me estás oyendo? —insistió, de pronto, Conchi.

Salva bufó. Decidió pincharla un poco.

—¿Oírte? No podría evitarlo ni aunque quisiera —replicó, sarcástico—. Mi móvil se ha quedado sin batería y no puedo escuchar música.

—Muy gracioso. Eres un idiota.

—Eso, seguro.

—Ya.

Avanzaron en silencio durante un par de kilómetros. Ella conducía con el ceño fruncido y Salva se dedicó a observarla de reojo. Hablando de cabellos, esa semana Conchi lo llevaba del tono que a él le gustaba, aquel rojo intenso que le sentaba tan bien. ¿Significaría eso algo, lo habría escogido por él? A saber. Quizá era un mensaje, quizá le estaba indicando que también tenía en cuenta que se acercaba un nuevo San Valentín, uno como el último que vivieron juntos, aquel tan revelador, espontáneo y divertido. Ojalá.

Conchi siempre había tenido una melena increíble, abundante y larguísima. Ese día, se la había recogido en una especie de mezcla entre moño gótico y greñas resultantes de un ataque sideral. Se imaginó deshaciéndolo con los dedos, aferrando a puñados aquellos mechones incendiarios y besándola hasta dejarla sin aliento.

La idea lo excitó más de lo que había estado en ningún momento durante su larga escapada londinense.

—Te queda bien el pelo así —murmuró, antes de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—No me vengas con esas. —Conchi lo miró, furiosa—. No vas a hacerme olvidar los malos ratos pasados. ¡Desapareciste, sin más, Salva! ¡Si supimos de ti fue por las pesquisas de Javier, no porque tú te dignases a hacernos una

miserable llamada de teléfono, puto egoísta de mierda! ¿Te parece la forma de comportarse de un adulto? —Dio una palmada en el volante—. ¡Y, luego! ¡No volver, dejar que pasasen así los meses, sin una sola palabra!

—No me jodas... —Salva apretó los labios. Se sentía extraño, inseguro. Ni siquiera sabía si estaba enfadado o contento. Todo dependía de una respuesta —: ¿De verdad te ha importado algo?

Conchi parpadeó, tomada por sorpresa. Apartó la vista y la clavó al frente, como si de pronto encontrase fascinante el tráfico en la entrada de Bilbao.

—No sé por qué dices eso. Pues claro que nos ha importado. Tu padre lleva meses sin levantar cabeza y...

—No te he preguntado eso. He preguntado si *te* ha importado *a ti*.

—¡Pues claro! ¡También a mí! ¿Qué esperabas, que me diese igual y me dedicase a elegir qué peli ver o qué falda comprarme?

—Pues no sé, pero creo que, una vez más, no me has contestado.

—Estás insoportable.

—Ya. —Era verdad, y lo odiaba. Mejor dicho, se odiaba. Por eso no había vuelto en todo ese tiempo, ni había llamado, ni nada. No conseguía centrarse y empezaba a pensar que jamás lo haría. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Para una vez que le interesaba de verdad una chica, tenía que ser... *ella*—. Siento haberte preocupado. De verdad. No sé qué me pasa. Bueno, sí, claro que lo sé. Ambos lo sabemos.

Conchi lo miró, nerviosa.

—¿Por eso te fuiste?

—Claro. Y si he vuelto ha sido por conocer a mi sobrino. —Su hermana Natalia había tenido un hijo dos semanas antes—. Pero, luego, creo que me iré otra vez.

—¿Adónde?

—¿Y qué más da? A Tailandia, quizá. —Lo decidió de pronto, aunque bien pensado no era mala idea. Era un país precioso y hacía calor. Se recostó en el asiento y alzó el pie para apoyar la bota de aire militar en el salpicadero—.

Hace poco vi un documental, menudas fiestas celebran allí, en la playa. Y decían que podías vivir de sobra con doscientos euros al mes, de modo que, con la paga que me pasa mi padre, podría dedicarme a tomar el sol y, aun así, ahorraría un buen dinero.

—Baja el pie de ahí. —No obedeció. Conchi hizo un gesto de contrariedad—. Ya tienes veintiséis años, Salva. Deberías encontrar algo de sentido a tu vida.

—Sé la edad que tengo. Y sé la edad que tienes tú. A mí, nunca me ha importado.

—Te digo que te calles. —Miró por el retrovisor. Él la imitó. Tal como imaginaba, Zuriñe se había dormido. Estaba muy graciosa, con la cabeza arqueada y la boca abierta, roncando bajito. De haber tenido algún interés en ella, le hubiese hecho una foto para bromear más tarde, pero le daba igual—. Quedamos en que no hablaríamos de eso.

—¿Quedamos? No, perdona. Que yo sepa, lo decidiste tú solita. —Salva bufó—. ¿Por qué no puedes reconocerlo? Nos enrollamos, Conchi. Era San Valentín y nos pusimos tiernos.

—¿Tiernos?

—Vale, follamos como locos, es verdad. Tú y yo. Pero no fue solo sexo, y lo sabes. —Conchi no replicó, así que decidió insistir—. Me gustas. Te gusto. Te quiero... —Esperó un segundo—. ¿Me quieres?

—¿Qué dices? Eres un crío.

—Y una mierda. No me hagas enfadar.

—Bueno, pues lo diré de otro modo: yo soy demasiado mayor para ti. Ya no volveré a cumplir los cuarenta, Salva, ¿te das cuenta? Te llevo muchos años, demasiados. Y tu padre es mi jefe. Si se entera, me mata.

—Tonterías. No dices más que tonterías. —Bajó el pie por fin, pero para girarse mejor hacia ella—. Quedemos esta noche. En tu casa. Llevaré pizza, de bonito, pimientos verdes y anchoas. Seguro que te sigue gustando.

—Salva...

—Vamos. Estoy seguro de que sí que me has echado de menos. Mucho. — Puso una mano en su rodilla, sobre la piel desnuda que dejaba a la vista la minifalda. Conchi se sobresaltó y el coche dio un pequeño bandazo. Salva se echó a reír—. ¿Lo ves?

—Quita. —No obedeció tampoco. Conchi estaba tensa, su pecho subía y bajaba agitado, pero no hizo más por apartarlo. Los dedos de Salva se volvieron más osados y empezaron a deslizarse por el muslo, hacia arriba, bajo la ropa. Conchi se estremeció. Cuando habló, su voz sonó más grave—. ¿Y tu amiga? O tu novia, vaya. Creí que estabas con ella.

—¿Zuriñe? Solo es una amiga. —Teniendo en cuenta que nunca había hablado más de dos frases seguidas con ella, se encogió de hombros—. Yo diría que ni eso. No te preocupes.

—No me preocupo. Me da igual.

—Mentirosa. —Rozó la ropa interior, bragas de encaje, si no se equivocaba, como las de la última vez. El clítoris estaba allí, al otro lado, caliente y húmedo, infinitamente sensible. Conchi se sobresaltó, apretó los muslos y el coche dio un nuevo bandazo. Esa vez, estuvieron a punto de estrellarse con otro vehículo que tocó el claxon de forma alarmante—. ¿Nerviosa, corazón?

—¡Para, coño! —protestó ella, dándole un manotazo—. ¡Conseguirás que nos matemos!

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz amodorrada de Zuriñe.

—Nada. —Salva se sentó bien y suspiró. Tendría que esperar a la noche, si es que conseguía convencerla. Qué diantre, lo conseguiría—. Vuélvete a dormir, te despertaré cuando llegemos a tu casa. —Esperó unos momentos antes de continuar—. Admito que he vuelto por el hijo de Nat, pero también por otra cosa. —Conchi no dijo nada—. ¿Sabes qué día es mañana?

Ella también se tomó su tiempo. Cuando habló, había recuperado la compostura. Tentado estuvo de volverla a excitar. Así aprendería a hablar de edades y demás bobadas.

—Catorce de febrero, claro.

—Exacto. El día de los enamorados. —Conchi cerró un único segundo los ojos, con fuerza—. Por eso he vuelto hoy, y no ayer ni la semana que viene. Hoy. Por mi parte, espero que el mensaje haya quedado claro. —Nada, silencio. Decidió ser más directo—. Tienes que cenar conmigo. Y, esta vez, no voy a admitir un «no» por respuesta.

Ella dudó, aunque no tanto como temía. Vio que se mojaba los labios con la punta de la lengua.

—Vale.

—Genial. —Casi no podía creerlo, pero ahí estaba, lo había conseguido. Y no dejaría escapar la ocasión de hablar muy en serio sobre lo que estaba pendiente entre ellos. Pero mejor hacerlo después de un orgasmo. O dos. O un número indeterminado con tendencia al infinito. Contempló el paisaje—. Sé que tienes razón: necesito centrarme un poco. Mi vida lleva demasiado tiempo siendo un caos.

—Sí. Deberías buscar un trabajo y sentar la cabeza.

—Lo sé. Conchi...

—¿Sí?

—¿Me has echado de menos? Y ya sabes a qué me refiero.

Ella lo miró. No contestó, pero, en realidad, tampoco lo necesitaba.

---

**Conchi y Salva** son personajes secundarios en la novela *El mal causado*. **Salva** es el hermano pequeño de la protagonista, **Natalia Chueca**, y **Conchi**, la secretaria de la agencia de detectives de su padre, **Salvador Chueca**.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-mal-causado/MES-095007>

<https://diazdetuesta.wordpress.com/>

Eleanor Rigby

## La eternidad es un minuto

Jasper sabía mejor que nadie el precio a pagar por cumplir un sueño, pero nunca hubiera imaginado que sería tan alto, teniendo que entregar la propia vida para salir de su encierro. Lo llevaba sospechando un tiempo, pero solo entonces fue evidente que, en aquel lugar, trataban mejor a los muertos que a los vivos. Él aún estaba entre los dos mundos, pero pretendía entregarse, aunque solamente fuera por morir fuera de su celda.

No podría decir cuántas horas llevaba en *la habitación de las paredes blancas* ni cuál era el trasfondo de que les preocupara rescatarlo de las fiebres. Todo estaba borroso. Sí recordaba haber sido encontrado entre sudoraciones y escalofríos en su cámara personal. Después... ya no podía estar seguro. Solo le constaba que lo habían sacado de allí porque ya no percibía el olor tan característico de la cárcel, de su cárcel: heces, sudor, orina, cerrado, humedad, lágrimas y desesperación.

Se suponía que, tras un año entre rejas, sus sentidos deberían haber quedado obsoletos, inútiles. Por lo pronto, no veía ni hablaba tan bien como solía. A veces se le hacía insoportable abrir los ojos y ver unos barrotes que nunca cederían a sus arranques de rabia, y se negaba a enloquecer reprochándose a sí mismo en voz alta, como hacían el resto de los prisioneros. No obstante, su olfato había desarrollado una capacidad innata para reconocer cualquier variación en el ambiente, y en medio de la nada, del vacío y del sufrimiento,

distinguió el tratamiento más sutil que podría recibir el aire.

Lilas. Olía a lilas. El perfume de las lilas acoplado a la piel tersa de una mujer, al algodón que la vestía.

—Dios mío —oyó que murmuraba una voz femenina. Esa invocación a deidades que le dieron la espalda consiguió forzarlo a recuperar la conciencia. Intentó abrir los ojos y dirigirse a la criatura que le hablaba, en vano—. ¿Cuánto tiempo lleva así...? Tiene escalofríos y está al borde de la deshidratación.

No es que fuera una voz dulce, lo que también supuso un impacto casi doloroso a nivel físico en un hombre como Jasper. Es que no era desagradable, cosas radicalmente distintas. Él se había acostumbrado en los últimos tiempos a ser vejado, manipulado, golpeado, incluyendo gritos violentos. Aquel tono suave, en cambio, pertenecía a alguien que no tenía nada que ver con el infierno del que él había salido. Era ajena a todo y a todos, y por ser sencillamente hermosa, fresca e insólita, se aferró a ella para despertar.

—Está tan débil... ¿Quién lo ha estado tratando?

Jasper volvió a estremecerse, pero no porque las fiebres estuvieran arrebatándole halos de vida, sino porque percibió la ansiada compasión que llevaba años necesitando. Ella era la piedad, pensaba en su inconsciencia. Había aparecido para salvarlo del calvario. Y por eso, no pudo oír nada ni a nadie más.

Entonces sintió el roce de sus dedos en la mejilla. Una mejilla ahuecada de niño desnutrido, donde crecía la barba desigual que antaño perteneció a un caballero de a pie. Jasper había aprendido a no creerse merecedor de nada que pudiese ser agradable para los sentidos, pero el miedo a la muerte y a no volver a sentir nada igual lo obligó a arrastrarse hacia su caricia. El cálido suspiro que ella emitió lo trasladó a una época de libertad, a un escenario de brisas estivales y abanicos batiéndose en el aire.

—¿Me oyes? —preguntó. Su voz sonó más cerca—. ¿Cómo se llama?



¿Alguien sabe su nombre?

—Nos lo han traído de Downing Lime sin documentación ni descripción alguna —contestó otro—. Solamente han dicho que es una persona importante y que más nos vale hacer algo para que sobreviva.

—¿Cómo? ¿Lo han dejado aquí, sin más...? ¿Medio moribundo? ¿Y no hay nadie que responda por él, o que vaya a...? —Su voz se quebró. Jasper se tensó al oír un sollozo—. ¿Cómo es posible...? Este hombre está...

Ella estaba llorando. Estaba llorando por él, por su sufrimiento. Uno cuyo alcance desconocía. Probablemente aquel ángel no tuviera idea de qué era Downing Lime, ni mucho menos de la forma que tenían de corregir las desviaciones de las almas miserables. Quizá por eso debiera haberla odiado, por lamentar calamidades a las que era ajena: por quitarle a él lo único que le era exclusivo y que nunca compartiría con nadie. Su historia.

Sin embargo, no pudo soportar su llanto, casi como no podía soportar sus dolores. La sensación de frío se agolpaba directamente en sus sienes, los músculos agarrotados le impedían flexionar un dedo y apenas escuchaba sus propios pensamientos. Estaba a punto de morir: era la expresión que ella se había reservado por lástima. Y seguramente ese fuera su destino, pero se rebeló antes contra este decidiendo que no dejaría mundo sin consolarla.

—J... —empezó a balbucear. Temió que ella no pudiera entenderlo—. J-Ja... Jas...

—¿Cómo dices?

—Jasp... er. M-me ll... llam... o... Jasp... er.

—¿Jasper? —repitió el ángel. Sus músculos fueron relajándose en cadena, como si la pronunciación de su nombre en aquellos dulces labios hubiera significado el perdón definitivo. Ella lo desencadenó de la degradación y purificó de tal manera que sintió que su alma se elevaba—. Jasper, no te duermas, ¿de acuerdo? Voy a hacer todo lo que pueda para que te encuentres mejor. Solo tienes... un poco de fiebre, y necesitas algo de comer, pero en cuestión de unos días estarás totalmente recuperado y podrás volver a casa.

¿De acuerdo? ¿Entiendes lo que te digo, cariño?

«Volver a casa». Estaba tan débil que, en lugar de pensar en quiénes lo esperaban en realidad, se abrió ante él un escenario imaginario en el que regresaba a Irlanda con su hermana. «Joyce...». Cinco letras que significaban su último esfuerzo por aferrarse a la cordura. Un minuto lejos de la única persona que lo amaba y lo perdonaría era un martirio solamente equiparable al brutal efecto de la verdad: su casa ya no estaba allí, sino en los sótanos de Downing Lime.

—No —tartamudeó con la voz ronca. Siguió un ataque de tos que casi lo ahogó—. No. No...

—¿No? —repitió ella—. ¿No quieres que te ayude? Estoy aquí para curarte, Jasper. No puedo hacer nada más...

—No... No... No te va... yas... N-nunca. Nece... si... si... to...

Jasper exhaló como en el final de un poema recitado al sentir de nuevo el céfiro de su tacto. Ella había envuelto sus mejillas con las palmas, tratando de calmar sus violentos temblores. Estaba ardiendo, pero sentía tanto frío que apenas podía moverse. Y quería moverse hacia el ángel.

—Tranquilo, estoy aquí, contigo. No me pienso marchar hasta que te encuentres bien, ¿me oyes?

—N-no... llo... res...

—No lloro —sollozó ella—. Es que soy nueva y... y... Eso no importa. Me quedaré a tu lado si me necesitas, te lo prometo.

El ángel entrelazó sus dedos con los de él. Solo eso; un gesto sencillo, que reivindicaba su juramento y lo hacía palpable, más creíble. Jasper se estremeció cuando ella le envió las fuerzas que necesitaba para sobrevivir de un solo apretón. Una mano pequeña, muy fina, terriblemente tersa y delicada. La mano del efecto mariposa, que con un aleteo podía levantar un huracán en la otra punta del mundo. Él se sentía en esa lejana ubicación, a océanos de distancia de merecer su compasión, pero con el cuerpo igualmente arrollado de pasión genuina.

Ese soplo de energía transmitido reactivó sus sentidos, confiriéndole la osadía necesaria para desafiar su decadente vitalidad. Jasper luchó contra el peso de sus párpados para mirarla una sola vez: una sola vez sería suficiente para ir al infierno con el corazón caliente.

Tuvo que parpadear dos veces para absorber cada detalle del rostro que lo observaba atentamente. Veía borroso y ni siquiera estaba seguro de que no fuese un espejismo, una tentación maligna, un castigo más. Pero captó suficiente realidad en sus ojos oscuros para confiar en que estaba allí, con él... y por encima de eso, amó tan profundamente lo que vio en su mirada dulce y directa que se negó a no creer en ella. Se negó. Si pensar que esa mujer era una realidad tangible, era el primer signo de locura, entregaría su sensatez sin remordimientos.

—Di... me... Dime tu... nom... bre. P-por f... favor.

La joven pareció descolocada un instante, incluso nerviosa por la pregunta. Pero su mirada no tardó en intensificarse, cobijando un sentimiento de certeza que el propio Jasper dedujo enseguida. Le confesaría todas las verdades del mundo y los secretos de la cristiandad, porque al día siguiente, él ya no estaría allí para contarlas.

—Claire —contestó en un susurro—. Claire Holland.

—Claire —repitió él, decidido a no volver a cerrar los ojos—. Claire.

Ella sonrió, enseñando todos los dientes, y Jasper volvió a dudar que su presencia fuera palpable. Estaba convencido de que, si estiraba el brazo hacia su uniforme de enfermera, se desvanecería. La certeza de que ella fuera el fantasma de lo que necesitaba estuvo a punto de hacerle suplicar un beso. El último beso. Pero por encima de ese anhelo estaba el miedo a que pudiese desaparecer y sumirlo en su soledad para siempre.

—D-dime que no... es... —balbuceaba—, q-que no es un su... eño.

Ella le concedió la paz con tres palabras una segunda vez, después de ese necesario «me quedaré contigo».

—No lo es.

La creyó ciegamente. Porque la necesitaba, porque ella siempre diría la verdad en sus fantasías y, por encima de todo..., porque necesitaba una razón para sobrevivir a esa noche y a todas las que siguieran. Y esta estaba encerrada en su voz, en las lilas invisibles alojadas en su cuello, en el negro azabache de sus ojos honestos.

—Si sobrevivo..., iré a buscarte —juró con la garganta seca—. Y si no... Te estaré esperando.

El dolor lo atravesó de nuevo, pero se negó a ceder tan pronto. La usaría como escudo y como arma, memorizando su imagen para tener algo hermoso que mostrarle al Diablo; para poder decir que sabía amar. Que lo hizo una vez. Solo un minuto..., pero el minuto que duró la eternidad.

---

**Jasper** es un personaje secundario que pertenece a la novela *Cómo salvar a un barón de sí mismo*.

<https://www.megustaleer.com/autor/eleanor-rigby/0000957306/>

<https://www.instagram.com/tontosinolees/>

Emma J. Care

## Inesperado San Valentín

Esa noche, Tina se miró en el espejo del vestidor. Tras un baño relajante, su cálida piel emitía un suave aroma a rosas. Estiró la mano y alcanzó el camisón que había estrenado en la luna de miel. Había durado poco puesto. Se sonrió por aquel recuerdo. La seda se deslizó seductora sobre su estrecho cuerpo, se pegaba realzando sus senos, las caderas, y se introducía, sugerente, entre sus piernas y marcaba levemente el monte de Venus. Se aprobó a sí misma. Sin poder evitarlo, dibujó con la punta del dedo índice la forma de sus pechos, bajó por el dorso hasta su provocadora uve. La tela le rozó el clítoris. Un pinchazo de excitación se clavó en la trémula carne de su sexo. El suspiro que escapó de sus labios la despertó de sus evocaciones.

Recobró la cordura y se acarició el vientre... Se regocijó en esa idea.

Asimismo, Pablo había aterrizado en España hacía una hora cuando saludó al portero y entró en el ascensor. Su amigo Julián había ido a buscarlo, cómplice en la sorpresa que le iba a dar a su mujer. El viaje desde Francia había sido un suplicio. Su mente le insinuaba, incesante, estimulantes imágenes de Tina. Se ganó una buena erección. La había echado de menos esa semana. La noches fueron lo peor, pues la necesidad de estar enterrado entre sus piernas se hacía más vívida. Apoyó una mano en la fría pared del cubículo y dejó caer la cabeza hacia delante, justo en el momento en que su endurecida entrepierna palpitó de nuevo. ¡Quería tenerla ya! El sonido de la campanilla

retumbó en el interior de aquel metálico habitáculo que lo separaba de su casa.

Salió a grandes zancadas.

Se paró delante de la puerta, respiró hondo y metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta, se encontró con la casa iluminada a media luz y a Tina, delante. Le sonreía ilusionada a la vez que seductora. Entró. Compartieron una ardiente mirada llena de intenciones. Ella, cautivadora, retiró los tirantes de aquel fino camión, que no le permitía disfrutar de sus encantos, por los hombros, con movimientos medidos. La fina tela reptó y dejó a la vista aquellas curvas que le quitaban el sentido. Dio un paso hacia delante, cual depredador. Ella giró sobre sus pies y se alejó, ofreciéndole una visión espectacular.

Tina entró en el dormitorio y se paró al borde de la cama. Esperó. En cuestión de segundos, sintió el tacto áspero de la camisa en su espalda mientras una mano de Pablo se posaba sobre su cadera. La pegó a él para hacerla partícipe de su enhiesto miembro. La otra, le aprisionó un pecho, se lo masajeó y estimuló el pezón con la yema del pulgar. Se excitó más. Pablo le arrebató el aire al besar su hombro desnudo, al ascender por su cuello hacia el lóbulo de la oreja, que succionó con ganas.

Tina ya estaba perdida en un mar de ardientes sensaciones.

Los dedos de Pablo reptaron de su cadera al pubis. Separaron sus húmedos y tiernos pliegues.

El tiempo se detuvo.

Los primeros rayos de sol de la fría mañana de febrero encontraron a Tina despierta, arropada por el cuerpo de su marido que la sostenía fuerte contra él. El corazón le latió más rápido al darse cuenta de la fecha que era: 14 de febrero. Él había cumplido su promesa. Siempre lo hacía. Desde que se habían casado, desde aquel verano que retomaron su relación, nunca faltó a su palabra.

Semanas atrás había estado agobiada por no saber qué iba a regalarle.

Ya estaba segura.

Se colocó sobre su espalda y se topó con la tierna mirada color chocolate de Pablo, que la observaba con infinito amor.

—Buenos días.

—Feliz día de San Valentín. —Le regaló un tierno beso y se tiró encima de ella—. Podemos...

—Cuidado. —Se le escapó una risilla entre nerviosa y traviesa.

Iba a besarla y, en el último instante, ella se separó. Él frunció el ceño sin comprender. Tina le cogió una mano y la colocó en su vientre, entre sus cuerpos.

—Feliz día de los enamorados.

---

**Tina y Pablo** son los protagonistas de El sabor del último verano y de El fino hilo de la mentira.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-fino-hilo-de-la-mentira/MES-101893>

<https://www.facebook.com/EmmJ.Care/>

## Encarna Magín

### Hija de la Luna, hijo del Sol

Cuenta la leyenda que, en el Edén, un lugar puro, libre de mentira y pecado, convivían en armonía todas las especies animales y vegetales. Por el cielo volaban mariposas con alas de cristal que se transformaban en hadas. En los ríos y lagos, habitaban duendecillos y gnomos con capacidad de convertirse en peces plateados y dorados. Los bosques se inundaban de las risas de criaturas mágicas como unicornios, cuyas colas eran arco iris y, cuando el viento las ondeaba, desprendían estrellas multicolores.

El Edén era un lugar perfecto para vivir. Se respiraba paz, felicidad y plenitud, y el odio, celos, envidia... no existían porque no tenían cabida en las almas de sus habitantes. Todo estaba bien; nada podía perturbar aquella vida de ensueño anhelada por cualquiera. Hasta que un día el amor se volvió atrevido y un león llamado Sol se enamoró de la sirena Luna. Un sentimiento que era luz en sus corazones y sonrisas en sus bocas.

Sin embargo, Satán, rey del Infierno, siempre al acecho y rabioso por el tierno cariño que se profesaba la joven pareja, juró separarlos. Quería castigarlos, que se odiaran por atreverse a quererse de aquella manera tan pura, por lo que su maldad se manifestó de muchas formas, todas ellas tentadoras. Él no se conformaba con menos y preparó regalos envueltos en satenes suaves, donde se ocultaban espinas envenenadas de odio y afilados cuchillos con los que lastimar los buenos sentimientos que anidaban en el



interior de Sol y Luna. Sin embargo, ni las espinas alcanzaron a rozar la carne de sus víctimas ni los cuchillos lograron clavarse en los cuerpos de los enamorados. Siempre había una mariposa convertida en hada, o un duendecillo que se transformaba en un delfín plateado, o los destellos de las colas de los unicornios que se interponían entre Satán y la pareja.

Aquel ser maligno, derrotado y desesperado, se marchó, pero prometió regresar con más fuerza e inteligencia. En la oscuridad de su escondite, espiaba cómo Sol y Luna, día tras día, se prometían adoración eterna. Ellos se cuidaban, se protegían, se mimaban bajo su mirada atenta, provocando que cada día sintiera más envidia por aquel despliegue de puro amor, un amor capaz de abrir mares, cruzar desiertos y volar hasta el infinito. Aun así, tuvo paciencia, porque sabía que, tarde o temprano, llegaría el día en el cual podría vengarse y convertir el amor en odio.

Pasaron años, siglos, milenios... Fue un día como cualquier otro en el que el ansiado momento que esperaba Satán llegó; entonces regresó al Edén con un nuevo plan. Seguro de su victoria, se convirtió en un ángel e intentó engañarlos cambiando de táctica. Les ofreció una copa de vino, el demonio aseguró que era la bebida más sabrosa que existía. En realidad, contenía agua del río Lete teñida de sangre. «Las aguas del olvido», como muchos las nombraban, pues quien bebía de ellas se olvidaba de su pasado y presente. La pareja se negó a beber de aquel líquido, pues las fuentes de Edén calmaban su sed y tenían suficiente. Después, Satán les prometió tesoros, poder y una vida llena de lujos. Bien sabía el oscuro personaje que tales dádivas contenían las simientes del odio, avaricia y crueldad que echarían raíces en aquellos corazones puros y, poco a poco, apagaría la luz del amor que habitaba en sus inocentes almas, sin que nada ni nadie pudiera impedirlo. Pero otra vez Luna y Sol no aceptaron los regalos, porque en el Edén tenían todo lo necesario para ser dichosos.

Con cada rechazo, la furia de Satán crecía más y más. Comprendió que jamás podría separarlos; y mucho menos convertir su amor en odio, por lo que tomó una decisión. El diablo, poseedor de unas garras retráctiles, curvadas y

afiladas como la mejor espada, no dudó en sacarlas y, en un abrir y cerrar de ojos, degolló a la pareja con la alegría de un psicópata asesino. Sintiendo victorioso, Satán se carcajeó largo rato mientras la sangre salía de sus cabezas cercenadas. La vida se escapaba de dos seres culpables de amar, dar, recibir, ofrecer...

No obstante, la magia del puro amor siempre encontraba el camino de la supervivencia. La sangre del león y la sirena, que resbalaba por la tierra fértil de Edén, se unió en un clamor agónico por sobrevivir, y Sol y Luna se convirtieron en dos preciosas chispas. Danzaron por el aire contentos con su nuevo aspecto; su baile era luz que serpentea aquí y allá en plena armonía. Sus risas se escuchaban más allá del paraíso y se convirtió en música para los oídos.

Satán no soportaba tanta felicidad, la rabia lo tenía dominado, anhelaba destruirlos para siempre y lanzó su última arma: un hechizo letal que nunca nadie había podido detener. Sin perder tiempo, aglutinó en sus garras todas las fuerzas existentes en el Infierno.

Dicho y hecho. El sortilegio maligno se abrió paso, alcanzó a la pareja y todo explotó. Remolinos de luz blanca colisionaron con los relámpagos negros de Satán; ambas energías lucharon por hacerse un lugar en el espacio. Entonces, para protegerse de aquel ataque infernal, Luna se convirtió en una preciosa bola plateada y Sol, en una enorme esfera incandescente. Satán no había logrado matarlos con su malvada magia, sin embargo, no fracasó del todo, porque los condenó a perseguirse para toda la eternidad y a no encontrarse jamás.

Pasaron los siglos, uno detrás de otro, la pareja intentó alcanzarse, tocarse... Pero todo esfuerzo caía en frustración y, por mucho que corrían, no lograban ni tan siquiera rozarse. Llegó un día en que la Luna y el Sol quedaron cara a cara en un eclipse solar. Se miraron, se susurraron lo mucho que se amaban, intentaron acercarse, no obstante, todo esfuerzo quedó en nada. Era tanta la desesperación que sentían que no pudieron evitar que lágrimas de plata y de

oro se derramaran de sus respectivos ojos: las plateadas cayeron al mar y las doradas, en el desierto. Lejos de diluirse en el paisaje, se aferraron a la vida que les llegaba por la noche y por el día cuando el Sol y la Luna los alimentaban con sus rayos esperanzadores.

Esas lágrimas lucharon cada día por existir y pelearon contra miles de tormentas, centenares de huracanes y decenas de terremotos... Se convirtieron en mudos espectadores de injustas guerras, que provocaron que ríos de sangre regaran el hambre, la mentira, el dolor, el odio y la venganza.

Y por fin las lágrimas germinaron con tanta fuerza que ni el aliento del invierno y del verano abrasador se atrevieron a tocar. En el mar brotaron nenúfares de plata, en el interior de cada flor había una niña transformada en chispa; eran las hijas de la Luna. Por el contrario, en el desierto nacieron lirios de oro que cobijaban entre sus pétalos niños convertidos también en chispas; eran los hijos del Sol.

Cuenta la leyenda que esas chispas siguen buscando hogares para que el amor del Sol y la Luna florezca en las almas mortales. Tendrán muchas oportunidades de reencontrarse y quererse tal como lo hicieron en el Edén. Solo deberán estar atentos a que Satán, con orejas en las paredes y secuaces en cada esquina, no lo destruya con sus armas: la infidelidad, los celos, el egoísmo, la mentira, la incomprensión, la violencia..., sentimientos oscuros a los que deberán enfrentarse. Solo los que aman de verdad ganarán la batalla.

---

En la novela Salvaje, se menciona a **Hija de la Luna, hijo del Sol.**

<https://www.megustaleer.com/libros/salvaje/MES-095045>

<http://encarnamagin.blogspot.com>

## Eneida Wolf

### Alguien como tú

Hilary estaba cansada. Eran pasadas las doce y, aunque su jornada había terminado, sabía que debía quedarse en su cuarto, disponible por si cualquier chica necesitaba algo. Ese era su *castigo* por no querer seguir los pasos de su hermana en el oficio más viejo y al que su familia se dedicaba desde hacía muchos años. Pero, aunque había aprendido de la mejor, su propia madre, tenía ese miedo y esa repulsión hacia los hombres que le impedía poner en práctica todo lo aprendido. Sabía de buen grado que su madre había puesto grandes esperanzas en ella, su belleza no pasaba desapercibida y ya a sus quince años tenía madera para llegar a ser una de las damas de compañía de algún noble o rico comerciante y tener la vida solucionada. Esa era la gran meta de toda muchacha que cruzaba el establecimiento de *madame* Frissard.

Al escuchar unos pequeños golpes en la puerta, quiso morirse. Le costó mucho levantarse de la cama y abrir para ver qué querían, pero el corazón se le detuvo de golpe al ver que no era ninguna prostituta, sino Burun. El hombre de tez oscura y hermosa que se hospedaba allí, ya que en ningún otro sitio le daban alojamiento, estaba delante de su puerta con una túnica rojiza, descalzo; sus cabellos rizados y largos, azabaches, hasta los hombros, peinados hacia atrás brillaban, igual que sus ojos. Nunca había visto unos tan bonitos y opacos, era como ver un eclipse de luna o mirar el mar en noche cerrada. Aquel hombre tan distinto le había llamado la atención desde el primer

instante en que sus miradas se hubieron cruzado y había sentido el palpitar de su latido en su propia garganta. Lo llevaba viendo cada mañana levantarse con el sol, igual que ella, salir del burdel y no llegar hasta la noche, coger el plato que le daban de cenar, quedarse en una esquina de la cocina, comiendo, mientras leía un libro con signos extraños. Sí, llevaba analizándolo varios días y, cada vez que sus miradas se encontraban, sentía una especie de nerviosismo en su estómago.

Una atracción irracional e inesperada había nacido de ese hombre extraño, del cual solo sabía su nombre.

—Siento importunarte a tan altas horas de la noche —murmuró él.

Hilary tardó en reaccionar, porque se estaba perdiendo en sus palabras pronunciadas en un perfecto inglés.

—No te preocupes. ¿Deseas algo? —respondió ella, azorada.

—Quería saber si podía acceder a la cocina, no puedo dormir y me gustaría tomar una taza de té.

Ella sabía que a aquellas horas no habría nadie por allí, así que, atándose bien la bata de crepé, asintió.

—Ahora lo traigo a tu habitación.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes —indicó él—. Creo que estás un poco cansada.

—Es mi trabajo —respondió Hilary, salió de su habitación con una vela en la mano y, bajando por las escaleras internas, llegó hasta el primer piso, donde la cocina se encontraba.

No se lo esperó, pero Burun la había seguido. No perdió el tiempo y cogió un cazo y puso agua a hervir, viendo cómo aún había algunas brasas en el interior que calentaban la plancha de hierro. Cruzó los brazos y lo observó entre la penumbra, tan varonil, tan salvaje. Sí, esa era la palabra. Las mujeres murmuraban, algunas lo despreciaban por ser tan callado, otras decían que su piel era fea, mientras que otras proclamaban que no les importaría tenerlo en su cama. Pero ella no se detenía ante eso, porque, además de encontrarlo

hermoso por fuera, lo que la tenía en una intriga constante era lo que pasaba por su mente.

—¿Qué es lo que lees? —se decidió a preguntar.

Vio que, por primera vez, ese hombre de piel de color ámbar sonreía, y la habitación se transformó en un nuevo mundo.

—El *Ramayana*, es una historia hindú muy antigua.

—¿*Ramayana*? ¿De qué trata? —preguntó con curiosidad.

—De la historia de Rama y Sita, dos personajes de mi religión, el hinduismo.

—¿Es una historia de amor?

—Un poco, pero más bien de aventuras. ¿Por qué trabajas haciendo las tareas más arduas? Podrías estar de doncella en cualquier casa de buena familia, seguro que las condiciones son mejores.

En aquél momento era él quién hacía las preguntas. Aquella chiquilla demasiado concienzuda, orgullosa y bella le producía sensaciones que creía olvidadas, que nunca más despertarían en él. Era cierta ternura hacia sus débiles brazos, asombro hacia su fortaleza interior, respeto hacia su inteligencia que no dejaba de demostrar cuando hablaba con otra persona, y sí, inquietud por ese aspecto que, estaba seguro, Satí, la diosa de la sexualidad, debía de tener en ese nuevo mundo frío y lluvioso.

—No fui educada para ser una doncella. Tarde o temprano terminaré como ellas, pero cuanto más me resista, más me tendrá mi madre de sirvienta. Madre dice que me voy a cansar.

—Deberías ser libre para elegir tu destino —susurró él, debatiéndose entre acercarse más o permanecer donde estaba; escogió la segunda opción.

—Debería. ¿Y tú? Estás lejos de tu hogar. ¿Qué haces aquí?

—Espero a que al noble al que sirvo llegue de España. No creo que tarde más que un par de días.

—¿Sirves a un noble? Creía que eras un hombre libre.

—Tengo una deuda de honor con él. Pero no me trata como a un criado. ¿Por

qué no quieres ser prostituta?

Nunca le habían hecho esa pregunta tan directamente, ni siquiera su madre. Se inquietó un poco, volviéndose más pudorosa de lo que en realidad era.

—Yo... supongo que es miedo a lo desconocido. A que alguien que no conozcas te toque, te desnude, entre en ti. Me da la sensación de que tiene que ser abrumador y desagradable si no... —murmuró, buscando las palabras adecuadas.

—¿Conoces al sujeto? En el hinduismo, la sensualidad es parte de lo sagrado. Es un propósito en sí, en la vida, tener placer. Pero al placer no se llega solo a través del coito. Hay otras maneras mucho más íntimas, más eróticas y más... estimulantes.

Hilary no supo si era su voz aterciopelada, los labios carnosos y sedosos o el ambiente tenue, pero tragó saliva y, con dificultad, se dio la vuelta a regañadientes para sacar el agua que ya hervía y ponerla en una taza, notándose inquieta. Todo su cuerpo vibraba ante tales palabras.

—Interesante. ¿Cabe en ese estilo de vida el amor? ¿O es solo placer puro?

—El amor es también un pilar básico, pero no tienen por qué ir de la mano. Gracias, has sido muy amable al preparármelo —susurró, viendo cómo ya tenía el té listo—. No deberías estar en este sitio.

—Tú tampoco. Llevas aquí una semana y... bueno, es un burdel. ¿Estás casado?

—No. ¿Te extraña que no quiera practicar el coito con alguna de esas mujeres? —expresó sin pudor.

—Madre dice que el hombre tiene necesidades. Que nosotras también, pero podemos reprimirlas.

—Claro que las tenemos, pero también podemos hacer eso. De todas formas, no creo que ninguna de ellas llegue a darme la mitad del placer que puedo lograr por mí mismo —confesó.

Aquello la extrañó. Eran mujeres experimentadas, su madre les había enseñado precisamente a dar placer, aunque también a distraer. Entonces se

mordió el labio y dio un paso adelante para quedar a pocos centímetros de su cuerpo.

—Eres el hombre más extraño y bello que he conocido. ¿Puedo... tocarte? Quiero saber si tu piel es tan suave como parece.

Él asintió sin decir nada. Entonces Hilary alzó la mano hacia su rostro, hasta tocar con las yemas de los dedos su mejilla, que era igual o mejor que cualquier otra, que era igual que la suya. Lo acarició, recreándose en esas sensaciones que le nacían en el estómago y se esparcían por todo el cuerpo.

Suspiró, temiendo que, de un momento a otro, él se apartase, dejándola huérfana de esa sensación cálida y abrumadora. Deseaba continuar, recorrer cada trozo de piel ambarina, deshacerse de esos ropajes extraños y ver al hombre en todo su esplendor. Aspiró su aliento cuando él dejó libre esa bocanada de aire que había tragado, sintiéndolo tibio. Se humedeció los labios sin saber qué hacer ni qué decir porque todo aquello era nuevo para ella.

—*Sooryoday jitana sundar...* —susurró él.

Escucharlo hablar en su idioma acrecentó ese deseo palpitante que se desprendía de su interior.

—¿Qué significa eso? —preguntó, absorta en la oscuridad tan cálida que desprendían sus ojos.

—Te lo diré más adelante. Creo que deberías descansar, no quisiera interrumpir más tu descanso —dijo, aunque no se apartó en ningún momento.

Fue ella quien dejó caer el brazo hacia abajo, deteniendo sus caricias. Quizás solo estaba siendo amable y no le gustaba que lo tocasen. Quizás solo la veía como a una muchacha impertinente y sin experiencia. Así que asintió, bajando los ojos al suelo, decepcionada.

—Ya tienes el té preparado. Buenas noches —exclamó, medio irritada y algo dolida por aquel rechazo.

No se le pasó por alto a Burun, que vio cómo arrastraba los pies hasta la puerta de la cocina, y de un arrebato, corrió hasta ella, la cogió por el brazo y detuvo su marcha.



Irresistible, así la veía. Igual que la tormenta llega y sus lluvias arrasan con todo, no pudo dejarla ir, fue superior a su voluntad. No debía desearla, pero lo hacía; desde el primer momento en que la vio, su cabello medio rojizo y sus ojos despiertos y brillantes lo cautivaron.

No dijo nada, solamente la acercó a su cuerpo, poniendo la otra mano en su cintura, tocando sus curvas merecedoras de ser divinizadas, y buscó su boca. En cuanto los labios rozaron los suyos, una especie de chispa se encendió en él, despertando esa pasión que llevaba durante tanto tiempo dormida. Los mecío con suavidad, degustó su saliva y probó su aliento, poco a poco y conteniéndose al percibir su inexperiencia.

A ella, el corazón le latía desbocado, y sentía que, con cada roce de sus manos en ella y a cada beso, se elevaba del suelo. Hasta que él rompió el contacto, apartándola con suavidad. Aún con el corazón saliéndole del pecho, retomó su huida, sabiendo que nada sería igual a partir de entonces.

---

**Hilary y Burun** son personajes secundarios de la **saga** Escándalos de temporada.

<https://www.megustaleer.com/libros/una-apuesta-peligrosa-escndalos-de-temporada-1/MES-104060>

<https://www.facebook.com/Eneida-Wolf-472147873273224/>

Eva Benavidez  
Pacto de seducción

*Febrero de 1816, Londres, Inglaterra*

La noche cayó sobre Londres y la figura resguardada a bordo de un carruaje de alquiler observaba a los ocasionales transeúntes caminar a paso rápido hacia sus hogares. Afortunadamente, no se sentía el frío del invierno, sino que el clima les había dado tregua regalándoles una brisa cálida, casi primaveral.

Cuando el cochero comenzó a mermar la velocidad, se preparó para descender, sintiendo la sensación de anticipación erizar su piel.

Una vez que estuvo frente a su destino, se detuvo a observar el lugar, apartándose del camino del incesante flujo de personas que pasaban por su lado para ingresar también.

El Halcón no era un club corriente, sino una enorme mansión de estilo gótico. La clientela era muy exclusiva y restrictiva, solo se admitían caballeros de élite y debían ser miembros de este. Pero en aquella ocasión, habían abierto el acceso a cualquier persona que contara con una invitación de las trescientas que se habían enviado a miembros, caballeros solteros y mujeres viudas, casadas o de dudosa reputación.

La consigna era «Noche de romance» y se debía acudir con máscara para resguardar la identidad, y atenerse a las tres reglas que el amo y señor de aquel lugar había erigido para todos los miembros y visitantes: No quitarse las máscaras, ni revelar la verdadera identidad; No mencionar nada concerniente

al club a terceros; Estar abierto a experimentar el placer, siempre dentro del club.

Blair White tomó aire, lo soltó y, armándose de valor, inició la subida por las escalinatas principales de la entrada, ajustando su chal y sosteniendo con fuerza la invitación lacrada en papel dorado y rojo.

En la puerta, había un hombre realmente enorme, con aspecto de ser extranjero, tal vez irlandés, y era quien se ocupaba de recibir las invitaciones y autorizar el acceso a la mansión.

Mientras él revisaba la suya, ella se esforzó por parecer serena bajo el intenso escrutinio al que el tipo la sometió. Cuando se hizo a un lado y le dio la bienvenida, se limitó a dedicarle un asentimiento regio con su cabeza, y traspasó el umbral.

Más personas también recorrían el elegante vestíbulo con dirección al salón en donde, por el sonido de la música, estaba iniciada la velada.

Ella observó a su alrededor con atención, a pesar de que aquella era la segunda ocasión en la que asistía. Aunque la primera vez no contaba, pues había llegado ahí acompañando a la reciente esposa de su hermano mayor y que, como por supuesto no contaban con membresía por tratarse de dos mujeres y de familia decente, tuvieron que colarse utilizando las misteriosas y estimables dotes de allanadora de moradas de su cuñada. Violet, como ella se llamaba, podía ser en extremo impulsiva, pero no lo suficiente como para permitir que una dama soltera paseara por aquel lugar, por lo que a pesar a pesar de permitir acompañarla no la autorizó a salir del cuarto de la planta baja por el que habían entrado. Y ella acató sus órdenes, perdiéndose la oportunidad de conocer aquel exótico lugar.

Por eso estaba allí, esa vez por su cuenta, y decidida a poner en marcha el plan que había trazado cuidadosamente y por varias semanas.

Blair tenía intención de vivir su vida a plenitud, sin importar la sobre protección a la que la sometía su querido hermano Ethan. Pues no tenía tiempo que perder. Habiendo sido presentada en sociedad tardíamente, debido a

diversas razones, entre ellas, una incapacidad física, y estando por cumplir veinticuatro años, sin expectativas de conseguir experimentar lo que tenía en su matrimonio su hermano y las personas de su círculo íntimo amor —amor verdadero, pasión, anhelo, deseo—, había decidido buscarlo ella misma. Y habiendo comprobado que no lo conseguiría en ninguno de los interminables eventos sociales a los que había acudido en las dos temporadas en las que participó, tomó el riesgo de probar algo diferente, nuevo y peligroso.

Debería de estar nerviosa y atemorizada, no por nada había permanecido los mejores años de su juventud al cuidado de su madre enferma, más solo estaba expectante e intrigada, hasta emocionada se atrevería a decir.

Las puertas del salón estaban cerradas y flanqueadas por dos lacayos enmascarados y ataviados con libreas color burdeo. Ellos revisaban que todos los dispuestos a ingresar tuvieran sus antifaces colocados debidamente, y abrieron las puertas de roble con bordes de oro para ella.

Blair cruzó el dintel y se detuvo unos segundos a examinar la concurrencia.

Ciertamente, no era lo que había imaginado, pues a menudo robaba libros extraños que su hermano tenía en una sección privada de la biblioteca y que creía que ella no había descubierto, en los que se podían ver en sus ilustraciones, cosas decadentes, como imágenes de bacanales romanos, orgías y personas desnudas y enredadas en extrañas poses. Ella había esperado algo similar, pensando que, aunque no encontraría probablemente a alguien de quién enamorarse en semejante situación, sí podría al menos vivir en carne propia lo que era sentir deseo, atracción, conexión especial con un hombre atrayente, diferente. Alguien que no supiera de su incapacidad física, y la mirara con lástima, conmiseración o desprecio, y que la encontrara deseable. Con eso podría conformarse y consolarse en los años que sabía que solo le esperaba soledad y rutina.

Sería una vez, aquella única vez, en la que la insulsa y dulce Blair White se dejaría llevar por sus instintos y deseos prohibidos.

Sería el día que cada año recordaría como su noche de pasión y romance. Y,

sabía, acariciaría ese recuerdo por siempre.

Mientras recorría el lateral del salón iluminado tenuemente, esquivando parejas en diferentes grados de coqueteo, miraba a los bailarines desplazarse por la pista, ejecutando movimientos mucho más cercanos a los que se podía esperar en una pista de un baile tradicional, pues se movían rozando sus cuerpos, tocándose indebidamente, algunos besándose incluso, y la música no era nada parecida a la que ella acostumbraba a oír, sino sonidos de flautas y tambores que hacían evocar algún lugar lejano y exótico. También parecía que las normas de etiqueta no aplicaban, porque la mayoría de los caballeros no iban vestidos correctamente, vestían solo camisas y chalecos, sin pañuelos o sus levitas sin pañuelo, y las mujeres, por supuesto, lucían descarados y llamativos atuendos que dejaban ver mucho más escote y tobillos de lo considerado decente.

Un lacayo le ofreció una copa de las que llevaba en un bandeja de plata, y ella aceptó acercando su nariz para intentar descifrar qué contenía. No era champagne, ni clarete, ni sidra. Y, definitivamente, nunca había bebido algo así, tenía un sabor dulce y suave que invitaba a beber más, y así lo hizo ella vaciando el contenido en su garganta.

Cuando acabó, sintió el licor dejar un rastro cálido en su interior y hormiguear en sus venas hasta hacerla marearse levemente.

Después de unos segundos, en los que ella se había acercado a una columna y apoyado para recuperar el equilibrio antes de seguir con su búsqueda, percibió una presencia a su espalda y, lentamente, giró la cabeza.

Había un hombre, un caballero, de cabello castaño oscuro peinado hacia atrás, vestido de negro, con un antifaz blanco pequeño tapando solo sus ojos y parte de su nariz algo aguileña.

Él la estaba mirando fijamente, y Blair se sintió desnuda cuando él la sometió a un descarado escrutinio que recorrió su cuerpo embutido en un vestido color esmeralda, ajustado como un guante, que hacía juego con sus ojos, y se recreó sin disimulo en las pronunciadas curvas de sus caderas y la

piel del escote cuadrado que dejaba poco a la imaginación.

Cuando él clavó la vista en sus ojos, el aliento se cortó en sus pulmones, pues él tenía sus pupilas grises oscurecidas y la veía con ardor desconcertante.

Pero fue en el momento en que el caballero dio un paso para apartarse de la pared en la que había estado apoyado con indolencia y la luz de las velas alumbró brevemente sus rasgos afilados, que su corazón se detuvo y la cabeza le dio vueltas. Pues quien se acercó sin mediar palabra y pegó sus rostros, dejando caer su aliento cálido en su boca temblorosa, haciéndola respirar agitada y estremecerse entre los brazos que se habían cerrado en su cintura con ímpetu, antes de tomar sin previo aviso su boca en un beso hambriento y demoledor, era el último hombre a quien hubiese esperado encontrar allí.

Era Anthony West, conde de Cavandish, su prometido.

---

Personajes pertenecientes a la novela Dulce Pacto, séptima entrega de la **serie Dulce Londres**, que saldrá a la venta en 2019.

<https://www.megustaleer.com/libros/dulce-enemistad-dulce-londres-1/MES-095123>

<https://www.facebook.com/letrasdemialmaEvaBnovelas/>

Fabiola Arellano

Flores para San Valentín

Emily masajeó una vez más sus sienes. El inminente dolor de cabeza amenazaba con acrecentarse y esperaba que los analgésicos hicieran pronto su trabajo, pues aún le quedaban unas horas más de consulta.

—¿Estás bien? —preguntó Isa, la recepcionista del área de psicología, la cual entró en el consultorio para entregar el expediente del próximo paciente.

—Por supuesto, ¿por qué no habría de estarlo? —Forzó una sonrisa.

Estaba harta de la compasión que veía en los ojos de sus compañeros. Reconoció que era eso, en gran parte, lo que la había orillado a buscar de forma desesperada hacerle ver al mundo que, a pesar de todo, estaba de pie.

Sí, Evan la había dejado, ¿y? No era ni la primera ni la última mujer a la cual su novio la dejaba justo antes del *gran paso* y, para colmo, antes de San Valentín. Aunque, en realidad, él nunca habló de romper como tal, solo pidió un tiempo para *reflexionar* y estar seguro antes del «sí, quiero».

Justo ese día, dos semanas atrás, Evan la había citado en un restaurante de lujo. Se había esmerado en su arreglo, pues, ilusa, creyó que la esperaba una propuesta de matrimonio; después de dos años de relación, era lo de suponer, en cambio, en lugar de un anillo de diamantes, lo que recibió fue la petición de no verse por unas cuantas semanas.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho? —cuestionó Isa con el ceño fruncido.

—Perdona, es que tengo jaqueca.

—¡Oh! ¿Quieres que cancele las citas?

—No es para tanto, en un momento los analgésicos harán lo suyo y estaré como nueva.

—¿Segura? No tienes muy buen semblante. Quizá deberíamos cancelar las citas y el plan para esta noche...

—¡Estoy bien! —gritó enfadada, después respiró hondo para calmarse. Isa no tenía la culpa de nada, el problema radicaba en que la exagerada preocupación de sus amigas, lejos de confortarla, solo le recordaba lo patética que se había vuelto su existencia y el ridículo pasado el fin de semana anterior, en su última salida.

Empeñada en demostrar a Evan que su abandono no la había afectado, se había presentado en el bar de siempre acompañada de uno de esos tipos guapos que se alquilan por internet. Jamás le pasó por la cabeza que alguien lo pudiera reconocer.

Chris, amigo de Evan, de inmediato lo había identificado como el acompañante pagado de una de sus primas solteras, para la boda de su hermana, un par de semanas atrás.

El tipo había intentado defenderse negándolo todo, sin embargo, fue en vano, Chris insistió en que él no solo le había dado la idea a su prima, sino que hasta le prestó su tarjeta de crédito para concretar la transacción en el portal de citas.

Evan se había molestado, pero no por los motivos que Emily buscaba, pues lejos de sentir celos, él la reprendió por su actitud tan infantil al querer provocarlo presentándose con un tipo guapo que, para terminar de empeorar las cosas, había resultado ser *gay*.

«¡Madura, Emily!». Las terribles palabras de Evan y su mirada burlona seguían repitiéndose en su mente una y otra vez, como un fierro incandescente cuyo único objetivo era clavarse en su carne.

—No canceles las citas, y en cuanto a lo de esta noche, pasaré de largo. No



estoy de humor. —Al ver la expresión de su amiga, de inmediato levantó la mano para impedir que soltara una de sus típicas retahílas—. ¡Ni se te ocurra mencionar lo del fin de semana pasado!

—De acuerdo, es tu vida y tú sabrás, pero creo que no deberías darle tanta importancia, Evan te quiere, solo desea disfrutar un poco la soltería antes de sentar cabeza.

Emily no dijo más, ella era de la creencia de que, cuando existía amor de verdad, estar junto a la persona amada no era solo un gusto, sino una necesidad. El que Evan dudara del hecho de casarse demostraba por sí solo que lo que decía sentir por ella no era tan sólido como pregonaba.

Al salir de la consulta, se fue directo a su casa. Al día siguiente era San Valentín y el amor se respiraba en las calles, por eso, su apartamento vacío y frío la hizo sentir miserable. Los muebles y todo lo demás lo habían escogido juntos. Cada cuadro, mesa o cosa estaba pensada para su vida en común.

«Tengo que largarme de aquí o me volveré loca». Colocó un par de mudas en un bolso de viaje y puso rumbo al hotel que se encontraba de paso al hospital.

Por la mañana, salió del hotel con ánimos renovados. El mimo que se permitió la noche anterior al ordenar champaña y fresas cubiertas con chocolate, los que disfrutó en el lujoso jacuzzi, sirvió para relajarla. Achispada con las burbujas y el alcohol, había tomado la decisión más importante de su vida. Si Evan no quería casarse, bien. Le había pedido tiempo, pues tendría toda la vida para él solo, porque ella no pensaba volver.

Con firme resolución, avanzó unos pasos. Una mujer mayor vendía ramos de coloridas flores. No supo qué fue lo que la llevó a comprar uno de gerberas, quizá el aspecto cansado de la anciana.

Al llegar junto a su automóvil, decidió ir andando. Hacía un día estupendo, por lo que sería un desperdicio no aprovecharlo. Cuando cruzó la calle, un hombre que dio la vuelta de forma imprudente la golpeó con el suyo. Por fortuna, no fue nada de gravedad, a excepción del susto; Emily estaba intacta.

—¿Se puede saber qué demonios le pasa? —preguntó cuando el hombre

salió del vehículo y la ayudó a ponerse en pie.

—Lo siento mucho, pero es que voy tarde para dejar a mi hija y, si pasa de las ocho, no la dejan entrar a la escuela.

—Eso no es motivo para que conduzca como un loco.

—Lo sé, en verdad lo siento. En mi defensa, he de alegar que no la vi. El camión estacionado en la esquina no me lo permitió.

Emily comprobó que, en efecto, una pesada unidad de reparto tapaba toda visibilidad.

—Al parecer, la culpa es mía por no haberme percatado de ello.

—¿En verdad está bien? —El semblante de preocupación del hombre la enterneció.

—Si, ya váyase o en verdad no podrá dejar a su hija.

Una hermosa niña los miraba con sus enormes ojos azules desde el interior del auto.

—Gracias.

Emily levantó la mano y continuó andando. El choque emocional que le causó el comprender que en ese incidente pudo haber muerto le reiteró que la decisión tomada era la correcta.

«Se acabó, Evan», pensó.

Fue hasta que llegó al hospital y quiso sacar el carnet de llegada cuando se percató de que no traía ni el bolso ni las benditas flores. Al estar frente a las puertas metálicas del ascensor, se fijó en que su pulcro pantalón blanco estaba rasgado y lleno de manchas. «Adiós traje Chanel».

—¿Qué te pasó? ¿Acaso te arrolló el tren? —Isa no disimuló su preocupación.

—Algo parecido. ¿Tenemos pacientes o puedo ir a cambiarme?

—No creo que sea posible, el señor Ervin está por llegar, y ya sabes cómo se pone cuando no estás.

—Lo sé.

—¿Recuerdas esa fiesta de la cual te hablé? Pues me he traído un vestido

para irme directo de aquí; si quieres póntelo.

—¿Cómo crees? ¿Y luego tú?

—Puedo ir a casa y cambiarme. No pasa nada por que llegue tarde unos minutos, en cambio, una doctora de tu nivel no puede recibir a sus pacientes con esa pinta.

—Gracias.

El vestido azul marino, corto, de cuello cuadrado y sin mangas, se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Además, el improvisado atuendo embonó de maravilla con el saco blanco del Chanel.

Emily, aun sin proponérselo, se veía muy atractiva. Regresaba de los aseos cuando vio que Evan estaba con Deirdre, una de las secretarias de psiquiatría y la suya; no parecía una actitud de dos colegas, sino de quien tiene algo más *íntimo*.

—¿La doctora Emily Jackson?

Isa levantó la vista del ordenador para encontrarse de frente con el hombre más bello que había visto en su vida y, por primera vez desde que Emily la conocía, la chica que se quedó sin habla.

—¿Qué... qué haces aquí? —Emily no esperaba volver a ver al hombre que por poco y la asesina esa mañana.

—Solo vine a traerte el bolso y esto —levantó el ramo de flores—, lo dejaste olvidado.

—¡Oh! Gracias.

—¿Se puede saber por qué este tipo te trae flores? —En un santiamén, Evan estaba a su lado y la miraba con reproche.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre de las flores.

—Su prometido.

—¿Disculpa? Si mal no recuerdo, me dejaste hace un par de semanas.

—No te dejé, solo te pedí tiempo.

—Es igual, Evan. No pienso regresar contigo. —Se volvió hacia el desconocido—. Una vez más, gracias por traerme el bolso y las flores.

—¿Por qué tiene ese tipo tu bolso, Emily? —Evan explotó.

—Es imposible hablar aquí, ¿te molestaría pasar a mi privado un momento? Claro, si no llevas prisa —pidió Emily, apenada por el numerito que su ex montó.

El desconocido la siguió y Emily disfrutó el cerrarle a Evan la puerta en la cara.

—Disculpa todo esto.

—No tienes que decir más, es obvio que tu ex es un idiota. Mira que dejarte pasar.

—Eres muy amable...

—Luck.

—Luck, supongo que está de más preguntar cómo me encontraste, dado que tenías mi bolso. Una vez más, gracias. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—¿Aceptarías salir a comer conmigo?

Emily observó su argolla de matrimonio y la incomodidad la invadió. Él siguió el rumbo de su mirada y comprendió el porqué del cambio de actitud en ella.

—Emily, ¿sí puedo llamarte así?

—Por supuesto.

—Esto no es lo que piensas; soy viudo y esta es la primera vez que invitó a salir a una mujer desde que murió mi esposa. Yo aún no he podido quitármela —dijo refiriéndose a la argolla.

—Discúlpame por juzgarte mal, y en cuanto a tu invitación, acepto.

«Quién sabe, quizá esto es el principio de algo, a fin de cuentas, estamos en San Valentín y Cupido anda suelto».

---

En esta historia aparece Emily, personaje secundario de la historia La buena, la mala y yo, perteneciente a la trilogía **Solo chicas**.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-buena-la-mala-y-yo-solo-chicas-3/MES-099827>

<https://www.megustaleer.com/autor/fabiola-arellano/0000954929>

Iris Romero Bermejo

Nuestro primer beso

—Ricardo —me llama Lili desde el otro lado del desván—. Han vuelto.

Me reúno con ella y atravesamos las paredes hasta la entrada.

—Están trayendo cosas —susurra con su etéreo cuerpo pegado al mío. Me coge la mano y pego un respingo. Aunque somos fantasmas, las contadas ocasiones en las que me obsequia con su preciado contacto aceleran mi corazón.

Separo la cabeza de la pared donde nos mantenemos ocultos y compruebo que la pareja que vio ayer la casa acaba de regresar. Y me temo que con intenciones de quedarse, por todas las pertenencias que traen.

Lili me hace una seña para que guardemos silencio. Contengo un aliento que ya no poseo cuando veo sus preciosos ojos grises a escasos centímetros de los míos. Posa un dedo sobre sus labios, tan delicados como dos pétalos marchitos, y sonrío.

No lo sabe, pero me robó el corazón cuando yo ya era un fantasma solitario y ella aún respiraba. La observaba cada noche desde una esquina de su habitación, temeroso de que me viera y se asustara. Pero, por desgracia, su pecho exhaló su último aliento de vida prematuramente. Sin embargo, no tardé en presentarme y en tranquilizarla. Le prometí que cuidaría de ella, y no he faltado a mi palabra.

Muchos años han pasado desde entonces, pero mi honor de caballero me

impide aprovecharme de la situación. Aunque debo reconocer que también me aterra comprobar si mis sentimientos son correspondidos.

—No lo podemos permitir —me asegura con convicción—. Es nuestra casa.

—No temáis, mi dulce dama. Se irán.

Cierro los ojos y todas las bombillas explotan.

—¡Ahh! —grita la mujer. Deja la maleta en el recibidor y corre a refugiarse entre los brazos de su pareja—. ¡Manolo! ¿Qué ha pasado?

Lili suelta una risita traviesa a mi lado, y mi pecho se hincha al ver su sonrisa. Haría lo que fuera por ella. Si aún la conservara, daría mi vida por sus atenciones.

—No pasa nada, Juani. Esta casa es muy antigua, así que seguro que han saltado los plomos.

Se alejan a tientas por el pasillo. Lili resopla contrariada y sale volando por el techo. Sigo su estela hasta la biblioteca. Se detiene frente a la chimenea apagada y coloca su larga y pálida melena, tan blanca como una mañana nevada, a un lado de su delicado cuello.

—Vamos a tener que asustarlos de verdad —dice muy seria—. Esta noche deben irse.

Coloco una mano en mi espalda y me inclino en una reverencia.

—Como deseas, mi ocaso eterno.

Levito hasta la cocina, donde están encendiendo velas. Me pego a una de las paredes más sombrías y los espío.

—¿Y si llamamos al electricista? —pregunta la mujer.

—Son las diez de la noche.

—Pero...

El hombre se acerca por detrás y la agarra con fuerza de las caderas.

—¡Manolo! —Le da un manotazo y se abraza el cuerpo—. Vámonos a un hotel, por favor. Tengo mucho frío...

—Pues yo te doy calorcito.

Cierro los ojos porque no me siento cómodo presenciando esta deplorable

escena. En mis tiempos, a las damas se las trataba con más delicadeza. Se las respetaba por encima de todas las cosas. Y, por supuesto, no se les pellizcaba el culo ni se les restregaban las partes nobles desde atrás.

—¡Manolo! ¡No es el momento!

Como presiento a Lili muy cerca, y no deseo que sus immaculados ojos se mancillen con semejante espectáculo, me concentro un segundo y estrello la vajilla de uno de los aparadores contra el suelo.

—¡Ahhhhh! ¡Manolo! ¿Qué narices está pasando?

La risita de Lili me desconcentra. Alzo la vista y la veo en el techo, levitando justo encima de sus cabezas.

—¿Has oído eso? —pregunta la mujer con la voz temblorosa.

—Habrás sido un gato.

—¡Qué gato ni qué niño muerto! ¡Yo me largo de aquí!

Mis labios se alzan cuando presiento que dentro de muy poco, mi amada y yo estaremos solos de nuevo.

—Anda, tontina. Mira —dice el hombre señalando la vajilla destrozada—, seguro que los platos se han caído porque el mueble debe ser del año de la tana.

Miro hacia arriba y veo a Lili con los ojos en blanco.

—Me da igual, Manolo. Tengo mucho frío y... presiento que nos observan.

Me escondo en la pared y mi amada hace lo mismo en el techo.

—Yo sí que te estoy observando, con ese escote que te has puesto hoy —suelta el deslenguado. Este hombre debería aprender cómo debe ser tratada una damisela—. Venga, siéntate un momento. Ya verás qué cena de San Valentín he comprado. Te vas a chupar los dedos.

—Chupar los dedos... —susurra Lili a mi lado, lo que hace que pegue otro respingo. ¿En qué momento ha cruzado la sala?—. Qué ordinariez...

El tal Manolo saca un mantel. Coloca dos platos, enciende más velas...

—¿De verdad nos tenemos que quedar aquí, sin luz y con este frío, precisamente en San Valentín? —pregunta la mujer, que no hace más que mirar

a las esquinas más oscuras.

—Qué mejor sitio para la noche de los enamorados que estrenar la casa — responde mientras dobla dos servilletas.

—Es suficiente —murmuro con la mano derecha dentro de mi levita de marinero—. Liliana, ¿serías tan amable de subir al desván mientras los despacho como es debido?

Pone una de sus dulces manos en mi hombro y niega con la cabeza. Su pelo baila alrededor de su rostro como si fuera una sirena.

—Espera un poco, Ricardo. Quiero saber qué es eso de *la noche de los enamorados*.

Debo contener mi impulso de sincerarme y explicarle que no es otra cosa que cada una de mis largas viglias. Que es la agonía de tenerla tan cerca y, a la vez, tan lejos. Que es la dulce tortura de contemplar cada puesta de sol a su lado sin poder besarla y confesarle lo mucho que la amo.

—Como deseas, mi dulce dama —respondo al fin. Soy un cobarde. Un caballero ante todo, pero muy cobarde.

Nos mantenemos expectantes mientras la pareja coloca el pan, una ensalada que llevan en un extraño recipiente de cristal blando, varios pedazos de carne muy jugosos y una botella de vino.

Me giro hacia mi amada, y se encoge de hombros.

—Parece que esto es todo, mi ocaso eterno —digo en susurros. Acercó mis labios a su oído y me maravillo al comprobar que su melena mantiene el aroma a flores silvestres, el mismo que cuando su corazón aún latía.

Arruga el entrecejo de una forma encantadora y sus labios se curvan hacia abajo.

—Pues vaya desilusión. ¿Una vulgar cena? ¿Eso es lo que se hace en *la noche de los enamorados*? —dice con un bufido.

—¿Has oído eso? —pregunta, de repente, la mujer.

—¿El qué?

Nerviosa, se sirve un poco de vino y se lo bebe de un trago.



—Habrá sido un gato...

—¿Cenamos? —propone el hombre.

—Mi amanecer en llamas —empiezo a decir—. ¿Ya puedo echarlos?

—Que no se les ocurra volver a poner un pie dentro.

Estiro la espalda y me concentro. Enfrío el ambiente hasta que expulsan vaho cada vez que respiran.

—Nos vamos a gastar una pasta en calefacción —comenta el hombre.

Los cristales se empañan con rapidez y, en la ventana que les queda más próxima, escribo desde la distancia una frase.

—Manolo...

—¿Qué pasa ahora?

—¡Manolo! ¡Mira la ventana!

«La casa está maldita». «Huid si no queréis morir».

—¡Yo me largo! —grita la mujer.

—¡Espera! Habrán sido unos gamberros. Unos grafiteros de esos...

Lili resopla de nuevo mientras me ajusto el cuello de la levita.

Las puertas de los armarios se abren y se cierran. Hago que toda la cubertería levite y apunte en su dirección, y en cuanto el marido se levanta con los ojos muy abiertos y la cara pálida, hago que las sillas vuelen hasta el techo y se pongan a bailar.

—¡Manolo!

En menos de un minuto, ya están fuera.

Lili flota por la estancia con una sonrisa radiante. Aprovecho para que todo vuelva a su sitio y, cuando le voy a pedir que regresemos al desván, ella toma asiento en la mesa.

—Ricardo, por favor. Acompáñame —me pide.

No la hago esperar. Me siento frente a ella y la contemplo sin reservas.

—Pues no entiendo a qué viene tanto misterio... —empieza a decir—. Yo solo veo la misma mesa que podrían haber montado los sirvientes cuando vivíamos padre y yo.

Las velas reflejan sus espesas y largas pestañas, que enmarcan los ojos más profundos que he conocido nunca. Sus manos descansan a ambos lados de una mesa que, en otros tiempos, podríamos haber disfrutado. Habría violines, quizás un piano. Flores por el suelo y más velas formando un círculo a nuestro alrededor.

Si aún viviéramos, podría decirle que su pelo está más hermoso que nunca esta noche, tan solo para poder alabarla con la excusa de esta festividad. Podría recordarle que la amo sin que se burlara de mi ímpetu, y podría besarla sin reservas.

—No es la mesa ni la cena, mi dulce ocaso —empiezo a decir, enajenado ante su presencia—. Son las personas que se miran a los ojos y se encuentran en el otro.

—No lo termino de entender...

—Mírame, mi querida Liliana. ¿Qué ves?

Suelta una risita tímida, y veo que comienza a ruborizarse.

—Pues... te veo a ti, Ricardo.

—No, mira mejor.

Se encoje de hombros y retira la mirada, seguramente abrumada por la intensidad del momento.

—Lo que ves es a un hombre enamorado.

Entreabre un poco los labios. Va a decir algo, pero parece que no se atreve a pronunciarlo.

—Y tú, Ricardo. ¿Qué ves? —dice tras una pausa.

Trago una saliva que ya no tengo.

—Yo veo al amor de mi vida —confieso al fin.

—No, Ricardo.

Voy a disculparme por mi atrevimiento con un profundo desasosiego en todo mi ser, cuando siento su mano sobre la mía.

—Lo que ves, Ricardo, es a una mujer enamorada.

Aunque soy un caballero, una vez escuché que los besos se roban, que no se

debe pedir permiso.

Pero no me da tiempo a ponerlo en práctica, porque se abalanza sobre mi cuerpo y exige nuestro primer beso.

---

**Lili y Ricardo** son dos personajes secundarios de la trilogía Alana. Podréis conocerlos mejor en *Y si tú me olvidas*, *Y si tú me recuerdas*, *Y si tú me perdonas*.

La primera parte de la **saga** Alana saldrá en marzo de 2019.

<https://www.facebook.com/Iris-Romero-Bermejo-La-Rata-Careta-Escritora-2151349808461488/>

<https://www.megustaleer.com/libros/y-si-t-me-olvidas-alana-1/MES-106314>

# Isabel Jenner

## En las redes de lady B

*En un Londres del siglo XIX...*  
*Berrymore Hall, 14 de febrero de 1812*

*L*ady Blanche Harland, hija primogénita de los condes de Berrymore, había tenido un encuentro secreto con un hombre. Y no era un hombre cualquiera, ya que se trataba del atractivo y esquivo Henry Somerset, décimo marqués de Worcester, destinatario de sus miradas soñadoras desde hacía años... y un gran amigo de su hermano. La cita clandestina había sido casi fugaz, productiva y muy emocionante. Que Blanche hubiera utilizado a su favor unas circunstancias de lo más singulares para, digamos, forzar dicho encuentro era un dato que la dama prefería obviar.

La extraordinaria secuencia de acontecimientos había sucedido de la siguiente manera:

El primer hecho ocurrió tres días antes, cuando *lady* Stella Penbroke, su más acérrima enemiga en la conquista del mayor número de seguidores en las redes sociales, había enviado un crudo desafío a Blanche por Instagram.



Instagram



El\_bello\_arte\_del\_selfie  
para\_damas\_distinguidas\_de\_Londres



Una visita y una flor...



Tal vez unos versos  
apasionados...

**#El caballero que se presta a una foto será un esposo devoto**

**#SanValentín**



Un roce fortuito...



O la más ferviente  
declaración  
de amor...



EL\_bello\_arte\_del\_selfie Queridas lectoras,  
el romanticismo está en Internet. En un día tan señalado como el de San Valentín, enseñad al mundo lo felices que sois con el gentilhomme que os corteja. Demostrad los detalles que solo un galán tendría con su dama, y seréis la sensación viral de Londres. Etiquetadnos en vuestras mejores capturas con el hashtag **#EICaballeroQueSePrestaAUnaFotoSeráUnEsposoDevoto** y publicaremos la que obtenga un mayor número de *likes* en nuestra revista.



LadyStella Querida @lady\_B, me siento generosa y te ofrezco la fórmula perfecta para obtener *followers* con la foto más ingeniosa y enternecedora que se te ocurra. Oh... Disculpa mi torpeza... ¡Si no tienes pretendientes!



40min Responder

El mensaje envenenado le había hecho ser muy consciente de sus veintitrés años como solterona y de que carecía de un solo admirador que le enviase un poema en San Valentín, ya fuera en una tradicional nota de papel o en formato digital, ¡y mucho menos que posase en una romántica foto con ella! Pero, además, había conseguido sacar su vena más competitiva.

El segundo hecho ocurrió dos días antes, en la fiesta de los condes de Alton. Esa noche, el destino había querido que se topase por casualidad con el marqués de Worcester en una situación un tanto incómoda para él, ya que el aristócrata se esforzaba en separar su mejilla de los labios de una joven debutante que intentaba acorralarlo en el jardín. La cándida damita había roto a llorar como una consumada plañidera egipcia, a la par que aseguraba haber sido comprometida por los bajos instintos del marqués.

—Ruth —había dicho Blanche con voz calmada—, será mejor que regreses al salón de baile o le diré a tu madre que has subido fotos a Facebook en las que dabas besos en la mejilla a otros cinco caballeros por lo menos. Y no todos eran solteros adecuados...

Blanche se había perdido el gesto grosero que le había dirigido Ruth antes de salir disparada hacia la mansión porque estaba demasiado ocupada intentando respirar ante la mirada oscura e intensa de lord Worcester. Una mirada que jamás le había dirigido un hombre hasta ese momento.

—Debo darle las gracias —había susurrado el marqués tras acercarse a ella—, ¿o debo temer que usted también quiera abusar de mis bajos instintos?

—Es por la cobertura.

—¿Cómo dice?

—Hay demasiados invitados en la casa y las redes están colapsadas. Por eso había salido al jardín a colgar unas publicaciones —había sido la respuesta de Blanche mientras le mostraba el teléfono, en uno de sus momentos más estelares como excéntrica adalid de los dispositivos móviles... Excentricidad que suponía la razón principal de su soltería.

Lord Worcester, tras parpadear un momento como si le costase creer que

Blanche fuera real, había sonreído de una forma que le había aflojado las rodillas a la joven.

—Entonces he tenido mucha suerte de que usted haya sido mi tecnológica salvadora. —El grave murmullo había retumbado en el pecho de la dama antes de sentir cómo el marqués tomaba su mano para depositar un suave beso—. Buenas noches, *lady* Blanche. Regrese al baile, yo cuidaré de que entre sana y salva.

Que el marqués conociera su identidad le produjo un hormigueo de emoción y le dio fuerzas para dirigirse a él en un arrebato de coraje que jamás podría repetir.

—Lord Worcester. En realidad... sí que quiero abusar de usted...

Y aquella frase había conducido al tercer e insólito hecho. En el que Blanche había acordado verse con lord Worcester en un apartado rincón de Hyde Park el día anterior para una sesión de fotos destinadas a Instagram. Anónimas, ya que ninguno de los dos mostrarían sus rostros. La joven se había escabullido de casa antes del alba con un trípode portátil en ristre para colocar el móvil y obtener el mejor ángulo, y dispuesta a hacer buen uso del temporizador de la cámara, con su máximo de diez segundos para posar. Tenía que decir en beneficio del marqués que, lejos de enfadarse por que Blanche se cobrase el favor que le había hecho al rescatarlo de las garras de Ruth, el noble se había tomado con mucha naturalidad su competición con Stella. Incluso se había mostrado participativo y había proporcionado ideas para conseguir la mejor toma de unos supuestos enamorados. Aunque sus sugerencias casi sobrepasaban el límite de la decencia...

La foto favorita de Blanche era una en la que el hombre le aferraba la cintura desde atrás, dominándola con su altura. La espalda y el trasero de la dama habían encajado contra el torso ancho y los fuertes muslos del marqués, y ambos habían exhalado el aire con fuerza cuando sus cuerpos se habían tocado y sus manos se habían unido para formar un corazón. Blanche casi habría podido jurar que lord Worcester se había inclinado para inspirar el olor de sus

cabellos castaños, y había notado el cálido aliento masculino tan cerca de su oreja que la había hecho estremecer. Y, después del *click* de la foto, la había mantenido sujeta contra él, como si no la quisiera dejar marchar...

Pero todo había sido falso. Una puesta en escena para sacar una instantánea con la que engañar a la alta sociedad de Londres. Lo que ella había deseado, ¿verdad?

Y, aun así, en ese día de San Valentín de 1812, Blanche se encontraba en su residencia con el móvil en la mano y contemplaba la foto perfecta que había conseguido, sin atreverse a subirla a las redes. Era demasiado íntima. Un recuerdo del momento que el marqués y ella habían compartido y que quería atesorar para ella sola...

El corazón le dio un vuelco cuando el móvil zumbó y pensó que la había publicado sin querer. Pero era un *wasap* de su hermano.



No obtuvo respuesta de vuelta y se encogió de hombros a la par que observaba el sol de la tarde esconderse entre los edificios de la ciudad. Al cabo de un rato, la puerta del saloncito se abrió de golpe.



—Winston, ¿qué...?

Pero no era su hermano quien se encontraba ante ella en toda su imponente estatura.

—Lord Worcester —pronunció, con el corazón retumbándole en el pecho después de ponerse en pie de un salto—. ¿Qué está haciendo aquí?

En lugar de responder, el marqués sacó su teléfono del bolsillo de la levita y se aproximó a ella.

—Le pedí a tu hermano que me asegurase que estabas disponible y que me acompañase a visitarte. Por suerte, también accedió a dejarnos solos —dijo por fin, mientras desbloqueaba la pantalla y la giraba hacia la joven—. ¿Por qué no has subido ninguna foto, Blanche? No hay nada en tu Instagram y el día está muy avanzado. ¿Acaso quieres perder?

Que pronunciase su nombre con ese tono ronco, cómplice, la sorprendió más que estuviera preocupado por su competición.

—Porque nada de esto es real —barbotó de pronto—, porque no soy su enamorada ni lo seré jamás. Porque yo lo obligué a hacerse esas fotos conmigo por una tonta competic...

No pudo terminar la frase, ya que lord Worcester le había enmarcado el rostro con las manos y su boca estaba a escasos centímetros de la de ella.

—Nadie puede obligarme a hacer nada que yo no desee, Blanche. De la misma forma que yo no puedo controlar lo que sucede en mi corazón. Lo que me preocupa es saber lo que ocurre en el tuyo.

Los sentimientos profundos que bullían en los oscuros iris de lord Worcester tiraban de su alma sin dejarle otro camino que el de la verdad.

—Lo cierto es que... no puedo sacarlo de mi pensamiento —confesó, con las mejillas encendidas por la vergüenza.

—Entonces, todo es real —susurró él antes de darle un beso tierno y apasionado a la vez, que provocó que cientos de mariposas revoloteasen en el estómago de Blanche.

—Henry... —Se atrevió a suspirar en sus labios, lo que le valió un nuevo

beso, tan profundo que le fallaron las rodillas y el marqués no perdió la oportunidad de pegarla contra su cuerpo.

—Mi pequeña salvadora... Has conseguido volverme loco en apenas dos días y no tenías ni idea, ¿no es así?

Blanche estaba prendida del cuello de lord Worcester, con las manos cruzadas tras su nuca y los dedos enterrados en sus cabellos negros, sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Me... me quieres?

—Quiero ser el único al que traigas de cabeza con tus fotos y que me etiquetes en tus publicaciones. En todas ellas. ¿No te parece eso suficiente? — replicó con una expresión traviesa que hizo reír a Blanche.

—Es la declaración más romántica que podría haberme hecho, milord. —La dama se acomodó entre su brazos y apoyó la cabeza en su pecho mientras emitía un suspiro de felicidad, pero enseguida alzó el cuello para devolverle el gesto pícaro a lord Worcester —. Mi publicación de hoy va a ser un éxito rotundo —aseguró, y después le tendió su teléfono.

—No lo dudo, preciosa. —Sus ojos brillaron al sostener el aparato.



—Esa foto también es mi favorita, mi amor —le confesó el marqués con una sonrisa antes de que ambos volvieran a fundirse en un dulce beso.

ponerllinea

Lady **Blanche** es un personaje secundario del libro *Un lord con wifi*, perteneciente al universo *Tecléame te quiero*, un serie compuesta por seis novelas ambientadas en distintas épocas históricas que pueden leerse de forma independiente.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-geek-y-el-highlander-serie-teclame-te-quiero-1/MES-099751>

<https://www.facebook.com/IsabelJennerEscritora/>

Jimena Cook

## Tras las huellas del pasado

Cerré el libro y volví a leer el título en voz alta: “El caballero de la peregrina”. Era ya una tradición en mi familia que cada mujer, al cumplir los diecinueve años, recibiese una copia de este libro escrito por una antepasada mía hace siglos, durante la Edad Media.

En realidad, me costaba creer que una joven de mi misma edad hubiese vivido tantas aventuras, peligros y una historia de amor tan apasionante. Dejé el libro sobre la mesita de noche y observé mi reflejo en el espejo de pie que tenía frente a mí.

—¿Y por qué no? —dije en voz alta—. No podré retroceder en el tiempo para ir a la Edad Media, pero sí recorrer los caminos por los que ella viajó vestida de hombre, ocultando su identidad.

Después de un mes de espera y de haber superado la prueba de convencer a mi madre, pude realizar mi gran aventura. Allí estaba yo, en el mismo lugar donde ella comenzó su camino, en el Cañón de Río Lobos. Alcé mi mirada al cielo y ahí estaba el águila imperial, libre, tal y como ella lo describía. Mis pasos me llevaron hasta la ermita templaria de san Bartolomé, entré y noté el frío del lugar, respiré en profundidad y cerré los ojos para sentir su presencia, podía percibirla, lo veía a él en mis pensamientos, arrodillado ante el altar con su mano puesta sobre la empuñadura de su espada. Podía escuchar los caballos en el exterior y las voces de los peregrinos que se acercaban al lugar,

así como la respiración de ella entre esos peregrinos, agitada y nerviosa. Un ruido me hizo abrir los ojos y regresar a la realidad, miré para todos los lados, no vi a nadie en ese momento, me tranquilicé y volví a centrarme en sentir las señales del pasado, pero volví a escuchar el mismo ruido, entonces me sorprendí, no estaba sola, en el único banco que había, frente al altar, había un joven sentado observando la pequeña cruz que se apoyaba sobre la plancha de piedra. Me asusté al verlo y decidí salir de allí, fui con sigilo hacia la puerta de salida, pero la madera sonaba a cada paso que daba, se giró para mirarme, solo vi sus bonitos ojos verdes.

—¿También estás buscando las huellas del caballero? —me preguntó.

—¿Del caballero? —No sabía a lo que se refería.

—Sí, el caballero del peregrina, ese hombre es ya una leyenda. Muchos piensan que en realidad no existió, pero yo estoy convencido de que sí, fue un héroe. —Me sorprendí al escuchar sus palabras—. Él guardó un secreto durante toda su vida, la leyenda dice que ocultó un tesoro en la ruta a Santiago de Compostela, en el polvo del camino están las claves para saber el lugar donde se esconde su gran secreto.

—¿Has encontrado alguna pista sobre el misterio que rodea al caballero medieval?

—Solo sé que amaba a una joven española y que estas piedras fueron testigos de su amor.

—Sé quién es el caballero del que hablas y la peregrina a la que él amaba. Yo también voy tras las huellas, las huellas de su amor. —Le sonreí.

Se levantó en ese momento y reparé en su aspecto: sus ropas eran diferentes, llevaba una capa negra que ocultaba todo su cuerpo, tan solo se veían sus manos recias y unas botas marrones de cuero, pero la capa ocultaba su vestimenta; iba cerrada. Era muy alto y su pelo desalineado lo hacía sumamente atractivo. Se acercó a mí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—María.

—Encantado, María. Mi nombre es David —dijo mientras se inclinaba para besarme la mano. Observé para todos los lados, por un momento pensé que alguien me estaba gastando una broma de mal gusto, se comportaba como si fuese de otra época. Me apoyé sobre una columna y él puso su mano sobre esta, su rostro se aproximó al mío. Yo no podía apartar mi mirada de sus ojos verdes—. A este lugar regresaron después de muchos años, ¿lo sabías? —Negué con la cabeza, estaba impresionada y las palabras no me salían. Apoyó su otra mano en la columna, dejando mi rostro entre medio—. Y también sobre esta columna apoyaron ambos sus manos e hicieron una promesa. —Guardó silencio y, por un momento, pensé que me iba a besar. Me cogió de la mano y la apoyó sobre la columna, él puso la suya con suavidad sobre la mía; el roce con su piel me hizo estremecer. Respiré—. Juraron que sus almas siempre se quedarían en este lugar.

Mi corazón latía con celeridad. ¿Quién era ese hombre? ¿De dónde había salido? Retiré mi mano y me aparté; él me sonrió.

—Me gustaría acompañarte durante el camino, ambos busquemos las huellas del pasado.

Nuestras pupilas estaban fijas la una sobre la otra, una fuerza inexplicable nos unía y una aventura daba comienzo. Tenía la sensación de que le conocía y que nuestras vidas estaban destinadas a encontrarse.

---

**David** es un personaje secundario relacionado con el libro *El caballero de la peregrina*.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-caballero-de-la-peregrina/MES-094988>

<https://www.facebook.com/jimenacook>

Julianne May  
Corazón veteadado

No tenía ganas de volver a la pastelería. ¿El motivo? Pues era más que obvio después de todo lo que había vivido allí... o, al menos, luego del último episodio tras el anuncio de ascensos. Pero la realidad era que todavía quedaban muchos asuntos pendientes por resolver, entre ellos, la venta del apartamento de Maggie. Y, claro, como no podía ser de otra manera, era un día especial: San Valentín. Y a falta de tiempo y de un toque de creatividad, fui al lugar donde conseguiría el obsequio más repetido en toda la historia del amor: chocolates.

Entré lo más rápido que pude, rogando no cruzarme con Annetta. No solo habría hecho que todo el puto mundo se enterara de mi presencia, sino que, además, yo ya había tenido suficiente con la última Navidad festejada en su apartamento. No tenía ganas de volver a *sorprenderme* con lo que tuviera pensado regalarle al puerco de Chad.

Como fuera, logré llegar al que era mi antiguo espacio de trabajo, pero una música, que provenía del cuarto en el que Peter diseñaba las mejores exquisiteces, hizo que me detuviera. Sonaba *Fuego de noche, nieve de día*, de Ricky Martin. Vaya canción... Por supuesto que no pude con mi curiosidad y acerqué mi naricilla para husmear un poco más, lo suficiente como para saber qué pasaba allí e irme sin levantar sospechas, pero... el ruido de la estúpida puerta sin aceitar hizo que nada fuera tan simple.

—¿Quién...? —Suspiró fuerte, tratando de ocultar el lloriqueo—. ¿Quién es? —preguntó finalmente, aunque sin darse vuelta. Estaba sentado frente a la mesa, de espaldas a la puerta.

—¿Peter? —Entré y, despacio, cerré—. Soy yo, Pam. ¿Te encuentras bien? «¿Eres o te haces? ¡¿Quién puede encontrarse bien escuchando ese tema de Ricky Martin?!», me preguntó la Pam sin filtros de mi interior. Sí, a pesar de todo lo vivido, aún seguía allí, inamovible.

Peter, en cuanto me escuchó, se giró y, tras limpiarse con un pañuelito, se puso de pie y me abrazó.

—¡Oh, Pam! ¡Cuánto me alegra verte! ¡Pensé que no volverías!

Tragué saliva. En realidad, había pensado no regresar jamás.

—Pues me haces sentir honrada que te pongas tan emotivo de solo verme, Peter... —ironicé una vez que deshicimos el abrazo. Tenía los ojos más hinchados que Rocky Balboa luego de pelear contra Apollo Creed.

Peter chasqueó la lengua y volvió a sentarse.

—No es nada, Pam. Solo que estoy un poco emotivo. Ya sabes, es San Valentín y sin pareja...

—Pues no me sorprende. De solo saber tu relación con aquella caja llena de bragas que encontré hace unos meses atrás, pues...

Él rio y negó con la cabeza al tiempo que yo me acerqué hasta su mesa de trabajo. Abrí los ojos como dos huevos de avestruz y, sin dejar de mirar el diseño dibujado, no paré de decir «*Wow*» sin cesar.

—¿Te gusta? Ya lo mandé a hacer.

¿Si me gustaba? ¡Era precioso! Era un pastel con forma de corazón, cuya cobertura espejada era de chocolate blanco y negro, veteados. Y según el diseño, el interior, ideal para la ocasión: bizcocho de *red velvet* con un *frosting* de queso crema. Y la fresa del postre, el nombre: *Fuego de noche, nieve de día*.

Qué coincidencia...

—¿Para un cliente? —pregunté al tiempo que, muy despacio, crucé mis



brazos y elevé una ceja.

Peter sonrió de medio lado, aunque no tardó en bajar la mirada. La clavó en el diseño; estaba triste, era obvio.

—Sí, algo así...

Fruncí las cejas. Y, al oír la canción de Ricky Martin repetirse otra vez, entendí que su callado corazón estaba en serios, muy serios, problemas. No pude evitar recordar la triste Pam que yo había sido meses atrás. Y la verdad era que no quería que él terminara siendo así. En realidad, nadie querría terminar como mi antigua yo.

Y sí, era cierto. Peter siempre había sido introvertido, tímido, tal vez, pero esta vez su angustia sobrepasaba los límites. Debía hacer algo.

—Peter... —Apoyé la mano en su hombro, y él volvió su rostro hacia mí—. No sé quién es la afortunada, pero es una estúpida si no quiere estar contigo.

Sonrió y apoyó su mano sobre la mía.

—Gracias, Pam, pero no es eso. Ella... —Tragó saliva e hizo un silencio al tiempo que bajó la vista—. Sandy también me ama, solo que...

Entrecerré los ojos. Entendía lo que le costaba expresarse y ni quería imaginar lo difícil que le era tratar de decir lo que sentía su corazón.

—¿Hay un tercero en discordia? —inquirí sin tapujos.

En media milésima de segundo, Peter clavó su llorosa mirada en mí. Su ceño estaba fruncido y los ojos, a punto de desbordar en lágrimas.

—Algo así...

Alcé una ceja.

—¿Cómo que *algo así*? ¿Hay otro o no? Es simple, Peter.

Respiró profundo y, tras un corto silencio que pareció darle valentía, volvió a hablar:

—Joseph.

Bingo. Como solía sostener Maggie, los problemas casi siempre tienen nombre.

—¿Está casada con él? ¿Viven juntos?

Los ojos de Peter iban de un lado a otro, como si cada pregunta que le hacía fuera la peor complicación de su vida, pero al ver mi rostro lleno de impaciencia, se obligó a responder.

—Vive con ella..., por decirlo de alguna manera.

¡Y otra vez la ambigüedad de Peter Chanella!

Revoleé los ojos. No daría más vueltas.

—Escucha, Peter, si ella te ama y tú a ella, no lo compliquen más. Ve y no la dejes ir de tu vida. Estamos en el siglo XXI, por todos los cielos.

—Es que no creo que pueda dejar a Joseph, Pam... Ha sido muy clara con ese tema.

Cielos...

—Es decir que, ¿te ama a ti, pero también a él? O sea, ¿ama a los dos por igual? ¿Quiere estar con ambos al mismo tiempo?

Peter movía la cabeza de esa manera clásica cuando se duda y no se sabe qué demonios responder.

—Algo así, algo así...

Puse los ojos en blanco. De haber escuchado una vez más «algo así», lo hubiera atragantado con el bollo que habría hecho con su propio diseño.

—Entonces la pregunta es fácil: ¿aceptan tú y Joseph compartir a Sandy?

Tragó saliva.

—Joseph sí. Yo... —Expulsó el aire de sus pulmones y se tomó el cabello, nervioso—. No lo sé, Pam. De hecho, este pastel iba a ser mi último regalo. No voy a mentirte: jamás estuve en una situación como esta.

Pestañeeé tanto que parecía que me había tildado.

—¿Estás hablando en serio? —Me agaché para quedar a su altura y lo miré directo a los ojos—. Peter, no cometes el peor error de tu vida por una estúpida convención social. ¿Acaso quieres vivir el resto de tu vida escuchando este tema de Ricky Martin sin cesar? ¿Eso es lo que quieres? ¿Pensarla como un triste recuerdo? ¿Perderla para siempre?

Los ojos de Peter dejaron que una lágrima rodara por su mejilla.

—No, Pam. Jamás podría recordarla con tristeza. Y menos con esta canción. —Rio con timidez y unas lágrimas más cayeron—. Siempre bromea con este tema, pues en España, su país, los amigos se lo cantaban cada vez que se juntaban.

«Vaya, qué amigos...».

—¿Y Joseph no se ponía celoso? ¿No decía nada?

Una carcajada inesperada salió de Peter.

—¡Claro que no! De alguna manera, es su tema también... —Y volvió a reír.

Por supuesto que yo no entendí una mierda, pero el sonido de la puerta evitó que continuara interrogando. Era la nueva asistente.

—Peter, el pastel ya está listo. ¡Oh! Y un hombre te busca. Está en la recepción. Joseph Adams. Dijo que necesita hablarte con urgencia.

Y un escalofrío corrió por toda mi columna vertebral de solo imaginarme la conversación de ambos. ¿Cedería Peter? ¿Dejaría que Sandy se quedara solo con Joseph? ¿O aceptaría un amor de tres? La verdad era que yo no tenía por qué meterme. Después de todo, si estaba allí era porque debía buscar un regalo de San Valentín para mi mister *baguette*, pero... ¡Vamos! ¡No me iba a perder esa escena por nada en el mundo!

Tomé las manos de Peter y, clavando mis ojos en los suyos, lo animé a que se jugara por amor.

—Peter, es ahora o nunca. Todo depende de tu elección. Escucha a tu corazón si quieres ser feliz... O a Ricky Martin si lo que deseas es pasar el resto de tu vida llorando.

Peter tragó saliva una vez más y, tras ponerse de pie, respiró profundo para marchar a lo que sería la decisión más difícil de su vida hasta entonces.

Lo seguí, por supuesto, y luego de que tomó el pastel, continuó la caminata hasta la recepción. Y allí entendí por qué la golosa de Sandy no quería dejar a Joseph. Es que estaba más bueno que comer chocolate luego de una buena noche de sexo con mi mister B. Era esbelto, con un rostro tan angelical que hasta Brad Pitt lo habría envidiado y unos ojos verdes con unas pestañas que

me daba vergüenza ser mujer.

—Joseph, yo... —pero no pudo continuar y le dio el pastel.

¡¿Era en serio?!

El modelo de los dioses frunció el ceño.

—¿Para mí? —preguntó sorprendido, y no tardó en abrir la caja para aumentar su expresión—. ¡Peter! ¡Es hermoso! Yo no te traje nada, solo...

—No hace falta. —Sonrió—. Fue mi forma de representarlos a ti y a... Sandy.

Las miradas de ambos se tornaron serias y tristes a la vez.

Joseph dejó el paquete a un lado y se acercó hasta tomar a Peter por la nuca.

Sí... Yo tampoco lo esperaba.

—Peter, te lo ruego. No me dejes, yo te amo.

«¡¿WHAT?!».

Chanella sonrió y, tras tomarlo también por la nuca, se animó a hablarle a pocos centímetros de su boca.

—Y no lo haré. Yo también te amo..., Sandy. —Y lo besó para luego susurrarle una personalizada versión del tema de Ricky Martin—: *Sandy de noche...*

—*Joseph de día...* —completó la melodía Joseph-Sandy.

Y así entendí que, cuando el amor es sincero, no importa quién seas de día o de noche, pues no hay obstáculo que puedan detenerlo.

---

**Peter Chanella** es un personaje secundario de la novela Degústame.

<https://www.megustaleer.com/libros/degstame/MES-106423>

<https://www.facebook.com/julianne.may.14>

Laura Adriana López

## El disfraz del amor

*Lady* Aurora McBean, hija de los duques de Lancaster, miraba con una ceja levantada la cantidad de presentes que llegaban hasta ella por San Valentín.

Suspiró al ver que ninguno era de Miles Foster. Al parecer, aquel caballero no la creía digna de sus atenciones. Para ser un americano, era muy arrogante.

—¿Nada del mestizo? —preguntó su madre.

—No. Solo hay tarjetas con iglesias, flores y colores extraños, todos rojos —sonrió triste.

—Pero si tienes muchos caballeros que te admiran, querida. No deberías encapricharte por uno, y menos por un americano.

—Lo sé, madre. Creo haber hecho lo correcto para atraer su atención. Sin embargo, no la tengo. Es frío y decadente.

—Tal vez sea su carácter o tú eres muy engreída.

—Si le pareciera engreída, bien no se acercaría a mí, pero lo ha hecho —cruzó los brazos bajo sus pechos al decirlo.

—Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad. Hasta hoy en día culpo a mi padre por cómo fui, y hoy puedo culpar al tuyo —dijo Lucy sonriente—. Conseguirás lo que te propongas si tienes lo necesario, hay que ser pacientes.

Su madre la dejó sola con aquellos presentes en el recibidor.

No podía evitar sentirse triste por no haber recibido nada de Miles, pero no era del todo su culpa, él aún ignoraba quién era ella.

Tenía pensado decirle que era «La Gaviota» del teatro.

Conoció al joven extranjero en ese mismo teatro y, desde aquel momento, quedó presa de su mirada. Sus ojos verdes la cautivaron sin dejarle lugar a la razón. Sabía que era hijo de la dueña y eso no le importaba.

Miles Foster se comportaba con ella, tal como lo hacía con el resto de los artistas que estaban ahí, con profesionalismo y sin involucrarse demasiado.

Era ridículo que la hija del duque de Lancaster estuviera cantando en un teatro, escondiéndose para que no la vieran. No sabía qué podían pensar de ella, incluso no sabía qué pensaban de ella los que estaban a su alrededor en el teatro.

Como la intérprete, era famosa y admirada, y como Aurora McBean, un succulento bocado para más de un hombre de poca inteligencia que habían perdido sus fortunas.

\*\*\*

Miles observó a las bailarinas que practicaban para su acto de la noche. Él cuidaba el negocio de su madre. Fueron a Inglaterra a buscar fama y fortuna. Fama la tenían, y la fortuna se estaba haciendo con lentitud. Su madre tenía dos ideas para él: casarlo con una dama de la aristocracia inglesa y reclamar los derechos sobre el título de conde de Exeter.

No le importaba un título inglés, pero su madre no lo entendía. Era el bastardo del conde de Exeter. Para desgracia del conde, él solo tuvo hijas en su matrimonio, por lo que pidieron que fuera a Inglaterra para apropiarse del título y de la tutela de sus hermanas.

Él quería dedicarse a administrar el teatro y no a cuidar de pequeñas inglesas mimadas. Cuando recordaba a sus hermanas de doce y quince años, solo le venía a la mente la candidata de su madre: *lady* Aurora McBean. Era una aristócrata de sangre pura, una belleza que deslumbraba, incluso a él que se resistía a acercarse a ella. Tenía en sus planes cortejar a La Gaviota, que

era la más dulce y melodiosa voz que había conocido.

Se resistió por demasiado tiempo a verla como lo que era: una mujer soltera. A pesar de que no conocía nada de ella, sentía algo especial. Al parecer, la conocía de toda la vida, pero en realidad ignoraba todo. Una mujer que se escondía tras un antifaz y una peluca para cantar no era algo de fiar para cualquiera que tuviera sano juicio.

No importaba que fuera pobre o rica, tal vez fuera lo más conveniente que tuviera riqueza, aunque su madre igual no lo aprobaría porque se lo había dicho muchas veces: «Desconocemos la reputación de la muchacha».

Después de observar los ensayos para distraerse, fue a su despacho a continuar haciendo las cuentas, sin alejar a La Gaviota de sus pensamientos. No iba con frecuencia, solo una vez al mes, y aquella era su noche, estaba ansioso de verla y proponerle un cortejo o lo que pudiera permitirle un relacionamiento más cercano.

Aurora tenía por cómplice dentro de la mansión a Amanda, la doncella de su madre. Una noche la había descubierto, por lo que se vio obligada a guardar el secreto. Le facilitó un caballo de los que estaban en los establos para que fuera más segura.

El teatro recién construido no solo la albergaba a ella, sino también a otros artistas. Bailarines, cantantes, actores y actrices degustaban a la sociedad con sus talentos. Era mejor que las veladas musicales con grandes torturas. Aurora misma había tocado y cantado en las veladas, pero le parecía ridículo hacerlo frente a un público que muy poco redituaba. En cambio, en el teatro, pagaban para ver y escuchar sus talentos, era verdaderamente placentero. No podía hacerlo todo el tiempo para no levantar sospechas.

Dejó su caballo atado en el establo no tan alejado de la entrada lateral. Debía apresurar el paso para poder preparar uno de los vestidos que ahí guardaba.

—¡Gaviota! —exclamó la señora Foster al verla pasar la puerta—, llegas tarde, muchacha. Solo tienes unos minutos antes de que seas anunciada.

—Disculpe, señora. Tuve un inconveniente para llegar un poco antes.

—No importan tus excusas, ve y prepárate, muchos te esperan. —Se palmeó las manos la mujer para que apresurara el paso.

Tenía un lugar solo para ella, donde tenía sus prendas y pelucas con distintas formas, imitando peinados. Sonrió al ver cuál elegir. Trancó la puerta y se sentó frente al espejo para comenzar su magia.

Su vestido era de falda abultada para agregar dramatismo a su presentación. La persona que la acompañaba en el piano era un viejo y cansado señor con mucha experiencia, pero con muy poca vida por delante.

Miles la vio salir al escenario. Gaviota era singularmente atractiva y curvilínea. No podía estimar su edad con mucha seguridad. Aparentaba alrededor de unos veintitrés años, era una solterona por donde se la viera. Por la delicadeza de sus movimientos, podía asegurar que sí era una mujer finamente educada para el tratamiento con los demás.

Aurora observó de reojo a Miles Foster. La miraba con sus ojos vibrantes, pero su rostro no daba pistas de su estado real.

Debía entonar una canción especial para el día. Muchos de los asistentes habían ido acompañados por sus esposas o quizás prometidas. El día de San Valentín era especial para algunos, aunque no para todos.

Los sentimientos de su corazón escapaban a través de aquellas notas que deseaba que fueran oídas por el apático caballero que se robó su mirada. Cantaba intercambiando las miradas con el público y también cerrando los ojos. Sentía cada palabra que su boca dejaba ir en un deseo inalcanzable de ser escuchado y transmitir su dulce pasión.

Aurora ignoraba los sentimientos y pensamientos de Miles, haciéndola creer a ella que era la única víctima de un enamoramiento en silencio con un hombre que no pertenecía a su estirpe, pero ella había descendido hasta su espacio para demostrarle que su posición no se anteponía a su corazón.

Para dar el gran final, lo observó vehemente, expresando por fin lo que deseaba, ver detrás de la esquiva mirada del administrador del teatro.



Las rosas y otros presentes no se hicieron esperar para ella. Tenía a su público enamorado, salvo a quien ella deseaba enamorar. Miles desapareció de su vista, se fue al ver que todos aquellos caballeros se acercaban con flores, cajas, poemas y regalos costosos. Su pecho se desinfló por lo que pudiera estar pensando sobre ella.

Al terminar de recibir su último presente, se dirigió, cargada y exhausta, a su lugar. Con gran dificultad, abrió la puerta, bajó los presentes en el diván y se permitió respirar.

—Es usted muy talentosa, Gaviota —pronunció la voz de Miles.

Su corazón se paralizó al escuchar sus pasos acercándose a ella. Estaba de espaldas y no se animó a dar la vuelta para verlo a la cara.

—Señor Foster, estoy agradecida por sus palabras. Llevo meses aquí y es lo más cercano a una felicitación que recibo de usted —reclamó sin darse cuenta.

—No soy muy hablador, por si no lo ha notado —respondió a su reclamo, estirando su mano derecha queriendo acariciar a Aurora, pero la retiró con presteza.

—Siento tener que preguntarle si le parezco tolerable. He notado que no soporta mi presencia por mucho tiempo y que su mirada se oscurece al verme. ¿Soy tan poco agraciada para usted? —preguntó girándose hacia él.

Miles intentó descifrar el rostro detrás de la máscara, aunque no lo consiguió. Rio al escuchar la ridiculez que había dicho esa muchacha.

—Al contrario de todos aquellos, soy su más fiel admirador, Gaviota. Me sorprende que me crea tan indiferente cuando soy yo quien desfallece al escuchar su voz... —calló.

Ella sintió un vuelco al corazón, ¿sería posible lo que escuchaba?

—No lo... comprendo —dijo trancada por la sensación de incredulidad y felicidad a la vez.

Él acertó distancias con ella y, sin pensarlo, tomó una de las manos de Aurora.

—Mi pasión es insensata e irresponsable, Gaviota. Le pido que me perdone

por estos sentimientos que quizás puedan ser un insulto, pero para mí es importante hacérselos saber o moriré con esto atorado en el pecho.

No sabía cómo indicarle que eran las palabras que necesitaba escuchar, por eso acercó su frente a la suya para susurrarle algo.

—Ninguno de esos presentes tiene el valor de sus palabras, señor Foster. He cantado para usted todas las noches que me fueron posibles. Presumo corresponder de la misma forma a sus sentimientos. Sin embargo, hay algo que se antepone a esto que sentimos.

—Si es algo que me privara de usted, no deseo saberlo. Lo único que deseo es conocer el calor de sus besos, Gaviota —murmuró sirviéndose de los labios de Aurora.

El dulce sabor del enamoramiento se apoderada de ellos, ajenos por completo a los demás, sintiéndose victoriosos de poder soñar despiertos con un amor sin igual.

---

Una secuela de Te deseo para mí que será publicada por Selecta en el 2019, pertenece a la **serie** La herencia de la Rosa.

<https://www.facebook.com/lauraadriana22>

## Lucía de Vicente

### Un sueño por San Valentín

Santiago no era capaz de dejar de mirarla. Apenas si se había enterado de la ceremonia de boda de Rafa y Cris. Esperaba que su amigo no le preguntara algo al respecto cualquier día.

Y en esos momentos, al verla aproximarse a ellos, acababa incluso de perder el hilo de la conversación que mantenía con la novia. La mujer a la que todos esperaban para hacer la foto de grupo era impresionante. Aquel vestido de noche, de amplia falda de muselina de seda en degradé, que tenía un montón de tonalidades que su mente masculina era incapaz de denominar, y que pasaban desde el negro del ajustado corpiño al malva del bajo, estaba a punto de hacerle perder la razón.

—¡Carol! —gritó Cris, apremiándola para que se acercara cuanto antes, al verla entrar en el jardín cubierto donde más tarde se celebraría el convite—. ¿Dónde te has metido? Llevamos un rato esperándote.

La aludida aceleró el paso y dio una pequeña carrerita para llegar junto a ellos, moviendo el vaporoso ruedo que se pegaba a sus piernas y que amenazaba con hacerla tropezar y protagonizar la escena de la velada. Él tuvo la sensación de que se trataba de una medusa en pleno baile acuático, atractiva y mortífera. Pagaría cualquier precio por sucumbir al influjo de aquella umbrella hechicera, por muy letales que fueran sus tentáculos.

—Ya voy, ya voy. ¡Perdonad, no tenía ni idea de que la foto de grupo era

ahora!

La novia la miró con cara de condescendencia y, apartándose de su lado, hizo un hueco entre ambos para que lo ocupara la recién llegada.

«¡Fabuloso!», pensó. «Por fin la tengo al alcance de mi mano».

Una vaharada de suave perfume con notas cítricas llegó hasta su nariz, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera de placer. Cerró los ojos para disfrutar al máximo el momento.

—Tenía que ir al baño —susurró ella al oído de la protagonista de la velada—. No podía aguantar ni un segundo más —se quejó, bajito, aunque él pudo escucharla con claridad gracias a su excelente sentido del oído.

Reprimió la sonrisa que amenazó con asomar a sus labios. Parecía ser una chica espontánea y natural. Esa era una cualidad que valoraba en las mujeres.

Notó que ella ocupaba el espacio que Cris dejó entre ambos y lo ampliaba con las caderas. El conato de sonrisa se le borró de inmediato del rostro debido a la impresión.

—¡Siempre eres la misma! —la amonestó con suavidad la novia, con voz empañada de cariño.

La aludida compuso un gesto de inocencia, iluminado por una radiante sonrisa, mientras la fotógrafa colocaba, una vez más, a los dos niños que habían desempeñado el papel de pajes delante de sus padres.

Él detuvo a duras penas la tentación de soplar sobre su hombro para retirarle la oscura melena, que llevaba parcialmente recogida con un sencillo pasador de pedrería en la coronilla de la cabeza, y ocultaba a medias el arco de su largo cuello. Aquella zona de la anatomía de una mujer le atraía como un imán. Una vena palpitó allí, pareciera que hubiera sentido la candente mirada que acababa de dedicarle como un roce físico.

—¡Ufff! —la escuchó protestar mientras se abanicaba con la mano—. Oye, hermanita, ¿y no podías haber elegido un día menos «moñas» para todo este folclore? Mira que casarte un 14 de febrero... —se quejó como respuesta a un comentario de uno de los invitados.

«¿Hermanita?».

Debería habérselo imaginado, tenía los mismos ojos grises que la novia e idéntico tono de piel, si bien lo despistó su altura, ya que era bastantes centímetros más baja que su hermana, y el color del cabello, nada que ver con el pelirrojo cobrizo del de la novia.

—¡Juntaos un poco más! —pidió la fotógrafa—. Los de aquella esquina no salís —indicó a los del extremo izquierdo.

Él aprovechó la coyuntura para acercarse más y echar un brazo por la espalda de la artífice de sus desvaríos. Dejó resbalar la mano hasta la estrecha cintura y la detuvo allí. Sintió que le picaban las yemas de los dedos por el deseo de acariciarla.

Fotos de todos los asistentes. Fotos de los novios con los padres. Fotos de los contrayentes con los amigos de ambos. Fotos de Rafa con sus testigos. Fotos de Cris con los suyos. Fotos de los recién casados. Fotos, fotos... No sabría decir si aquella sesión duró mucho o poco, pero fue capaz de aguantar con estoicismo las exigencias de la ayudante de fotografía mientras esperaba el momento de poder hablar con la joven. Procuró, eso sí, quedarse cerca de ella en todo momento y utilizar cualquier excusa para recrearse en castos roces al descuido.

Pero, en cuanto comenzó el cóctel y la gente empezó a dispersarse en grupos, mientras los novios salían al enorme jardín exterior para completar el álbum de la jornada, él aprovechó el momento para abordarla.

—Hola, soy Santiago Castro, el oncólogo de tu sobrino Niki y el amigo de tu cuñado Rafa —se presentó tan pronto la vio apartarse de sus padres y antes de que alcanzara el siguiente corrillo de amigos y familiares.

—¡Hola! Yo, como creo que ya sabes, soy Carolina, la hermana de la novia. —Aceptó la mano que él le extendía a modo de saludo, con una deslumbrante sonrisa—. ¿Cómo es que nunca hemos coincidido durante mis visitas al hospital mientras mi sobrino estuvo ingresado...?

—¡Ni idea! Una pena, sin duda.

—Sí, una pena —coincidió ella.

—Bueno, pero ese es un pecado muy fácil de expiar. Quizá, a partir de ahora, podamos vernos más a menudo, aunque no medie ninguna celebración familiar. ¿Tú qué opinas?

Ella arqueó una ceja y sus ojos se iluminaron con una sarcástica sonrisa que lo decía todo.

—¿Y por qué motivo habríamos de reparar nuestra falta de encuentros? —cuestionó, entrando al trapo que acababa de tenderle.

Aquella respuesta le afianzó aún más en la espontaneidad y decisión de la joven. Dedujo que no era alguien con quien pudiera andarse con propuestas melifluas ni paños calientes, por lo que tomó la decisión de ir directo al grano.

—Pues... Porque tú eres una belleza, se nota que eres una mujer inteligente y me gustas mucho. Y yo... en fin, yo tampoco soy un mal partido. ¡Soy alto, guapo y divertido!

—Alto, guapo, divertido... ¡y nada modesto! —repitió Carol, muerta de risa.

—¡La modestia está sobrevalorada! ¿De qué te valdría que te dijera que soy un mal amante, si en realidad no es cierto? Además, ¿estarías dispuesta a iniciar una relación con alguien que se postula feo, mal amante y aburrido como una ostra tibetana?

—¿Una relación? ¿No te parece que vas un poco rápido, señor doctor? —protestó, divertida—. ¿Sabes? Conozco tu currículum; mi hermana y mi cuñado me han prevenido contra ti antes de salir de casa, aunque no imaginaba que tu descaro alcanzara semejantes cotas.

—¡Ten amigos para esto! —se quejó con falso malestar—. ¿Acaso crees que tu cuñadito es un santo?

—Ni se me ocurriría pensar algo semejante. Si fuera un dechado de virtudes, no tendría un amigo como tú. —Ella rio su propia gracia—. ¿Y sabes qué? Me alegro de que no lo sea porque, ¿para qué querría mi hermana un santo en su cama?

—¿Eso significa que tú tampoco quieres uno para la tuya?

—¡Por supuesto que no! ¿Quién quiere en su cama a una ostra tibetana? Por cierto —dijo tras recapacitar un instante—, ¿en el Tíbet hay ostras? Yo pensé que solo había aburridos monjes.

Le encantaba esa mujer. Además de las cualidades que la arrogó minutos antes, tenía muchas más. Era alegre, directa y sabía lo que quería en la vida, algo que a él le entusiasmaba.

—¿Entonces todavía tengo alguna oportunidad?

Carol soltó una burbujeante carcajada. Aquel gesto le pareció un buen augurio. Sobre todo, porque en ningún momento tuvo la impresión de que se hubiera molestado; más bien al contrario, parecía divertida por su descaro.

—Bueno, está claro que feo no eres. Y puesto que me prometes que, además, eres un buen amante... Me lo pensaré. Todo depende de cómo te comportes durante el resto de la noche.

Él cerró los ojos dando las gracias a cualquiera que fuera la deidad pagana que le hubiera puesto esa oportunidad al alcance de la mano. No pensaba desaprovechar la ocasión porque, además, Carol le gustaba de verdad. No solo para darse un revolcón pasajero ni como acompañante con «derecho a roce» de una sola noche. Era una de esas pocas mujeres por las que estaba dispuesto a apostar lo suficiente como para explorar alguna que otra posibilidad más.

—Y... ¿podrías darme alguna pista de cuál es el comportamiento que una mujer como tú espera de un hombre como yo el día de la boda de su hermana?

Ella no contestó, pero dejó que sus grises ojos se prendieran en los de él durante un tiempo indefinido, que debió de ser bastante largo. Luego sonrió.

—Si te digo lo que tienes que hacer, no tiene ningún mérito. Deberás ganártelo por ti mismo.

—¡Anda, por favor, ten piedad de un pobre hombre! —rogó—. Mira que me estoy jugando mi futuro.

Carol volvió a reír sin recato, con esa carcajada alegre y bulliciosa que a él le hacía perder el paso.

—De momento —se compadeció ante sus súplicas—, te recomendaría que cerraras esa boquita que Dios te ha dado y dejases de decir tonterías durante el resto de la velada. En cambio, podrías entretenerme con una conversación inteligente y fluida.

—¡Me encantas, Carol! —reconoció de golpe—. ¿Me dejas que te pregunte una última tontería? Luego prometo comportarme como un hombre cabal.

—Tú sabrás qué haces. El examen ha empezado ya. Si quieres arriesgarte... Él la miró. No podía callar la vocecita que machacaba su cerebro con cansina cadencia.

—Carol, ¿crees en los flechazos? —se arriesgó. Ella lo miró a mitad de camino entre la diversión y el asombro—. A lo mejor, como hoy es el Día de los Enamorados, Cupido se ha fijado en nosotros y... ¡zas!

---

**Carol** es la hermana de **Cristina Losada**, la protagonista de *Tras la estela de un sueño* y **Santi**, el amigo de **Rafael Monclús** y oncólogo de **Niki**.

<https://www.megustaleer.com/libros/tras-la-estela-de-un-sueo-premio-vergara-el-rincn-de-la-novela-romantica-2018/MES-099491>

[www.luciadevicente.com](http://www.luciadevicente.com)



Mairi Duan

## Rescate en San Valentín

Vanesa leía los mensajes que no había tenido tiempo de mirar de camino a la cafetería donde había quedado con su amiga Ana. Se conocía el trayecto desde el aparcamiento de memoria, así que su cabeza estaba más centrada en el móvil que en lo que tenía delante.

Con un ligero vistazo, alargó la mano para coger el tirador de la puerta pero, en ese momento, chocó contra una mole que la hizo tambalearse y obligarla a levantar la cabeza.

Su mirada se quedó atrapada en los ojos esmeralda más hermosos que había visto en su vida. Durante unos segundos, todo a su alrededor se esfumó y ella permaneció boquiabierta contemplando aquel rostro perfecto.

El hombre sonrió mostrando dos encantadores hoyuelos en sus mejillas que hicieron que el corazón de Vanesa se saltara un latido. Una profunda y melodiosa voz varonil la sacó de su ensimismamiento.

—Perdona. —El hombre se apartó de la puerta.

Vanesa reaccionó y obligó a su cabeza a reanudar su actividad.

—No. Pasa tú, por favor. No te había visto —se disculpó Vanesa ruborizada.

—Tu mano está sobre el tirador de la puerta, lo que significa que tú llegaste antes. —El hombre levantó las manos y se negó a pasar el primero.

Vanesa accedió y entró nerviosamente al interior de la cafetería, dedicándole una torpe sonrisa. Buscó a su amiga, a la que localizó sentada cerca de una de

las ventanas.

Alex, sin dejar de mirarla, se encaminó hacia el grupo de cuatro hombres que se encontraba desayunando en una de las esquinas. Tras saludar, se sentó, intentando disimular la atracción que sentía por la mujer que había conseguido que olvidara el enfado provocado por tener que cancelar los planes del fin de semana por motivos de trabajo.

Vanesa saludó a su amiga y se sentó frente a ella.

—¿Te acordaste del libro? —preguntó Ana observando los que llevaba en los brazos.

—Se me olvidó. —Vanesa frunció el ceño—. Lo siento. Te lo llevo mañana a casa de Jorge.

—No se te olvide, por favor. Tengo que presentar el trabajo el próximo mes y ya voy pillada de tiempo.

—Me pondré una alarma —añadió cogiendo el móvil.

Carlos, el encargado de la cafetería, se acercó a ellas.

—Buenos días. ¿Lo de siempre? —preguntó mirando a Vanesa mientras retiraba la taza vacía de su amiga.

—Sí, por favor —respondió Vanesa con una sonrisa—. ¿Otro café? —inquirió mirando a Ana.

—Sí, por favor.

Al cabo de un rato, Carlos regresó con dos cafés y una tostada que dejó sobre la mesa. En ese momento, Vanesa le preguntó:

—¿Sabes algo de Elena y Alicia?

—Lo último que sé es que los padres de Elena siguen en Escocia intentando averiguar qué les ha pasado. La agencia con la que las chicas contrataron el viaje por las tierras altas de Escocia está cerrada y no consiguen dar con ninguno de los turistas con los que viajaron. Me atormenta pensar que yo las invité a realizar ese viaje que tenían en mente tanto tiempo.

—No te tortures, Carlos. Seguro que todo tiene una explicación —añadió Vanesa, que tampoco entendía cómo podían haber desaparecido sin dejar

rastró.

Elena y Alicia habían ayudado a Carlos cuando lo operaron. Ellas se encargaron de la cafetería durante el tiempo que permaneció en el hospital y Carlos les regaló el viaje a las tierras altas de Escocia en agradecimiento a su ayuda.

Carlos se marchó apesadumbrado y Vanesa murmuró:

—¿Qué las habrá pasado?

—No lo sé. Se habla de secuestro, accidente... En fin, supongo que nunca lo sabremos. Cambiando de tema —comentó Ana echando un azucarillo al café—, ¿te recojo mañana para la fiesta de San Valentín en casa de Jorge?

—Estupendo. Así solo llevamos un coche. ¿A qué hora?

—¿A las cinco? —sugirió Ana.

—Vale —acordó Vanesa apurando la tostada mientras miraba la hora—. Tenemos que marcharnos o llegaremos tarde a clase.

Ambas amigas apuraron sus cafés y, después de pagar a Carlos en la barra, salieron de la cafetería. Vanesa echó una última ojeada al hombre con el que se había tropezado y se ruborizó al descubrirlo mirándola fijamente.

—Deberías pedirle una cita —sugirió Antonio observando cómo los ojos de su amigo brillaban contemplando a la mujer que acababa de salir y con la que se había chocado al entrar en la cafetería.

—No te quepa duda de que lo haré. No sé cuándo, pero lo haré —afirmó Alex volviendo a su café.

\*\*\*

El móvil de Vanesa sonó repetidas veces hasta que logró localizarlo.

—Hola, Ana, ¿estás ya abajo? —preguntó mientras cogía el bolso—. ¿En diez minutos? Vale, te espero en el portal.

Después de cerrar la puerta, se dio cuenta de que se había olvidado el libro para Ana. Volvió a entrar y dejó las llaves sobre la desordenada mesa del

salón mientras buscaba el libro en la estantería. Una vez localizado, se acordó de que no había cerrado la ventana de la cocina, así que se dirigió allí.

Dejó el libro sobre la encimera y, cuando se encaminó hacia la ventana, se percató de que no había bajado la basura el día anterior y que no lo podría hacer hasta el día siguiente porque no sabía la hora a la que regresaría de la fiesta.

Arrugó la nariz y agarró la bolsa de basura. Cogió las llaves de la mesa de la cocina y salió apresuradamente para tirar los desechos.

Cuando regresó e intentó abrir la puerta, se dio cuenta de que había cogido las llaves equivocadas. «Tengo que ordenarme o algún día perderé la cabeza —se dijo comprobando que había pillado las de la casa de sus padres—. ¿Y ahora qué hago?».

Recordó que no había llegado a cerrar la ventana de la cocina, la cual daba a la terraza, a la que se podía acceder a través de un voladizo que rodeaba toda la planta. No era la primera vez que lo hacía, así que decidió entrar de forma poco ortodoxa en su apartamento.

Se deslizó con cuidado por la ventana de la primera planta que daba a la calle hasta situarse sobre el saliente. Comenzó a caminar con la mejilla pegada a la rugosa pared, sin mirar hacia abajo y asegurándose de que sabía dónde poner el pie.

Había llovido el día anterior y esa mañana era más fría de lo habitual, por lo que Vanesa no pudo evitar que el hielo formado desde primera hora traicionara su propósito.

Sus pies perdieron su punto de apoyo y el corazón le dio un vuelco cuando sintió que perdía el equilibrio. Como pudo, se aferró a una cañería intentando no caer, y así se quedó, paralizada, pensando cómo salir del atolladero, hasta que escuchó la voz de Ana desde abajo.

—¿Vanesa? —gritó Ana estupefacta—. ¿Qué diablos haces ahí?

Vanesa giró ligeramente la cabeza y se preguntó qué se imaginaba que hacía allí.

—Pues ya ves —contestó cínicamente—, que me apetecía tomar un poco el fresco. ¿Qué narices crees que hago? —gruñó enojada—. ¡Maldita sea. Haz el favor de pedir ayuda si no quieres ver a tu amiga estampada contra la acera!

—Está bien —añadió Ana, nerviosa, buscando el móvil en su bolso—. No te muevas de ahí.

—No te preocupes —señaló Vanessa, que prefirió obviar el comentario de su amiga.

En pocos minutos, una dotación de bomberos se presentaba anunciando con su sirena su llegada. Vanesa suspiró aliviada y avergonzada al mismo tiempo. Escuchaba los murmullos de la gente preguntando qué hacía allí. Algunos gritaban que no se suicidara, mientras otros lloraban nerviosos por la expectativa de ver en directo a una persona estrellarse contra el suelo.

Los bomberos desplegaron una enorme colchoneta para que Vanesa se lanzara, pero, cuando intentó hacerlo, comprobó desesperada que su pie estaba encajado entre la cañería y el voladizo, y no era capaz de desengancharse.

Uno de los bomberos se percató del problema y rápidamente entró en el portal para salir por la misma ventana por la que lo había hecho ella. Cuando llegó hasta Vanesa, desencajó el pie y se colocó detrás de ella.

—¿Estás bien? —preguntó junto a su oído una armoniosa y profunda voz masculina.

—Sí —respondió Vanesa, que en ese momento sintió cómo uno de los brazos del bombero rodeaban su cintura, atrayéndola hacia él, mientras con el otro se aferraba a la cañería. Una sensación de tranquilidad calmó su angustia.

—Suéltate. Caeremos hacia atrás. Yo amortiguaré la caída sobre la colchoneta. No te preocupes. Confía en mí —sugirió el hombre.

Vanesa obedeció y cerró los ojos. El bombero la abrazó fuertemente y se lanzó hacia atrás. Al chocar contra la lona, rebotaron. El impulso los hizo voltearse y Vanesa acabó boca abajo con el bombero a su espalda.

El hombre se separó rápidamente.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó preocupado, ayudándola a

ponerse boca arriba.

Vanesa se giró y, cuando consiguió quitarse los pelos de la cara, se quedó sin habla al reconocer al hombre con el que había chocado en la cafetería el día anterior.

Alex no esperaba encontrarse con la mujer que ocupaba todos sus pensamientos desde que se topó con ella. Su mente intentó controlar su agitación y, sin saber cómo, solo se le ocurrió preguntar:

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Sus compañeros se sorprendieron ante la salida de Alex, hasta que Antonio rompió a reír al reconocer a la muchacha.

—Vaya rescate en San Valentín —comentó mirando a Alex—. Y eso que echabas chispas cuando te cambiaron el turno para trabajar este fin de semana.

—Ha valido la pena —añadió Alex, que no había apartado los ojos de Vanesa—. ¿Qué me contestas? —insistió conteniendo las ganas de besar aquellos labios pecaminosos.

Vanesa estaba confusa. La proximidad y la intensidad de la mirada masculina la tenían bloqueada. Su corazón latía desaforadamente, sin control, y no tenía claro si sus pulmones tenían problemas para poder respirar debido al peso del hombre sobre ella, o al peso de la atracción que sentía hacia él.

Cerró los ojos unos instantes para calmarse y, al volver a abrirlos, consiguió que las palabras acudieran a sus labios.

—Esta noche voy a una fiesta por San Valentín que organiza un amigo. Tal vez quieras acompañarme —le propuso con los ojos brillantes.

—Me encantaría acompañarte a esa fiesta si me prometes que cenarás conmigo otro día. Tú y yo solos.

—Prometido —afirmó Vanesa con una sonrisa.

---

La cafetería donde comienza la acción es donde **Elena y Alicia**, protagonistas de Capricho del destino, trabajaban antes de realizar un viaje a las tierras altas de Escocia, donde desaparecerán misteriosamente.

Carlos, el encargado de esta, aparece mencionado en la citada novela.

<https://www.facebook.com/mairiduanmariarivasescritora/>

<https://www.megustaleer.com/libros/capricho-del-destino/MES-104548>

Mar P. Zabala

## Amor entre libros

Teresa no estaba segura de haber hecho bien aceptando aquel trabajo eventual para la distribuidora de libros. Había pensado que sería un dinero fácil de ganar que complementaría su sueldo de bibliotecaria ese mes de febrero, permitiéndole darse un capricho. Quizás el nuevo libro electrónico con el que llevaba soñando desde hacía meses, pero que siempre había quedado relegado porque surgía otro gasto.

Su último dispendio había sido la montura azul con lunares blancos de la que se había enamorado nada más verla en la óptica. Ella era una mujer de cuarenta años, divorciada, sin hijos y sin más complicaciones económicas que poder pagar el plazo de la hipoteca cada mes. Sin embargo, después de las Navidades, su cuenta bancaria se había quedado casi en números rojos.

Así que allí estaba ella, un sábado a las diez de la noche, con varias horas sin descanso por delante. La habían contratado para clasificar los libros de una librería de las de toda la vida, que había cerrado sus puertas tras la jubilación de su dueño. Una distribuidora, con sede en Madrid, pero que hacía envíos a toda España e incluso a ciudades europeas, se había quedado con todo lo que los tres pisos de la tienda almacenaban. Pensó que estaría clasificado por estanterías y sería un trabajo sencillo, pero se había encontrado que el desorden reinaba por doquier.

Se había aburrido de separar ejemplares de literatura infantil de los de



ciencias naturales, y se había escabullido a la última planta, donde varias cajas y baúles de madera aguardaban para ser abiertos, cuando escuchó unos pasos subiendo por las escaleras. Era la otra persona contratada para trabajar con ella: Pedro, un profesor de literatura que, como Teresa, había querido sacarse un extra ese mes. Al principio, no le había caído demasiado bien. Ella era charlatana, pero después de varios infructuosos intentos de entablar conversación, se había cansado de respuestas monosilábicas y «uhms» y «ahs», y había decidido pasar de él. Pensó que podrían pasar unas horas agradables en mutua compañía. Lo había visto varias veces por la biblioteca y suponía que tendrían cosas en común. Estaba claro que no iba a ser así.

—Si te parece, me voy a al segundo piso y tú sigues con este planta. Luego nos encontramos en el tercero —le había sugerido después de una hora de trabajo.

—Vale.

Desde luego no iba a recordar aquella noche por la charla con su compañero. Llevaban allí desde las cinco de la tarde y no saldrían hasta bien entrado el domingo con la tarea hecha. Teresa giró el cuello de derecha a izquierda en un vano intento de desentumecerlo.

—He traído un termo con té con arándanos. Pruébalo —le ofreció Pedro con una sonrisa que, hasta ese instante, dudaba de que sus labios pudieran formar—. Es una receta casera de una amiga, en realidad es una vecina. Seguro que te gusta.

Teresa tomó la taza que le tendía el hombre. No sabía de dónde la habría sacado, pero el suave aroma que desprendía, y el calor de la porcelana en sus manos, fueron como un bálsamo. Imitando a su compañero, se sentó en un escalón.

—Sabes, estaba deseando curiosear estas cajas. Mi padre trabajó en esta librería. Me contó que el abuelo del dueño las compró a una imprenta londinense antes de que estallara la guerra. Se quedaron sin abrir. No eran tiempos para novelas inglesas y bucólicos recopilatorios de poemas. Creo que

vamos a encontrar joyas en ellos.

Hasta ese instante no se había fijado en el brillo que aquellos dos ojos azules despedían. Mirándolo bien, era un calvo interesante, hasta un punto atractivo. No era un musculitos, pero sin duda se mantenía en forma. Tal vez se había precipitado en sus conclusiones y no fuera tan mal tipo después de todo.

Pedro bebió un sorbo de su taza, incapaz de sostener la mirada de Teresa. Cuando un día, que fue a devolver un libro a la biblioteca municipal, la escuchó hablar con su compañera de trabajo, una joven llamada Luna, sobre el trabajillo que había conseguido para un fin de semana, no lo dudó. No había desistido hasta lograr que lo contrataran también a él. Había creído que sería la forma perfecta de acercarse a la mujer de la que estaba perdidamente enamorado desde hacía dos años. Desde el mismo instante en que puso un pie en la biblioteca y ella le había sonreído tras el mostrador, con su corto pelo negro y sus chispeantes ojos que las gafas parecían negarse a ocultar.

Semana tras semana acudía a por libros, solo por verla a ella. Algunas veces los devolvía sin que le hubiera dado tiempo a leerlos, por no faltar a su cita semanal con la bella bibliotecaria que ocupaba sus sueños.

No obstante, la vergüenza se había apoderado de él aquella tarde y las palabras se trababan en su boca antes de ser pronunciadas. Al cabo de cinco horas, decidió que era el momento, era ahora o nunca. De modo que con el pretexto de invitarla a una taza de té, que había comprado ex profeso para ella en una tienda de menaje, se había acercado hasta la planta donde estaba trabajando, y el azar había querido que estuviera intentado abrir una de las misteriosas cajas que se agolpaban en la tercera planta de la librería.

—Me ha picado la curiosidad, quiero ver lo que hay dentro, pero algunas tienen candados. No sé cómo vamos a hacerlo —se lamentó ella.

—En un cajón del primer piso, en una especie de escritorio, he encontrado un llavero con varias llaves oxidadas de diversos tamaños. ¿Te parece si probamos?

Como dos chiquillos traviesos, dejaron sus tazas y, con expectación,

probaron con el primer cierre metálico. Al quinto intento sonó un clic y, entre nubes de polvo y la paja con que habían sido embalados en su país de origen para protegerlos de la humedad en el barco que los había traído hasta el continente, aparecieron ejemplares de lord Byron, Shelley y Keats.

—¡Esto es un tesoro!

—¿Te gusta la novela romántica? —preguntó, sorprendida, Teresa al recordar como el profesor solía decantarse por la poesía y las novelas históricas.

—La verdad es que sí —respondió con timidez.

A partir de ese instante, las horas transcurrieron con rapidez. Solo descansaron para desayunar en una cafetería cercana y para tomarse un bocadillo a la hora de comer. En lugar de continuar cada uno en una planta, colaboraron juntos y lograron agilizar la tediosa tarea.

A media tarde de un soleado domingo, salieron de la librería, con los libros clasificados, y deseando sentir el aire fresco en su rostro. Teresa inspiró permitiendo que entrara en sus pulmones, reseco por el polvillo que habían estado respirando durante casi dos días.

—¿Tomamos algo en La Plaza? —le sugirió a su acompañante.

—¡Claro!

Aprovechando la buena temperatura reinante, se sentaron en una terraza. Los niños correteaban alegres entre los grupos de turistas que hacían fotos con sus móviles.

A Teresa le daba pena despedirse de Pedro. Poco a poco había ido soltándose y habían mantenido una agradable conversación. No quería decirle adiós. Entonces se dio cuenta de que no tenía que ser así, tal vez, si él quisiera, podrían ir a cenar o al cine. En ese momento, era ella la tímida y vergonzosa, la que no encontraba la suficiente compostura para pedirle salir. Si le decía que no, ¿qué importaba? Siempre podía dejar que fuera Luna quién lo atendiera cuando acudiera a la biblioteca.

—Teresa —dijo él con el rostro de pronto serio de nuevo—. No sé si te

gustaría, si te apetecería, tal vez no lo veas oportuno, o no quieras, lo entenderé si dices que no, pero ¿querrías volver a quedar conmigo?

—No.

—¿No? —preguntó Pedro disgustado y desilusionado por el rechazo.

—Esto no ha sido una cita —respondió ella sonriendo, divertida por su confusión—. No podemos volver a quedar, porque hoy, o mejor dicho ayer, no hemos quedado. Ja, ja, ja.

—Me habías asustado. Pensé que no querías volver a verme.

—Claro que quiero. ¿Qué te parece si el sábado que viene vamos al cine y, al salir, nos tomamos algo?

—Uhm, no sé qué decirte. Un día como el sábado no es una fecha cualquiera. Es un día señalado.

Se habían tornado las tornas y era el momento de Teresa de no saber si en ese instante era ella la rechazada.

—Es San Valentín —le explicó él guiñándole un ojo—. ¿Seguro que quieres quedar ese día?

—Sí, es un sábado como cualquier otro, ¿no? —replicó ella azorada, dando un suave manotazo con la mano en el aire, queriendo quitarle importancia a la situación.

Teresa no sabía cuánto se equivocaba, que aquel día no sería como otro sábado. Aquel sería el primer San Valentín de muchos otros en los que ellos dos saldrían para celebrar que se habían conocido entre libros, y que el día de los enamorados sería el aniversario de su primera cita.

Pedro desconocía que seguiría acudiendo con regularidad a la biblioteca para ver a la mujer de la que se había enamorado y a la que ya no le era indiferente.

Como recuerdo de su largo fin de semana entre las cuatro paredes de la librería, conservarían para siempre un ejemplar de cada uno de los autores ingleses, cuyas novelas habían llenado aquella olvidada caja que había aguardado durante casi un siglo a que ellos dos la encontraran.

Rodeados de novelas románticas, su amor había surgido para no desaparecer nunca. Había sido un amor entre libros.

---

**Teresa y Luna** son personajes de la tercera entrega de la **serie** Un té con amor, que lleva por título Canela y miel y próximamente saldrá a la venta.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-t-verde-con-jazmn-un-t-con-amor-1/MES-101262>

<https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/>

Marcia Cotlan

Arder

Oí hablar por primera vez de la agencia de acompañantes Waterham's en la inauguración de una exposición de esculturas de madera, en una galería de la zona oeste de Vancouver a la que había ido con mi amiga Lauren. Mientras ella revisaba su maquillaje en el tocador, un par de mujeres de unos cincuenta años, elegantes, aún hermosas y deseables, pero vestidas y peinadas como cacatúas, intercambiaban confidencias que no lo eran, pues decían a voz en grito, para quien quisiera escucharlas, que los hombres de la agencia de acompañantes Waterham's dejaban sin respiración: guapos, sexys, cultos y mucho más que diestros en la cama.

—Míralas bien, Valentina —me susurró Lauren al oído—. Se han pasado media vida rondando a viejos ricos que las mantuvieran, y ahora que son ellas las que peinan canas, pagan a jovencitos para que les calmen los ardores de toda una vida sin orgasmos.

Sonreí. Lauren y su lengua viperina, siempre en pie de guerra, pero ella no sabía lo que era acostarse con hombres año tras año de tu vida y que no lograras correrte con ninguno. Yo sí lo sabía, por eso no pude olvidar las cosas que decían sobre aquella agencia. Busqué la dirección en internet y me decidí a ir, pero la señora Waterham me presentó a seis acompañantes que rechacé sin miramientos, así que le dije que aquello no era para mí.

—Dame unos días. Voy a hablar con Jack Dolan. Es excepcional, Lucy —me

dijo. Cada vez que me llamaba Lucy me pillaba desprevenida. Había decidido no dar mi verdadero nombre, pero no lograba acostumbrarme al nuevo.

Varios días más tarde me hizo pasar a su despacho y me pidió que la esperara mientras iba a buscar a ese magnífico hombre que me quería presentar. De pronto, al verme allí sola, me apetecía salir huyendo, pero la puerta se abrió y me topé con Jack Dolan. Sus cejas se arquearon al verme. Parecía sorprendido.

Era guapísimo. Los pantalones oscuros se apoyaban sensualmente en sus caderas y la camisa blanca hacía más llamativo el tono moreno de su piel. Los ojos eran de un increíble color azul cobalto y su rostro reflejaba una dureza de carácter que me hizo estremecer.

«Mierda, no le gusto», pensé al verlo fruncir el ceño. Noté que él me hacía un repaso rápido, tratando de ser discreto. Me sentí incómoda... Yo llevaba uno de esos vestiditos de club de campo, dulces y favorecedores, de color rosa claro, y el pelo liso y suelto, sin ningún peinado especial.

—Lucy, este es Jack. Creo que podríais llevaros bien —la señora Waterham me sonrió mientras me agarraba por el codo y me acercaba a él, que adelantó la mano. Se la estreché con cierto reparo y los dedos fríos debido a los nervios. Su piel era cálida y suave. Me recorrió una corriente eléctrica cuando nuestras manos se rozaron.

—Encantado —dijo, dedicándome una sonrisa que me pareció fingida.

—Igualmente. —La voz me salió un poco estrangulada.

—Podéis quedar pasado mañana para tomar un café y acordar los detalles de vuestra próxima cita —le explicó la señora a Jack.

—Perfecto. ¿Qué te parece si quedamos en el Daines, a las seis de la tarde?

—Estaba taladrándome con sus ojos azul cobalto.

—Bien.

—De acuerdo entonces, Jack —intervino la señora, sin atreverse a despedirlo. No lo trataba como a un empleado.

Él forzó otra sonrisa justo antes de desaparecer tras la puerta.

—Quedarás encantada con él, Lucy —me prometió ella.  
No me lo creí.

\*\*\*

El Daines era uno de esos maravillosos oasis en medio de la ciudad que hacen que te olvides del tráfico y las prisas, envolviéndote con su aroma, sus flores y su patio de baldosas italianas.

Cuando llegué, Jack Dolan ya estaba allí. Iba completamente vestido de negro, con un jersey de cuello subido. Calzaba unos elegantes Ferragamo. Me dirigí hacia su mesa y lo saludé.

Una camarera corrió a preguntarnos qué deseábamos. Trató a Jack con confianza y de inmediato me di cuenta de que probablemente llevaría allí a todas sus clientas. Me sentí incómoda. Él, en cambio, estaba en su elemento. Cruzó una pierna sobre la otra y se recostó en el respaldo de la silla, tan cómodo en su propia piel que me costaba tragar saliva. ¿Cómo iba a sobrevivir en la intimidad con ese lobo feroz, estando acostumbrada a metrosexuales con menos testosterona que yo?

—La señora Waterham me dijo que has rechazado a seis acompañantes después de un simple café. ¿Qué fue lo que hicieron tan mal?

—No eran lo que estaba buscando.

Sonrió mientras paseaba su mirada por mi rostro.

—¿Qué buscas exactamente?

Nos trajeron el café. Noté que, al igual que yo, no lo endulzaba.

—Que consigas que me corra —lo dije sin pensar. Si lo pensaba, no tendría valor—. Nunca nadie lo ha logrado y ya estoy harta de fingir.

Me di cuenta de que aquel desconocido estaba siendo mi confidente y era liberador, porque ni siquiera a la doctora Patrick, mi psicoanalista, le había dicho que simulaba los orgasmos.

—¿Por qué finges?



—No quiero que sigan intentándolo después de que ya sé que es imposible. Me parece dantesco. Contigo será distinto. Puedo mandarte que dejes de hacerlo sin que sientas herida tu masculinidad.

Él frunció los labios y sus ojos brillaron con cierto mal humor. O eso me pareció. Tomó un sorbo de café y puso mala cara, seguramente porque ya se había enfriado.

—Entiendo —murmuró—. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

Tragué saliva. Lo miré fijamente, sin disimulos. Era extraordinariamente sexy. No poseía una belleza clásica de nariz recta y facciones perfectas. Sus rasgos eran imperfectos e imponentes: nariz grande, mandíbula ancha, boca amplia y sensual, y unos ojos tan hermosos, penetrantes y agudos que lograban que una parte muy íntima de mí se licuara. Me gustaba, me excitaba, me ponía tan cachonda que la humedad de mis braguitas comenzó a resultarme ligeramente incómoda. Y entonces mi vocecita interior me despertó de mis ensoñaciones: «Solo se acuesta contigo porque le pagas, pequeña imbécil». Bajé la mirada y sentí unas ganas horribles de huir.

—¿Pasa algo, Lucy? ¿Has cambiado de idea?

Negué con la cabeza. ¿Por qué me molestaba que me llamara por un nombre que yo misma me había inventado porque no quería decir el verdadero?

—¿Lucy? —insistió.

Alcé los ojos y me quedé atrapada en los suyos.

—¿Qué te ocurre?

Miré a mi alrededor un tanto incómoda.

—Necesito irme de aquí. Me ahogo.

Me levanté y salí de la cafetería hacia la calle peatonal, plagada de gente. Salió detrás de mí. Me agarró con fuerza de la mano y me llevó hacia la parte trasera del edificio. Había comenzado a oscurecer. Su mano era cálida. La mía temblaba.

Caminamos entre la hilera de coches aparcados hasta detenernos ante un todoterreno negro. Antes de que pudiera saber siquiera lo que pretendía hacer,

aplastó mi espalda contra su coche sin demasiados miramientos. Lo hizo como si entre nosotros existiera intimidación, como si ya lo hubiera hecho antes y supiera que iba a gustarme. Mi cuerpo reaccionó igual que si lo conociera de toda la vida.

—Si vas a romper nuestro trato, dímelo a la cara, no llames a la señora Waterham mañana para decírselo —bufó.

—El trato sigue en pie —logré decir, con la boca seca.

—¿Entonces qué ocurre?

—Solo me sentí mal durante un instante porque me preguntaba si tú... Si yo...

No pude acabar la frase.

—¿Qué ocurre?

—Solo lo haces por dinero. Es muy humillante para mí.

Vi cómo su expresión se volvía tensa y dura.

—¿Humillante?

—No quiero que te sientas obligado —la voz se me rompió.

Jack no dijo nada. Creo que esperaba a que lo mirara. Sus brazos estaban a uno y otro lado de mis hombros, aprisionándome. Sentía el frío metálico de su todoterreno en la espalda. Finalmente, alcé los ojos. Nos observamos durante unos instantes.

—A mí nadie me obliga a nada, ¿entiendes?

Lo miré embobada, sin reaccionar.

—¿Entiendes, Lucy?

Logré asentir y entonces su rostro se acercó al mío y me besó. Me arrasó con el beso, más bien, porque eso fue lo que hizo: devastarme como un tifón... Morderme, tomarme por asalto con su lengua dominante y experta. Sus manos me despeinaron, después se crisparon en mi cintura, acercándose a él. Quería pegarme a su imponente erección, que la notara palpitando salvajemente contra mi estómago. Aquello era demasiado intenso. Me embistió para que no me cupiera ni la más mínima duda de que lo excitaba.

—Mira lo obligado que me siento. ¿Lo notas?

Gemí contra su boca, derritiéndome por dentro. Ardiendo.

—Respóndeme, ¿lo notas?

Volví a asentir, sin fuerzas para pronunciar ni un simple monosílabo. Me di cuenta de los esfuerzos que comenzó a hacer para calarse y recobrar el ritmo normal de su respiración y de sus movimientos. Había perdido el control. ¡Connmigo!

—Mañana a las nueve. Te espero aquí —abrió la puerta del copiloto—. ¿Quieres que te acerque a alguna parte?

Negué con la cabeza.

—Mañana te haré arder. Prometido —aseguró muy serio.

Se me escapó una risita estúpida.

—Ojalá —respondí, demasiado ansiosa, antes de poder refrenar mi lengua.

Se nos acercó una mujer vendiendo rosas.

—¿Una para su novia, para celebrar San Valentín? —le dijo a Jack.

Mierda, era cierto. Era catorce de febrero. Por mi mente desfilaron todas y cada una de las celebraciones que había vivido desde que aquel jugador de polo se convirtió en mi primer novio. Por entonces vivía en Buenos Aires. Decenas de celebraciones con peluches, bombones, rosas... Y sin orgasmos.

—Deme esa —señaló él mientras rebuscaba unas monedas en el bolsillo de su pantalón.

Cuando la mujer se hubo ido, se me acercó de dos zancadas, con una sonrisa de medio lado, y me tendió la flor.

—Feliz día de tu santo, Valentina. —Se inclinó para besarme, pero finalmente me mordió con suavidad el labio inferior.

Se subió al coche y se fue antes de que pudiera reaccionar siquiera. ¡¿Me había llamado Valentina?! Maldita sea, Jack Dolan, ¿de qué demonios me conoces?

Me fijé en la rosa que acababa de regalarme. Era amarilla. Mi favorita. ¿Cómo lo sabía él?

---

**Jack Dolan** es el seudónimo que utiliza **Harrison Duncan** como infiltrado de la policía en un caso de asesinato que está investigando. A Harrison lo conocimos como personaje secundario de La llave del corazón, primera novela de la saga de suspense romántico Los hijos del Monstruo. Entonces solo era un adolescente.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-llave-del-corazn-los-hijos-del-monstruo-1/MES-094955>

<http://marciacotlan.wixsite.com/marciacotlan>

Mari Díaz

## Cómo robar un corazón

No hay nada más divertido que romper reglas, sobre todo, las que fueron hechas para delimitar emociones o comportamientos en determinados momentos. Me chocan las personas que sobreponen la opinión de los demás a sus propios deseos; pero, en fin, no soy un hombre que se compromete a guardar compostura si lo que desea es comerse a besos a una chica, sin importar el lugar donde se encuentre, entre otras cosas.

He seguido por cuatro manzanas de las calles parisinas a esa hermosa rubia de cabello ondulado brillante y vestido rojo ceñido al cuerpo hasta las pantorrillas; camina con rapidez, sus piernas blancas y torneadas la balancean con un ritmo cadencioso sin perder el equilibrio, aun sobre esos tacones que parecen más un arma letal que un calzado. Estoy seguro de que no ha notado que mis ojos la observan con hambre y curiosidad en partes iguales.

Lo más interesante de esta dama es que, cada cien metros aproximadamente, se estrella contra algún transeúnte distraído que, por lo general, es un hombre que aprovecha para pasar su mano de forma casual sobre el agraciado trasero, mientras se disculpa por su torpeza. Esta vez cuenta para mí como la cuarta, y es ahora cuando me percató de lo que ella hace en realidad y la razón por la cual durante todo este tiempo ha llevado su abrigo colgado del brazo y no encima de su cuerpo, a pesar de que la temperatura es baja.

Me detengo a menos de tres metros y observo con interés la destreza con la

cual la chica cuela con sutileza su delicada mano dentro del bolsillo de la gabardina del ingenuo que cree que saldrá ganando por haber acariciado un hermoso cuerpo femenino sin consecuencias, y casi sin darme cuenta una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro; es una verdadera revelación encontrar en las calles de París a una colega con su apariencia y pericia.

Después de muchas disculpas y un coqueto gesto, termina de levantar el folder con documentos y se incorpora para despedirse del pobre hombre que tal vez se percate de lo que le ha sucedido cuando sea demasiado tarde.

Camina alrededor de cien metros más y entra en un café. Me dispongo a ir tras ella, pero el móvil me saca de mis pensamientos, es cuando recuerdo que tenía algo que hacer.

—*¿Estás en el banco?* —pregunta Caissa al otro lado de la línea.

—Pues todavía no.

—*¿A qué esperas, Marengo? Sabes que necesitamos esos datos.*

Maldigo para mis adentros por haber olvidado el trabajo a causa de una mujer, aunque fuera distinta a las demás.

—Lo sé, pero puedo ir más tarde. —De nuevo me reprocho por haber olvidado también comprar las rosas para Sabrina, la chica del banco.

—*Recuerda que debe ser hoy, es el día ideal; por ser San Valentín, todo el mundo anda como loco con los pies en las nubes y el dinero en la tierra, y estoy segura de que ella se arrojaría de un edificio por ti.*

—Es que... ahora estoy en medio de algo.

—*¿Un nuevo objetivo?, se supone que ya tenemos uno.*

—En realidad, parece más una pieza de nuestro tablero.

—*Se escucha interesante.*

—Para mí lo es, hablamos luego, adiós, Dama.

—*Adiós, Marengo.*

Sin más dilaciones, me dirijo al café en busca de la rubia ladrona, pero esta vez el sorprendido soy yo cuando, al entrar, un cuerpo curvilíneo y aroma seductor golpea con fuerza mi torso y varios papeles caen desparramados por

el suelo.

Casi por inercia me inclino para recogerlos y percatarme de que es ella, sus ojos color caramelo me miran con deseo y sus labios carnosos pintados de rojo sangre se curvan con seducción.

—Lo siento, soy tan torpe —confiesa con fingida timidez, y su voz entrecortada y deliciosamente dulce me llega hasta la entrepierna.

—Perdone, señorita, es mi culpa por no fijarme que usted iba a salir.

Estoy absorto en esos hermosos e hipnóticos ojos y de pronto recuerdo lo que me hará si se lo permito.

Al principio, finjo sucumbir a sus encantos, al igual que los demás, pero en realidad no me percató de que ya he caído en su trampa, ella se acerca para apoyarse de mi brazo, se levanta con lentitud y con sus ojos fijos en los míos. Sé que en este momento está metiendo su mano en mi bolsillo, pero no lo noto, lo único que siento es que mi cuerpo está tenso y mi libido disparado a un nivel casi doloroso.

Se separa, ordena sus documentos y hace una leve inclinación con la cabeza.

—Tienes unos ojos hermosos —susurra antes de darse la vuelta para marcharse y dejarme como un completo idiota.

No puedo permitir que se vaya sin saber quién es ella, cuál es su nombre, y tampoco que se lleve mi billetera.

Salgo detrás y me apresuro para interponerme en su camino. Le corto el paso y su rostro denota asombro, pero luego se suaviza al punto de casi sonreír.

—Si me devuelves mi billetera, te dejaré marchar.

—¿Y si no lo hago, llamarás a la policía? —indaga con un gesto incitante.

Suspiro profundo, sé que no puedo permitirme denunciar nada, sobre todo, porque yo también soy un ladrón.

—Tendrás que asumir las consecuencias.

—¿Eres policía? —volvió a preguntar con asombro fingido.

—¡Que el diablo me libre!

—¿De dónde has sacado esa expresión?

—Supongo que Dios ha de estar bastante ocupado librando a otros de gente como yo.

—¿Y cómo es la gente como tú?

—Créeme, no quieres saberlo.

—Te aseguro que estoy más interesada en eso que en el contenido de tu billetera.

—Si me acompañas a un lugar a hacer un pequeño trabajo, te lo contaré.

Se cruza de brazos, lleva su mano derecha a la barbilla y, con los ojos entrecerrados, me observa como quien se esfuerza por resolver una complicada ecuación matemática.

—Está bien, espero que ese *trabajito* no sea algo aburrido.

—Te garantizo que es cualquier cosa menos eso. Ahora, sé buena chica y entrégame lo que me pertenece.

Sonríe y me saca una carcajada auténtica cuando hace un gesto de sorpresa con mi billetera en su mano.

—No sé cómo diablos llegó esta cosa a mi bolso.

—Supongo que cayó ahí por accidente, señorita...

—Ah, mis modales son espantosos, mi nombre es Monique Lauret.

Alcanzo su mano extendida y el contacto me estremece; su piel es suave y cálida.

—André Barnes. —Y ahí voy una vez más con otra mentira—. Vamos, en el camino te contaré de qué se trata y cómo me ayudarás.

Entramos a la entidad bancaria y mi nueva amiga está encantada de cooperar conmigo, sobre todo, porque le he ofrecido cincuenta mil euros. Y aunque no la necesito para llevar a cabo mi tarea, estoy fascinado de tenerla a mi lado; es lista, parlanchina y sensual, extraña y peligrosa combinación.

—Buenos días, Sabrina.

La morena alta de unos veintiocho años se da la vuelta y suspira con una sonrisa bobalicona al verme con el ramo de flores extendido hacia ella, seguido de un gesto de desagrado al observar la rubia a mi lado.



—Buenos días, señor Larson, ¿en qué podemos servirle?

—En primer lugar, vine porque quería desearte un feliz día de San Valentín.

Le entrego las rosas y ella las toma con recelo, sé que está descolocada por la presencia de mi nueva amiga.

—No debió molestarse, de todas formas, muchas gracias, son hermosas.

—No es ninguna molestia, aprovecho la ocasión para presentarte a mi hermana, ella es Catherine.

Su semblante cambia y relaja un poco la postura de su cuerpo.

—Ah, es un placer.

—También quería saber si podemos hablar en privado, es un asunto algo delicado —le sugiero.

—Por supuesto, acompáñenme.

Vamos tras ella con el plan en marcha. Al llegar al su oficina, nos acomodamos frente al escritorio y le planteo la posibilidad de retirar los supuestos fondos de la cuenta bancaria de mi también supuesta hermana, con un único detalle, ella ha extraviado sus documentos de identificación. Como requiere autorización de su jefe, nos deja solos durante unos valiosos minutos en los que Monique aprovecha para sentarse frente al ordenador y extraer la información que requerimos.

En cuanto escucho que se acerca, la detengo en la puerta antes de entrar.

—Espera, quería agradecerte lo que haces por nosotros.

—Lo siento, me negaron cualquier posibilidad, tu hermana necesita algún tipo de identificación.

—Entiendo, de igual forma, te has esforzado, y eso lo agradezco inmensamente.

Me acerco con lentitud, mirándola directo a los ojos, y le doy un casto beso en los labios que permanecen entreabiertos por el sorpresivo gesto.

—Oh, no sé qué decir.

—Querido hermano, mi esposo me ha telefonado porque, al parecer, le han robado su coche —nos interrumpe Monique.

—¡Rayos! —Me giro hacia Sabrina y la miro con pena—. Lo lamento, pero debo marcharme, en cuanto pueda regreso y retomamos esta conversación, ¿vale?

—Vale. —Apenas escuché su voz a mi espalda.

Caminamos durante horas contándonos anécdotas de nuestras vidas y descubro en ella a una amiga, una compañera que estuve esperando durante mucho tiempo; es de carácter juguetón y risueña, diferente a Caissa e Eiffel, las dos únicas mujeres que me conocen en realidad.

Nos detenemos en el *Pont des Arts*, donde hay una hermosa vista del Sena. Sus ojos brillan, sus labios curvados en una sonrisa ladeada y provocativa me incitan a besarla.

Me acerco con cuidado para no estropear el momento único en que la besaré por primera vez. Mis labios rozan los suyos y la escucho jadear, me estremece el sonido de su voz y junto mi boca con la de ella en un delicioso, apasionante y sensual beso.

Me separo con lentitud y puedo ver el brillo del deseo en sus ojos.

—Me agrada como besas, André.

—Mejor dime Marengo.

—¿Como el caballo de Napoleón?

—Exacto. Vamos, te presentaré a unos amigos.

—¿Ahora sí me dirás para quién has robado la información del banco?

—Te confieso que ésta ha sido la única vez que he robado algo para quedármelo.

Sonrío y doy por sentado que sabe que se trata de ella.

---

**Marengo** es un personaje de la novela *La Ladrona Hood*.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-ladrona-hood/MES-104543>

[https://www.facebook.com/maridiaz.escritora/?modal=admin\\_todo\\_tour](https://www.facebook.com/maridiaz.escritora/?modal=admin_todo_tour)

María Acosta

## El primer San Valentín

El primer San Valentín con Daniel quería que fuese perfecto. Se había pasado los últimos meses preparándolo, ultimando cada detalle de su regalo para que todo saliese como él había planeado.

Aquella mañana despertó a su compañero temprano. Disfrutó viéndolo desperezarse como un gato y clavar en él sus preciosos ojos castaños, que destacaban enmarcados por una melena a juego. Su sonrisa iluminaba el mundo entero.

—Vístete —le indicó, inclinándose para acariciar su espalda desnuda—. He preparado el desayuno. Luego iremos a un sitio.

—¿A dónde?

—Nada de preguntas hasta que llegemos, gatito —lo amonestó con voz suave antes de incorporarse—. Te dejo para que te arregles. No me hagas esperar.

—No lo haré.

Menos de una hora después estaban los dos en el coche, rumbo a su destino. Daniel no hizo preguntas, pero sus ojos de gacela lo esculcaban todo en busca de pistas. A duras penas podía contener su sonrisa al verlo así: le encantaba jugar con él. La innata curiosidad de su pareja era excitante y adorable.

Cuando al fin llegaron al aeropuerto —el aeropuerto internacional de Haneda, en Tokio—, Daniel ya no pudo contenerse más y se volvió a mirarlo,

sorprendido.

—¿Nos vamos de viaje?

—No: otros han viajado para vernos.

—¿Desde dónde? —inquirió mientras salían del vehículo y se dirigían hacia el edificio de la Terminal 2.

—Desde muy lejos.

—¿Sudamérica?

—No.

—¿Maui?

—Tampoco.

—¿Honolulu...?

Se detuvieron. Habían alcanzado el vestíbulo y se giró para clavar sus negros ojos en él, esbozando una sonrisa.

—Sé que te alegraría ver a nuestros amigos tanto como a mí, pero los dos sabemos que no es eso lo que realmente te haría feliz... No como yo deseo que lo seas, gatito.

Sus palabras lo hicieron comprender de repente. Se quedó petrificado, con los ojos como platos.

—¿No habrás...?

—Ya están aquí —declaró, sonriendo al volverse y verlos venir cruzando el *lobby*.

La pareja de ancianos japoneses parecía un poco perdida entre la multitud que los arrastraba cuál marea humana hacia la salida. Miraban a todos lados, buscándolos. Y al fin los encontraron. Tardaron solo unos segundos en reconocer a su hijo, pese a que el tiempo había pasado y el muchacho se había dejado crecer el pelo y la perilla.

Noriko fue la primera en echar a correr. Su marido la siguió, arrastrando las maletas. La familia se fundió en un abrazo mezclado con llantos, palabras incomprensibles en japonés e inglés y gestos cargados de afecto. Daniel parecía incapaz de dejar de repetir:

—¡Okāchan! ¡Otōchan!

El resto de viajeros los miraba con rareza al pasar por su lado, pero no importaba. Habían sido casi cuatro años de separación forzada y ver a su compañero tan feliz hacía que su corazón se sintiese henchido. Cuando Daniel se volvió hacia él, secándose las lágrimas y con el agradecimiento atascado en la garganta, alargó la mano y acarició el rostro que tanto amaba.

—Ya iba siendo hora —afirmó, y su compañero asintió.

—Gracias por hacerlo posible —dijo Noriko, que se había acercado hasta él y le dio un abrazo.

—No soy el único responsable —se excusó, mientras recibía otro por parte de su suegro.

—Me alegro de conocerte —declaró el señor Sasaki. Sonrió, jovial—. ¡Ya creía que nunca podría hacerlo!

—Es un honor, Takumi-san.

—Por favor, Takumi a secas. Siempre he odiado las formalidades.

—Está bien. —Esbozó una sonrisa. Al cabo de un momento, añadió—: ¿Qué tal si os llevamos al hotel para que dejéis vuestro equipaje y los tres os pongáis al día?

—¿Vais a quedaros en un hotel? —Daniel miró a sus padres, contrariado—. ¿Por qué no venís a casa? Tenemos una habitación libre.

—Y nosotros, una casa nueva en Tokio, Haruki-chan. —La mujer sonrió y abarcó con cariño el rostro de su hijo entre sus manos—. La compramos antes de mudarnos. Mañana iremos a la inmobiliaria para recoger las llaves.

Su compañero sonrió. Ya se sabía que venían para quedarse y la confirmación no hacía más que mejorar la excelente noticia.

—Vamos, tenéis mucho que contaros y es mejor que aprovechéis el día.

Salieron los cuatro juntos del aeropuerto. En cuanto Daniel se percató de que había poca gente alrededor, extendió la mano para tomar la suya... Su corazón jamás se había sentido tan a punto de explotar.

Aquel día fue el mejor de su vida.

Lo compartió íntegramente con sus padres: charlando, comiendo, llevándolos de recorrido por la ciudad... Ilya se había despedido de ellos en el hotel, alegando que debía hacer unas compras para la cena. Sin embargo, los tres adivinaron sus intenciones y no lo dejaron marchar hasta que prometió regresar para almorzar con ellos.

Sus padres deseaban pasar tiempo con su yerno y, al final de la jornada, ambos estaban encantados con él. Algo que no lo sorprendió en absoluto.

Al caer la noche, dejaron a sus padres de vuelta en el hotel para que descansaran y regresaron a casa. Tras tomar una cena ligera, se marchó al dormitorio para prepararse e Ilya se quedó en el salón, aguardándolo: quería entregarle su regalo antes de la sesión, pero ya sabía que no estaba ni remotamente a la altura del que su compañero le había dado.

Ningún presente, por esmerado que fuese, podía compararse con recuperar a sus padres.

Se presentó en la sala con la caja de regalo en las manos, luciendo el pantalón de cuero ajustado que había comprado para la ocasión. Sintió los ojos de Ilya recorriéndolo nada más cruzar el umbral y, pese a la calidez de su mirada, no pudo evitar sentirse pequeño e insignificante.

—¿Qué ocurre? —preguntó su compañero, frunciendo el ceño al percatarse.

—Temo que mi regalo no es tan bueno como el suyo...

El ceño del siberiano se frunció aún más y su rostro de rasgos mongoles se tornó de piedra.

—Sabes que no consiento que te menosprecies a ti mismo, Daniel. No vuelvas a hacerlo —le advirtió—. Tu regalo es tan bueno como el empeño que hayas puesto en él, y por experiencia sé que dicho empeño será mucho.

Le tendió la mano para reclamarlo y él le entregó la caja para quedar a la espera de su veredicto. Ilya abrió el regalo sin prisa y, cuando descubrió su contenido, fue incapaz de disimular del todo su placer. Con una sonrisa satisfecha, acarició lo que había en el interior.

—Cuerdas de Yute. Teñidas de rojo y presentadas en forma de corazón. — Alzó la vista para mirarlo, divertido—. Eres un romántico, gatito.

—Me pareció adecuado, por la fecha. Ishimori sensei me guió en la elaboración.

—Y apuesto a que disfrutó haciéndolo: todos saben que te tiene en mucha estima.

—Es un honor.

—Lo es. —Asintió y acarició las cuerdas con cariño—. Están hechas a mano: te ha debido de llevar meses fabricarlas y el resultado es muy bueno. Me alegra ver que sigues elaborando tus propios utensilios.

—Se ha convertido en una afición —confesó—. Y creo que no se me da del todo mal.

—Desde luego que no. —Acercó la caja a su nariz y se deleitó con el olor del Yute: las cuerdas nuevas tenían un grato aroma, como a pajar... Y las suyas, además, gozaban de un sutil toque a vainilla. Los ojos de su compañero se elevaron por encima de la caja para observarlo—. Huelen a ti: igual que el perfume que te regalé por tu cumpleaños.

—Encontré un aceite especial en una tienda que Ishimori sensei me recomendó. Quería que mi regalo tuviese una parte de mí, para entregársela y que me llevase en su pensamiento cada vez que lo usara.

—¿Estás intentando ejercer tu influencia sobre mí?

—No, Amo.

—Ven aquí —ordenó. Él obedeció, mientras Ilya dejaba la caja sobre la mesita. La mano de su compañero encontró su nuca y presionó ligeramente para ponerlo de rodillas. Cuando lo miró, vio formarse en sus labios una sonrisa juguetona—. Así que eres un gatito con tendencias manipulativas. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—¿Qué se le ocurre? —preguntó, incapaz de contener las mariposas en su estómago.

Ilya lo tenía bastante claro.

—En mi regazo. Ya. Te quiero a horcajadas, Daniel.

Hizo lo que le ordenaba sin perder el tiempo. Quedó sentado sobre su compañero y apoyó ambas manos en su pecho, como él le había enseñado. La mano izquierda de Ilya subió por su muslo y llegó hasta la correspondiente nalga, acariciándola.

—El regalo que me has hecho es precioso y me encanta.

—Gracias.

—Pienso utilizarlo en cuanto acabe contigo. —Lo azotó, un golpe leve y seco que le aceleró la respiración—. Empezaré con la mano y cuando te tenga atado, seguiremos con la fusta: esa que nos regalaron en el taller de Disciplina, ¿te acuerdas?

Asintió y el recuerdo lo hizo estremecer: se habían pasado los últimos tres meses practicando con aquel instrumento, perfeccionando las habilidades de su Amo, que estaba decidido a complacerlo más y mejor durante sus sesiones... Y por Dios que lo había logrado.

—Me encanta cómo la utiliza.

—Lo sé. —Se inclinó y repartió pequeños besos por su mentón, sonriendo ante su reacción—. Tendrás los azotes que te mereces, si te portas bien. Ahora, dame un beso.

Obedeció. Durante los siguientes minutos se dedicó a mostrarle su amor, adorando su boca de la misma forma en que adoraba el resto de él.

—Te quiero mucho —susurró Ilya contra sus labios, con voz ronca.

—Y yo a ti.

—Feliz San Valentín, gatito.

—Feliz San Valentín, Amo.

Intercambiaron una sonrisa antes de seguir con el beso.

---

**Daniel e Ilya** son los protagonistas de la novela *Un placer culpable*, próxima a publicarse.

<https://www.facebook.com/mariacostalunasirnape>



María Ferrer Payeras

## Cita a ciegas

Clara se había quedado en Palma, en casa de Teresa, que, como ella misma, seguía viviendo con sus padres. Era el día de San Valentín y tenía una cita. Por la mañana ya sabía que después de trabajar le daría pereza volver a Ses Salines solo para arreglarse; así que en esos momentos estaba con los brazos en jarras ante el armario de su amiga, contemplando toda su ropa y comparándola con la que ella había traído de su casa.

—Clara, es la quinta vez que quedas con alguien a quien no conoces de nada. ¿Por qué crees que te irá mejor que en las otras cuatro? —la sermoneaba Teresa.

—Porque lo intuio, Teresa, esta va a ser la cita definitiva. Además, cinco es mi tope. Si vuelve a ser tan desastrosa como todas las demás, abandono. Y no sé por qué te pones en este plan, fuiste tú quien me aconsejó que me abriera una cuenta en Tinder.

—No quieres darte cuenta de que han sido tan horrosas porque sigues comparando a todos los chicos con Pau, como si fuera un verdadero príncipe azul, y te he dicho mil veces que eso no existe, ni siquiera mi hermano es tan perfecto como tú lo pintas. Además, olvidas que, en caso de existir un hombre así, no estaría en Tinder precisamente.

—Vaya dos, yo enamorada de tu hermano y tú del mío desde los catorce años. Pues tampoco es que Lluç sea un dechado de virtudes. No sé cómo

sigues colgada de él después de tantos años y con todas las novias que ha tenido. —Lo pensó un poco y añadió burlona—: Aunque no es que nosotras dos nos hayamos comportado como monjas de clausura.

Teresa llevaba casi diez años enamorada del hermano de Clara, desde el primer momento en que lo había visto; y aunque había tenido un par de ocasiones para enrollarse con él, no lo había hecho nunca. Con Lluç, ella quería todo el lote, no una noche de desenfreno.

—Y hoy vas a volver a lanzarte a los brazos de un desconocido —le contestó.

—Mira que eres intensa, Teresa, deberías hacerte escritora.

—Sí, sí, tú tómatelo a guasa, pero cuando esta noche te veas en aprietos, ni se te ocurra llamarme.

Unos golpecitos sonaron en la puerta de la habitación y Teresa se levantó para abrir. Clara cogió aire, nerviosa, deseaba con todas sus fuerzas que el que estuviera llamando fuera Pau.

—No te preocupes, Clara, yo te llevaré a casa esta noche. Si tú quieres, por supuesto. —Oyó la voz grave del amor de su vida y se fundió por dentro, como siempre que se dirigía a ella.

—¿Estabas escuchando nuestra conversación? ¡Era privada! —le espetó su hermana, airada.

—No, Teresa. Tu voz chillona puede oírse desde cualquier rincón de esta casa, por muy cerrada que tengas la puerta. Yo a eso no lo considero espiar.

—¡Qué desagradable eres cuando quieres! —le dijo Clara, medio en serio, medio en broma; después miró a su amiga con aire compungido. Sabía que Pau y su hermano mellizo disfrutaban metiéndose con Teresa, pero también sabía lo mucho que le dolía a ella que lo hiciesen.

—Ya que aquí soy tan mal recibido, iré a cambiarme, yo también he quedado con alguien esta noche.

Un «¿En serio?» y un «Guau, hermanito, qué callado lo tenías» salieron de las gargantas de las chicas. Pau se encogió de hombros mientras en su cara

aparecía una sonrisa pícaro.

—Que no lo pregone, como vosotras, no significa que no sepa lo que hay que hacer. Y sé que el catorce de febrero es un día para invitar a mi chica a cenar.

—¿Tu chica? —gritó Teresa—. Cuéntamelo todo ahora mismo, Pau —exigió.

Pero su hermano se dio la vuelta y, sin mirar atrás, levantó la mano para despedirse.

Clara, que se había quedado de piedra al oír eso, se apresuró a preguntar:

—¿Y cómo piensas acompañarme a casa si tienes una cita?

Pero Pau ya estaba entrando en su habitación y, o no la oyó, o hizo caso omiso a su pregunta.

—Lo siento. —Teresa corrió al lado de su amiga para abrazarla.

—No pasa nada, fue por eso que me metí en Tinder, ¿no? Para conocer a alguien que me hiciera olvidar a tu hermano. Aunque como tú dices, la estrategia no está funcionando.

—Quizás has puesto el listón un poco alto, no deberías compararlos a todos con él.

—Pues ya me explicarás cómo se hace eso.

—No te preocupes, cuando lo averigüe, te mando un correo detallado —le dijo, socarrona.

—De momento, puedes ayudarme prestándome ropa —dijo Clara, cambiando de tema—. Lo que he metido en la bolsa esta mañana me parecía lo más, pero ahora no me gusta nada.

Cogió un vestido rojo y se lo colocó delante para contemplarse en el espejo de cuerpo entero que tenía su amiga en la habitación.

—¿Qué tal este?

—Cualquier trapo que te pongas va a dejar al tipo alucinado. Coge lo que quieras, menos el mono negro, eso tengo que ponérmelo yo.

—Estoy muy nerviosa, Teresa, qué pasa si tienes razón y este chico tampoco me gusta.

—No seas tonta, olvida el sermón que te he hecho y a mi hermano. ¿Cómo

dijiste que se llamaba?

—Bueno, solo sé su apellido. Mir.

—Y...

—No sé. Ya te dije que tenemos muchas cosas en común. Hemos hablado durante horas por WhatsApp, pero no ha querido que hiciésemos ninguna video llamada.

—¿Sigues sin saber cómo es?

—Sí, su foto es de una puesta de sol en el mar, así que no tengo ni idea de con qué me voy a encontrar.

—Y no tienes miedo.

—Miedo no, aunque me gustaría poder ponerle cara. Lo que sé es que, aunque no salte la chispa, lo pasaré bien durante la cena. Me encanta hablar con él.

—Pero no es Pau.

—¡Y dale! Creía que querías que me olvidara de él y lo único que haces es recordármelo.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Tienes razón, soy demasiado intensa —le dijo, abrazándola de nuevo.

Pau había quedado con Chiara en el restaurante, aunque la estaba esperando frente a su propia casa. Le había costado mucho localizarla en Tinder y, cuando vio que había tenido la misma idea que él para modificar su nombre, lo celebró, aunque quizás ella no supiera que Mir significaba paz en bosnio.

Durante las últimas semanas, se había dedicado a hablar con Clara como si no la conociera de nada y lo había pasado muy bien, tan bien como esperaba.

Hacía años que estaba enamorado de ella, los mismos que hacía que se conocían. El día que Pau y sus hermanos acompañaron a Toni a Ses Salines por primera vez, supo que su destino era Clara, pero él no era tan lanzado como su mellizo o cualquiera de sus amigos, y se había limitado a quererla en silencio durante los últimos diez años. Tampoco había ayudado mucho que

siempre hubieran salido en pandilla, ni haberla visto ligar con uno y con otro, hasta las pasadas Navidades, cuando oyó lo que su hermana y ella estaban hablando.

«—No sé, Clara, si Pau después de tantos años no te ha dicho nada, será porque no está interesado en ti. Deberías abrirte una cuenta en Tinder e intentar olvidarlo».

Estaban en una fiesta, las chicas habían bebido un poco más de la cuenta y se hacían confesiones a voz en grito cuando creían que susurraban. Todos habían escuchado lo que hablaban y la primera reacción de sus amigos había sido mirarlo a él. Pau se había limitado a poner cara de póker, intentando que nadie notara lo chocado que había quedado.

Y ahí estaba en esos momentos, sentado en el capó del coche con un ramo de flores en las manos y esperando a que Clara saliera.

Cuando vio que la chica abría la puerta del edificio, se quedó sin respiración, como le pasaba siempre. Estaba guapísima y sabía que tenía que salirle a camino, pero se había quedado petrificado en el sitio, no podía moverse; aunque le mandaba la orden a sus piernas de caminar, estas estaban estáticas, sin vida. «No es momento para la cobardía», se recriminó. Se enderezó y la miró fijamente.

—Pau, ¿qué haces aquí? —le preguntó Clara en cuanto lo vio.

—Te estoy esperando para ir a cenar.

Clara frunció el ceño. Al principio, no entendía lo que estaba pasando pero, de repente, una luz de entendimiento se abrió paso en su cabeza.

—¿Tú... tú eres Mir?

Pau asintió despacio, no estaba seguro de que Clara se lo estuviera tomando tan bien como él pensaba que lo haría. Parecía que estaba más enfadada que otra cosa.

—Esta broma no tiene ninguna gracia —le dijo mientras se volvía y corría de vuelta hacia el portal.

—Clara, ¡espera! —Al fin sus piernas respondieron y salió tras ella. La

atrapó antes de que entrara y la cogió entre sus brazos.

—Me has estado tomando el pelo durante casi dos meses, ¿cómo crees que me sienta eso?

—Estoy loco por ti, Clara. Nunca me he atrevido a decírtelo y creo que nunca lo hubiese hecho si no hubiéramos oído la conversación que mantuviste Teresa y tú en Navidades. Pero la escuché y me puse a buscar la manera de decírtelo...

A Clara le fallaron las piernas, hubiese querido seguir forcejeando con Pau, pero después de que él derramara todas esas palabras tan cerca de su oído, no pudo hacerlo. Elevó la cara y lo miró a los ojos.

—No... no puedo creerlo, Pau. ¿Me estás diciendo que todos estos años que yo he estado suspirando por ti, tú también...?

El chico no la dejó terminar.

—Por lo visto, los dos lo hemos sabido disimular muy bien.

Clara soltó una risita nerviosa y siguió mirándolo con ojos de adoración.

Pau movió su mano desde la cadera a la cara de «su chica», la única que había ocupado su corazón, y vio sus labios entreabiertos; no pudo esperar más, se movió despacio hacia ella y la besó con todo el amor que había estado conteniendo durante años.

—Te he dicho que esta noche sería yo quien te acompañara a casa.

---

Los personajes protagonistas de este relato son algunos de los adolescentes que aparecen en Te quiero, Marta.

<https://www.megustaleer.com/libros/te-quiero-marta/MES-099084>

<https://www.facebook.com/mariaferrerpayerasescritora/>

Mariam Orazal

## Indeseadas flechas de Cupido

*Lady* Megan Chadwick arrugó su puntiaguda nariz, como si de ese modo pudiera invocar la magia que el ritual no estaba teniendo por sí mismo. Había puesto las cinco hojas de laurel en el centro de la almohada y las cuatro correspondientes en las esquinas, tal y como le había explicado su abuela. Mucho se temía que nana Laia se lo había inventado todo. Si se paraba a pensarlo, aún no acertaba a decir cómo se había llegado a creer que de aquel modo su abuela había logrado ver el rostro del hombre al que iba a amar toda su vida: el abuelo Lionel.

Era una superstición de lo más tonta y empezó a sentirse fastidiada y avergonzada a partes iguales por haberse creído un camelo tan necio. ¡San Valentín y sus hechizos! Ella ni siquiera quería un marido. ¿Por qué hacía el tonto de ese modo?

Se acercó a la campanilla y llamó a Annie para que subiera a atenderla. Había decidido ponerse bonita para acudir al oficio en St. George, donde se congregaba lo más selecto de la aristocracia británica todos los domingos. Su nuevo vestido de muselina azul añil y corte imperio resaltaba su piel inmaculada y su cabello dorado. Se veía fantástica con él.

Abrió de par en par las puertas del salón de desayuno un rato después y no se sorprendió al encontrar a un único comensal a esa hora de la mañana, uno que, por cierto, no vivía en su casa.

Lucas Gordon, marqués de Riversey, solo escoró un poco su postura sobre el bufet de desayuno para observar a la recién llegada. El tenedor que sostenía golpeó con fuerza la fuente al caerse y se incorporó con una sonrisa aburrida, si es que un hombre podía conjurar ambas emociones en una expresión.

—Hola, mocosa. ¿No desayuna nadie en esta casa? —preguntó con voz alegre.

—No de un modo tan constante como tú, me temo —respondió airada.

Odiaba que la llamase «mocosa» y que la mirase como si no fuera más que una leve molestia.

—Eso me ha dolido, *milady* —agregó llevándose una mano al pecho con afectación—. Si hubiera de hacer caso a vuestras palabras, tendría que verme obligado a creer que no disfrutáis de mi compañía. ¡Me niego categóricamente a planteármelo siquiera!

Megan lo miró fijamente y sopesó la expresión de su cara. Con aquella sempiterna sonrisa se veía muy seguro de sí mismo y, claro, también muy atractivo. Él lo sabía; conocía su capacidad para impresionar y la utilizaba como arma para meterse a todo el mundo en el bolsillo. Menos a ella. Nunca utilizaba sus enigmáticos ojos grises ni su consumado arte para flirtear con ella. Y empezaba a fastidiarle. No porque tuviera algún interés en ese asno pomposo, sino porque estaba harta de que la vieran como a una niña. Pronto empezaría su segunda temporada social, ¡incluso su majestad la consideraba digna de ser tratada como una adulta! Y luego estaban esos dos hombres, su hermano Marcus Chadwick y el mejor amigo de este, Lucas Gordon, quienes se empeñaban en aguarle la fiesta diciendo que aún estaba a tiempo de volver a la falda más corta.

—Y yo me niego a seguirte en ese tonto juego de hacerte el ofendido —respondió al tiempo que se ponía junto a él en la mesa de desayunos—. Pero, ciertamente, Gordon, deberías plantearte espaciar tus visitas a este salón o tendremos que visitar a los prestamistas.

—A lo mejor no puedo evitar dejarme caer por aquí frecuentemente —esa



última palabra la dijo con un cierto tono sarcástico— porque me encanta disfrutar de la compañía de mocosas impertinentes a quienes les gusta hacer patente su mala educación poniendo en cuestión la hospitalidad de su casa.

Megan se giró para mirarlo con toda la irritación que una persona puede acumular después de haberse levantado solo media hora antes. Dejó caer el cubierto que había tomado para servirse y arqueó una ceja del modo más despectivo del que fue capaz.

—Creo que he perdido el apetito —le escupió—. Esperaré a que *mi* familia, que vive aquí, esté lista para bajar. Las desgracias siempre gustan de compañía.

Hubiera dado lo mismo que hubiera soltado sapos y brócoli por la boca, pues el marqués lo único que hizo fue sonreír de oreja a oreja y arquear un ceja en el más arrogante de los gestos. ¡Qué exasperante!

Giró sobres sus talones y abandonó la estancia con esas características zancadas largas que solían argumentar su hermano y el espécimen del que se alejaba para tacharla de pueril y poco refinada.

¡Como si le importase!

Si alguna opinión en el mundo no tenía peso sobre su conciencia, era la de Lucas Gordon. ¡Qué mala suerte que en lugar de ver la cara del amor de su vida en el día de San Valentín, hubiera tenido que soportar otra escena con ese fatuo insoportable!

Qué ridículo resultaba que a un hombre adulto le pudiera fallar el pulso por contemplar la imagen de una mujer bonita. Lucas Gordon se maldijo en silencio por la iniquidad cometida unos minutos antes, cuando se le había resbalado el cubierto de las manos al verla entrar. «¡Qué bochorno!», se lamentó. Lo había pillado por sorpresa, pero ese no era motivo para comportarse como un colegial. Creía haber disimulado bastante bien no obstante, pero es que no había esperado que fuera ella la primera en entrar en el salón, de entre todos los Chadwick. El coqueto vestido azul no ayudaba

tampoco a la paz mental de nadie, de ningún hombre con sangre en las venas al menos. Se ajustaba a su pecho de un modo provocador y caía en ondas muy sensuales alrededor de sus caderas.

«¡Es una niña!», se repitió por milésima vez.

Pero ese argumento cada vez perdía más fuerza y se demostraba menos eficaz para refrenar el deseo que ella le despertaba. Había sido presentada en la corte el año anterior, su madre, la condesa de Haverston, había iniciado la consabida campaña casamentera de toda buena matrona de la alta sociedad y los estúpidos dandis de todo Londres babeaban por ella en fiestas y *soirées*. Eso había hecho en su primera temporada, y eso era lo que le esperaba en los próximos meses.

Tendría que ver —otra vez— cómo aquella grácil figura se contoneaba al ritmo del vals en los brazos de otros hombres, soportar que aquellos ojos dulces e inteligentes se iluminaran de alegría mientras charlaba con otras personas y seguir desde la distancia el movimiento de aquellos labios rosados y carnosos, que siempre parecían recién lamidos, cuando hablaban con alguien o sonreían.

¡Castigo y más castigo! Aunque lo merecía, tuvo que reconocer. Porque el deseo que sentía por Megan Chadwick no era un conocimiento recién adquirido. Había cometido la indecencia de comérsela con los ojos cuando solo tenía dieciséis años y aún estaba en la escuela. Se estremeció al pensarlo. Aquel día, en el que tomó conciencia de la exuberancia juvenil de Megan, se había sentido procaz y desleal; el sentimiento no había dejado de colear desde entonces, como tampoco lo había hecho la atracción hacia la hermana de su mejor amigo.

—Buenos días, Gordon. ¡Tú por aquí! —El saludo de Marcus Chadwick, vizconde de Collington, no hizo más que echar sal sobre la herida. Cuando se volvió para enfrentarlo, su cabello dorado y sus ojos también dorados, tan parecidos a los de ella, no hicieron mucho por mejorarle el humor.

—¿Tú también?

—¿Yo también qué? —preguntó extrañado.

—Esa mocosa de Megan ha estado aquí hace un momento censurando mi presencia.

—¿Eso ha dicho? —Los ojos de Marcus Chadwick se clavaron en él con tanta intensidad que Lucas se preguntó si se habría quedado desnudo de repente—. Algo habrás hecho para provocarla.

—Nada en absoluto —protestó airado—. Y que conste que el único motivo por el que estoy desayunando aquí es porque teníamos una cita.

—Sí —coincidió el vizconde—, la teníamos. En Tattersall's, si no recuerdo mal.

—¿No soy entonces bienvenido? —replicó, dejando el plato aún sin tocar sobre la mesa, de nuevo—. Porque puedo irme a desayunar a mi casa, si tanto incordio. Tengo una cocinera, ¿sabes?

—Muy cierto. Y la mujer ya no sabe qué hacer para que elijas sus desayunos en lugar de los de esta casa —apostilló con esa cara de chico bueno que a menudo le gustaría recolocar con sus puños—. ¿Que ha ocurrido, de todos modos, para que parezcas un oso con una herida en la pata?

—Ese malnacido de Clifford me dijo que esta mañana me enseñaría el semental alazán que quiero comprarle. Y hoy he recibido una nota diciéndome que tenía asuntos fuera de Londres —mintió para su eterna vergüenza—. He pasado a recogerte antes por si lograba encontrarlo en Tattersall's antes de que se marchara, pero has decidido holgazanear esta mañana y se ha hecho tarde.

—¿Qué te parece si vamos de todos modos? —preguntó su amigo con aire jovial—. Estoy seguro de que ese es tu segundo plato y yo he tenido un pequeño refrigerio más temprano en la mañana.

—¡Al fin dices algo coherente! —Lucas dejó el plato donde estaba y se giró para acompañar a su amigo. En realidad era el tercer plato que se iba a llenar y, después del disgusto de ver a Megan, él también había perdido el apetito.

—Supongo que el aire fresco tampoco te vendrá mal —murmuró Marcus mientras se ponían el abrigo.

—Supongo que el día siempre puede mejorar si te caes de bruces por el camino —respondió malhumorado al tiempo que salían de Haverston Manor.

Lucas respiró el aire viciado de Londres y le supo a gloria. Realmente sí que era un alivio salir de esa maldita casa, donde habitaba la mujer más irritante del mundo. Tattersall's ofrecía una subasta única esa mañana y él tenía mucho interés en renovar sus caballerizas. Seguro que la adrenalina de la negociación, las copas de licor que tendría que ingerir durante el proceso y la euforia de adquirir los mejores ejemplares del día le sacarían de la cabeza a una jovencita terca y malencarada, cuyos dulces ojos dorados se le aparecían hasta en sueños.

---

Personajes relacionados con la novela La noble ladrona.

<https://www.megustaleer.com/libros/la-noble-ladrona-serie-chadwick-1/MES-095065>

<https://mariamorazal.wordpress.com/>

## Marian Arpa

### Amor en San Valentín

**M**aría hacía un par de meses que había vuelto a Venezuela, a su hogar. Todo estaba como lo había dejado cuando se fue a España a estudiar magisterio. No, eso era mentira, al volver, notó que la vida allí había mejorado mucho gracias a la intervención del ejército y los voluntarios. Ese rincón abandonado del mundo se había vuelto un lugar digno; no como antes, que apenas tenían para comer.

Lo único que ensombrecía su felicidad era que Juan no le hacía ni caso; ella se enamoró de ese hombre cuando apenas era una adolescente, cuando él llegó allí; era el jefe de los voluntarios que ayudaban a su pueblo. En el pasado, no tenían apenas para comer.

A Juan, ella no le era indiferente; desde que volvió que había visto en ella a la mujer decidida, inteligente y graciosa en la que se había convertido. Sin embargo, no se decidía a acercarse porque temía que muy pronto lo mandaran a otro destino; no quería romperle el corazón, que se hiciera ilusiones y tener que abandonarla al cabo de poco tiempo. Varios de sus colaboradores ya se habían marchado y no deseaba hacer promesas que no pudiera cumplir. No obstante, mantenerse alejado de ella lo estaba matando. Sobre todo, cuando ella se había vuelto una mujer tan encantadora, divertida y locuaz; además, se mostraba de lo más cautivadora cuando se reunían a tomar café después de comer junto a Paty y Celia.

Una idea empezó a formarse en su cabeza, una tarde, cuando las mujeres se fueron a sus quehaceres y él se quedó mirando el suave movimiento de las caderas de María. Sin pensarlo dos veces, salió al exterior y cogió su teléfono, llamó a sus superiores y les preguntó qué planes tenían sobre su destino. La respuesta fue muy clara y descorazonadora, tenían previsto dejar allí a un pequeño grupo de voluntarios, pero a él habían decidido mandarlo a una aldea de África donde se necesitaban muchas manos. Maldijo interiormente.

Empezó a distanciarse de ella, tenía que cortar de raíz lo que había empezado a sentir; lejos de María, no tenerla a la vista, le iría bien. El tiempo haría que la olvidara. ¡Qué equivocado estaba! A partir de ese momento, pareció que lo que tenía en su interior se revolucionara; no podía dormir, no se concentraba y empezó a cambiarle el carácter. Se volvió huraño y hasta contestaba de malas maneras a sus colaboradores y amigos.

Una de las veces en las que su humor estaba peor que nunca, Roberto fue testigo de ello; no era la primera vez que presenciaba un exabrupto de Juan. Esperó a estar a solas con él y le preguntó qué le pasaba. Este se lo contó, no le ocultó que se sentía muy atraído por María y que ese era el problema.

Roberto le preguntó si estaría dispuesto a quedarse en aquellas tierras como hizo él cuando se enamoró de Paty. Juan lo pensó durante un segundo, la respuesta era la solución a todos sus quebraderos de cabeza.

—Sí.

—¿Entonces...?

—He estado tan borde durante los últimos días que no creo que ella quiera saber nada de mí.

—Tío..., no te tenía por alguien que se rinde tan fácilmente. Además, si la quisieras, la perseguirías hasta lograr que te diera el sí.

Esas palabras lo dejaron pensativo, ¿era María la mujer de su vida? Un «sí» muy grande le vino a la punta de la lengua.

Juan hizo la llamada que le cambiaría la vida, su superior se extrañó de su

petición, pero accedió a su deseo de quedarse allí.

En los próximos días, el humor de Juan era del todo opuesto al anterior. María estaba confusa, desde que volviera a casa que él se había mostrado más bien distante con ella, y que de repente se deshiciera en cumplidos y sonrisas la tenía con la mosca detrás de la oreja.

Él veía que ella se mostraba cautelosa con sus zalamerías, sabía que era por su anterior conducta. Tendría que tener paciencia y mostrarle al Juan que ella había conocido, era normal que María no terminara de fiarse de él; si le hubiese pasado lo mismo a él, se habría alejado de ella sin pensarlo.

Le tenía que demostrar que estaban hechos el uno para el otro, pero ¿cómo?

Una noche, tendido en la cama y sin poder dormir gracias a una belleza morena que le tenía el corazón robado, recordó que en pocos días sería San Valentín. No lo celebraban, pero en España sí, y ella había estado varios años allí, sabría de qué se trataba si la sorprendía con un detalle romántico. Se quedó dormido, dándole vueltas al asunto, y, cuando despertó por la mañana, supo lo que haría: había estado soñando con una cena a la luz de las velas, bajo las estrellas.

El catorce de febrero amaneció soleado y brillante. Juan fue a la escuela donde estaba María dando sus clases y le pidió que saliera un segundo. Ella lo siguió.

—¿Me permites que te invite a cenar hoy?

A ella le extrañó la petición, pues muchas noches se encontraban en el barracón comedor y solo en los últimos días él se había mostrado como antaño; ¿qué pretendía Juan?

—Sí, desde luego.

Él se dio la vuelta y se fue silbando, como si le hubiese concedido el cielo en bandeja. ¡Qué extraño!

Estaba anocheciendo cuando Juan fue a buscarla; ella estaba en su casa corrigiendo los trabajos de sus alumnos y se sorprendió al verlo tan pronto. Esperaba encontrárselo a la hora de la cena.

—Es un poco pronto, ¿no?

—No, es la hora adecuada.

—Pero...

La sonrisa de él le derritió las entrañas a María, volvía a ser la misma de antaño.

—Si te apresuras, podremos ver el ocaso.

¿Qué se traía entre manos Juan?

María cogió un chal abrigado y le dio un beso a su madre antes de salir de la cabaña.

Juan la precedía y la guiaba hacia las afueras del poblado, ninguno de los dos dijo nada hasta que, después de cruzar un bosquecito, llegaron a un pequeño promontorio desde donde se veía al sol ocultándose en el horizonte. El cielo tiñéndose de púrpuras y anaranjados.

—Nunca había estado aquí —dijo ella maravillada por el excelente espectáculo que se estaba desarrollando ante sus ojos.

—Lo sé, es mi rincón favorito, siempre vengo aquí cuando los problemas me abruman, cuando necesito despejar mi mente.

—Y... ¿es muy a menudo?

—Últimamente sí.

Juan se había situado a sus espaldas y habló en un susurro.

—Y eso, ¿qué pasa?

Su voz también fue un murmullo, parecía que no quisiera alterar la quietud que los rodeaba.

—Ahora, ya nada, ya tengo claro lo que quiero.

Aquella extraña respuesta hizo que ella lo mirara.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Me reservo esa respuesta para más tarde.

¡Qué misterioso!

Uno al lado del otro vieron cómo el sol abandonaba ese día, disfrutando de la quietud que los rodeaba. El cielo se fue tachonando de estrellas y su manto



brillante los fue cubriendo.

Entonces Juan la cogió por la cintura y la guio hacia el bosquecillo, y María se quedó sin aliento cuando entre las sombras vio una mesa y dos sillas; él la soltó y fue a encender unas velas que reposaban sobre una corteza.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Martes.

A Juan se le escapó una pequeña risita.

—Hoy es el día de San Valentín, supongo que en España...

María lo interrumpió.

—Lo sé, es el día de los enamorados.

La mirada de Juan se clavó en la de ella.

—¿Qué te parecería si celebramos el día de los enamorados?

María estaba confusa, ¿qué representaba aquello?

—¿Estás tratando de decirme algo?

Él le sonrió endemoniadamente.

—¿No te lo imaginas?

Quizás, pero si después del vendaval de emociones que le había hecho pasar en los últimos días esperaba que se lo pusiera fácil, iba listo.

—No.

—He decidido quedarme aquí.

Juan sirvió dos copas de vino después de hacer el anuncio.

—¿Y me has traído aquí para celebrar que te quedas?

—Eso también —dijo mientras le ponía una copa en la mano y hacía chocar las dos antes de tomar un sorbo de vino.

—¿Y lo otro?

—¿Qué otro?

—Has dado a entender que tenías algo más que celebrar.

—Eso depende de ti.

—¿De mí?

—Me he quedado por ti.

El corazón de María se saltó un latido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Necesitas que te lo diga más claro?

Ella asintió con una sonrisa tonta en los labios. Si no estaba interpretando mal lo que él trataba de decirle, estaba a punto de que su mayor sueño se hiciera realidad.

Juan vio la esperanza, alegría y expectativa que mostraban aquellos preciosos ojos oscuros.

—No soy muy bueno con las palabras.

—Hasta ahora no lo has hecho tan mal —dijo con picardía.

—Está bien, lo intentaré. —La miró a los ojos con ternura y algo más que ella no supo interpretar—. Desde que llegaste que has trastornado mi existencia, no podía dejar de pensar en ti a todas horas, de tal modo que todo lo que requería mi atención no la tenía. No sabía cómo encauzar mis sentimientos hasta que comprendí y acepté que estaba enamorado de ti.

María se quedó con la boca abierta y no decía nada, lo que lo dejó descolocado, pensando que esperaba que dijera algo más.

—Siento haberme comportado como un idiota.

Cuando se le pasó la sorpresa, a ella se le dibujó una radiante sonrisa en los labios, se lanzó a los brazos de Juan y, aupándose, le besó la barbilla.

—¿Eso quiere decir que sientes lo mismo que yo?

—Me enamoré de ti siendo una adolescente.

Él se inclinó y le capturó los labios en un beso que prometía el paraíso. Allí, en medio del bosque, se prometieron amor infinito.

---

**María y Juan** son personajes secundarios de *Todo empezó con un beso*.

<https://www.megustaleer.com/libros/todo-empez-con-un-beso/MES-094979>

<https://www.facebook.com/marianarpa.escritora/>

Marion S. Lee

## ¿Quieres ser mi Valentine?

Tan pronto como terminó su turno en la clínica, Laverne corrió hacia el vestuario. Por fortuna, la tarde no había estado demasiado ajetreada. Aun así, ella estaba deseando llegar a casa y tirarse a ver una película en el sofá, cuanto más romántica, tanto mejor.

Antes de abrir el candado se detuvo, sin poder evitar que una risotada se le quedara atascada en la garganta al recordar la conversación que había mantenido con Susan, su jefa, justo antes de comenzar el turno. Aún no salía de su asombro.

Susan no era una mujer chismosa; más bien al contrario, pero tenía la sospecha de que, por ser el día de San Valentín, la hubiera poseído el espíritu de Cupido. Y ese alguien parecía ser Steve Haywood, el flamante y macizo jefe de Ginecología.

Lo de macizo no lo decía solo ella, acordó; lo decían todas las enfermeras de la clínica, las doctoras, las limpiadoras y las cientos de pacientes que aguardaban estoicamente el turno durante horas en su consulta, día tras día. Estaba segura de que era la especialidad médica que mejor funcionaba en el centro.

Suspiró involuntariamente cuando la imagen del cotizado doctor Haywood se materializó en su mente. «Steve... digo, el doctor Haywood». No había ni una sola mujer en el centro que no se hubiese fijado en él. Había que ser ciega

o tonta para no hacerlo, y ella no era ninguna de las dos cosas.

Steve era todo un dios nórdico llegado a la Tierra, con aquellos brazos y pecho que ya quisiera el mismísimo Aquaman, y una rubia melena propia del dios del trueno. Por si fuera poco, a todo aquel conjunto lo acompañaba una sensual y profunda voz, equiparable solo al Loki de las películas. Torció el gesto, «sí, está bien, me gustan los superhéroes —admitió para sí—, pero es que no se me ocurre a nadie más con quien pueda compararlo». Además de todo eso, Steve era un hombre simpático, amable, educado, que no menospreciaba a sus colegas femeninas. Lo mirara por donde lo mirase, Steve Haywood era perfecto. Y Susan le había dicho que él se había fijado en ella.

«¡Ja!».

Y se lo decía el día de San Valentín. De risa, sin duda.

Se había carcajeado en la cara de su jefa y la había amenazado con que no contara con ella cuando estuviera en un apuro con los turnos. «¡¿Cómo demonios se va a interesar por mí ese hombre, por el amor de Dios?! Vale, sí, es simpático conmigo cuando nos encontramos por los pasillos, o en la sala común de descanso, pero ya está. Además, estoy ya más cerca de los cuarenta que de los treinta, mido más de metro ochenta, algo que suele intimidar a los tíos, y me sobran más kilos de los que me gustaría. Y, aunque a mí eso me daría igual, soy negra. ¿Qué dices que me echa miraditas? ¡Venga ya, Susan!».

Zarandeando la cabeza, regresó al presente. El día de San Valentín le parecía una chorrada y solo quería acabarlo de una manera tranquila, en su casa y descansando. ¿Había un plan mejor?

Apenas había abierto la puerta de su taquilla cuando un sobre resbaló para caer a sus pies. Era rojo, más bien cuadrado y parecía pesado. Extrañada, se agachó a recogerlo. De él extrajo una tarjeta con un corazón en la parte frontal, que brillaba por la purpurina con la que estaba adornado. Con labios apretados y sintiendo que el pulso comenzaba a disparársele, la abrió. Dentro, una sola frase, escrita a mano.

«¿Quieres ser mi Valentine?».

No pudo evitar que una sonrisa aflorara por sus labios. E inmediatamente pensó que era una idiota.

«¿Crees que puede ser del doctor Haywood? —se recriminó en silencio—. Pues eres una incauta, hermana. Lo más seguro es que alguien te esté gastando una broma».

Cerró la tarjeta con algo de rudeza y la dejó en la balda de su taquilla.

—Hola.

Una profunda voz masculina que ya conocía hizo que diera un respingo. Se quedó congelada en donde estaba, con la cabeza escondida entre los hombros, aferrada a la portezuela metálica y queriendo que se la tragara la tierra.

«¡Ay, mi madre!».

—Veo... veo que has recibido una tarjeta —añadió el hombre que debía estar en la entrada del vestuario y a quien ella aún no se atrevía a enfrentar. «Algo que debes hacer si no quieres quedar como una idiota», se dijo.

Se giró muy despacio para encontrarse frente a Steve Haywood.

Hasta que llegó a aquel hospital y lo conoció, no había creído posible que aquel tipo de hombre existiera de verdad fuera de los anuncios en televisión o de los modelos que se prodigaban por las redes sociales.

Steve tenía algunos años menos que ella. Rondaba el metro noventa y poseía la anchura de hombros de un jugador de la NFL. Debía haber acabado también su turno, porque su melena rubia, que le llegaba un poco más abajo de la mandíbula, estaba húmeda y parecía habérsela peinado con los dedos, algo que le sentaba realmente bien. Las manos, escondidas en el interior de los bolsillos de sus *jeans*, hacían destacar a la perfección sus muscudos brazos, que amenazaban con querer estallar las mangas de su camiseta. Una prenda que, a su juicio, le quedaba de infarto, porque se adhería a su abdomen, marcando unos abdominales como jamás había visto en cualquier otro hombre con el que hubiese estado. Sentía sus increíbles ojos azules posados en ella y, por unos breves instantes, notó la garganta cerrada.

«No intentes hablar, o vas a hacer el ridículo».

Pero, si no lo hacía, quedaría como una maleducada, que era peor. Tragándose su indecisión, le sonrió.

—Sí, he recibido una tarjeta.

En la mirada del hombre pareció atisbar un brillo indefinido, que no supo bien si era expectación o vergüenza.

—Habrás recibido muchas.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó elevando la voz una octava.

—Sí.

—Pues no, solo he recibido una.

Lo vio dar un par de pasos en su dirección. Sus largas piernas llamaron su atención. Los músculos de los muslos se adivinaban bajo el tejido de los pantalones vaqueros y sintió que el suelo se removía bajo sus pies al observarlo acercarse con aquella elasticidad en su caminar.

—Me parece algo increíble.

—Pues créetelo —le contestó tratando de sonar tranquila mientras rezaba para que sus rodillas continuaran sosteniéndola.

Él se acercó aún más, con amplias zancadas. Steve era la reencarnación de alguna deidad, estaba segura. Varonil; de mirada penetrante, que parecía querer leer los secretos más inconfesables que alguien pudiese guardar en su interior. Y, para rematar su aspecto, una barba rubia, corta y bien cuidada que a ella le gustaría acariciar. Estaba convencida de que, si él seguía mirándola así, se derretiría como un helado de chocolate al sol.

—Entonces, ¿qué vas a responder?

—¿A qué?

—A la tarjeta.

Lo observó mientras él continuaba acercándose lentamente. Se le secó la boca cuando advirtió el tatuaje que bajaba por el lateral de su ancho cuello y que se perdía dentro de la camiseta. Aquel hombre era una tentación viviente, y la miraba con evidente adoración.

—¡Ah! La tarjeta. Pues... no sé qué responder. Ni a quién.

A esas alturas él ya había llegado hasta ella y solo los separaban tres pasos.

—Imagina que es a mí.

«A él. Ay».

Se mordió el labio inferior para, a continuación, ofrecerle la sonrisa más radiante y genuina que supo esbozar.

—Bueno...

La expresión de seguridad que él había mostrado durante todo aquel tiempo se resquebrajó. Lo vio encogerse de hombros y asentir con cierto pesar.

—Entiendo que te haya cogido de sorpresa y que quieras pensarlo...

Aunque Steve parecía impaciente por obtener una respuesta, ella no quiso que se sintiera mal. Levantó una mano ante ambos y se acercó un paso más.

—Antes quisiera saber una cosa.

—Dime.

La mirada de Steve se quedó enganchada a la suya, y ella supo que, le contestara lo que le contestase, sería la verdad.

—Nunca... nunca has demostrado querer algo conmigo. Hemos hablado poco, aunque siempre has sido correcto y amable, eso te lo tengo que conceder. Y tú eres... bueno, eres guapo y...

—¿Acaso crees que tú no lo eres? —sentenció mucho más serio que segundos atrás.

—¿Yo?

Él avanzó el último paso que los separaba, reduciendo a nada la distancia entre ellos. Para variar, podía alzar la mirada en lugar de tener que agacharla y, cuando sus ojos recayeron en los azules de él, su mente se vació por completo de todo lo que no fuera el hombre que tenía frente a sí.

—¿Sabes cuánto me ha costado estar aquí hoy y enviarte esa simple tarjeta? —le dijo con una voz tan grave y con un tono tan sincero que la hizo estremecer—. No soy tan arrojado como podrían hacerte creer. No te dejes engañar por mi aspecto.

—Pero ¿por qué yo? No soy precisamente...

Osados, los dedos masculinos le acariciaron la mejilla.

—Sé lo que vas a decir. Es precisamente porque eres tú; porque eres una mujer increíble, y preciosa. Llevo mucho tiempo queriendo saber cuán suave es esta seductora piel que tienes. Me parece que ya he perdido el suficiente. ¿Qué me respondes?

Ella, que era locuaz por naturaleza, se acababa de quedar sin palabras. Haciendo un esfuerzo por domar a su corazón, asintió:

—Sí. Seré tu Valentine.

Lo vio bajar la cabeza para ocultarle la mueca de satisfacción que brotó de sus labios. Steve levantó la mirada para clavarla en la suya.

—Podemos ir a cenar. O al cine. O lo que prefieras.

—¿Y si son ambas cosas?

La sonrisa que él le ofreció pareció iluminar todo el vestuario.

—Me parece perfecto. Ambas cosas, sí.

Salió delante de él. La mano masculina rozó la parte baja de su espalda casi por casualidad y un escalofrío recorrió su cuerpo, desde su cabeza hasta los pies. Sonrió, feliz. Iba a ser la cita de San Valentín del hombre más guapo que jamás había conocido. Escondió una sonrisa triunfal.

«¿Cupido? Olvídate de que quiero acabar el día en casa y descansando. Ya tengo un plan mejor».

---

**Laverne** es un personaje secundario de la novela *Y a ti te prometo la luna*, segunda parte de la **bilogía** *Promesas y sueños*.

<https://www.megustaleer.com/libros/y-a-ti-te-prometo-la-luna-promesas-y-sueos-2/MES-102845>

<https://www.facebook.com/MarionSLee.escritora>



Mavi Tomé

## Las pasiones de un gascón

—**R**ompan filas. ¡Ar!

La voz de *monsieur* de Berard nos da permiso para retirarnos. Unos marcharán a descansar a sus casas. Otros, en pos de unas faldas. Los habrá los que deseen continuar en el palacio cumpliendo con sus obligaciones, haciendo guardias para cualquier compañero que lo solicite. Serán los menos, eso está claro, pero los habrá.

Siento un apretón en mi hombro. A mi lado, Artal me sonrío.

Artal es mi compañero de armas, mosquetero como yo. Entró al servicio de los Reyes al mismo tiempo que yo. Y también fuimos cadetes a la vez. Juntos hemos compartido horas de entrenamiento, charlas tras una copa de vino y no pocas correrías. Se dice, entre los corrillos del Louvre, que es el mejor amante de París. Él sonrío con falsa modestia, consciente de su fama. Me fascina la facilidad que tiene para conseguir de las féminas aquello que desea, ya fuera un beso o un revolcón en unas cuadras. Por sus brazos han pasado mujeres de alta y baja estofa. No obstante, Artal jamás ha amado. En eso no se parece a mí: yo me enamoro de cada mujer con la que me acuesto, de cualquier seno que pueda acariciar, de todos los ojos que me miran con simpatía. Es un defecto típicamente gascón ése de amar la belleza y la calidez, lo admito, ¿qué puedo hacer?

Hoy le he ofrecido partir a La Taberna del Turco, en la Rue de Varennes, mas

él se ha negado. Desde nuestra última misión, acompañando a un enviado español desde el puerto de Calais, no ha vuelto a ser el mismo. Prefiere pasar las horas en la Biblioteca del Louvre, acompañando a Aurora, la menina de la Reina Ana.

Aurora...

Su nombre acompaña a su rostro. Si tuviera los ojos azules, diría que es la viva imagen del amanecer. Aurora los tiene negros como la noche y los cabellos castaños reflejan los brillos cobrizos de las hojas de otoño. No me extraña que el mejor amante de París haya caído bajo su embrujo.

Artal se marcha en pos de una conversación con esa damita española que le ha robado el corazón. Quedo a solas en los jardines del Louvre. El sol brilla sobre mi cabeza y trato de ajustar lo mejor posible mi sombrero de ala ancha.

Aurora...

Si Artal supiera que nos hemos visto a solas, si conociera la naturaleza de nuestra relación, no dudaría en retarme. Seguro que pensaría que juntos hemos vivido más de lo que pudiéramos aparentar, imaginaría escenas en las que nuestros cuerpos desnudos se frotarían en mitad de la noche, amparados por la furtiva oscuridad. Y, sin embargo, Aurora jamás osaría encamarse conmigo. Lo leo en sus ojos. En esos ojos enmarcados por su carita de niña, en esa boquita de rosa de la que siempre pende una sonrisa melancólica. Sé que nunca me ha sonreído de verdad. Jamás la he visto hacerlo. Hasta que me habló por primera vez de Artal.

Ayer la vi... Me citó en uno de los confesionarios de la Iglesia de Saint Germain. Iba ataviada con una capa de color oscuro que no podía ocultar la gracilidad de sus movimientos ni el brillo de sus ojos. Hasta la genuflexión que hizo ante el altar mayor no restaba un ápice de gracia ni majestad a sus movimientos. Habló conmigo a media voz, con esa inocencia de los pocos años, con esa camaradería de quien se sabe escuchada por un amigo de verdad. Tras la celosía, pude apreciar una leve sonrisa en su jugosa boca, escuché sus miedos, sus deseos... Incluso se preocupó por mí. Cree que mi

añan por rebuscar bajo enaguas ajenas pueda perderme, aunque no creo que sospeche que los tafetanes que más me gustaría romper son los suyos. Me habló también de Artal, de esa cita que ansían tener en Versalles, de esos miedos irresolubles de quien sabe un donjuán incorregible, de esa inseguridad que la atenaza al creerse tan poca cosa...

Ay, Aurora, ¡si tú te vieras con mis ojos! Si pudieras ver lo deseable que eres, lo maravillosamente dulce que te hace tu inocencia... Y, aun así, no eres tan inocente. Bien lo sé.

—Pierre...

Una voz me llama. Vuelvo el rostro.

Allí, tras unos arbustos, unos ojos de gata parecen vigilarme. Una sonrisa que se curva aún más cuando acudo a su llamada. Un rostro anguloso que unos rizos rubios se encargan de hacer más perfecto. El sol reluce sobre ellos asemejándolos a una madeja de hilos de oro. Su vestido color verde esmeralda acentúa aún más el color de sus ojos, que no dejan de mirarme.

Sonrío y me acerco a ella.

No me da tiempo a hablar... Me echa los brazos al cuello y su boca busca ávidamente la mía.

—¿Qué mirabais con tanta atención, mosquetero? —pregunta la rubia entre beso y beso.

—Nada, ángel mío. Cosas de hombres...

—¿Insinúas que las mujeres no podemos escuchar vuestras historias?

—¿Acaso vos, rubia Eugenie, podríais escuchar cómo gozo de otras mujeres en vuestra ausencia?

—Podría, *monsieur*, ya que vos sabéis que hago lo mismo con otros hombres.

Su mano se mueve desafiante por mi torso, bajando poco a poco hasta la zona situada más abajo del ombligo. Donde cree que yace mi hombría, y no se equivoca, sus dedos se deslizan sinuosos, frotando con movimientos rítmicos y estudiados. No puedo evitar que un gemido escape de mis labios. Bajo mi

bigote, brota la risa.

—Sois osada, Eugenie —digo mientras mis labios buscan su oreja.

Y entonces, sin saber cómo, acabamos bajo los mirtos. Mi lengua recorre la curva de su cuello, mis dientes muerden los lóbulos de sus orejas. Sus pendientes tintinean. Ella ríe. Mi mano le tapa la boca para evitar que sus carcajadas nos delaten. Los mirtos nos ocultan, bien es cierto, mas es la hora de mayor afluencia en los jardines. Damas, cortesanos, mosqueteros, jardineros... Incluso la propia reina podría aparecer súbitamente y descubrirnos.

Ella enreda sus manos entre mis cabellos, en tanto que una de las mías busca entre su espesa mata de pelo rubio. La otra se entretiene en subirle las faldas a la altura de las caderas. Gime. Ríe. El escote de su vestido baja un poco más, dejando a la vista un par de senos generosos. Una de sus manos guía la mía sobre ellos, haciendo que trace círculos veleidosos; con la otra, se entretiene en bajar mis pantalones.

Da un salto. La agarro de las nalgas. Ella se aferra a mi torso con sus piernas. No sé cómo nos hemos coordinado, pero allí estamos, en equilibrio, entregados a un loco frenesí. Nuestras lenguas danzan, frotándose la una con la otra. Nuestros vientres se frotan. Sus pechos danzan con cada embestida. Echa la cabeza hacia atrás al tiempo que se muerde los labios. Trata de evitar gritar, lo sé. De todos modos, de vez en cuando, se le escapan algunos gemidos de placer que me vuelven más y más loco. No puedo evitar imprimir tal velocidad a mis movimientos que parece que vamos a perdernos.

Eugenie entierra la cabeza en mi hombro, que comienza a morder con tal fuerza que hasta me hace daño. Siento que mi vista se nubla, que pierdo la cabeza, que el mundo da vueltas a mi alrededor. Pierdo la noción del tiempo, del espacio... Ahogo un grito, mas no puedo evitar que un sonido gutural emerja de mi garganta. Y entonces, sale un nombre de mis labios:

—Aurora...

Sé que no es muy ético pronunciar el nombre de una dama mientras se goza

de otra. Sin embargo, no es el rostro de la que tengo entre mis brazos el que aparece en mis retinas. No, no es Eugenie. Por un instante, sus cabellos de oro se han tornado castaños, sus ojos de gata han cobrado el brillo de la noche, su rostro ampuloso ha cobrado la apariencia de niña. Una niña que me ha mirado y ha sonreído. Y yo he sonreído.

Siento cómo los dos nos vamos al mismo tiempo, cómo alcanzamos el éxtasis...

Gemimos.

Tratamos de recuperar el aliento.

Eugenie sonríe y trata de recomponer su aspecto. Yo la imito.

—¿Sabéis, Pierre? Creo que la fama de los gascones no es infundada.

—¿Os referís a nuestra fama como amantes?

—Algo así —rio la rubia dama de la reina—. Me refería a vuestra fogosidad.

Siento que se me escapa la risa.

—Vos no me quedáis a la zaga, dulce Eugenie. A pocas como vos he visto más orgullosas de su condición.

—No es mi estatus como dama lo que me llena de orgullo, Pierre. No, más bien es mi capacidad de conseguir lo que quiero merced a mis artes de mujer.

—En eso, somos bastante parecidos.

Jamás he conocido a una mujer como esta. Sé que ha tenido entre sus piernas a más de media Corte y, si por ella fuese, tendría a muchos más. Se rumorea que incluso el hermano del rey Luis XIII, Gastón de Orleans, es asiduo a los encantos de esta, que dice ser mi dama. No sé por qué yo le he caído en gracia.

—Me gustáis, Pierre. Y es una pena que los negocios nublen a veces el placer.

—Por lo que a mí respecta, placer y negocios van siempre de la mano, mi querida Eugenie.

—Entonces sigamos haciendo negocios juntos, a pesar de que penséis en

otras damas estando conmigo.

Maldita sea mi suerte, me ha oído...

Sonríe. Sonríe. Sonreímos.

Me gusta esta mujer. Qué duda cabe. No solo tiene esa belleza felina que encandila a los hombres, ni esos andares felinos. Tiene algo. Tiene fuego.

Me guiña un ojo. Me da un beso en la mejilla y se aleja moviendo exageradamente el trasero.

El cielo va tiñéndose de colores anaranjados. A lo lejos, Artal y Aurora salen al jardín. Hablan. De vez en cuando, Aurora vuelve el rostro y me dedica una mirada cálida. Sé que sabe que acabo de vivir una experiencia tórrida con Eugenie, de la que no hace más que prevenirme. «Busca algo», me dice siempre, «y no es amor».

Suspiro y avanzo hacia ellos. Aurora me mira. Tiemblo.

Eugenie es fuego. Aurora es calidez.

---

**Pierre, Eugenie, Aurora y Artal** son personajes que podréis encontrar en la **bilogía** La Menina y el Mosquetero, compuestas por La Menina del Louvre y El Mosquetero del Alcázar (próximamente a la venta).

<https://www.megustaleer.com/libros/menina-del-louvre-la-menina-y-el-mosquetero-1/MES-104566>

<https://www.facebook.com/mavitomeautora/>

Maya Moon

## Un San Valentín inolvidable

De todas las cosas que Rain odiaba, limpiar era la que más, y no solo porque hubiera pasado en la calle los últimos años de su vida, lo cual hacía prácticamente inútil esa tarea, lo había odiado desde pequeña. Sonrió al recordar las frases que su madre solía decirle cuando entraba en su cuarto: «Esto parece unas rebajas» o «En ese montón de ropa de la silla, seguro que hay seres vivos».

Pasó el trapo por encima de la caja donde Sasha guardaba sus relojes y le extrañó que uno de ellos estaba algo más alto que los otros. La abrió para colocar bien la base que los sujetaba y, al comprobar que era imposible, la levantó. Una cajita. No una cualquiera, no, sino «la cajita», esa que guarda «el anillo» en su interior.

—¡Dios mío! —exclamó para luego empezar a preguntarse miles de cosas en décimas de segundo. ¿Sería lo que ella creía que era? ¿Sería para ella? «¡Pues claro, mujer! ¿Para quién va a ser?». Antes de plantearse si abrirla o no, lo hizo sin pensar. Y allí estaba, el anillo de platino y diamantes más bonito y, a la vez, más sencillo que había visto en su vida. Si alguna vez hubiera pensado en que alguien le regalara uno, sería exactamente ese. Y Sasha la conocía bien a pesar de llevar juntos poco más de un año. Podía imaginar su cara mientras le daba el anillo y decía algo parecido a: «Así hacemos las cosas en Rusia». Lo volvió a colocar donde lo había encontrado y echó a correr en busca de su

móvil. Marcó el número de Maddie con toda la calma que fue capaz de reunir y ella contestó enseguida:

—¿Sí?

—¡Dios mío, Maddie! No sabes lo que acabo de encontrar.

—Tranquilízate —dijo su amiga—. Si no hablas más despacio jamás lo voy a averiguar.

—¡He encontrado el anillo! —casi gritó Rain.

—¿Qué anillo? —preguntó su amiga perpleja.

—*El anillo*, Maddie —repitió acentuando cada sílaba.

Maddie empezó a tartamudear al caer en la cuenta de lo que Rain trataba de decirle.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Pero es que habéis hablado de casaros alguna vez? Creí que eso no iba con vosotros —dijo Maddie entre alegre, nerviosa y sorprendida.

—No. No hemos hablado del tema, pero ya sabes cómo es Sasha.

En la mente de Maddie, aparecieron varias de las hazañas protagonizadas por su amigo ruso, algunas para su famoso canal de YouTube, otras en vivo y en directo en cualquiera de sus reuniones.

—Lo sé, lo sé. ¡Claro! —soltó de pronto—. Mañana es San Valentín. Seguro que piensa dártelo entonces.

Rain asintió como si su amiga pudiera verla y se mordió el labio.

—¿Y qué vas a responder?

—¡Ay, Dios! ¡Que sí!

Ambas rieron nerviosas.

—Bueno, te dejo que voy a llegar tarde al trabajo. ¿Nos vemos esta noche en el club?

—¡Por supuesto!

Rain colgó el teléfono casi más nerviosa que cuando había llamado a su amiga y se fue directa a la ducha.



\*\*\*

En el local, desde donde Sasha emitía su programa, este ultimaba los detalles para el especial de San Valentín. No le gustaban ese tipo de celebraciones, pero Jimmy Dean, el vocalista de uno de los grupos pop del momento, había planeado declararse en directo a su chica esa noche aprovechando el tirón del canal del ruso, que de repente parecía el novio de Inglaterra, aclamado por prensa, radio y televisión.

El anillo estaba a buen recaudo y él estaba esperando que a que acabaran de montar los decorados del escenario a base de corazones, flechas y alas de ángeles para poder irse a casa a dormir una buena siesta. «¡Ah, qué gran costumbre española!», se dijo mientras se frotaba los ojos como un niño pequeño. La había tomado prestada de su amigo Álvaro, quien defendía que media horita de sueño después de comer es el secreto de la longevidad en España.

—¡Joder, Álvaro! —exclamó dando un salto de la silla. Había quedado con él dentro de... Su móvil empezó a sonar—. ¡Mierda! —gritó antes de contestar—. ¿Sí?

—¿Cómo que sí? Llevo media hora en la puerta de la inmobiliaria.

—Lo sé, lo sé. No me acordé. Voy enseguida.

—Más te vale. Te doy otra media hora y me largo. Maddie y yo hemos quedado.

—Voy, voy. ¡Cuelga ya!

Por suerte, su local estaba justo al lado de una boca de metro y no tardaría ni quince minutos en reunirse con Al.

—Lo siento —se disculpó nada más verlo.

—Sí, sí. Vamos, entra.

\*\*\*

Mientras echaba un último vistazo a las mesas del club, a Rain se le ocurrió que debería haber cambiado el día con alguna compañera, aunque a su jefe no le hubiera hecho mucha gracia, pues siempre decía que muchos de los clientes venían solo por oírla a ella cantar.

¿Cómo le daría Sasha el anillo? ¿Y dónde? ¿Y cuándo? «¡Ojalá no lo hubiera visto! No soportaba la espera, y eso que nunca se le había ocurrido que se encontraría en esa situación. Tenía que contárselo a Álvaro. Una luz brillante de Neón circuló delante de sus ojos: seguro que él fue el primero en enterarse si es que no había sido idea suya. Y si Al lo sabía, Maddie lo sabía también, pues eran una de esas parejas que lo compartían todo.

Para dejar de sentirse tan agobiada, se concentró en observar a los primeros clientes que, en aquel momento, bajaban las escaleras de la sala. Sus amigos aparecieron un poco más tarde, incluido Sasha, cuya voz acompañada de su acento ruso se escuchaba desde donde ella estaba. Algo lo tenía muy entusiasmado.

Cuando por fin se sentaron, Rain fue a tomarles nota de la cena y aprovechó para saludarlos y darle un beso a su novio.

—¿Cómo está mi ruso favorito?

—Agotado —contestó haciendo una mueca exagerada de cansancio—. Mañana habrá un directo que no os podéis ni imaginar.

Rain tragó saliva. ¿Así que así era como pensaba hacerle la gran pregunta? Se retiró discretamente hacia la barra intentando disimular su nerviosismo.

Cuando Sasha había dicho que estaba agotado, lo había dicho en serio. Aquella noche se durmió antes de que ella saliera del baño.

\*\*\*

La noche de San Valentín, Maddie y Al no estuvieron con Rain, pues se habían ido a un castillo en el que se había organizado una cena especial con juegos en los que las parejas intercambiarían los regalos. Así que allí estaba

ella, delante de la pantalla de la cocina del club, esperando a que el programa de Sasha empezara.

Sin embargo, tuvo ocasión de salir a cantar en dos o tres ocasiones, pues el esperado directo tardó una hora en comenzar. Antes se habían emitido todas las bromas que el ruso había hecho en su canal para esta fecha tan señalada desde que lo inaugurara años atrás.

Cuando las luces bajaron de intensidad, Sasha empezó a hablar de la importancia del amor en general y luego del amor de pareja. El corazón de Rain saltaba dentro de su pecho. ¿Recibiría entonces una llamada desde el programa? Las luces se iluminaron con fuerza de nuevo y justo frente a él aparecieron Jimmy Dean y su novia, a la que todo el público conocía por las revistas y programas del corazón. El joven se arrodilló mientras ella lo miraba perpleja sacar una cajita. «Mi cajita», susurró Rain desconcertada. Cuando vio el anillo que había tenido en sus manos el día anterior, lo entendió todo. ¿Así que era eso? El anillo no era para ella, sino para el programa de Sasha.

Aquella noche, cuando acabó su trabajo en el club, se metió en la cama con la sensación de ridículo más espantosa que podía recordar.

\*\*\*

Por la mañana, cuando su móvil vibró, vio que era Maddie y contestó:

—Hola —dijo intentando aparentar indiferencia.

—Vimos el programa anoche. ¡Lo siento mucho, Rain!

—No exageres. No es que me vuelva loca comprometerme.

—Lo sé, pero se te veía tan ilusionada...

Maddie la conocía muy bien y podía sentir su decepción.

Sasha no había dormido en casa, así que ella se arregló para salir a hacer unas compras. Ya en la calle su móvil sonó.

—Hola, preciosa. —Era Sasha—. ¿Te apetece que comamos juntos?

—Hola. Claro, pero estarás cansado.

—¡Qué va! La fiesta acabó pronto. Me quedé dormido en casa de Jimmy. ¿En el parque en media hora?

Ella contestó con un simple «Sí».

Justo a tiempo, su Romeo apareció por la entrada lateral del parque con los brazos abiertos y le dio un beso en los labios.

—Me gustaría enseñarte algo antes de comer.

Ella se limitó a cogerlo de la mano y echar a caminar en la dirección que él decidía. Al llegar a la heladería, Rain sonrió:

—No quiero un helado antes de comer.

—Ya lo sé. Vamos justo al portal de al lado. A la primera planta.

Una vez en el rellano, Sasha abrió una puerta y ambos entraron en un precioso piso amueblado por todo lo alto.

—Este es tu regalo de San Valentín, Rain —le dijo mirándola a los ojos.

—No entiendo...

—Maddie me contó lo del anillo hace un rato.

Rain notó cómo sus mejillas empezaban a arder.

—Yo no sabía que tú querías eso. Si lo hubiera sabido, te hubiera comprado un anillo cien veces más bonito. ¡Maldito tacaño ese Jimmy!

Ella sonrió algo menos apurada.

—Nunca hablamos de casarnos, pero sí de vivir juntos y formar una familia. Por eso, he comprado este piso para los dos.

Los ojos de Rain se abrieron como platos.

—Sí, es nuestro. Ya tenemos un sitio al que llamar hogar.

Ella se lanzó a sus labios y lo besó apasionadamente.

—Si sigues así, vamos a tener que estrenar el dormitorio.

Rain estalló en una carcajada.

—¡Maldito ruso de los cojones!

—Ahora, en serio, Rain. Si quieres que nos casemos, lo haremos. Haremos lo que tú quieras.

Ella se subió a horcajadas en su cintura y, mientras él los conducía a ambos

al dormitorio, le susurró:

—Yo solo te quiero a ti.

—Y yo a ti. Y ahora, vamos, que te voy a enseñar cómo hacemos las cosas en Rusia.

---

**Sasha y Rain** son los personajes secundarios de la novela Los amigos de Maddie

<https://www.megustaleer.com/libros/donde-est-el-corazn/MES-106353>

<https://www.facebook.com/Maya-Moon-193843874656367/>

Mayte Pascual

## Donde despiertan los días

—¿Tienes hora?

No supo qué contestar. No sabía si tenía hora, ni cómo se llamaba ni a dónde se dirigía. Lo único que tenía claro era que ante él se hallaba la criatura más maravillosa del mundo. Y eso, quizá, era quedarse corto.

—¿Estás bien?

Hasta su ceño fruncido era adorable. Robert volvió un poco en sí, aunque estaba casi seguro de que un momento antes babeaba como un bebé.

—Eh... Sí, perdona. Tengo hora, por supuesto.

—Vale. —En los cinco segundos de silencio que siguieron, sus labios se torcieron en una media sonrisa que provocó un gracioso movimiento de su naricilla. Total y absolutamente perfecta—. ¿Y podrías decírmela, si no es mucho pedir?

No pudo evitar soltar una carcajada. Estaba tan preocupado por quedarse con cada detalle de aquella preciosidad de chica, que apenas le funcionaban neuronas para todo lo demás.

—Son las siete y diez.

—Gracias. —Sacó un iPhone del bolsillo de su abrigo y se encogió de hombros, risueña—. Se me ha olvidado cargarlo.

Nota mental: no llevaba reloj. Y él siempre había admirado a la gente que no necesitaba uno para sentirse completa. Suponía que la sensación de libertad

debía de ser indescriptible, aunque él, simple mortal esclavo del tiempo, estaba muy lejos de experimentarla.

—Eso nos ha pasado a todos.

Genial. ¿Alguna idiotez más? Ya puestos podía fastidiarle la mañana del todo, soltarle un refrán casposo o quedar como un chalado y que ella le cogiese fobia a las paradas de autobús antes del amanecer.

Pero ella solo sonrió.

—Menos mal, ya viene. Me estaba quedando helada.

Y claro que venía. Pero no era el autobús de Robert. Aunque, ya colgado sin remedio hasta del tono de voz de aquella chica, todo le daba igual. Probablemente por eso no pudo evitar seguirla cuando se abrieron las puertas. Al fin y al cabo, tampoco era que le viniera tan mal. Solo tendría que andar unos veinte minutos desde la parada más cercana a su trabajo... En comparación con el 27, que lo dejaba en la mismísima puerta de la empresa. Pero bueno, eran solo daños colaterales, nada tan importante como el privilegio de poder disfrutar un poco más de su presencia.

\*\*\*

Durante cuatro meses, los encuentros se repitieron diariamente como si estuvieran atrapados en el tiempo. Misma hora, misma parada, puntualidad absoluta del conductor de la línea 147. La mayoría de los días, él estaba mucho antes que ella. No porque fuese un alegre madrugador adicto a las horas intempestivas, sino porque siempre temía que, por causas desconocidas y ajenas a su persona, ella llegase un poco antes y se le escapase en otro autobús. Y era que un día sin Annie era un día perdido.

Sí. Annie. Su Annie. La criatura más excepcional sobre la faz de la Tierra. La sonrisa que le iluminaba las horas y le hacía odiar los fines de semana porque, para su disgusto, no tenía ninguna excusa para verla. Había averiguado su nombre dos semanas después del día que quedó como un idiota con lo de la

hora. Ella siempre subía primero al autobús y Robert la seguía como levitando sobre las aguas. Cuando ella elegía un asiento, casi siempre cerca de la puerta de salida y del lado de la ventanilla, Robert se ponía tres filas por detrás, junto al pasillo, para no dar la impresión de que era poco más que un acosador. Pero aquel día, tras darle al botón de llamada casi demasiado tarde, Annie se levantó precipitadamente, por lo que dejó caer un guante al suelo. Cuando Robert quiso darse cuenta, ella ya caminaba rápido por la acera, alejándose presurosa como Cenicienta.

—Toma. —La mañana siguiente fue lo primero que hizo. Le devolvió el guante, aprovechando la excusa para rozar con timidez sus esbeltas y delicadas manos.

—¡¡Ay, gracias!! Pensé que lo había perdido.

Robert tragó saliva, intentando que la sonrisa de aquella chica no lo fulminase en el acto.

—Se te cayó ayer al bajar y a punto estuve de avisarte, pero como no sé tu nombre... Vamos, que me daba cosa llamarte en plan cabrero.

—¡¿En plan cabrero?! —Annie soltó una carcajada desenfadada que aumentó su enamoramiento en un doscientos por ciento—. Eso habría sido... Diferente, la verdad. Y por cierto, me llamo Annie.

—Robert.

—Pues encantada, Robert.

Fue ella quien tomó la iniciativa y le dio a un pasmado Robert los dos besos de rigor. Años después, cuando Cloe, su mejor amiga, le preguntase cuál era su definición del amor, él reviviría aquellos segundos en que todos sus sentidos le avisaron para que no la dejara escapar.

Ninguno de los dos volvió a sentarse solo en aquel autobús que, como decía siempre Annie, iba poniendo las calles a su paso. La simpatía de aquella chica y los dos cafés del único bar del barrio abierto a aquellas tempranas horas fueron los ingredientes ideales para derribar todas las barreras que Robert había creado durante años para proteger su sensible corazón. Pero en solo



unos meses, Annie se había convertido en una figura imprescindible en su vida. Muy posiblemente jamás fuese capaz de confesarle lo que sentía por ella pero, al menos, al ser su compañero de viaje, había podido conocer pequeños detalles de su vida, como cuándo se iría de vacaciones, fecha que le daba pavor que llegase.

Llenó su ausencia con una dosis extraordinaria de ganas de volver a verla y aguantó como pudo el verano más extraño de su vida. El problema fue que, en la fecha señalada, ella no volvió.

\*\*\*

—Tienes que animarte, chavalín.

—Ya. Claro —refunfuñó Robert.

—Vaaale... Ya veo que hoy también rebuznas en lugar de hablar. ¿Se puede saber qué te pasa?

Robert dudó un instante. Le resultaba muy difícil explicar qué le sucedía, incluso a Cloe, amiga del alma y paño de lágrimas. Quedaría como un loco o algo peor si le confesaba la verdadera razón de sus desvelos y su mal humor.

—Nada, que me pone de los nervios este afán consumista de San Valentín. ¿En serio no sabes que es una invención absurda?

—Mira que estás espesito... —Cloe puso los ojos en blanco y resopló teatralmente—. ¿Y para qué me acompañas entonces?

Robert se encogió de hombros.

—Obligación de mejor amigo. Es que... desde que vives en Londres es tan difícil pasar un rato juntos que estoy dispuesto a pasar este martirio... — Intentó poner una expresión menos agria y le dio un empujón cariñoso a Cloe —. A riesgo de acabar con arcadas con tanta tontada, ¿qué planes tienes con Chris?

—¡Mañana viene, por fin! —chilló Cloe con aire soñador, lo que sobresaltó a más de uno.

Le contó con todo lujo de detalles la sorpresa que había preparado para la llegada de su novio que, cómo no, volaría al día siguiente para poder pasar con ella la noche de San Valentín. Cuando ya pensaba que se moriría de aburrimiento si seguía escuchando las bondades del británico, una melena color caramelo llamó su atención en la atestada tienda. Esa melena lisa y brillante, que caía en cascada sobre aquella trenca casi colegial que le sentaba tan bien. Su corazón y sus piernas se pararon de golpe.

—Pero ¿se puede saber qué haces ahí como un pasmarote?

Robert no pudo contestar. Su cabeza solo repetía, como si se tratase de esas películas románticas de las que tantas veces se había mofado, imágenes de su sonrisa, de sus adorables gestos, de esos pequeños ratos compartidos durante tantas mañanas que habían marcado por completo su vida.

—Es ella.

No hizo falta más. Apenas le había comentado a Cloe de pasada lo bien que le caía la chica con la que coincidía cada día para ir al trabajo. Pero su amiga no necesitó más detalles. Siguió la dirección de su mirada y lo zarandeó, lo que lo sacó de su ensimismamiento de golpe.

—Es ella. Es Annie.

—¿Y vas a dejar que se marche sin más? ¡Corre, acércate! Yo te espero aquí.

Sus piernas lo dirigieron automáticamente a su lado sin darle tiempo a razonar. Necesitaba oír de nuevo esa voz a la que se había vuelto adicto. Antes de arrepentirse, llamó su atención como pudo.

—¿Annie?

—¡Robert! —Ella, tan simpática como siempre, esbozó una sonrisa de oreja a oreja y se apresuró a darle dos besos—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces por aquí?

—Ayudo a una amiga a encontrar un regalo especial para su novio. ¿Y tú, qué tal?

—Pues bien, buscando un regalo para mi hermano. Cada año es más difícil acertar...

—Pensaba que estabas comprando algo para San Valentín... —comentó Robert quitándole importancia, aunque para él esa información era vital.

—Qué va... ¿No sabes que estas fechas son inventos de las tiendas? — Robert reprimió una carcajada. Si en ese momento la hubiera oído Cloe, se la habría envuelto de regalo—. Supongo que lo celebraré viendo una buena peli... De terror, claro.

—¿En el cine?

—Nooo... Me da mucha vergüenza ir al cine sola.

Robert estalló en carcajadas nerviosas. La habría abrazado. Annie miró el móvil con disimulo sin dejar de sonreír. Si no actuaba rápido, se iría. Y esta vez podía ser para siempre.

—Eso tiene fácil solución —dijo Robert, sin querer siquiera pensar en lo que diría a continuación—. Si me das tu teléfono, yo mismo podría acompañarte.

Las mejillas de Annie se sonrojaron al segundo.

—¿Me estás invitando?

—¿Te apetece?

—Mucho.

La habría besado. Le habría regalado un universo hecho a medida para ellos, en el que pudiese amarla como merecía. Pero se limitó a anotar su teléfono antes de que se lo pensase mejor.

—Te llamo esta noche y... ¿quedamos mañana? ¿Te parece bien?

—Claro... —De nuevo sus mejillas se ruborizaron—. Tú puedes llamarme cuando quieras.

—Te llamo en cinco minutos entonces...

Las risas y los dos besos que siguieron a esas palabras fueron, quizá para los dos, la promesa de un amor infinito. La observó mientras se alejaba, despidiéndose con la mano como un tonto enamorado, que era exactamente como se sentía.

—Así que San Valentín era un invento, ¿eh? —Cloe se acercó a su lado y le

dio un codazo cariñoso.

Robert sonrió radiante y la abrazó, eufórico.

—Estoy empezando a pensar que es el mejor invento del mundo.

---

**Robert** es el mejor amigo de **Cloe**, la protagonista de *El que faltaba*, primera novela de la serie *Todas para una*.

<https://www.megustaleer.com/libros/el-que-faltaba-serie-todas-para-una-1/MES-095013>

<https://www.facebook.com/maytepascual.autora/>

Mery Eirabella

Belinda

**D**espertar al lado de una mujer hermosa no era algo extraño para él. De hecho, era tan habitual que no presentaba ninguna novedad sentir un cuerpo femenino a su lado cuando abría los ojos. Pero esa mañana ni siquiera la calidez de aquellas curvas, en las que con tanta pasión se había perdido la noche anterior, podía consolar su destrozado corazón. Porque, por más que trataba de esconderlo y fingir que todo iba bien, lo cierto era que se sentía roto por dentro. Sofía, el amor de su vida, había comenzado una nueva etapa trasladándose a vivir con el que, al parecer, era su hombre destinado, si era que existía algo así. Y él, que era un auténtico imbécil, había ayudado a la mudanza a espaldas de ella. Aunque le quedaba el consuelo de que Alexandre también sufría por la pérdida. Lo detestaba tanto que el verlo con el corazón roto era un leve consuelo para él.

Se levantó de la cama sin mirar siquiera a la mujer, se dio una ducha rápida y se arregló con prisa. Tenía que ir a casa y cambiarse de ropa antes de ir al trabajo. La noche anterior se había encontrado con una de sus alumnas en el club y no quería que lo viese con las mismas prendas. Si comenzaba a esparcir rumores, su vida se convertiría en un infierno. Nadie prestaría atención al hecho de que una niña de dieciséis años estuviese en un club, vestida como una adulta y tan maquillada, que cualquiera podría confundirla con una treintañera si no prestaba atención a la juventud de su cuerpo. Lo único que

escucharían sería que el profesor Seixo tenía escarceos sexuales por las noches. Y, aunque era cierto, no quería que sus compañeros lo molestasen con preguntas que tendría que responder de forma desabrida, porque no le gustaba hablar de su vida personal. Para eso ya tenían a Marcial, que era como una partida de parchís en la que solo él jugaba y luego contaba las jugadas a todos los que querían escucharlo. Y su audiencia era amplia, lo que decía muy poco de los hombres que lo escuchaban.

Aquella mañana el tiempo era agradable, pero aun así seguía fraguándose una tormenta en su interior que, de estallar, se llevaría por delante cosas que eran demasiado importantes para él. Como, por ejemplo, la amistad. Su amistad de más de veinte años con Sofia.

Suspiró y abrió la puerta de su casa. Tenía que deshacerse de aquellos pensamientos antes de ir al trabajo o no podría centrarse, y aquellas chicas locas requerían que tuviese sus cinco sentidos activos para evitar escenas desagradables. Así que, respirando como si estuviese haciendo un ejercicio de relajación, se cambió de ropa, cogió su bolso, las llaves del coche y una botella de yogur, y salió de casa dispuesto a comerse el mundo. Y así lo habría hecho si, al llegar al instituto, no se hubiese desatado un auténtico drama. Y era que ver a las madres reunidas en la puerta formando un gran corro nunca auguraba nada bueno.

Curioso, aparcó el coche en su plaza y se acercó al grupo de profesores que había cerca para preguntarles qué pasaba, pero no necesitó hacerlo, porque inmediatamente vio lo que sucedía: en la puerta del instituto, había una mujer mulata regañando a una adolescente por haberla increpado al entrar. Sorprendido, se inclinó hacia delante para ver mejor, creyendo que estaba confundido, pero no fue así y su corazón no se saltó un latido, como decían en las novelas románticas, se saltó veinte y habría caído fulminado allí mismo de no haber aparecido Breixo a su lado.

—Es la sustituta que estábamos esperando. Aunque no sé si le permitirán quedarse, porque nadie sabía que su color de piel es diferente al nuestro. Las

madres están como locas.

—Ya lo he visto. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Cuál es el problema con el color de su piel?

Breixo se encogió de hombros dando a entender que él tampoco lo sabía.

—Esto es Isla de Invernía. Ya sabes cómo son las cosas aquí.

Sí, lo sabía, pero seguía sin comprender cuál era el problema. O, más bien, le molestaba saberlo y no ser capaz de explicarle a aquella panda de ignorantes que su color no la convertía en un monstruo.

Con un suspiro de fastidio, se dirigió hacia la entrada y, armándose de valor, se detuvo frente a ella y le tendió la mano ante el pasmo de los presentes.

—Bienvenida.

Ella lo miró, aunque al verlo no pareció tan sorprendida como él, lo que le confirmó lo que ya había sospechado la noche anterior: ella lo conocía.

Con una sonrisa, estrechó su mano.

—Es un poco pronto para darme la bienvenida. —Bran le hizo un gesto a la adolescente para que se esfumase—. Podríamos haber venido juntos.

Bran frunció el ceño.

—Yo era el único que desconocía el hecho de que trabajaremos juntos. —El reproche no hizo mella en la mujer, que se encogió de hombros con indiferencia—. Mantengamos las distancias a partir de ahora, ¿sí? Yo nunca me lío con mis compañeras de trabajo.

Esperaba que captase la firmeza de su decisión y lo dejase en paz, pero pronto se daría cuenta de que nada de lo que él decía afectaba a Belinda, que no solo estaba decidida a quedarse en el instituto, sino que lo quería a él también y no se detendría hasta conseguirlo.

La campaña de acoso y derribo se inició el mismo día en el que empezó a trabajar. A veces era sutil, otras veces se mostraba indiferente y otras era agresiva, forzando el contacto físico entre los dos con roces «casuales» que lo llevaban al borde de la locura. Bran tuvo que reconocer que era la reina del tira y afloja y que no se sentía del todo mal con aquello. Sus acercamientos,

junto con esa indiferencia de la que hacía gala en ocasiones, lo habían llevado a olvidar su corazón roto. De hecho, algunos días ni siquiera pensaba en Sofía y, cuando la veía, ya no se sentía nervioso o molesto por no ser él el elegido.

Aquella forma de seducirlo, sin pedir nada de forma directa, sin siquiera insinuar que quería algo con él, pero mostrándolo de forma más física, había llenado los pensamientos de Bran, que había sustituido el nombre de Sofía por el de Belinda casi sin darse cuenta.

La situación se prolongó durante dos meses, hasta que una tarde lo acorraló en la biblioteca cuando le tocaba hacer guardia a él y estaba ayudando a Lúa a colocar los libros en las estanterías. Se acercó a él sigilosa, con movimientos felinos. Él la vio venir demasiado tarde y, cuando trató de reaccionar, se vio acorralado contra la estantería. En aquel momento, no sabía si alegrarse de que ella fuese casi tan alta como él o si, por el contrario, hubiera preferido que fuese pequeñita como Sofía, porque a Belinda no podía apartarla y deshacerse de ella. Aunque tampoco estaba seguro de querer hacerlo, tal era el estado de confusión en el que lo había sumido aquella mujer.

—Deja de huir —le susurró ella al oído, lo que desató todo tipo de pensamientos lujuriosos en Bran—. Te espero a las ocho en mi casa. Estoy segura de que no has olvidado la dirección.

Lo besó en la mejilla y le guiñó un ojo antes de alejarse por el pasillo con aquel andar majestuoso tan propio de ella.

La observó unos instantes y luego sacudió la cabeza, diciéndose que no debía ir, que no iría, que no caería en sus redes. Pero, en el fondo, sabía que lo haría. Ella le gustaba, le gustaba de verdad. Le gustaba la forma en la que enfrentaba a todos, la forma en la que ignoraba los insultos racistas, su eficiencia en el trabajo, su capacidad para hablar sobre cualquier cosa y su sonrisa, esa de la que no se deshacía ni siquiera cuando los demás la trataban mal. No era atracción física lo único que la arrastraba hacia ella, aunque esta era poderosa. Recordaba bien su cuerpo, la forma en la que reaccionaba a sus caricias, a sus besos y quería disfrutarlo de nuevo. Así que no se engañó a sí



mismo diciendo que no iría y, al salir del trabajo, fue directo a una floristería y compró un enorme ramo de rosas. No iba a declarar su amor, pero quería compensarla de algún modo por sus esfuerzos.

Cuando llegó a su casa, sintió una breve satisfacción al ver su cara de sorpresa ante el ramo de flores. Fue breve, porque ella había preparado uno idéntico para él. Aunque ella sí planeaba declararle su amor, a juzgar por los adornos de su casa y el esfuerzo que había puesto en la cena. Miró a su alrededor tras aceptar las rosas y se sorprendió a sí mismo al permanecer en su lugar sin sentir deseos de huir de ella y de la situación.

—Es un poco excesivo, ¿no? —dijo ella, insegura.

Bran la miró sorprendido y negó con la cabeza con una sonrisa.

—Solo estoy tratando de asociar todo esto a la mujer segura y seductora que me acorraló hace un rato contra la estantería de la biblioteca. —Dejó el ramo sobre una silla—. Tienes un lado tierno y cursi. Me gusta.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—¿Te gusta?

—Me gusta.

—A mí me gustas tú.

—Eso también me gusta.

—¿Y yo?

Bran se echó a reír.

—Tú también me gustas.

—¿En serio? —Él asintió—. ¿Y por qué te hacías el difícil?

—Porque esa es mi especialidad.

Ella rio y se lanzó a sus brazos, donde fue recibida con un apasionado beso. Y Bran supo, sin lugar a dudas, que a partir de ese momento su mundo estaría lleno de un nombre tan exótico como aquella mujer: Belinda.

---

**Bran** es un personaje secundario de la novela El tiempo que pasé contigo.

<https://www.megustaleer.com/autor/mery-eirabella/0000954933/>

Mía Martín

## La respuesta que nadie sabe

Había subido las escaleras como una exhalación, impulsado por la rabia y, en mayor medida, por la cabezonería que había sido el motivo de la terrible situación en la que se encontraba. Cuando por fin alcanzó el pasillo, había mirado a los lados solo para comprobar que nadie hubiera sido testigo de su humillación, pero la realidad era que lo buscaba a él, con la esperanza de hallarlo aguardando el reencuentro después de tantos años. En su expresión brillaría esa mirada arrepentida y suplicante tan familiar. De esas que a él lo sumían en una vorágine de deseo, anhelo y angustia sin principio ni fin ni propósito definido. «¡Qué necia es la esperanza!», se dijo con el ánimo vencido. Caminó hasta su dormitorio con el piloto automático enchufado, la cabeza embotada con miles de pensamientos funestos. No fue consciente de haber buscado el apoyo de las paredes para avanzar, tampoco de haber metido mano en el bolsillo interior de su chaqueta hasta dar con la tarjeta con la que acceder su habitación.

Había cerrado tras él y, durante varios minutos que, tal vez, pudieron convertirse en horas, se limitó a permanecer allí, apoyado contra la puerta. Herido, absorto y con la mirada perdida.

—Por favor, Edward, abre. —Se quedó petrificado cuando escuchó su voz susurrándole desde el pasillo—. Si no quieres, no me dejes pasar, pero al menos, déjame ver que estás bien. Por favor —Stéfano hizo una pausa y lo

sentenció—, Eddie.

—Estoy bien.

Cómo logró modular para que las palabras que salieron de su boca fluyeran con tal naturalidad era algo que no se podía explicar.

—¿No vas a abrirme?

«No, no voy a abrirte, y quiero hacerlo, no hay nada que haya deseado más en toda mi vida que abrirte esta maldita puerta, que abrirte cada una de las puertas, pero tú no haces más que cerrarlas para dejarme fuera».

—Por ahora no —pronunció con intención, movido por el rencor.

Edward Savage aguzó el oído esperando escuchar sus pisadas alejándose; en cambio, Stéfano estaba acomodándose al otro lado de la puerta, ¿se había sentado sobre el suelo alfombrado? No lo creía. Giró sobre sus pies y se quedó mirando la puerta con cara de pasmo.

—Pues ahora que disponemos de un tiempo, —lo extrajo de sus pensamientos la voz de Stéfano—, en lo que te decides a abrir esa puerta o mandarme al carajo, te voy a contar una historia, si me lo permites.

Edward apoyó las palmas abiertas sobre la madera como buscando apoyo o por la tozuda necesidad de mantenerse cerca de él. Contenía el aliento y no se veía capacitado de elaborar una réplica a la altura de lo que Stéfano estaba acostumbrado. Se consideraba un hombre convincente, incluso en sus mejores días, bastante elocuente, pero las palabras no acudían a su auxilio. Stéfano Pieragi conseguía eso de él. Dejarlo mudo y sin recursos.

—Érase una vez un príncipe —comenzó Pieragi como si tal cosa— que poseía todo cuanto se podía desear, salud, una familia amorosa que llenaba sus días de dichas sin fin y numerosas propiedades inmobiliarias a lo largo y ancho del reino. En realidad —meditó el italiano en voz alta—, los hermanos Grimm nunca lo mencionaron en los suyos, pero el príncipe de mi cuento tenía muchas propiedades.

»Mas, un aciago día, nuestro príncipe descubrió que su sentir era diferente de cuantos hombres habitaban en sus tierras, pues había conocido a uno sabio

y dulce que reunió el coraje suficiente para trepar hasta la torre donde vivía nuestro rey. Allí descubrió los tesoros escondidos. Sin remedio, el monarca perdió su corazón. Se enamoró perdidamente y fue amado por él como nadie lo había amado antes. El único ser sobre la faz de la Tierra que lo comprendía; cada oscuro y recóndito paraje de su ser, cada secreto que yacía inveterado a su esencia más íntima, todo le entregó, sin embargo, el príncipe temeroso de que cualquiera pudiera descubrir la fuente de su luz, cada vez más expansiva, decidió volver a las sombras; a salvo en la oscuridad, donde podía existir sin mayores preocupaciones, y de este modo, se recluyó en su torre y desterró al amor de su vida.

»Terminó lastimando a aquel a quien amaba por encima de todas las cosas y así pasaron los años, solo en su prisión, triste y cada vez más desesperado. ¿Sería capaz su hombre sabio de retornar de su exilio, escalar y derribar la puerta? ¿Volvería a ser amado? Se preguntaba constantemente...

Savage comprendió que lloraba cuando sintió mojarse la tela de su camisa.

—Quiero abrirte la puerta —murmuró Edward en un hilo de voz, con la frente apoyada contra la madera, vencido—, sabes que siempre lo he deseado...

—Pero ignoraba que el deseo es una pregunta...

—¿Cómo? —Elevó la cabeza sin comprender, se limpió los ojos—. No te entiendo.

—Oh, es solo un poema. «Porque ignoraba que el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe, una hoja cuya rama no existe, un mundo cuyo cielo no existe. Porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe».

—Los placeres prohibidos —explicó de forma innecesaria Savage. No podía creerlo. ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Stéfano se le estaba declarando?—. Al final lo leíste.

—Me lo recomendó un hombre sabio y dulce que un día irrumpió en mi reino armado con una sonrisa y un libro de poemas. Trepó hasta la torre y se robó mi alma. He venido porque veo justo que, ahora, sea el rey quien derribe los

muros y exija la compensación de su corazón.

La puerta se abrió. Pieragi aguardaba de pie, a pocos pasos. Se contemplaron en silencio, sobrecogidos, expectantes.

—Lo que viste abajo —habló Stéfano cuando estuvo seguro de que la voz le saldría, y se refería a la escena que Edward había presenciado y propiciado toda esa absurda situación— no es lo que parece. Y sí —se echó a reír y se pasó la mano por el cabello liso y negro, un gesto que delataba su nerviosismo—, es la frase más cliché del mundo. Lo siento, solo quería hacerte reaccionar.

A Edward le gustó descubrir esa expresión vacilante en él, más que eso, lo enternecía y también le envanecía que hubiera montado todo ese numerito del amante solícito para provocarlo.

—Lo conseguiste —corroboró con una sonrisa.

¿Puede un corazón encogerse y expandirse al mismo tiempo y por la misma causa?

—Me alegro de ello. —Le sonreía—. Tiempos desesperados exigen medidas desesperadas.

—Eres imbécil.

—Nunca lo he negado. —El muy descarado se encogió de hombros—. Estoy divorciado, por cierto.

—No sé qué pretendes que responda a eso. —Savage seguía mirándolo sin poder creer, sin ser capaz de aceptar—. ¿Me alegro?

—Puedes alegrarte, sí. Y mis hijos quieren conocerte.

Aquello sí logró dejarlo sin argumentos, sin fuerzas con las que mantener las distancias.

—No estás jugando limpio —claudicó—. Se trataba de escalar la torre, no de tirarla abajo.

Savage no salía de su asombro, no lograba conciliar esta actitud de Stéfano; seguro de sí mismo, bromista, cuando en el pasado siempre se había mostrado comedido y escurridizo.

—No escuchaste lo que dije sobre las medidas desesperadas. Creí que había

quedado claro. Las torres ya no existen, Edward —y mientras le explicaba lo que para él constituía un auténtico milagro, percibía cómo sus cuerpos se iban acercando, un poquito más cada vez. Stéfano lo contemplaba con una dulzura que lo hendía hasta el punto de provocarle temblores por todo el cuerpo—. Los pequeños pasan bastante de todo, solo les interesan los videojuegos, pero el mayor está entusiasmado, se ha comprado una camiseta que dice: «*I can't even think straight*», y exige que vayamos todos juntos al orgullo este año.

—¿Bromeas?

—Ven aquí, maldita sea, ¡cómo voy a bromear con esto! —Antes de terminar la frase había tirado de él y lo estrujaba con todas sus fuerzas. Edward hundió la cabeza en el pecho masculino y aspiró el aroma único de ese hombre. Dios santo, se había resignado a que jamás volvería a tenerlo así. Sus manos treparon por su espalda con desesperación hasta alcanzarle los omóplatos.

—Creo que estoy en *shock* —logró murmurar empecinado en mantenerse alejado de su mirada tierna.

—Yo no lo creo, mi amor, lo afirmo. Estás en *shock*. ¿Podemos entrar y cerrar la puerta antes de que todo el mundo en este hotel nos vea dándonos el lote en mitad del pasillo?

A su pesar, Savage soltó una risotada que se escuchó amortiguada porque seguía muy cómodo aferrado a Stéfano, con la nariz incrustada en su chaqueta de cuero.

—Oh, en estos momentos —le replicó Edward con ánimo juguetón—, deseo que todo el mundo del hotel nos vea dándonos el lote en mitad del pasillo.

—Pues que así sea.

Edward apretó los puños que descansaban sobre la espalda de Stéfano y tragó saliva. Una emoción cálida se abría paso desde su corazón hasta estancarse en su garganta, lo que le formaba bola. Las lágrimas le nublaron la vista. Nadie, salvo él, podía comprender las implicaciones que, para alguien como Stéfano Pieragi, encerraba esa frase: «Pues que así sea». Alzó la vista, sus ojos se toparon con el pin en forma de corazón, que decoraba su chaqueta;

la celebración que había ocasionado que volvieran a verse. La fiesta por San Valentín que había organizado un amigo en común. Pieragi siguió la dirección de su mirada y le dedicó una sonrisa cómplice.

—Por cierto, feliz día de San Valentín, mi príncipe, amor de mi vida — susurró Stéfano con la voz congestionada antes de buscarle los labios.

Edward olvidó todo. No pensaba y tampoco sabía ya en qué día de qué año se encontraban ni la gente que esperaba por él y por el brindis que había prometido, solo entendía de las ganas que se le acumulaban en la entrepierna, del deseo inmisericorde que se abría paso a través de sus venas y lo impelía a buscarlo, a sujetar con sus manos su nuca, a tirar de sus caderas para fundirse con él, porque el deseo es una pregunta que solo aquel que ama es capaz de responder.

---

Puedes encontrar más sobre **Edward Savage** en *Y dónde tú seas, yo seré*, segunda parte de la **trilogía** Samsarí.

<https://www.megustaleer.com/autor/ma-martn/0000958263/>

<https://m.facebook.com/miamartin.autora/>

Mile Bluett  
Ángel guardián

*La Habana, Cuba*  
*Abril de 1860*

Faltaban tres días para San Valentín, el taller de madame Fourneau en la calle Obispo tenía tantas órdenes como señoritas casaderas buscando un «Valentín» para custodiarlas y enaltecerlas a la lo largo de un año. Era una época de mucho trabajo porque las familias que querían conseguir un buen matrimonio para sus hijas, no dejaban escapar la oportunidad y ordenaban diseños exquisitos. Perla, la mulata de veinte años, que laboraba como asistente para la modista francesa, estaba tan ocupada que ni tiempo le quedaba para pensar si algún día esa fecha significaría más que esfuerzo para ella. Fue avisada por otra empleada que un cliente la requería, era consciente de cuánto las damas solicitaban sus servicios y cuán valoradas eran sus manos por su patrona. Salió presurosa.

Al encontrar a Matías, el mulato joven de buen ver que servía a los Morell, se le paralizó el corazón, para luego soltarse desbocado bombeando sangre de manera implacable a toda su anatomía. Respiró hondo para calmar los temblores que la invadían siempre que lo tenía en frente y se acercó con discreción. Pensó que lo habían enviado con alguna misiva, aunque para esos menesteres solían mandar a una esclava.

—¿Todo bien en la casaquinta? —inquirió Perlita. Los Morell habían sido



sus dueños, gracias a ellos era libre y gozaba de otras bondades.

—No vengo porque los señores tengan un encargo para ti. ¿Acaso no puedo visitarte?

—No. Menos en horas de trabajo.

—Vine a traerte una invitación para una fiesta en honor a San Valentín que realizará doña Santa —dijo para referirse a una amiga en común que gozaba del respeto de ambos—. Me ha pedido que las distribuya mientras ella se ocupa de preparar el banquete.

—E imagino que no necesitaste mucho impulso —sostuvo tomando la tarjeta. El mulato mostró una sonrisa franca que dio fe de lo entusiasmado que estaba—. No prometo asistir, esa noche suelo terminar tan cansada que lo único que me apetece es dormir.

—Santa solicita tu presencia, sabes cuánto te aprecia. También la implora este humilde servidor.

—¡Mulato, zalamero! ¡No te he dado tanta confianza para que me hables así!

—Perdóname, Perlita —musitó aguantando las ganas de reírse que amenazaban con explotar en una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso?

—Mi amigo me aseguró que pierdo mi tiempo, que debía esforzarme más para conseguir tu atención.

—¿Cuál de los dos, el noble de alma turbia o el mulato de ojos verdes que es la perdición para cada dama que valore su decencia? No me contestes, ninguno es buena compañía. Dile a doña Santa que lo lamento, no acostumbro ir a festejos donde han invitado a mulatos pretenciosos.

Se despidió de Matías con un mohín de suficiencia y volvió al trasfondo del taller. Aún sentía sus frenéticos latidos dando tumbos, pero sabía que no podía permitírselo, que él tenía fama de cascos ligeros y que ella tenía los pies bien plantados sobre la tierra, nada la iba a distraer de su objetivo.

Perla había sido liberada a los dieciocho años, a petición de su señora, de quien se había vuelto más que una sirvienta fiel, una amiga. En

agradecimiento, la noble dama intercedió para que su dueño le entregara la carta de libertad, la impulsó para que persiguiera su sueño de aprender costura y la ayudó para colocarse al servicio remunerado de la dueña del atelier.

No podía quejarse por estar rodeada de brocados, encajes, sedas y por tener los dedos agujereados por las prisas, que le hacían olvidar las bondades del dedal. Su ahínco se veía recompensado cuando madame Fourneau la miraba satisfecha tras cerciorarse de la finura de cada puntada y la elegancia de los tejidos seleccionados. Entonces suspiraba y se decía que, a futuro, iba a tener su propio negocio de confección y que la barrera de la raza no la detendría.

Recordó que, hacía años, cuando sirvió a la familia del marqués de Morell de Santa Ana, doña Prudencia, la abuela de las señoritas de la casaquinta, dio una disertación sobre lo que su memoria atesoró del evento, incluso mencionó que aquel inolvidable momento fue recogido en las páginas del *Diario de La Habana*. La señora, quien era dotada en todas las tradiciones de la alta sociedad habanera, les expuso, luego de hacer alusión al santo de igual nombre, que el 14 de febrero de 1841, en el teatro Tacón Contreras, se estrenó la contradanza de Tomás Buelta y Flores denominada *La Valentina*. Perla había cerrado los ojos para imaginarlo, porque los esclavos no disfrutaban de esos espectáculos. Doña Prudencia les narró que la costumbre venía de Escocia, y que las señoritas elegían al primer caballero que veían al levantarse para que las honrara durante todo un año, incluso en los bailes que transcurrieran durante ese término.

A Perla siempre le había hecho ilusión, secretamente, tener su propio Valentín. Y aunque había sido testigo de las penas que causa el frenesí a un corazón enamorado, comenzaba a sentirse sola y a echar de menos al mulato liberto, que solía ser un incordio, pero que tenía una extraordinaria habilidad para hacerla reír.

—Bendito 14 de febrero —murmuró madame Fourneau con su acento marcado mientras revisaba las cuentas—. Nuestras arcas se llenan.

—Agradézcale a la Comisión de Festejos de la Real Casa de Beneficencia

de Cuba que, no contenta con todas las recepciones rimbombantes, adoptó esta costumbre —contestó Perla sin romper la parsimonia del afán con el que se empeñaba por cumplir con los pedidos.

—Tan elocuente e informada como de costumbre.

—Gracias a que los antiguos amos me hacían escuchar las lecciones que recibía mi niña, con tal de que le sirviera en todo momento. No crea que introdujeron esa usanza por cuestiones culturales, lo hicieron para seguir la diversión, que el habanero de alta cuna adora darle regocijo al cuerpo.

—Y yo lo veo excelente, hay que entretenerse y más cuando se es joven. Por eso eché raíces en esta isla, porque tiene un espíritu alegre. Tú, en cambio, solo trabajas. Otras jovencitas ahora estarían escogiendo un vestido y un galán para las festividades. Ya tienes veinte años, Perlita, y no conozco a ningún joven que te haga la corte.

—¿A mí? ¿Cómo cree, señora? Los de mi condición no tenemos tiempo para eso.

—Ya no eres una esclava y no debes obediencia a ningún amo. Para abrirte paso en la vida has tenido visión, parte de buscar la felicidad también es darle alimento al alma y qué mejor que el amor. Vamos, necesito que te pruebes el vestido rosa que es mi especial creación y que aún no termino.

Perla ofreció una tímida sonrisa y luego hizo una señal de fastidio para dar a entender que en sus planes no estaba el cortejo. Ni siquiera con Matías que seguía procurándola y a quien le había parado los pies en más de una ocasión. Solícita como era, acudió a probarse el vestido, gracias a Dios su cuerpo era joven y esbelto, y madame solía usarla de modelo en reiteradas ocasiones, lo que le generaba un ingreso extra que no le venía mal.

Con el vestido puesto y observando a la modista con un alfiler en la boca, mientras medía aquí y achicaba allá, seguía pensando en la visita recibida. Matías era la mano derecha de su antiguo amo, vivaracho, de piel canela, sonrisa blanquísima y corazón benévolo; pero, aunque gozaba del respeto de conocidos en común, no olvidaba que era fiestero y que le precedían las

historias de sus correrías.

El día de San Valentín madrugó y se alistó para el trabajo. Aún desperezándose, abrió la puerta y casi se estrella contra unos ojos negros como azabaches que le sonreían:

—Matías, casi me matas del susto —le reclamó.

—Doña Santa que no acepta una negativa por respuesta y me ha enviado a persuadirte.

—Sería más convincente que lo hiciera ella en persona.

Volvió a negarse y dejó de perderse en sus encantos, en sus musculosos brazos y sus voluptuosos labios. Corrió al taller a terminar su quehacer antes que las prisas la abrumaran. Madame Georgette ya la esperaba junto a otros sirvientes que parecían hormigas locas. Perlita tomó el vestido de los holanes rosas y, con este en brazos, se acercó a la patrona:

—¿Y la señorita de este vestido no vendrá a probárselo?

—Es un regalo, envuélvelo con esmero que ya sale para su destino.

Así lo hizo y continuó trabajando hasta el atardecer. Solo podía pensar en que Matías era el primer hombre que había visto esa mañana. Le dolían los músculos, desfallecía de hambre y sueño, así que declinó la oferta y fue directo a darse un baño, para luego meterse a la mullida cama; pero no pudo, un paquete enorme se lo impedía, tomó la nota que venía sujeta con el delicado listón y leyó lo escrito por la hermana de su antigua amita:

*Tú has sido un hada madrina para las jóvenes Morell, hoy es mi turno de devolverte el favor. Sal a brillar y busca tu Valentín.*

*Úrsula*

Se sentía una princesa entre los holanes rosados, caminó temblorosa hacia la salida con los rizos seductores rebotándole con gracia. Cuando la puerta estuvo abierta de par en par, vio un quitrín despampanante aguardándola. El calesero, con una sonrisa reluciente y sin develar detalles, la condujo a la fiesta de doña Santa.

Entró a la velada temblorosa y emocionada a la vez, fue recibida con cariño por los anfitriones, pero no fue hasta que divisó a Matías, que le tendía la mano para escoltarla al salón de baile, que su corazón hizo implosión hasta el punto de desbordarse.

—Finalmente llegaste —le dijo angustiada, había temido su rechazo una vez más.

—¿Has movilizadado a un ejército para convencerme de venir?

—Es una pequeña muestra de lo que estoy dispuesto a enfrentarme por tu amor —reveló clavándole su intensa mirada.

—No sigas, por favor. —Quería alejar esos sentimientos que se enraizaban en su alma.

—Quiero ser tu ángel guardián, no solo el próximo año, te quiero para toda la vida.

Aceptó su mano y cuando sus pieles hicieron contacto, dejó de negar cuánto lo quería.

---

Los personajes son secundarios de la **serie** Amor Amor.

<https://web.facebook.com/milebluett/>

Mimi Romanz

## Cupido, préstame una flecha

—**P**ero ¿qué? —exclamé cuando, en medio de la conversación que mantenía con mi amigo Charles, este se levantó apresuradamente y me dejó con la palabra en la boca. Lo seguí con la mirada para descubrir que corría tras la joven a la que le había echado el ojo desde hacía unos meses y con la que no había podido establecer ningún tipo de relación aún.

—¡Alice! Alice, detente —escuché que la llamaba, pero ella no le hacía caso y se alejaba tan rápido como podía. Me acerqué a la entrada y pude verla subir al autobús que parecía haber estado esperándola y que Charles no alcanzó.

Lo oí maldecir, se notaba en él la frustración que el hecho le había producido. Lo esperé y le palmeé la espalda cuando pasó por mi lado, en un gesto de fraternidad y comprensión, aunque yo estaba más perdido que él en ese último sentido. Volvimos a sentarnos a la mesa que habíamos ocupado. Charles se dejó caer en la silla, apoyó los codos sobre la mesa y encajó la frente en la concavidad de sus palmas a la vez que negaba con la cabeza.

—No comprendo por qué me evita, por qué se niega a dejarme entrar en su vida. ¿No soy demasiado obvio? ¿No le demostré, acaso, que muero por ella? ¿Qué estoy haciendo mal, John?

¿Qué estaba haciendo mal? ¿Yo debía responderle? Lo dudaba. En esas lides, no podía darle consejo alguno, estaba más que demostrado que lo mío

no era ayudar en temas del amor, pues no hacía mucho que mi corazón había sufrido la pérdida de la mujer a la que había creído mi alma gemela. Dejar ir a Patricia no fue para nada fácil, pero sabía que debía hacerlo, ella era un alma libre, independiente, sin ataduras. Y quedarse a mi lado hubiera sido cortarle las alas. Lo entendía, sin embargo, aceptarlo había sido la parte más difícil de transitar.

—Ojalá pudiera decirte algo que te reconfortara, amigo, pero no puedo. Yo tampoco lo entiendo —expuse.

Charles tiró hacia atrás el cuerpo y cruzó los brazos sobre el estómago. Me daba pena verlo en ese estado, pues su sonrisa cautivadora, esa con la que lograba conquistar a algunas mujeres, se había desvanecido de su rostro. Realmente, la situación con Alice lo estaba desquiciando, y reconozco que no se debía al hecho de que ella no le prestara atención. Mi amigo no era de esos hombres que todo cuanto querían, lo tenían; tampoco de los del tipo que se encaprichaban con aquella ante las cuales parecía pasar desapercibido. Nada tenía que ver el haber sido criado en una familia de buen pasar o que se moviera como uno más en el mundo aristocrático al que yo sí pertenecía. No. Charles tenía el corazón más noble que existiera. Era bondadoso, amigable, con un don de gente envidiable.

—Quizás sea mejor que me olvide de ella —dijo abatido.

—O que le pidas a Cupido una de sus flechas —bromeé dada la fecha cercana a San Valentín, pero él solo me hizo un gesto de indiferencia con los hombros, agarró sus pertenencias y me dejó solo. Me quedé mirándolo alejarse, tratando de encontrar un indicio que me llevara a descubrir cómo poder ayudarlo. Y lo hallé en la conversación que mantenían dos jóvenes que se cruzaron delante de mí cuando tomé el camino hacia el estacionamiento. La razón me decía que no debía inmiscuirme en pláticas ajenas, pero el oír el nombre de Alice en sus palabras hizo que me desviara de mi rumbo y que las siguiera a una distancia prudencial.

—Es entendible, Brit, son ella, su madre, cuya salud es pésima, y el pequeño

Christopher. Es lógico que salga corriendo de su trabajo aquí para llegar al otro que tiene. Los tiempos son demasiados justos para ella y tampoco puede estar despilfarrando el dinero.

«¿Pésima salud? ¿Dos trabajos?», me pregunté.

—Tienes razón, Tess. Yo no sé si hubiera podido hacerme cargo de mi familia estando en su lugar.

«Creo que estoy empezando a entender algunas cosas», cavilé.

—Yo tampoco. Además, no somos como muchos de los ricachones que estudian aquí, que no tienen que trabajar para pagarse el estudio.

«¡Auch! Eso dolió».

—No te quejes tanto, Brittany, que tampoco la pasamos mal.

—Es cierto.

Las escuché reír, y yo me detuve y las observé alejarse. Ya tenía una pista que seguir, así que regresé a la universidad y utilicé la influencia de mi apellido para obtener la información que necesitaba.

A las seis de la tarde, y tras persuadir a un abatido Charles para que me acompañara, entramos al *pub* donde trabajaba Alice.

—¿Qué hacemos aquí, John? No estoy de humor para beber en público, prefiero hacerlo en la soledad mi habitación.

—Solo es una salida como cualquier otra —le dije—. Vamos, allí hay una mesa libre —agregué, y lo empujé para que avanzara.

Cuando Alice se percató de nuestra presencia (no así mi amigo de la de ella), intentó persuadirnos, pero la seña que le hice con la mano y la mirada que le dirigió el cantinero fueron alicientes suficientes para que se acercara.

—¿Qué les sirvo? —nos preguntó como lo que era: una mesera, sin dar signos de conocernos a ambos.

La reacción de Charles fue automática: levantó la cabeza y los ojos se le iluminaron. No obstante, no dijo ni una palabra y tan solo se la quedó mirando.

—¿Qué van a servirse? —repitió.

Pude notar en ella cierta confusión. Admito que no fui del todo sincero con



la señora Stevens, pero tan solo le había dicho una mentira piadosa para poder llegar hasta su hija, y, la verdad, la mujer fue muy amable al atenderme y contarme dónde podía encontrarla. Allí también fue cuando até cabos y creí entender la posición de la chica. Charles, como bien dije, era un buen hombre, pero podía ser inalcanzable según de dónde se lo mirara.

Confirmé mis suposiciones cuando vi en Alice un atisbo de vergüenza y nerviosismo. Ya no tenía dudas, así que hice lo que era mejor para ambos: los dejé solos, pero no sin antes acercarme a ella y susurrarle sin que Charles pudiera oírme:

—Vales más que cualquier chica de buena cuna. Dale una oportunidad para que te conozca, él sabrá valorar todos tus esfuerzos. —Y me fui.

Supe que la había dejado sorprendida, pero creo que más lo hice con Charles, pues casi en la puerta, me di vuelta para saber si mis palabras habían hecho efecto en ella, mas me encontré con que mi amigo seguía en la misma posición. Llevé la palma a la frente y negué con la cabeza a la vez que reía. ¿Dónde había quedado todo su poder de seducción y conquista, ese que, en vano, había usado para querer cautivar a Alice?

—Déjate llevar, Charles —le grité, y eso hizo que reaccionara. Me sonrió complacido y volvió la vista a la mujer que lo traía loco.

Le correspondí, suspiré y dejé el *pub* con la esperanza de que, algún día, yo también pudiera encontrar el amor como lo habían hecho ellos dos.

---

**Alice y Charles** son personajes secundarios en la novela 100% Love.

<https://www.megustaleer.com/libros/100-love/MES-101446>

<https://www.facebook.com/mimiromanz>

## Mina Vera

### Desde ese preciso momento

**H**abía una larga cola en la puerta del Musik. Carla, Martina y Claudia, amigas desde el instituto, habían quedado para ir a bailar a su *pub* preferido de Valencia. Sin embargo, se habían encontrado con que esa noche había una actuación en directo de un grupo de *rock*: Sombra Añil.

—Aún estamos a tiempo de irnos. —Martina refunfuñó mientras se atusaba su larguísima cabellera—. Con ese nombre tan lúgubre, seguro que su música no lo es menos. Justo lo que me faltaba para olvidarme de que es San Valentín y, otro año más, estoy sin pareja.

—Pero estás con nosotras —aportó Claudia y le dio un beso en la mejilla. Acto seguido, Carla le dio otro, lo que la hizo reír.

—Tú estás hoy aquí porque tu novio trabaja —adujo a pesar de las muestras de afecto—. Si no, estarías de cena romántica, como el resto de las chicas. Solo Carla y yo somos almas solitarias.

—No será por falta de oportunidades —apuntó Claudia.

Sus amigas eran encantadoras, inteligentes y divertidas.

Martina era una belleza, en cuerpo y alma, aunque de carácter voluble. Había sido modelo, pero lo había dejado para dedicarse a diseñar su propia ropa.

Carla era la más responsable de todas ellas. Huérfana desde la adolescencia, había crecido junto a su hermano mayor y se había visto obligada a ser adulta

antes de tiempo, cosa que se contradecía con su rostro aniñado.

Claudia sabía que tenía una vida menos complicada que las de ellas, tranquila y sin sobresaltos. Además, había tenido la fortuna de conocer a su media naranja en el instituto. Por el contrario, sus amigas aún no se habían enamorado nunca. No de verdad.

—Tampoco voy a estar con alguien que no me guste lo suficiente por no estar sola.

—Lo mismo digo. —Ambas amigas chocaron sus manos—. Con dos relaciones truncadas he cubierto mi cupo. En la siguiente tendré mucho más cuidado. Iré poco a poco —declaró muy convencida Carla, un segundo antes de dar el primer paso en el abarrotado local y sentir la vibración de las notas de un *rock* potente y muy interesante.

Grandes focos iluminaban el escenario que ocupaban cuatro hombres de unos veinticinco años.

Carla tardó un par de segundos en obviar a los otros tres miembros de la banda. El joven que tocaba el bajo captó su atención de inmediato. Poseía tanta fuerza en sus movimientos, tanta concentración en su expresión, que la atrapó como una única luz en la oscuridad atrae a una incauta polilla. Y como tal, se quedó prendada de la majestuosidad de lo que tenía ante ella, cada palabra pronunciada acompañando a la melodía, cada nota punteada en el instrumento que acariciaba, cada movimiento danzado fusionando al hombre y al bajo, creando una obra de arte viviente.

Álex tomó todo el aire que pudo para entonar la última estrofa del cuarto tema de la noche. Empezaba a faltarle el aliento. Pero era vital que acompañara a Izan, el vocalista, en la recta final de la canción. La combinación de sus voces aportaba un valor añadido a lo que las palabras y la melodía iban a transmitir.

Los aplausos corroboraron esta idea y lo llenaron de una satisfactoria sensación de trabajo bien hecho. Se soltó otro botón de su camisa para secar

con una toalla el sudor que perlaba su piel además de su cabello oscuro. Dio un largo trago a su cerveza y se dispuso a comenzar con las primeras notas del quinto tema de esa noche, el último antes de un merecido descanso.

Al alzar la vista hacia la audiencia, lo sintió. Un fuerte empujón, como si una cuerda lo rodeara por el pecho y lo oprimiera, tirando de él en una dirección muy concreta: la que llevaba hasta unos ojos azules que estaban clavados en él.

No lo pensó. Sencillamente, las notas surgieron como de la nada mientras recorría con la mirada el pálido rostro enmarcado por una corta melena castaña de una mujer que le comunicaba mil verdades con su mera presencia.

El bullicio del *pub* se tornó silencio, solo la suave y genuina melodía se dejaba escuchar mientras dos miradas permanecían entrelazadas.

—¿Qué haces, Alex? —pudo oír este en un susurro.

La voz de Izan lo trajo de golpe a la realidad. Con un giro maestro —el cual solo su banda pudo reconocer como un cambio de tema— Alex dio paso a la única balada que había sido seleccionada ese día. Y aunque la habían reservado como penúltimo tema, los hombres siguieron a su líder y terminaron el primer pase con una romántica balada *rockera* que dejó al público con ganas de más.

Ya sin focos que los alumbraran, se desprendieron de sus instrumentos e hicieron un conspiratorio círculo alrededor de Alex.

—¿Qué ha sido eso, tío?

—Como tema nuevo, es una pasada, pero podrías habernos avisado.

—¿Se puede saber adónde vas?

El joven se giró hacia sus amigos antes de dar un salto y bajar del escenario.

—A encontrar a la musa de ese nuevo tema —aclaró con determinación.

—¡Vamos, chicas! —exclamó Claudia—. Consigamos una mesa antes de que se llenen todas.

Carla ni la oyó, solo sintió cómo la arrastraban de un brazo y se dejó caer

contra el asiento.

—Voy a por las bebidas —indicó Martina—. ¿Cerveza?

—Vale. Pero antes voy al baño —avisó Claudia.

Antes de que Carla fuera capaz de reaccionar, estaba sola. Sin embargo, una voz masculina la hizo dar un respingo.

—Hola.

La joven alzó la vista. Y lo vio, allí, sentado frente a ella, mirándola con curiosidad y... algo más.

—Hola.

Ambos sonrieron tras los saludos y un prolongado silencio que parecían retarse a romper.

—¿Te está gustando la actuación? —intervino él, cediendo finalmente.

—Sí, mucho. Pero precisamente porque no es una actuación. Al menos, no es lo que te he visto hacer a ti.

—¿Y qué me has visto hacer?

—Disfrutar. Divertirte. Sentir hasta los huesos cada nota que tocabas. —Las cejas de él se alzaron en marcados arcos y una sonrisa retorcida dibujó una *sexy* mueca en su rostro. A Carla se le secó un poco la boca—. Si hubiera tenido mi cámara aquí, te habría podido enseñar lo que te digo con una imagen. Con el móvil y esta escasa luz, solo he podido hacer esto.

Buscó la mejor de las fotos que había tomado y se la mostró. Álex se rio de sí mismo. Sí que se lo veía entregado.

—Podría ponerla en el cartel de nuestra próxima «no actuación».

—Claro. ¿Te dedicas a esto a tiempo completo? Vale, ya lo imaginaba —se respondió a sí misma cuando él hizo otro de aquellos gestos tan marcados con una de sus cejas—. Yo tampoco me dedico a la fotografía más que como un *hobby*. Realmente estudio informática.

—Ya tenemos algo en común.

—¿Estudias...?

—Estudí —la cortó—. Ahora trabajo como programador.

—Yo quiero diseñar páginas web. Ya he empezado con la del negocio de reformas de mi hermano, Juan. Creo que no me está quedando nada mal.

—Seguro que está mejor que bien —aseveró muy convencido antes de estirar la mano sobre la mesa para ofrecérsela—. Hola, hermana de Juan, estudiante de informática y aficionada a la fotografía. Yo soy Álex. Programador de profesión. Músico de alma —añadió con una sonrisilla encantadora—. Bajista, compositor y letrista de Sombra Añil.

La electricidad chispeó entre ambos en cuanto sus manos se estrecharon.

—Sabía que la letra tenía que ser tuya, se nota que crees cada palabra, aunque solo cantes como coro —logró exponer ella—. Soy Carla.

Él no le soltó la mano cuando ella amagó con apartarla tras varios segundos.

—Me gusta componer, y ciertas estrofas requieren del énfasis de más de una voz. Pero la mía no es lo bastante buena como para ser el vocalista principal.

—Lo compensas con unas manos magníficas.

Iba a ser solo un pensamiento, pero acabó siendo verbalizado como una confesión. Él le correspondió con otra verdad que no quiso ocultar.

—Nunca me había pasado, hasta hoy. —La miró tan profundamente que Carla se sintió enrojecer—. He comenzado a componer una canción en vivo, solo unos acordes, pero la base de una muy buena melodía que bulle en mi cabeza mientras hablamos. Mientras te miro. —Su mirada castaña brilló en la oscuridad—. Nunca había visto ojos de un azul así, tan... como de otro mundo.

Carla parpadeó. Ahora sí que debía de estar sonrojada de verdad.

—Será mejor que mejore mi poesía si quiero que la canción sea buena —se reprochó con humor.

—A mí me ha gustado bastante —admitió sin dobleces.

La mano atrapada pugnó por moverse de su tortuosa prisión. Él la deslizó hasta entrelazar sus dedos con los de ella. La sensación fue poderosa y mágica.

—¿Tú también lo sientes? —se decidió a preguntarle, pero ella no tuvo

tiempo de responder.

—Hola. —La voz de Martina sonó algo amenazante, ya que un desconocido invadía el espacio personal de su amiga, al sostenerle una mano de forma peculiar.

—Chicas, este es Álex, es miembro del grupo —se apresuró a presentarles Carla—. Ellas son Claudia y Martina.

—Encantado. —Estrechó las manos de sus amigas. Según lo hacía, una magnífica idea cruzó su mente—. Después del concierto pensábamos ir a cenar al Rivers. No está lejos de aquí y hacen unas hamburguesas de muerte. ¿Os apuntáis?

Martina y Claudia enmudecieron, pero los ojos abiertos como platos de su amiga les indicaron cuál debía ser la respuesta.

—Claro.

—Sí, ¿por qué no?

—Estupendo. —Álex miró a Carla esperando otro sí por su parte. Al verla algo paralizada, decidió asegurar sus cartas. Tomó uno de los tres vasos que acababan de apoyar sobre la mesa y se bebió la mitad de un solo trago—. Ahora te debo una cerveza. Nos vemos.

Mientras se alejaba, sin dejar de mirarla, Carla tuvo una de las mayores revelaciones de su vida.

—Chicas... No me pidáis que os explique cómo lo sé, pero lo sé. —Observó con una sonrisa la expresión de desconcierto de ambas, justo antes de que sus últimas palabras las dejaran boquiabiertas—. Ese es el hombre con el que me casaré.

---

Este relato narra cómo se conocen **Carla y Álex**, los personajes secundarios más importantes de Nuestro momento.

<https://www.megustaleer.com/libros/nuestro-momento/MES-106267>

<https://www.facebook.com/minavera.escritora>

Nieves Hidalgo

Eres mi destino

—¿Se encuentra bien, milady?

Florentina Watson, al escuchar la voz a su espalda, se secó las lágrimas de un manotazo, recompuso el gesto y se volvió con una sonrisa en los labios. Los ojos de Vincent Chambers tenían un brillo especial aquella noche. No era de extrañar, lo había visto flirteando descaradamente con Withelmina Sanders, la heredera del marqués de Sans. Con seguridad, le habría robado algún beso; por lo que decían las malas lenguas, era especialista en conseguir lo que quería de las damas. Aborreció a Withelmina. Pero su inquina desapareció al instante; no podía culparla porque el único infractor era el hombre al que tenía delante. Y estar enamorada de aquel condenado libertino, con el que no tenía posibilidad alguna, la estaba matando.

—Perfectamente, milord.

—Pues tienes los ojos rojos —tuteó él a la vez que adelantaba la mano, con claras intenciones de acariciar su rostro.

Ella se retiró a tiempo, lo que impidió que la tocara. Sabía que si lo hacía, se derrumbaría. Se había pasado buena parte de la noche escondiéndose de él, maldiciendo la hora en que se dejó arrastrar por sus padres a la fiesta. Claro que, no se podía rechazar una invitación del hermano mayor de Vincent, el duque a Hatfield. A su padre le faltó poco para ponerse a dar saltos cuando recibieron la invitación, porque estar a bien con Conrad Chambers significaba



situarse entre la flor y nata de Londres.

—Si me disculpa, lord Tollwer...

A él le fastidió mucho que lo llamara por su título, lo que cortaba de raíz cualquier acercamiento. Antes de que ella pudiera dar dos pasos, la tomó del brazo y la condujo al exterior. Un instante después, se encontraban detrás de los altos aligustres, a salvo de cualquier mirada indiscreta.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Cómo te atreves! Suéltame ahora mismo, Vincent, o me pongo a gritar.

—¿Tú, montando un escándalo? ¿A quién quieres engañar?

—Podría hacerlo —respondió altanera.

—Repito: ¿a quién quieres engañar, princesa? Ambos sabemos que antes te dejarías cortar la cabeza que dar que hablar a esa pandilla de cotillas que hay dentro.

Florentina agachó la mirada. Reconocía que era cierto lo que decía. Siempre fue una muchacha algo apocada que seguía al pie de la letra las normas impuestas por la sociedad. Le hubiera gustado ser más atrevida, como lady Withelmina, sin ir más lejos. Puede que las matronas dijeran de ella que era demasiado osada, pero tenía a muchos jóvenes haciéndole la corte. Ella, sin embargo, no había tenido ni un solo pretendiente. Ciertamente era que se le habían acercado cuatro o cinco caballeros esa temporada, pero desaparecieron con tanta rapidez que incluso dudaba de que hubieran sido reales. No entendía qué veían en ella para huir despavoridos apenas empezaban a tratarla. Desde luego, no era una belleza, pero tampoco una bruja: bajita, rubia, ojos claros, con pecas sobre el puente de la nariz y, a su modo de ver, con un poquito más de peso del deseado. Un tipo de dama que no estaba de moda, eso sí.

—Está bien —concedió—. Ya que parece que tienes mucho interés en que hablemos, empieza.

—En primer lugar, quiero saber por qué me rehúyes.

—¿Yo? Ni siquiera sabía que estabas en el salón.

—Mientes fatal.

—Si tú lo dices...

Se cruzó de brazos, lo que hizo que sus pechos se irguiesen y acapararan la mirada hambrienta de Chambers, que sonrió como un lobo. Debía estar muy enfadada para saltarse una de las primeras normas de una dama: no hacer alarde de su busto.

Ella, al darse cuenta, enrojeció, descruzó los brazos y le dio la espalda con un revuelo de seda que le golpeó en los tobillos.

Vincent rabiaba por abrazarla y saciarse de esa boca sonrosada, de labios carnosos, que lo volvía loco. ¡Y al demonio con la etiqueta! Tenía una buena ganada fama de libertino, pero solo era una fachada para impedir que las madres con hijas casaderas lo acorralasen. Empezaba a estar harto de que lo mirasen como a un trofeo. No podía negar que su camino no era el del monasterio, que había robado unos cuantos besos y que, además, disfrutó de los placeres que le proporcionaba alguna viuda desenvuelta. Pero hacía meses que huía del acoso de ese tipo de mujeres. Y la culpable de su obligado celibato no era otra que la preciosa criatura que tenía enfrente. Desde que descubrió los verdaderos sentimientos hacia Florentina Watson, no se había ido a la cama con ninguna otra mujer.

Rodeó el talle femenino con un brazo y la pegó a su pecho. Bajó la cabeza, aspiró el suave aroma que despedía el cabello de la muchacha y le costó un esfuerzo titánico no cometer una locura allí mismo. Conrad lo despellejaría vivo si se atrevía a propasarse con ella; para su hermano mayor los formalismos eran lo primero y, además, su cuñada tenía en gran estima a la joven.

—¿Por qué has bailado con ese carcamal de lord Preston?

A Flor, la pregunta le sonó a reprimenda y, aunque se encontraba en el séptimo cielo abrazada por él, golpeó sus brazos para que la soltara y se le enfrentó. Lord Preston le solicitó una *polka* porque la anfitriona, lady Hatfield, se lo había pedido; ella había escuchado sin querer la conversación. Estuvo a punto de negarse, pero la fiera mirada de su madre hizo que aceptara de mala

gana. Sin embargo, Vincent le pedía explicaciones. Él, que nunca osó pedirle un mísero baile durante la temporada. ¡Era el colmo de la desfachatez!

—¿Conoces a Lope de Vega? —Chambers enarcó las cejas, descolocado por el hecho de que ella sacara a relucir al ilustre escritor español—. Escribió *El perro del hortelano*.

—¿Y?

—Pues que, en esa obra, Diana enamora a Teodoro, lo que hace que deje a Marcela, la criada con la que tiene un flirteo. Y luego, lo rechaza, para volver a pedirle sus favores más tarde. Vamos, que ni come ni deja comer.

Vin se la quedó mirando unos segundos y luego, cuando entendió lo que ella decía, estalló en carcajadas. Ni se imaginaba lo cerca que estaba de la realidad. Reconocía que se había comportado como la tal Diana porque, sin ella sospecharlo, había hostigado a cuanto caballero se atrevió a rondarla, a fin de que desaparecieran.

Tomó aquel rostro amado entre sus manos, acarició las mejillas con los pulgares y, poco a poco, la atrajo hacia él. Tan cerca sus labios de los de ella que la vio contener la respiración, preguntó:

—¿Cómo acaba la obra?

Florentina notó que las piernas se le doblaban. Estaba perdida en esos ojos hipnóticos que hacían que soñara con besos impúdicos, y era incapaz de reaccionar. ¿Por qué no se atrevía a auparse sobre la punta de sus botines y le demostraba lo que deseaba desde hacía tiempo?

—Diana... acaba... casándose... con... Teodoro —contestó, medio atragantada, con una vocecita que excitó a Chambers.

—Ya veo.

Ella cerró los ojos al ver que él se inclinaba. ¡Iba a besarla! Los latidos del corazón se le dispararon y un calor intenso le recorrió el cuerpo.

Pero Vin no hizo otra cosa que posar sus labios sobre el puente de su nariz.

—¿Sabes que me encantan tus pecas?

—¿Qué?

—Son preciosas.

—Ninguna dama que se precie debe alardear de manchas en la piel.

—No son manchas, mi dulce Flor; son estrellas que hacen relucir más el nácar de tu rostro.

—¿Cómo?

«Estoy soñando, como si caminase sobre una nube. Una nube que, en cualquier momento, desaparecerá y hará que me dé de narices contra el suelo», pensó ella.

Pero era un momento sublime. Por fin, el disipado vizconde de Tollwer la miraba como a una mujer. ¿Por qué no cometer una locura? ¿Qué podía tener de malo disfrutar de unos segundos de felicidad? Sería algo que atesoraría toda la vida, que nadie podría arrebatarse, ni siquiera la dama que acabara casándose con el amor de su vida. Pensado y hecho: le echó los brazos al cuello, se pegó a ese cuerpo fibroso y buscó su boca.

Chambers se perdió. Tantos meses de ayuno hicieron que se olvidara del decoro y solo pensó en besarla. Florentina Watson tenía que ser para él y fin del asunto. No permitiría que ningún otro hombre le pusiera una mano encima. Y si para tenerla tenía que montar un escándalo, que así fuera; no sería la primera pareja a la que obligaran a casarse después de haberlos pillado en situación comprometida.

Los labios de Vincent arrasaron la cordura de la joven, que se entregó sin reservas. La caricia hablaba de deseo, sí, pero a ella le pareció que también de algo más. ¿Podía que, incluso, de un poquito de cariño?

Se separaron con la respiración acelerada. A Flor le brillaban los ojos; Vin tenía las mandíbulas encajadas. Y la joven interpretó que, tras robarle aquella caricia que la había dejado debilitada y con la piel ardiendo, él se arrepentía de ese momento de locura. Lo empujó conteniendo un sollozo. El sueño había acabado, no podía ser de otro modo.

—Te ruego que me disculpes. No sé qué me ha pasado.

Hizo intento de escapar, pero él volvió a abrazarla con fuerza.

—No, mi princesa. No vas a escapar porque ya no soporto estar alejado de ti. Te quiero en mi vida, dulzura.

—¿Cómo?

—Que no me he pasado toda la temporada quitando del medio a los idiotas que se te han acercado para que, ahora, desaparezcas. Voy a besarte hasta que nos pillen *in fraganti* y no tengas otro remedio que permitir que te despose. Porque tú me amas, ¿verdad?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Un escalofrío de placer recorrió su espalda y a punto estuvo de que se le doblaran las rodillas.

—No juegues conmigo, Vincent —rogó con lágrimas en los ojos.

—Nunca. Te amo, Flor. Necesito saber si tú sientes lo mismo, mi vida.

Una sonrisa deslumbrante iluminó el rostro de la joven, a pesar de que dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te amo desde hace mucho, mi inmoderado vizconde.

—Bien —asintió él un segundo antes de volver a besarla hasta dejarla mareada—, porque tú, milady, eres mi destino.

---

**Vincent Chambers y Florentina** son personajes secundarios de mi novela *Rivales de día, amantes de noche*.

<https://www.megustaleer.com/libros/rivales-de-da-amantes-de-noche-un-romance-en-londres-1/MES-095594>

<https://www.facebook.com/escritoranieveshidalgo/>

Nuria Espert Más  
El tejedor de palabras

**B**ernardo cerró el maletero del coche, ese día iría con su hijo al mercado de Alamar. Por un momento, recordó cuando viajaba subido en el pescante de un carro tardando el doble de tiempo. Sus abuelos habían iniciado el negocio familiar tejiendo mantas de lana, su padre había comprado una pequeña tienda en la que pronto ofertó más variedad de tejidos; al heredarla, él la había ampliado y mejorado. De espíritu inquieto, dos días a la semana dejaba el negocio en las expertas manos de Candela y llevaba telas, cintas y encajes a los mercadillos y ferias de la zona. Esperaba que su hijo siguiera la tradición; pero le preocupaba que Mateo siempre anduviera un poco en las nubes, leyendo y escribiendo a la menor oportunidad.

La niebla aún difuminaba el paisaje velando la tenue luz de la madrugada cuando se pusieron en marcha, él pensando en sus cuentas mientras conducía, Mateo recordando los versos de uno de los poemas de Antonio Machado: «Lejos, los montes duermen envueltos en la niebla...».

Una vez instalados en la parada, tras haber pagado los reales debidos al guardia municipal, Mateo se puso a escribir en un pizarrín las novedades y ofertas del día. Su buena letra, trazada con una leve inclinación, llamaba la atención. A él le hubiera gustado estudiar, su maestro intentó por todos los medios convencer a sus padres para que se lo permitieran. Ellos opinaban que «los tiempos no estaban para malgastar» y había acabado ayudando en la

tienda familiar. Aun así, siempre que podía, leía libros e invertía parte de su jornal en tinta y papel. Con las palabras Mateo se sentía más libre, plasmaba entre líneas sus ideas, sueños y vivencias.

Ese día no se diferenciaba de cualquier otro, nada hacía presagiar que un pequeño favor iba a dar un vuelco a la vida de Mateo.

Amelia era clara y directa, sabía lo que quería y no le gustaba romancesar; pero ese día parecía no decidirse. Bernardo era un hombre que se preciaba de saber atender y hasta de adivinar el gusto de sus clientas. Al verla así, le dijo:

—Ya sabe, doña Amelia, que lo que pueda necesitar...

—Lo sé, Bernardo, es que hoy, además de llevarme un retal, quisiera pedirle un favor a tu chico.

—Seguro que él la ayudará encantado.

Mateo ya se acercaba sonriendo a la buena mujer, bien dispuesto.

—No pediría nada si no fuera porque me veo obligada, tengo que escribir una carta de esas en las que no puedes quedar mal y había pensado lo bien que quedaría con la letra de Mateo.

Amelia supo ser agradecida, poco a poco, se corrió la voz y fueron llegando otros encargos. En un tiempo en el que la mayoría de los estudios eran inexistentes o básicos, su habilidad era muy valorada.

Mateo acabó llevando una pequeña escribanía con papeles de diferentes calidades y usos para poder escribir según la necesidad.

La mayoría de las veces las cartas eran dictadas; pero en otras, Mateo ayudaba a expresar con sus palabras los sentimientos que sus clientes apenas se atrevían a nombrar.

La primera carta de amor se la encargó Martín, un muchacho que no dejaba de retorcer las alas de su sombrero mientras hablaba. No atinaba a decirle cómo quería enamorar a su amada. Al final le contó que le parecía distinta, que no había podido olvidarla desde que la vio por primera vez en el baile del pueblo vecino, que sus miradas se cruzaron, que vio sus ojos claros, que no se atrevió a dar un paso, que quería pedirle poder ir a visitarla, que se desvelaba

pensando en ella...

Mateo escribió:

*Estimada Celia:*

*Soy Martín, relojero de profesión, hombre de bien y enamorado.*

*Me atrevo a escribirle porque mi vida ha cambiado desde el día en que, en una tarde de baile, nuestras miradas se cruzaron y quedé atrapado por su mirar tan claro. Hubiera querido rozar el vuelo de su falda, arrancarle una sonrisa, abrir mi corazón y poder decir todo aquello que merece, pero me sentí abrumado por un sentimiento que desde entonces desvela mis sueños. Ya no soy dueño de mis días ni de mis noches. Ya solo vivo pendiente de una sola palabra, la que usted decida, una que ha de redimirme o condenarme.*

*¿Sería posible poder visitarla o al menos que me permitiera cartearla?*

*Suyo, enteramente,*

*Martín*

Mateo trataba de transmitir todo aquello que solía quedarse en el tintero de las personas que en él confiaban. Su punto de ensoñación y atrevimiento era certero a la hora de enamorar. Sus clientes se presentaban, sabedores de que contaban con la discreción y la paciencia que lo caracterizaban.

En el puesto también revoloteaban a su alrededor muchachas atraídas por sus palabras, su aire soñador, su hechura de hombre recién estrenada y unos ojos negros que siempre invitaban a sonreír. Él se mostraba amable con todas sin ser muy consciente de sus reclamos porque su mirada ya estaba perdida en otras alas.

Mateo reservaba sus mejores cartas para Clara. Se había enamorado de ella a los quince años y había sabido llamar su atención a pesar de que era la hija del hacendado más rico del pueblo. Todo un mundo de convenciones sociales los separaba, una realidad que ellos se negaban a ver y que estaba a punto de pasarles factura.



Los padres de Clara ya habían elegido a su futuro yerno y, sin hacer partícipe a su hija de sus intenciones, lo invitaron a la casa con la excusa de poner al día asuntos de la hacienda.

—Hija, la próxima semana vendrá don Julio, un abogado de renombre en Madrid. Se quedará unos días para gestionar asuntos que no te conciernen. Esperamos que seas una buena anfitriona y que no le molestes con naderías ni conversaciones de jovencitas.

Clara se imaginaba a un hombre serio, tremendamente aburrido. Por ello, cuando en su lugar apareció un atractivo hombre, vestido con elegancia, se dejó deslumbrar por toda la sofisticación que parecía acompañarle. Oírle hablar de sus viajes y de la refinada sociedad madrileña que frecuentaba era una ventana abierta a su imaginación. El ambiente que hasta entonces había conocido iba perdiendo su brillo.

A lo largo de los meses Julio, que se había prendado de la inocencia y de la belleza de Clara, fue dosificando sus visitas llevándole pequeños regalos perfectamente elegidos. Avivando la llama de una admiración que deseaba convertir en amor.

Mateo salía perdiendo en comparación, a Clara dejaron de parecerles tan románticas sus cartas y empezó a ver como defectos sus ademanes francos, su amabilidad sin ironía y su futuro poco prometedor como miembro de una familia de tejedores. Fue convenciéndose a sí misma de que todo había sido una chiquillada y acabó decidiendo escribir una última carta a Mateo. Además, su tía abuela había pedido permiso a sus padres para que la acompañara una temporada en la capital y ella no quería dejar cabos sueltos.

Mateo había ido percibiendo un desinterés gradual, pero no pudo evitar sentirse desgarrado al leer su despedida. La tristeza y el desengaño empañaron sus palabras. No sintiéndose con fuerzas para escribir sobre el amor tal y como otros esperaban, se sinceró con sus padres y les pidió que entendieran que necesitaba alejarse, iría a Portugal y volvería con género para la tienda.

Se prometió a sí mismo que nunca más volvería a enamorarse, pero era un

hombre enamorado de la vida y la amargura fue desapareciendo a lo largo del viaje. Le gustaba lo que el camino pudiera aportar y conocer gente nueva. Portugal llenó sus ojos de colorido y le permitió ocupar su mente en otros quehaceres, en su empeño de llevar de vuelta confección que complaciera a sus padres.

De camino a casa tuvo una curiosa experiencia. Cenando en un hostel, una gitana lo abordó con una ramita de romero.

—Romero y mi buenaventura.

—Poco venturosa sería, poco amor y poco dinero —le contestó Mateo esforzándose por aparentar un tono alegre.

La gitana vio más allá del desparpajo. Con una sabiduría de calle y avatares le dijo cogiéndole la mano:

—De poco amor, poco veo. Cuando este sea cierto, no huirás de ello.

Esa frase conectó con algo que aún no había sabido reconocer y lo ayudó a apartar las sombras que todavía lo cegaban.

Volvió al mercado, a su escribanía, a escribir sin desamor.

Un frío día de otoño, una muchacha se acercó a la parada. Ya la conocía de vista por sus andares resueltos, no era de las que dedicaban miraditas y sonrojos. De cerca, apreció la belleza de sus ojos castaños, los generosos labios y la aparente suavidad de su cabello.

—Necesito una carta.

—¿Es dictada o escrita?

—Dictada —contestó mientras le entregaba un papel que desprendía un suave olor a lavanda.

Mateo mojó la pluma en el tintero, la miró para animarla a empezar y se encontró con una mirada tan intensa que, por un momento, todo pareció desdibujarse.

Ella comenzó, su voz sonó más grave y fue dulcificándose al serenarse.

—Para ti, que aún no sabes mi nombre:

Quiero ser para ti,

la brisa marina en un cálido día de verano,  
el último puerto al que desees arribar,  
tu aventura y tu calma.

Ser

la mano tendida cuando te sientas caer,  
el aire que respiras y te hace sentir bien,  
tu amor y tu destino.

Tras las últimas palabras, se quedó en silencio, sin dejar de mirarlo, sintiéndose de repente demasiado impulsiva y tonta, rogando que el amor que sentía no se escapara entre sus dedos.

Mateo dejó escapar el aliento contenido, sin saber si todo aquello que empezaba a sentir era demasiado.

—¿Y quién la firma?

—Marisa.

—Ahora ya sé tu nombre.

Mateo sopló con suavidad sobre la tinta y dejó la carta suspendida entre los dos, deseando no estar equivocado.

Marisa lo miró, esa vez, con nuevo anhelo. Al reconocerse en sus ojos, sonrió.

---

**Mateo** es un personaje secundario de la novela *Un rincón del corazón que nadie pisa*.

<https://www.megustaleer.com/libros/un-rincn-del-corazn-que-nadie-pisa/MES-104574>

<http://nuriaespert.blogspot.com/>

Nuria Rivera

## Amor bajo un paraguas

Isabela abandonó el despacho de abogadas con una sensación agridulce. Lo cierto era que, cada vez que las visitaba, y hablaba con Mar, Susana o con Sonia, su propia hermana, tenía un empacho de unicornios y purpurina. En aquella oficina, como decía la canción, el amor estaba en el aire. No es que le molestara, no, es que sentía envidia. Si Mar había encontrado al amor de su vida en una carretera, como aquel que dice, ¿por qué ella no podía encontrarlo en un semáforo? Se rio de sus propios pensamientos. Tampoco estaba tan desesperada.

Al salir a la calle, todo el buen humor que le quedaba se le fue de golpe. Llovía.

Metió la mano en su mochila y la desesperación empezó a adueñarse de ella cuando no encontró lo que buscaba. Entonces lo recordó, había olvidado su paraguas plegable en casa. Para colmo, había dejado el coche en el aparcamiento de Paseo de Gracia. Tenía dos opciones: subir y pedir uno a las chicas o caminar un poco y empaparse. Ascendió de nuevo. La recepción estaba vacía; pero por suerte, en el paragüero de la entrada, encontró uno y agradeció que dejaran alguno de cortesía para los clientes. Tenía buena pinta, era bastante grande, negro y parecía una noche estrellada con topitos blancos.

Oyó algunas voces, pero no esperó a despedirse. Bajó de nuevo y se enfrentó al mal clima. Ya era mala suerte haber estrenado aquellos zapatos italianos

aquel día. Mientras caminaba se fijó en una plaquita plateada, en el mango del paraguas: «Roberto Pascuali».

Al llegar a la gran avenida, cruzó el primer tramo, pero tuvo que detenerse al abrirse el paso a los vehículos. Sacó el móvil del bolsillo y revisó si tenía mensajes. Nada. Ni un triste wasap. Qué emocionante sería recibir alguno de vez en cuando y que no fuese del trabajo o de las amigas. Alguien se colocó a su lado y, por inercia, lo miró un instante. Era un hombre con gabardina y se estaba empapando. No pudo evitar echarle otro vistazo, de reojo. No era guapo, pero tenía algo que lo hacía atractivo; a pesar de los chorros de agua que corrían por su cara. Guardó el teléfono y miró al frente, pero se empezó a sentir incómoda al percibir los ojos del individuo clavados en ella.

—¿Me darías asilo? —escuchó decir y se giró hacia el desconocido, extrañada.

—¿Cómo?

—Si me das cobijo. Es lo justo.

No supo qué contestar. Pero la sonrisa, que se dibujó en el rostro masculino, la hizo actuar de forma mecánica y se movió para protegerlo del aguacero que caía sobre Barcelona.

—No es día para salir sin paraguas, ¿eh? —comentó él y la sacó del trance en el que seguía. Al ser consciente de la cercanía que compartían, sintió un pequeño escalofrío. En las distancias cortas, el hombre ganaba mucho. Su mente se llenó de escenas compartidas, como si fuesen una pareja que pasea por la ciudad en un día de lluvia. Se obligó a cortar la fantasía, aunque no le hubiese importado que algún día se hiciera realidad. Aquel hombre despertaba en ella cosas que hacía tiempo no sentía.

—No, es de esos días de quedarse en casa con la mantita en el sofá y un buen libro —dijo distraída.

—Suerte quien pueda permitírselo —murmuró el desconocido, muy cerca de su oído—. Aunque mantita, sofá y buena compañía también es apetecible.

Lo miró de hito en hito. ¿Estaba insinuando algo? Se arrepintió en el acto de

darle cobijo bajo el paraguas. El chico estaba bien, pero había mucho salido por ahí suelto. Él cambió su expresión.

—Te pido disculpas, no ha sonado muy bien. No pretendía decir...

—No pasa nada.

El muñequito verde del semáforo se encendió e Isabela respiró tranquila. Lo acompañaría hasta cruzar el paseo; después, que el tipo se las apañara.

—Yo voy al *parking*, a aquella entrada. —Señaló hacia el otro lateral de la calzada y se sorprendió al escucharlo estornudar.

—Yo también. Aunque me tomaré algo caliente, primero, creo que voy a pillar un resfriado. Estoy calado hasta los huesos. Por cierto, soy Roberto.

—Isabela. —Una idea cruzó su mente. Algunas casualidades daban miedo—. ¿Roberto? —Se detuvo en seco y obligó a que el hombre también lo hiciera. La gente que cruzaba la increpó, pero ella ni se inmutó; su vista estaba clavada en el desconocido y en su campo de visión se interponía la pequeña placa plateada. ¡No! No podía ser suyo. Aquel nombre era la marca, no un regalo personalizado, ¿verdad?

Tuvo la impresión de que él leía su pensamiento, porque empezó a asentir, como si así respondiera a sus preguntas. Nunca había vivido una situación tan embarazosa y, para colmo, el semáforo empezaba a parpadear y en breve se pondría en rojo. Corrían o no podrían cruzar. Pero el tipo parecía anclado al suelo, así que, resignada, aceptó lo inevitable.

—Yo... No sé qué decir.

Roberto soltó una carcajada. Menos mal que se lo tomaba con humor.

—Permíteme que, por lo menos, te invite a un café caliente —rogó y sintió que sus mejillas ardían de vergüenza.

—No te diré que no. Tengo que hacer unas compras, también, quizás deberías acompañarme.

—No te pases.

—No me paso, es solo que todavía no estoy preparado para dejarte marchar.

Volvió a sonreír y le guiñó un ojo, Isabela se derritió un poco por dentro.

Agradeció que el buen humor se instalara bajo el paraguas, aunque el cosquilleo que percibía en su estómago la tenía desconcertada. Notó el brazo masculino pegado al suyo y, en un gesto que no esperaba, él colocó una mano en su espalda y la otra sobre la que sujetaba el mango. A pesar de lo húmeda que estaba sintió que le transmitía calor. Por unos instantes, se quedaron mirándose con fijeza, como si el tiempo se detuviera y no hubiera nadie a su alrededor. Hasta que él rompió el momento.

—¿Vamos? Yo lo llevaré.

Dejó que él la guiara y soltó la empuñadura. Al llegar al otro lado de la calzada, se detuvo sin saber si dirigirse hacia la entrada del aparcamiento o al bar que había en la esquina. Él debía tenerlo más claro porque la orientó hacia la cafetería.

Horas después, Isabela no supo deducir el tiempo que habían pasado en aquel sitio. Se habían contado muchas cosas de sus vidas. Había sido muy fácil conversar con él y estaba soltero y sin compromiso, se dijo con humor. Se habían dado los teléfonos. Ella lo había acompañado a su automóvil y él le regaló el paraguas y, cuando se marchaba, la retuvo por el brazo y le dio un beso. Un beso como hacía años no recibía. Un beso que detuvo el tiempo y tambaleó todos sus cimientos. Lo único malo era que Roberto se marchaba de la ciudad aquella misma tarde y no volverían a verse.

Sin embargo, tras aquel encuentro, Isabela sintió que renacía. La primera mañana, después de conocerlo, recibió un mensaje de Roberto. Le daba los buenos días con un emoticono de un ramito de flores. También le dio las buenas noches. Lo repitió todos los días de un mes. A veces no se decían nada más; otras, podían conversar durante horas.

Isabela nunca imaginó que establecería una relación así, a través de mensajes, en los que tan pronto se contaban qué habían hecho por el día, como se decían que se extrañaban, que les gustaría encontrarse y pasear de la mano por la ciudad. También se habían dicho palabras apasionadas, y se había enardecido bajo las sábanas al recordarlo en la intimidad de su habitación.

Una tarde él le escribió:

Roberto:

Te necesito. Me gustaría despertarme a tu lado y mirarme en tus ojos. ¿De qué color son tus ojos? No lo recuerdo.

Isabela se emocionó por lo que leía. Las lágrimas asomaron a sus ojos, se sentía sola. Aquel día estaba siendo duro, porque el mundo a su alrededor parecía rezumar amor por todos los poros de la piel. El día de San Valentín era un invento de El Corte Inglés que solo entendían los que estaban enamorados. En un arrebato tonto, le había comprado un paraguas y también se lo había personalizado con su nombre, como le había dicho que había hecho su hermana con aquel que los unió. Pero el tiempo pasaba, ¿cuándo iba a regresar?

Isabela:

Te echo de menos.

Le escribió y llenó dos líneas con corazones y besos. Se sintió tan cursi que solo el sonido del timbre en la puerta le quitó la tonta sensación del pecho.

Al abrir se topó con un ramo de preciosas rosas rojas. No vio la cara del mensajero, pero, al escucharle decir su nombre, no pudo más que soltar un grito.

Roberto sonreía detrás de aquellas flores.

—Pe-pero ¿qué haces aquí? —exclamó sorprendida sin saber si coger el ramo, abrazarlo o besarlo.

Él resolvió por ella y devoró su boca con un beso tan sensual como ardiente. Las pobres flores quedaron chafadas entre los dos cuerpos. Al separarse, Roberto las miró y se las entregó a la vez que respondía.

—He venido a buscar a mi chica para ir a cenar.

—Hoy, precisamente hoy, quieres ir a cenar —murmuró ella emocionada.

—Qué mejor día para darlo todo.



Mucho rato después, saciados de amarse y completarse, de susurrarse al oído palabras ardientes y tiernas promesas de un futuro juntos, él la miró con intensidad y una sonrisa pintada en los labios. Paseó un dedo por su frente, apartando un mechón rebelde, y susurró muy bajito:

—Marrones, mi ladrona de paraguas particular tiene los ojos marrones.

---

Isabela es la hermana de Sonia, un personaje secundario de *No llores, princesa* (a la venta el 7 de marzo) y aparece de forma muy fugaz en la novela.

<https://www.megustaleer.com/libros/no-llores-princesa/MES-106317>

<https://www.facebook.com/nuriariveraescritora/>

Paula Alaimo

## Misión San Valentín

—¿Vieron la cara de mosqueo del doctor Noruega?

—¿No te diste cuenta de que se acerca San Valentín?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cierto, Stella y vos son nuevas, le hacen acordar seguramente a su ex. Era una de las mejores enfermeras, pero también insoportable, que se llevaba el mundo por delante. Todo porque salía con él o con ellos. Cambió a Roberto por ese tal Bombín, cirujano plástico.

—Chicas, creo que debe ser otra cosa y tengo mucha responsabilidad.

Todas quedaron calladas, sabían que esos dos habían discutido y, como resultado, la habían transferido. Dejó de guardar sus pertenencias y se sentó en el banco donde ese año había compartido incontables charlas.

—Me pasé, chicas, solita provoqué esta situación, no lo pude evitar, fue más fuerte que yo.

—¿Qué hiciste?

—Di información confidencial a un paciente y no me correspondía. Roberto terminó enterándose, discutimos, y le presenté mi renuncia. Lo cierto es que no nos llevábamos muy bien, nada parecía suficiente. Sus exigencias si bien me aportaron profesionalismo y experiencia, a veces eran exageradas.

—No lo creo.

Mariela estaba cerca de la puerta, era una de las enfermeras con más años

allí.

—Te digo una cosa, Antonella, por cómo se daban las cosas, estoy más que segura de que no le pasaste indiferente y ese, mi amiga, fue el problema.

—No te entiendo.

—El doctor está muy interesado en vos, lo pude percibir, pero como ya tuvo una mala experiencia, está negado a permitirse una nueva relación, y más con una enfermera.

—Por favor, Mariel, ¿qué decís?

—Lo que oís, mi querida. No niego que quizás fuiste un poco imprudente con la información que le brindaste al paciente, pero ese no es el caso.

—La cuestión aquí es que prefiero un traslado, más cerca de la casa de mis viejos, están muy mayores y me voy a vivir con ellos. Les puse la excusa de que no puedo mantener el alquiler, porque los muy cabeza dura no quieren que contrate a nadie para su cuidado, y ya papá tuvo dos caídas que por poco terminan en cirugía.

—Bien hecho, la familia primero.

—A mí me da pena el doctor, se lo ve tan triste.

—Seguro que estarías dispuesta a darle cariño, si te dejara.

—Obvio, quién puede negar que es un tipo elegante, educado y con esa mirada de malo que se derrite en un charco de chocolate ni bien los pacientes le agradecen por haberlos salvado o ayudado.

—Sí, es verdad, y no se me escapa la cara de pícaro que pone cuando las mujeres lo alaban o le dicen que lo van a recordar siempre.

—¿Se acuerdan de aquella vez en la que la señora Dolores Sportia le tejió en agradecimiento una bufanda y estuvo todo el invierno sin sacársela?

—Sí, me acuerdo también la vez que entré a su consultorio y vi el panel que tiene, en donde algunos niños de los padres que operó le habían enviado dibujos o caritas. Aquello es su tesoro particular.

—¿Saben si tiene pareja?

—No, es más, vi en la cartelera que el día de San Valentín va a estar de

guardia. Si está con una chica, no creo que quiera pasar el día acá.

Antonella se quedó pensando en todo lo que sus compañeras le contaron, ella no iba a develar jamás el interés que tenía en él desde el día que lo vio. Haber trabajado a su lado le permitió conocerlo aún más y nunca la defraudó, ni por su manera de tratar los casos, a los pacientes, ni tampoco por todos los conocimientos que tan generosamente le brindó. A quién podía engañar, lo adoraba como hombre, era tan arrebatador, tan caballero y tan malhumorado, aunque esto quedaba de lado cuando aquella mirada que le daba, esa que la desestabilizaba cada vez que la seguía, creyendo que ella no se daba cuenta, le indicaba que el doctor estaba a un universo de ella y a un segundo de perderse en sus pupilas.

Lo iba a extrañar, pero sabía que, aunque peleara por quedarse, no habría jamás una posibilidad entre ellos, él estaba muy cerrado y ella lo respetaba. Tendría que olvidarlo, y por ello la razón de su renuncia y el pedido de traslado hacia otro hospital.

Siguió escuchando lo que sus locas compañeras estaban especulando, hasta que una idea se le cruzó por la cabeza, quería organizar un San Valentín para él y, poco a poco, aquel plan se le fue trazando en la mente.

—Chicas, escuchen, tengo una idea y creo que les va a gustar.

—¿Qué idea?

—Estoy imaginando un plan para regalarle un día de San Valentín especial al doctor, ¿quién se prende?

—Nena, ¿quieres que nos echen a todas?, seguro se va a poner como una furia.

—No creo, estoy más que segura de que no lo va a poder rechazar. Vamos, qué me dicen.

Todas levantaron las manos muy dispuestas.

—Bien, entonces, mis amigas, esto es Misión San Valentín.

\*\*\*

—Así que la enfermera Castro se va.

—Mmmh.

—¿Y no hay posibilidades de que se quede?

—No, fue su decisión.

Se lo quedó mirando, Leonardo sabía que aquella explicación no era suficiente.

—¿De un día para otro tomó la decisión?, me parece raro, a ella se la veía a gusto acá.

—Realmente no me puse a analizar la rareza de su decisión.

Bien, ahí había gato encerrado.

—¿Y entonces qué pasó?

—Te estás juntando mucho con las enfermeras, estás hecho un chusma barato.

—Lo que me parece es que tu cara de pocos amigos está asustando a las enfermeras, se están quejando de que parecés últimamente un ogro.

—No hablo con ellas.

—Lo hacías con Antonella.

—Porque era de mi equipo.

—No son tus enemigas, Roberto, tenés que cortar con tu historia anterior.

—No me interesa hablar de eso, Silvina está en el pasado.

—¿Te parece?

Lo miró ofendido.

—Qué querés decir, escupilo, te veo con ganas de meter el dedo en la llaga.

—Lo que quiero saber es por qué la dejás ir, o nos querés hacer ver que no te importa.

—Ah, ya, te pegaron el virus de San Valentín.

—Soy romántico, pero ese no es el caso, acá lo que veo es que te estás negando a una mina que vale el coraje de dejar una mala experiencia en el pasado, y darte la oportunidad de aceptarla.

—No me interesa recorrer el mismo camino.

—Mirá, si la estás comparando, vas mal, son totalmente opuestas.

Disculpame, pero tu ex era una superficial de mierda, en cambio...

—No me interesa, ya renunció, cruzó una línea que no debía.

Se acercó para hablar más bajo.

—Lo que hizo, lo hizo por un impulso, su corazón es blando.

—Está mal, lo hizo mal.

—Entiendo, pero...

—Mirá, Leonardo, terminemos este tema acá.

\*\*\*

—Buena cirugía, Roberto, fue una batalla ganada.

—Por suerte, hacía tiempo que no pasaba por tanta tensión.

—Hablando de eso, hoy es su última noche.

—¿A qué te referís?

—¿Cuánto más lo vas a negar?, las chicas le están haciendo la despedida en la confitería, ¿vamos?

—Yo no tengo nada que hacer ahí.

—No seas mala leche, además, no tenés nada que hacer hoy, te vi en la cartelera.

—Por eso mismo, estarán arriba festejando y no quiero cortarles la buena onda, algunas me miran mal, seguro que creen que tengo algo que ver con su partida.

—Sé que no es cierto, pero algunas fueron testigos cuando discutieron y luego ella renunció, es posible que sospechen que hay algo más que una salida prolija por su parte. Sería excelente que, delante de todas, la despidas cordialmente, y despejar rumores.

—Bueno, pesado, vamos.

Leonardo sonreía disimuladamente, había caído en la trampa, si no lo lograba, seguro que las enfermeras se lo harían pagar. El ascensor los llevó, entre charlas, al piso del restaurante y, al abrirse las puertas, la sorpresa fue

inmensa, el piso estaba lleno de gente que comenzó a aplaudir cuando se presentó.

Su gesto era de no entender nada, un cartel de «Feliz día de San Valentín, Dr. Noruega» aparecía ante ellos. La jefa de enfermeras se acercó y, con alegría, le informó.

—Doctor, quién mejor que un cirujano cardiovascular tan prestigioso como usted para dar sentido a esta fecha. Aquí se han reunido muchas de las personas que usted salvó la vida, y esos pacientes han querido demostrarle lo que lo respetan y aman. Ellos creen que gracias a usted este día es posible, porque sus corazones laten por usted, sus corazones lo nombrarán toda la vida.

Un «gracias» grupal se escuchó entre silbidos y cantos.

Hablar se le dificultaba, era tan abrumador el afecto, tan desinteresado, que no pudo seguir pensando que ese día no tenía sentido, claro que lo tenía. Besos, regalos, abrazos, algunas indiscreciones y otras declaraciones de amor inocentes. Al finalizar la reunión, y cuando todos se retiraron, quedó mirando las bolsas con los obsequios que las enfermeras gentilmente le organizaron.

—Qué sorpresita, doctor San Valentín.

—Bien sabías lo que iba a pasar, me tendieron una trampa.

Rieron por toda aquella locura.

—Pero aunque lo niegue, fue una linda sorpresa. No sé a quién se le ocurrió semejante desmadre .

—Yo lo sé, creo que no te va a gustar la respuesta.

—¿Quién?

—Tu enfermera favorita.

—¿Cómo?

—Lamento informarte que si no te apuras a alcanzarla en la playa de estacionamiento, no vas a poder despedirte ni decirle gracias, está esperando el *remis*.

No tomó el ascensor, era tiempo perdido, corrió desesperado escaleras abajo. En décimas de segundos, entendió lo que se negaba, la mentira más

grande que trató de tragarse.

Ella le importaba.

Salió al estacionamiento y la vio, corrió y observó cómo ella se sorprendía. Con un arrebató que jamás en su vida experimentó, la besó con deseo, con el alma, porque ella era la mujer que se negó día a día, ella era su San Valentín entonces y siempre.

---

Los protagonistas de este relato son personajes secundarios de la novela Dos corazones y un mismo amor, de la autora **Paula Alaimo**. Podrás disfrutar de ella en 2020.

<https://www.facebook.com/autorapaula.alaimo>



Pilar Piñero

## El San Valentín de tu vida

No puedo creer que me enrollara con Fausto. ¡Por el amor de Dios, las locuras que se cometen cuando el etanol entra en sangre! El caso es que la noche en cuestión estaba fatal. Había roto con el profesor y fui al Puerto de Santa María para despejarme y que mis amigos me mimaran, pero no imaginé que el que me mimaría sería Fausto. A ver, que no me arrepiento de haberlo hecho, pero será incómodo de narices volver a verlo. Somos amigos de siempre, es militar y compañero de Gaby, es simpático y está bueno hasta decir basta.

Ahora voy de camino a Cádiz para pasar el finde con mis amigos... y veré a Fausto.

Lucía y Gaby han organizado una fiesta para inaugurar su nueva casa y celebrar San Valentín, todos juntos.

Aparco en la puerta del bloque y empiezo a descargar el equipaje.

—Hola, sevillana. —Joder, el que faltaba...

—Hola, Fausto —digo sin mirarlo, muerta de vergüenza.

—Cristina, ¿puedes mirarme?

—Tengo cosas que hacer, nos vemos.

—¡No te vas a escapar, sevillana. San Valentín llena el aire de amor y pasión! —Casi se me caen las bragas al suelo. El ronroneo de su voz me envía *flashes* de la noche que pasamos juntos y las rodillas se me hacen gelatina.

Las chicas vienen en cuanto les envío un wasap, y todas, incluida Lucía y su barriga de ocho meses, nos vamos al Air, allí estarán los chicos... incluido Fausto.

El *pub* está decorado con corazones y Cupidos con arcos y flechas. ¡San Valentín lo inunda todo! Al segundo de entrar, noto los increíbles ojos color avellana de Fausto, clavados en mí.

Paula, Marta y yo nos dirigimos a la pista de baile dispuestas a darlo todo. No tardo en sentir unas manos en la cintura, que mi cuerpo reconoce al instante.

—Cris, me estás poniendo malo, te deseo, yo...

—Para, Fausto. Lo que pasó no va a volver a ocurrir, así que...

Gira mi cuerpo con un solo movimiento y me encierra entre sus brazos.

—Para tú. Olvidas que soy francotirador y que cuando diviso un objetivo, no erro el tiro.

—Pues, conmigo... —y no puedo decir nada más. Coge mi cara entre sus manazas y me besa. Oigo pajaritos y un montón de mariposas revolotean en mi estómago o igual son angelitos con flechas que me atraviesan, el corazón se me acelera y mi cuerpo vuelve a sentir lo que es estar entre sus brazos.

—Así me gusta, sevillana. —Me da una palmada en el culo y se aleja. Los ojos de mis amigas están abiertos como platos.

—Ni una palabra, brujas. —Voy al baño, necesito refrescarme, de repente hace un calor abrasador. Del primer cubículo sale Lucía, ajustándose el vestido. Ella estaba aquí, así que no ha visto el...

—Que sepas, que he visto el beso. —Joder—. Pensaba que teníamos confianza.

—¡Es que ni yo misma me lo creo! Pasó hace un mes, nos enrollamos... Bueno, nos acostamos.

—Entiendo... ¿Te gusta o ha sido solo un rollo?

—¡Aix, Lucía, estoy hecha un lío! No he dejado de pensar en él desde esa noche, pero... no sé si puede funcionar...

—¡Claro que puede funcionar! Fausto, es un chico genial. ¿Por qué no os dais una oportunidad? ¡Es San Valentín!

—Puto San Valentín... Bueno, a ver cómo fluye la noche...

—¡Así me gusta, el amor lo puede todo!

Salimos del lavabo y Gaby está fuera esperando a Lucía, ¡vaya dos!

—Te echaba de menos, preciosa. —¡Puaj! No pueden estar separados ni dos minutos.

Voy dirección a la barra y mis pies se quedan pegados al suelo, y no por la mierda que hay en él, que también, sino porque hay una tía colgada del cuello de Fausto y se me llevan los demonios. Ni corta ni perezosa, me planto delante de ellos, despego a la tiparraca de mi chico de un tirón... ¿He dicho «mi chico»? En fin, agarro a Fausto y le doy un beso que casi nos funde a los dos. Él reacciona acercándose más a su cuerpo y nos besamos hasta que necesitamos tomar aire.

—Joder, sevillana, eres espectacular. Vayámonos de aquí.

—Vale.

Pasamos una noche espectacular con todo incluido: sexo, ducha y desayuno. Hablamos de nosotros y decidimos darnos una oportunidad. No voy a fingir más, no voy a negar lo mucho que me gusta este hombre. Es un hecho, estoy loquita por él.

Al mediodía, vamos hacia la casa de Lucía y Gaby. Nada más entrar, todos nuestros amigos aplauden y nos vitorean. ¡Qué vergüenza más grande!

—¡Ya vale, estáis avergonzando a Cris! —les dice el muy canalla, la mar de divertido. Yo, en cambio, tengo las mejillas rojas como el culo de un mandril. Aunque me repongo enseguida, no tenemos nada que ocultar, no me gusta esconderme y ahora tampoco lo voy a hacer. Así que le endiño un besazo, que lo dejo temblando.

—Ahora, ya no puedes echarte atrás —le digo coqueta.

—No pensaba hacerlo, objetivo alcanzado.

DING, DONG, DING, DONG... «¿Qué mierda...? ¿Qué es eso que suena,

campanas?». Abro los ojos a duras penas... «Son las campanas de la Catedral... de Sevilla... estoy en casa. Entonces... ¿¡todo ha sido un sueño!? Parece que sí... y ¡vaya sueño!». Estoy empapada de sudor y jadeo como una posesa. Otro sonido llega a mis oídos, lo que me impide seguir hilando la historia... un wasap. Cojo el móvil y veo que es Lucía:

—¿A qué hora llegas?

«¿Llego a dónde? Cristina María Esperanza Martín de Soriano, céntrate, por tu madre». Miro el teléfono para ver en qué día vivo... 13 de febrero... ¡Hoy tengo que ir a Cádiz, mañana Lucía y Gaby inauguran su casa y festejan San Valentín! Vale, eso está resuelto.

El otro temita: Fausto y yo nos acostamos hace un mes. Pero en el sueño, la relación sigue y se afianza... ¿Fausto y yo? Es verdad que siempre me ha atraído su carácter, su serenidad, su porte, su belleza, sus manos, su culo, su forma de amarme aquella noche..., todo él me gusta.

Preparo un cubo de café y recapacito sobre el sueño. Parecía tan real... ¿Podría pasar de verdad, podría tener una relación con Fausto? «A ver, Cristina, valora todas las opciones: estás soltera, has acabado la sustitución, estás sin curro y te mola Fausto desde hace años... ¿Problemas? pues... ¡NINGUNO!». Nada me ata ni personal ni profesionalmente a Sevilla. Todos mis amigos viven en el Puerto de Santa María, mi abuela no va a volver allí, el piso lo ha puesto a mi nombre por ser su única nieta y mis padres van a estar encantados de perderme de vista... Lo dicho, nada me ata a Sevilla. Pero tengo que pensar si quiero que ocurra o no, lo que he soñado... Sí, quiero.

Estoy harta de niñatos sin materia gris que me tratan como si fuera de porcelana, necesito a un hombre de verdad. No me he vuelto a enamorar desde que era adolescente y creo que mi corazón ha elegido a Fausto, así que... ¿por qué no intentarlo? De hecho, durante este mes, no ha parado de mandarme mensajes, donde confiesa que me echa de menos, que para él lo de aquella noche fue muy importante y que no puede sacarme de su cabeza... Decidido.

¡Ay, mi niño, te vas a enterar de lo que esta sevillana te tiene preparado, va a

ser el San Valentín de tu vida!

Cuando llego a Cádiz, nerviosa y esperanzada, me quedo muerta al encontrarme al Fausto más frío que he visto nunca. Hemos estado cenando todos juntos y no se ha dignado a mirarme ni una sola vez. ¿Dónde está mi tirador dulce y alegre? Me dan ganas de agarrar los bártulos y volver a Sevilla. Pero no, ese niño se va a enterar de quién soy yo.

Para ir al Air por la noche, me visto cual Matahari, dispuesta a derribar esa coraza que Fausto, no sé por qué, ha levantado entre nosotros.

Entro y diviso a mi objetivo en la barra, pensativo y cabizbajo, allá voy.

—¿Puedo saber qué te pasa conmigo? —digo, sin rodeos.

—Nada, pero no me gustan los juegos. No contestaste ni un solo mensaje de los que te envié.

—Lo siento, ¿vale? Estaba muy confusa... Lo que pasó entre nosotros me descolocó por completo.

—Tranquila, ya he tirado la toalla.

—¡Y una mierda, no puedes recular! Quiero estar contigo, yo...

—Me marchó, estoy cansado. —Se levanta y se va. Las lágrimas empiezan a empañarme los ojos y Lucía se acerca para abrazarme.

—Tranquila cielo, todo se arreglará. Nosotros nos vamos, ¿quieres que te llevemos a casa?

—Sí, aquí ya no pinto nada. Pero una cosa te digo, mañana no va a tener escapatoria y, aunque me muera de vergüenza, lo voy a poner contra las cuerdas.

—Así se habla. Es una fachada, solo eso, está dolido. Habló con Gaby y le confesó que estaba loco por ti.

—¿En serio?!

—Sí, te lo cuento para que te lances. No lo pierdas, Cris.

—Eso voy a hacer. Además, tuve un sueño de lo más revelador y, aunque odio San Valentín, espero que me ayude. Estoy pensando en algo...

—Cuenta conmigo, amiga.

Al día siguiente, dispuesta a comerme el mundo y al soldado huevón, me dirijo a casa de mis amigos.

Nada más entrar, localizo al culpable de mis ojeras, hablando con Gaby.

—Cris, ya estamos todos. Ahora voy a decirles que se sienten a la mesa. ¿Estás preparada?

—Preparadísima, Lucía. Ese se va a enterar de quién soy yo.

Llamo a mi aliado y entramos en el comedor, donde primero todos nos miran alucinados y después estallan en risas. Pero un carraspeo de Gaby, los hace callar *ipso facto*.

El actor disfrazado de Cupido le lanza una flecha a Fausto, que se queda de piedra y me mira interrogante.

—Bueno..., Fausto, delante de todos nuestros amigos, te mando una flecha para demostrarte mi amor. No quiero jugar más. Así que... ¿iniciamos algo juntos?

—¿Te ha costado, eh? Ven aquí, sevillana, y muchas gracias, Cupido.

Sellamos nuestro compromiso con el beso más tierno que me han dado nunca.

¿Quién me iba a decir que San Valentín me uniría al amor de mi vida? El destino es caprichoso... y no lo dudes. ¡Cupido tiene una flecha con tu nombre!

---

Los protagonistas de este relato, **Fausto** y **Cristina**, son dos personajes secundarios de la historia de amor de **Gaby** y **Lucía**, de la novela *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*, que será publicada este año.

[Http://www.facebook.com/pilar.pineromateo.9](http://www.facebook.com/pilar.pineromateo.9)

Reina González Rubio

## Manzanas y luciérnagas

No me hizo demasiada gracia cuando mi abuela me pidió que le acercara en coche al lugar donde debía reunirse con Borja, uno de los miembros de la familia para la que trabajó como criada hasta que se casó con mi abuelo. No pude negarme, es mayor y no hay transporte público hasta la cafetería de la playa donde han quedado y, además, ella es feliz al recordar aquella época, ya que siempre habla con nostalgia de esos tiempos. Por eso, en cuanto recibió su llamada de teléfono para esclarecer algunas cosas del pasado, no lo dudó ni un instante y enseguida le dijo que sí, y ahora estoy aquí acompañándola a la cita, aunque no me apetece nada.

—Anda, entra un momentito para saludar —insiste en cuanto se baja del vehículo.

—No, abu, vete tú tranquilamente que tengo ya muy oídas tus historias.

—Con lo majo y cumplidor que es este chico —repite machaconamente.

—Que te he dicho que no.

—No te entiendo, niña, de verdad que no lo comprendo. Vas a quedar como una mal educada, ¡después de todo lo que la familia hizo por tu abuelo y por mí!

No deseo verlo y punto, por eso me he traído a Lucas, al perro le encanta correr por la playa, y es la excusa perfecta para no entrar en la cafetería. Antes de dejarla en la puerta, lo vislumbro entre cristales. Ya está esperándola, junto

a una chica, y se levanta educadamente para ir a su encuentro. Huyo apresuradamente antes de que me vea; aunque han pasado unos cuantos años, sigue siendo un hombre atractivo; fue mi primer amor, en esta misma playa, junto al muro del faro, veníamos a besarnos al atardecer. Llevamos la relación en secreto, nuestras familias nunca lo supieron y, poco a poco, esas flechas que nos lanzó Cupido se perdieron en la inmensidad del universo, y nuestro idilio se rompió.

La separación supuso para mí una gran decepción y perseguí a Borja en otros hombres sin darme cuenta de que nunca se debe buscar un amor en otro. Y un día llegó Julián. Entró en mi vida casi por casualidad y fue capaz de volver a hacerme sentir emociones que ya había olvidado que existían. No, no son mariposas las que aletean en el estómago cuando sabes que has encontrado el amor, sino que es un vértigo que se produce cuando viajas, a su lado, en una montaña rusa de emociones con subidas lentas y caídas en picado para volver a remontar otra vez. Sientes miedo, incluso pavor, pero nada importa porque percibes que estás segura junto a él.

Lo primero que recuerdo de Julián es la mirada de sus ojos negros y su sonrisa. Lo segundo, que me hizo reír.

—Llevo un rato observándote y he llegado a la conclusión de que me gustas mucho —me dijo en aquella fiesta universitaria en la que nos conocimos.

—Piérdete —fue la primera palabra que le dirigí.

—Tus deseos son órdenes para mí —me dijo.

Y entonces se quitó el plumífero que llevaba, se lo puso sobre la cabeza y se giró tres veces. Sonreí ante ese gesto tan gamberro, al oírme se lo volvió a poner y sacó de uno de sus bolsillos una nariz roja de payaso y se la colocó sobre la suya. Estaba tan gracioso y me parecía tan original la forma en que se había acercado a mí que lancé una sonora carcajada. Entonces recordé que siempre había querido a mi lado un hombre que me hiciera reír; y, mientras Julián lo había conseguido en los primeros minutos de conocernos, a Borja le había llevado un poco más de tiempo.



Nos pasamos la tarde bromeando y bailando, de vez en cuando se acercaba a mí para rozar mi mejilla con su redondo apéndice colorado y yo me retiraba para no sentir cosquillas. Unos días después me confesó que él nunca bailaba, pero que como yo lo estaba haciendo y él no quería separarse de mi lado, intentó mover a la vez los pies y las caderas, aunque para ser sincera yo no noté entonces que las moviera.

Así empezó la historia de nuestro amor y yo, que nunca había creído que existieran los flechazos, percibí cómo una llamarada atravesaba la dura corteza con la que había revestido mi maltrecho corazón. Nos casamos dos años más tarde, mi familia insistió en invitar a Borja y a sus padres a mi boda, afortunadamente él no pudo asistir al enlace, ya que estaba estudiando un máster en Arquitectura en Estados Unidos, aunque tuvo el detalle de mandarme un regalo, unas manzanas de cristal grabadas con caracteres chinos y que, como aseguraba en la carta que las acompañaba, las había comprado expresamente para mí en una de las calles del barrio chino en Lower Manhattan. Sonreí al enseñárselas a Julián en el salón de nuestra casa, recién llegados de nuestra luna de miel.

—Nos las ha mandado Borja desde Nueva York como regalo por nuestra boda.

—¿Unas manzanas de cristal? —preguntó sorprendido.

—En la nota que las acompaña, dice que en la cultura china significan amistad.

—Yo también tengo un regalo especial para ti.

—¿Qué es? —pregunté entusiasmada.

Entonces sacó del bolsillo del pantalón una cajita pequeña y me la tendió. Al abrirla, entre algodón, vi una fina cadena de la que pendía un colgante con la figura de una luciérnaga.

—Estos insectos de luz son un símbolo de amor en China —me dijo.

—¡Qué casualidad!

Me miró sonriendo y susurró:

—¿Me permites que te la coloque?

Y, mientras la ponía en mi cuello, me contó la historia que se escondía detrás de la figura resplandeciente del regalo.

—El día siete, del séptimo mes lunar del año, es cuando en China se celebra San Valentín y las luciérnagas son el regalo favorito de los enamorados. El origen se remonta a una antigua leyenda que narra la historia de un amor imposible entre un campesino y un hada. La diosa de los cielos, celosa de su amor, alejó a los amantes enviándolos al firmamento en forma de estrellas y los separó eternamente por la Vía Láctea. Solo un día al año, el de los enamorados, las urracas del mundo se juntan para crear un puente que atraviesa la galaxia y permite que la pareja se reúna. Dicen que durante esa jornada siempre, en algún momento, llueve porque el cielo llora ante la emoción del encuentro, e incluso, si se presta atención, durante la noche se puede oír la conversación que mantienen los enamorados.

—Una historia preciosa —dije con mis ojos rebosantes de lágrimas.

—Tú eres mi hada y yo soy el pobre campesino enamorado, y por eso quiero que esta luciérnaga alumbre siempre nuestro amor —murmuró suavemente acercando sus labios a los míos.

Desde aquel día, la sencilla joya siempre luce en mi cuello rozando mi piel. Y ahora, mientras evoco aquellos instantes, la acaricio suavemente con mis dedos y camino por esta playa, recordando esos amores que evolucionaron de manera tan dispar que uno de ellos se transformó en manzanas y el otro en luciérnaga.

Me quedo mirando, absorta, la inmensidad del mar desde el arenal y, al darme la vuelta, descubro a la abuela, junto a Borja y la chica, en el paseo exterior frente a la cafetería, ¡oh, oh! Me están señalando y él agita sus manos en señal de saludo, ¡maldita sea! Abu no me ha llamado por teléfono, tal y como acordamos, cuando ya estuviera sola, así que no me va a quedar más remedio que acercarme.

—Eh, Lucas, ¿qué haces?

¡Condenado perro!

—¡Ven aquí!

No escucha mis palabras y corre veloz hacia ellos. Acelero el paso y cuando llego a su lado, Borja está acariciando a ese chucho traidor que mueve el rabo a una velocidad de vértigo.

—Hola —dice sonriéndome—. ¡Qué alegría verte!

Entonces me abraza y, al unírnos, huelo el frescor de su piel, aroma a colonia Vetiver, y en la calidez de su caricia aún siento el espejismo de aquel lejano primer amor. Al soltarnos y mirarnos a los ojos, mientras nuestras bocas se sonríen, me doy cuenta de que las mariposas siguen aleteando en mi estómago por él, sé que siempre lo harán, pero estoy deseando volver a mi hogar para acurrucarme junto a la calidez del cuerpo de Julián, el hombre que me regaló una luciérnaga para que con su luz alumbre el camino que me conduce a su amor.

---

La protagonista de esta historia es la nieta de **Paquita**, un personaje secundario de la novela *Al escondite inglés*.

<https://www.megustaleer.com/libros/al-escondite-ingls/MES-106281>

<https://www.facebook.com/reinagrubio>

Sandra Heys

## El primer beso

¿Me podré ir? La fiesta no es aburrida, pero... Es decir, la comida del suegro de mi primita siempre es deliciosa y nunca falta qué beber. Los tres matrimonios, Isa, Jaque y Pame, fueron fantásticos, pero ¿puede alguien entretenerse en un bautizo?

En fin, creo que apenas Isabel y su familia se retiren, me fugaré también. Me encantaría apropiarme de algo de comida y bebida para visitar a una muchacha con la que tal vez tenga suerte. Después de todo, se acerca San Valentín y yo no estoy tan mal. Soy joven, simpático y, con la cantidad de parejas que he tenido, no puedo dejar de pensar que soy atractivo.

Y para completar el paquete, el automóvil nuevo que mi padre me regaló la última Navidad, porque estaba muy feliz por mi cambio de carrera a una compatible con su negocio.

Por otro lado, ¿quién diablos son esas tres bellezas que están junto al bar? Altas, con bonitas figuras, pelo negro. Dos de ellas lucen casi exactamente iguales. Desde donde estoy, parecen gemelas. Guau. Gemelas. Eso sí es abrirle el apetito a uno. Pero lo descalifico de inmediato, ya que tienen toda la pinta de ser sobrinas de Eduardo, así que es terreno prohibido. Y se ven increíblemente jóvenes. Puedo tener muchos defectos, pero asaltacunas, no.

Y la tercera..., ¿podrá ser una prima? Sé que tiene una, bastante joven, que es abogada. Como su nombre es igual al mío, nunca consideraré acercarme a

ella, pero hasta podría servir como frase de apertura.

Cuando las gemelas se van, llega mi oportunidad de acercarme a ella y presentarme solito. ¿Tímido yo? Nones.

Llego junto al bar, escucho que da instrucciones, por lo que definitivamente es una Hurtado. «Por favor, que sea una prima», ruego en silencio. Pido uno de esos deliciosos cócteles que he bebido toda la tarde. No sé por qué los llaman «Agua de Ángeles», ya que son un poco letales, pero como tengo una buena cabeza arriba de los hombros, puedo con ellos.

—¿Te gusta? —pregunta ella... y, desde ese momento, soy suyo. Nunca existirá nadie más. Su brillante melena, suavemente ondulada, le da una especie de halo en contraste con su piel, tan blanca, pero con las mejillas rosadas y labios rojos, gruesos. El inferior debe hacer una preciosa curva, que descubriré apenas deje de morderlo. Y sus ojos, café oscuro, transmiten un poco de nerviosismo. ¿Será por mí?

—Delicioso. Dulce y refrescante, con un toque picante, que no sé de qué será, pero lo hace muy especial. Tal vez un poco fuerte para un bautizo, pero mientras no se los den a los bebés, no hay problema.

—Jengibre. Eso le da el contrapunto a tanta fruta dulce. Yo lo inventé.

—Entonces, gracias por tan delicioso invento. Dime, ¿eres Claudia, la prima de Eduardo? Si eres tú, somos tocayos.

—No, soy Ángeles, sobrina de Eduardo. —Mi alma cae en picada. Una sobrina. La mayor, por lo que sé, pero sobrina después de todo—. Tú eres Claudio, el hermano de Lorena. Me advirtieron sobre ti —concluye levantando una ceja que me dice todo lo que tengo que saber. Mi reputación me precede. ¡Maldita sea! ¿Por qué tengo que ser tan comunicativo con mi hermana?

—Entonces, mis posibilidades de conseguir tu número telefónico acaban de desplomarse.

Pero ella me mira de pies a cabeza y sonrío. Yo..., bueno, reacciono como cualquier hombre reaccionaría al escrutinio de la que podría convertirse en el amor de su vida. Y ella lo nota, por lo que amplía su sonrisa.

—Por suerte, no suelo hacer mucho caso a las advertencias.

—¿Eso quiere decir que me darás tu número? Podríamos hacer de San Valentín el día de nuestra primera cita.

—¡Vaya, sí que eres rápido! En dos segundos, pasaste de preguntarme mi nombre a pedirme mi número y fijar una cita.

—Pero me dijiste...

—Esta advertencia vino de mi tío favorito. Y considerando que sí incluyó a Claudia, yo diría que es una buena idea escucharlo. Por mucho que no le haga caso —sonríe, nuevamente con su ceja arqueada, y yo casi la beso ahí, sin importar nada—. Así que vamos a hacer lo siguiente. Falta una semana exacta para San Valentín. Si recibo una llamada tuya antes de ese día, tenemos una cita.

—¿Y tu número?

—Si piensas que te lo voy a dar, eres más tonto de lo que creí.

Me guiña un ojo y me tira un beso con los dedos mientras se aleja. Solo puedo concluir que tiene buen humor, carácter fuerte y es llevada a sus ideas. El tipo más difícil de conquistar, pero el mejor para tener.

Pienso toda la noche cómo conseguir el teléfono, porque pedirselo a Eduardo o a Isa está descartado. Por lo que sé, ella estudia en un instituto culinario y trabaja con el abuelo en el restaurante. ¿Podría llamarla allí?

No, no puedo. Recibo una dura respuesta. «María de los Ángeles instruyó que no se le pasara ninguna llamada suya» me dice la mujer que contesta, después de confirmar mi identidad.

Un poco desesperado, voy a visitar a mi hermana el domingo por la tarde. Mi cuñado es el hombre más inteligente que conozco, si a alguien se le ocurriría un plan, ese sería Antonio.

Cuando termino de contarle, pienso que el matrimonio no le está sentando bien. ¿Dónde quedó el hombre alegre y bromista que se enamoró de mi hermana por su risa? Ni mi padre me ha mirado así de severo en toda la vida. Ni siquiera cuando renuncié a la universidad. Ninguna de las veces.

—Es demasiado joven para ti —concluye Antonio, recostándose en su silla.

—Tenemos la misma diferencia de edad que tú y Lorena. Es más, tenemos exactamente las mismas edades que tenían ustedes cuando se conocieron.

—La primera vez que besé a tu hermana, ya sabía que lo nuestro era serio. Yo estaba en una posición en la vida que me permitía pensar en el futuro. Tú acabas de comenzar tu cuarta carrera universitaria.

—Que estuvieras a punto de titularte no impidió que la cagaras en grande y que la destrozaras.

—Lo sé. ¿Por qué piensas que me preocupa?

—Yo no soy tú y Ángeles no es mi hermana. Ella es...

Como no tenía palabras que le hicieran justicia, no pude decir nada, pero algo en mi gesto gana la batalla. Antonio suspira y se gira hacia su computador. Busca por unos minutos y después escribe en un papel. Antes de pasármelo, se inclina sobre el escritorio con el gesto más amenazante jamás visto.

—Si le haces el más mínimo daño, si ella derrama una sola lágrima por tu culpa, voy a ser el que te afirme mientras Eduardo y sus cuñados te usan de saco de boxeo. Probablemente Adriana también quiera su oportunidad. Y Octavio. Creo que Juan aún guarda los vehículos a los que tu tío les borró los números de serie. Adivina quién va a manejar uno.

No puedo negarlo. Sudo frío. Pero tomo el papel y corro.

Quiero llamarla esa misma tarde, pero las imágenes en mi cabeza, de todos sus tíos sacándome la mierda, me hacen dudar.

Al día siguiente, paso por el restaurante. Ni siquiera intentaría hablar con ella, sé que no me responderá, solo quiero asegurarme de que es el movimiento correcto. La veo atendiendo amablemente a dos señoras mayores y conversando un instante con una familia que parece estar celebrando un cumpleaños. Saco mi teléfono y, sin dudar, marco.

Su gesto, su sonrisa ilusionada, casi me mata.

Hablamos todos los días esa semana. Quedamos en que pasaría a buscarla al

restaurante el sábado a las ocho de la noche, para que ella pudiera ayudar a preparar todo antes de irse.

Por primera vez en mi vida, estoy inseguro de qué hacer, a dónde invitarla. Quiero algo maravilloso, pero no quiero abrumarla.

Después de tanto pensar, he llegado a la conclusión de que Antonio tiene razón. Es joven, quizás no esté aún preparada para el tipo de relación que yo quiero. Pero la necesito más de lo que he necesitado nada en mi vida.

Así que le pregunto si hay algún lugar al que le gustaría ir. Su respuesta en realidad no me sorprende. Pasa todos los días encerrada en una cocina, un parque al aire libre suena a gloria.

—No te preocupes por la comida, de eso me encargo yo —dice el viernes a modo de despedida.

Cuando llego, ella está lista para salir. Un lindo vestido acentúa su figura, plena y fuerte, el pelo suelto y brillante le da un verdadero aire de ángel. Tomo la mano y beso sus dedos, agarro la canasta y, con una mano en la cintura, la guío hasta el vehículo.

Ella se encarga de preparar nuestro pícnic, que está delicioso, por supuesto. Después, entre los dos ordenamos y guardamos. Ángeles quiere ir a caminar y yo quiero entregarle el regalo que le compré. No es mucho, solo una cadena de fina plata con un dije de Cupido.

Ella sonrío y besa mi mejilla, yo aprovecho para tomarla por la cintura y acercarla hasta que nuestros labios se unen.

Es tan dulce como creía. Ángeles sabe al postre, limón y chocolate, y el aroma de su tenue perfume llena mis fosas nasales. Un pequeño gemido y sus labios abriéndose me dan la luz verde para profundizar en el beso y apretarla fuertemente contra mi cuerpo.

Yo mismo retrocedo, a pesar de la renuencia de mi Ángel para soltarme. No hay manera de ocultar la furiosa erección que el tímido avance de su lengua sobre la mía provoca.

—Es la primera vez que me besan en San Valentín —musita cuando por fin



sus dedos abandonan mi nuca para descansar sobre mis pectorales—. Fue un beso maravilloso, gracias.

—Entonces, ¿te gustó?

—Un excelente segundo lugar. Mucho mejor que el del día de San Patricio, no tan bueno como el de la Noche de San Juan.

—¿Qué? —En ese momento, noto el brillo de sus ojos—. ¿Me estás desafiando?

Como respuesta, ella solo vuelve a subir sus manos y deja su cabeza inclinada, lista para besarnos otra vez.

—Acepto el reto —digo, antes de cerrar los escasos centímetros que nos separan.

---

**Claudio** es un personaje secundario recurrente en la **serie** El Quinteto de la muerte de **Sandra Heys**.

<https://www.megustaleer.com/libros/te-debo-un-sueo-quinteto-de-la-muerte-1/MES-099069>

<https://www.facebook.com/sandraheys.escritora.1/>

Viktoría Yocarri

## Sucedió en San Valentín

Susana despertó sobresaltada.

Permaneció inmóvil un largo momento en la suavidad de la cama, incapaz de imaginar dónde estaba. Las almohadas eran algodónadas, enormes y rocambolescas. El aire olía fresco y, sobre todo, muy masculino. Lo cual le recordó a Juan Carlos, su novio de la adolescencia. A pesar de tantos años, mantenía su recuerdo, aunque hacía tiempo que no sabía nada de él, acaso que su matrimonio, al igual que el de ella, naufragó. Y, aceptaba, ni modo, haber perdido.

Susana observó la habitación. Las paredes, de un suave color crema, acentuaban las cortinas blancas que colgaban de la enorme ventana que había frente a la cama. Giró la cabeza sobre su almohada y pudo ver a su lado, en el otro cojín, el espacio hundido donde había descansado la mollera de alguien. ¿Dónde estaba? Y lo más importante, ¿cómo había llegado allí? Fue entonces que oyó el chorro de la regadera al fondo de la habitación. Intentó que la fresca consciencia tempranera echara la vista atrás.

Tenía el vago recuerdo de los corazones y globitos con pensamientos amorosos que ilustraban la fiesta del 14 de febrero. El día podría haber pasado de largo sin celebración alguna. Pero quizá, por haber amanecido nostálgica pensando en que Alfonso, su exmarido, se había mudado apenas dos meses atrás, se le ocurrió celebrar la fecha, para demostrarse a sí misma que,

pese a todo, la vida seguía adelante.

No tener ni perro que le ladrara, con todo, no era lo más fascinante que le pudiera pasar a alguien que se acababa de divorciar. Tampoco le ayudaba a levantar el ánimo añorar a Juan Carlos ni las llamadas insistentes de su madre día sí día no, espoléandola para que recapacitara y regresara con Alfonso. Así las cosas, resolvió que el cumpleaños de YouTube era una buena fecha para ver videítos de lo que más le gustaba. No obstante, qué podía importar si le regalaban chocolates o los compraba. Era un día para dejar que la cremita que los rellenaba chocara con su paladar mientras la apretaba con la lengua. Uno de los pequeños placeres de la vida de los que pocos hablaban.

El chorro de la ducha cesó. A Susana se le disparó el corazón. ¡Oh, Dios! ¿Cobijarse con las sábanas y taparse la cabeza con la almohada serviría de algo?

La puerta del baño se abrió y salió Juan Carlos, envuelto con una toalla en la cintura. Una sonrisa especulativa transformaba los cincelados rasgos de su cara. Era difícil olvidarlo. Juan Carlos tenía ese tipo de belleza masculina que hacía que una mujer lo mirara dos veces y babeara después.

—Estás despierta —dijo.

Ni tarda ni perezosa, dejando descubierta solo la cabeza, Susana se cubrió con las sábanas. Era consciente de que no llevaba puesto más que un bikini y un sugerente sujetador.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Juan Carlos sonrió.

—Esta es mi casa.

Susana tragó saliva. ¿Sería posible que Juan Carlos y ella...? Era una estupidez.

—Tú... yo... —sugirió.

Él se encogió de hombros, le dio la espalda y se dirigió al armario.

Quiso protestar, exigirle una explicación. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero las contuvo. En cambio, saltó de la cama, recuperó su ropa a toda

prisa y dijo:

—Necesito usar el baño.

—Haz lo que quieras. Estás en tu casa —le contestó él, mientras se vestía.

Susana entró en el baño y cerró la puerta de golpe. Sentada sobre la tapa del excusado, se mantenía estática y ausente. A pesar de tantos años, continuaba sintiéndose atraída por Juan Carlos. Entonces, ¿por qué estaba tan enojada? Quizá porque el destino a veces es cruel y la fortuna hace de las suyas. O tal vez porque había una herida que la corroía desde hacía tiempo por la traición de él. Vamos, su rabia y su dolor era superior a cualquier cosa. Juan Carlos y sus sentimientos no eran importantes. Algo extraño había sucedido allá afuera y necesitaba saber. También pensó en su exmarido, incluso admitió para sí misma que Alfonso era un hombre extraordinario y maravilloso, que habría sido un excelente padre, si ella no se hubiera cerrado en banda. «Fue más de lo que yo esperaba, para qué voy a mentir». Con Juan Carlos y Alfonso danzándole todavía en la mente, se vistió. Se quedó inmóvil, contemplando la nada tratando de ordenar sus prioridades. Él la había engañado... no era el hombre adecuado con el cual enrollarse. Ya había pasado por eso antes. Tenía cicatrices que lo probaban. ¿De qué iba toda esta historia? Averiguarlo era importante. De hecho, lo era todo.

Susana abrió la puerta del baño y, al pasar por la recámara, se esforzó por escudriñar su mente, por desmigajar recuerdos y sensaciones. Perdió el hilo al escuchar la voz de Juan Carlos.

—Susi, ¿estás bien?

Recorrió con rapidez el pasillo, cruzó la estancia y entró en la cocina. Juan Carlos estaba ocupado preparando el desayuno. Susana echó una rápida mirada a su torso cubierto por una ceñida camiseta negra, y más abajo...

—¿Té o café? —le preguntó él, sonriendo.

En una jornada normal, Susana se hubiera contentado con una taza de café. Pero ese no era un día ordinario, así que le pidió una cerveza.

—¿La abrirás con los dientes? —bromeó él.

Susana sabía muy bien a lo que se refería, por eso preguntó:

—¿Todavía te acuerdas?

—Cómo olvidarlo. —En este punto, la instó a que se sentara—. El día que nos conocimos, abriste una cerveza con los dientes, luego, te pedí tu teléfono y...

—Te lo anoté al reverso de la corcholata —añadió ella—. ¿No me digas que todavía la conservas?

—Así es —afirmó, asintiendo con la cabeza. Acto seguido, le sirvió los huevos revueltos que había preparado y se sentó frente a ella.

—Muchas gracias —dijo, mientras cogía el plato y al mismo tiempo pensó que hacía mucho tiempo que nadie cocinaba para ella.

—Qué bueno que no te has lavado el pelo —comentó él, con cierta delicadeza—. Eso te hace parecer menos culpable.

Su mención hizo que se quedara a medio comer.

—Se nota que tienes experiencia.

—No sabes lo que dices. Hay cosas que nunca cambian.

—¿Como cuáles, perdón? —quiso saber ella, con un tonito irritado.

Juan Carlos hizo el plato a un lado, alargó el brazo y le cogió la mano.

—Fue hace tiempo, perdóname.

Con proverbial indiferencia, Susana soltó su mano.

—Ya sé, lloraste, me extrañaste y pensaste día y noche en mí —le contestó, con voz irónica—. Pero te casaste con otra, ¿no?

—Lamento haber pasado noches lejos de ti. Perdóname si hui cuando tú más me necesitabas —le dijo, hablando con cierta dificultad por la emoción y, por segunda vez, intentó cogerle la mano.

Luego de un momento, Susana le apartó la mano y comenzó a reñirle:

—Ya puedes empezar a derramar las lágrimas de la despedida Y, ahora, tengo que irme, Juan Carlos.

Dicho esto se levantó y presurosa dirigió sus pasos a la puerta. Él esquivó los muebles a su paso y cruzó el pasillo. La cogió del brazo con fuerza y la

obligó a volverse.

Susana lo miró con desagrado y profirió:

—Anoche... la verdad no esperaba volver a verte nunca más.

—No pasó nada —aclaró él y le puso en la mano la corcholata con su teléfono. Acto seguido, le acarició la cara y dejó en su frente un beso breve.

Apenas con un nudo en la garganta, le dijo:

—Yo... no podía enamorarme de nadie más.

—Yo tampoco —le contestó, aferrándose a su cuello.

---

**Susana** es un personaje secundario en *Perdóname... me enamoré*. **Susana** es la prima de **Julieta** y tiene una breve aparición.

<https://www.megustaleer.com/libros/perdname-me-enamor/MES-106278>

<https://www.facebook.com/vyocarriautora>

Yolanda Arcenegui

Dulce Sara

Miro por la ventana mientras dejo escapar todo el aire que he estado conteniendo, aunque, realmente, lo único que visualizo son los rizos desordenados de Sara apuntando en todas direcciones... Sus ojos de gata clavados en mí, pidiéndome más, más fuerte, más profundo.

Inhalo bruscamente y parpadeo para sacar a Sara de mi cabeza.

—¡Me cago en la puta! —Suelto el cuchillo con el que se supone que estaba cortando el tomate para la ensalada y sacudo la mano en un intento vano de que el dolor punzante que siento en el dedo índice desaparezca.

Entrecierro los ojos mientras aprieto la mandíbula, conteniendo toda una sarta de palabras malsonantes, y centro mi mirada en el corte por el que la sangre fluye, escandalosa.

Siento su presencia antes de que Eva se materialice a mi lado y maldigo el momento en el que me dejé embaucar por dos de mis compañeros de trabajo y acepté pasar un fin de semana en la sierra con ellos, sus respectivas parejas y una amiga «dispuesta» que seguro me haría los días mucho más «entretenidos» (palabras textuales de esos dos gilipollas).

Por supuesto, yo acepté encantado ante la propuesta. Estoy loco por las mujeres pero, de un tiempo a esta parte, algo raro me está pasando.

Mientras trato de dejar de pensar estupideces, ladeo la cabeza en cuanto Eva toma mi mano y, sin apartar los ojos de los míos, entreabre los labios y se

lleva el dedo a las profundidades de su acogedora, caliente y húmeda boca. Succiona lentamente y pasea la lengua por la longitud del dedo que tiene apresado en esa tentadora cavidad.

El aire se me queda atascado en la garganta cuando cierta parte de mi anatomía empieza a despertar ante las atenciones recibidas (no hace falta ser demasiado sabio para adivinar de qué parte estoy hablando).

Sin embargo, y contra todo pronóstico, sacudo el deseo ardiente y descarnado de tomar a esta mujer, cargármela sobre el hombro y llevarla a la intimidad de mi dormitorio, y saco rápidamente el dedo de su boquita hacendosa haciendo un sonoro *pop*, doy un paso hacia atrás hasta que la encimera me impide seguir retrocediendo y cruzo los brazos sobre el pecho, llevando especial cuidado en no mancharme el suéter con la sangre que todavía sale del pequeño corte.

Aunque es sábado por la noche y Eva lo ha intentado por todos los medios, no he sido capaz de llevar a cabo ninguna de mis imaginativas opciones. Y con esto me refiero a que no he podido, o, mejor dicho, querido, llevármela a la cama, a pesar de que ella me lo ha puesto verdaderamente fácil desde que ayer por la tarde nos presentaron.

Y, por si no ha quedado meridianamente claro, la culpa la tiene cierta morenita con el pelo rizado e indomable, ojos felinos y mirada cálida, que me vuelve loco en más de un sentido.

La primera vez que me di cuenta del estado en el que me dejaba creí que se trataba de un mero calentón, así que, en cuanto tuve la menor oportunidad, traté de resarcirme y repetí con ella (cosa que no sucede en muchas ocasiones, y podéis llamarme retorcido, pero soy de la opinión de que las segundas veces nunca son buenas, sobre todo si a mujeres nos referimos).

Tenía la débil esperanza de que, en esa ocasión, sería diferente... No tan jodidamente perfecta como la primera, pero, después de estar dentro de ella de nuevo (tres veces más en tres posturas diferentes) descubrí que cada una de esas tres malditas veces era mejor que la anterior.



Tuve que aceptar que la chica, aparte de ser una diosa en la cama, hacía que me sintiera diferente (y no estoy hablando de saciado sexualmente, que también, para qué voy a mentir).

El gran problema de todo este asunto es que: 1.- Sara es la mejor amiga de mi hermana pequeña, Carlota. 2.- Que mi hermanita me dejó claro que si le hacía daño a Sara, me las vería con ella (y no sabéis cómo se las gasta la *pitufa*), y 3.- Que ya bastante tengo con cuidar de lo único que me queda en la vida (y me refiero a Carlota) como para tener que preocuparme también de alguien más.

Con todos estos pensamientos en mi cabeza, colisionando entre sí y un malestar creciente, meto el dedo debajo del grifo del fregadero y, sin mirar a Eva ni una sola vez, suelto un vago «será mejor que vaya a desinfectarlo» y salgo de la cocina a grandes zancadas.

El resto de la velada me la paso distraído, sin prestar demasiada atención a la conversación que tiene lugar durante la cena.

Me excuso en cuanto puedo y me encierro en mi habitación. Hoy no soy buena compañía para nadie.

No me puedo creer que una mocosa que todavía sigue en la universidad esté arruinando mi fin de semana. «¡Joder!».

Me paso más de media hora dando vueltas por el dormitorio hasta que decido irme a la cama a ver si me duermo y dejo de pensar gilipolces.

Después de dar más de un centenar de vueltas y de que las sábanas acaben completamente arrugadas, enredadas en mis extremidades inferiores, entro en un sueño inquieto cargado de imágenes un tanto indecentes de Sara, pero que hacen que se me acelere el corazón y se licuen mis entrañas.

El sueño se vuelve demasiado real cuando siento su cuerpo sobre mí y su lengua recorriendo un camino húmedo por mi cuello.

El gemido que escapa de mi garganta consigue despertarme del todo para darme cuenta de que realmente hay alguien en mi habitación, en mi cama, sobre mí y ahora mismo trata de introducir su mano traviesa por dentro de los

pantalones de mi pijama.

—¡Creía que no iba a conseguir despertarte nunca, *bello durmiente!* —El aliento cálido de Eva choca contra la piel todavía húmeda de mi cuello, erizándola.

Me quedo completamente inmóvil, todavía parpadeando y con el sueño nublando mi mente hasta que la mano aventurera de ella consigue lo que quería y rodea toda mi longitud.

Dejo de respirar durante un instante y cierro los ojos cuando mi gruñido rompe el silencio de la habitación en penumbra.

—Veo que, después de todo, no estabas tan dormido... —Su voz es como un ronroneo en mi oído mientras mueve su mano de forma constante pero suave, sin descanso.

La imagen de Sara se cuele en mi mente, invadiéndolo todo, haciendo del todo imposible que pueda seguir con el juego que está imponiendo Eva.

Llamadme loco, pero soy incapaz de follar con una chica mientras solo puedo pensar en otra.

«¡Hostia, Sara, me estás arruinando para el resto de la población mundial femenina!».

Como buenamente puedo, meto mi mano entre nuestros cuerpos y capturo su muñeca para impedir que siga martirizándome.

—Espera, Eva.

Eva se incorpora lentamente para mirarme de frente, mientras saca su mano de las profundidades de mis pantalones y se humedece el labio inferior de una forma que volvería loco a todos los hombres, excepto a mí.

«¡Mierda, Sara! ¿Qué cojones estás haciendo conmigo?».

Eva me mantiene la mirada durante unos segundos y, después, su expresión cambia. Primero veo sorpresa en sus ojos, luego algo de decepción y, por fin, entendimiento y... ¿diversión?

Rueda sobre mi cuerpo y se coloca a mi lado, con su cuerpo vuelto hacia mí, el brazo flexionado y su cabeza descansando en su mano.

—¿Cómo se llama?

Frunzo el ceño ante la pregunta y Eva ensancha su sonrisa.

—¿Cómo se llama quién?

—Cómo se llama ella... La chica en la que no paras de pensar. La que hace que sea imposible que tú y yo pasemos un buen rato...

Suelto el aire de golpe y sacudo la cabeza lentamente.

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Vamos, José! Puede ser que logres engañarte a ti mismo, pero no lo vas a conseguir conmigo.

Me planteo por un momento decirle la verdad, pero si se lo digo, si le digo su nombre, todo será demasiado real y no quiero que eso suceda porque no sé cómo coño lidiar con todo esto.

Aprieto los labios y cambio de postura, mirando fijamente al techo. Espero que capte la indirecta porque no me gustaría tener que echarla de la habitación.

Al cabo de unos instantes, la oigo suspirar y, con un ágil movimiento, se sienta al borde de la cama y me da la espalda.

—Está bien, como quieras. Si cambias de opinión y decides hablar conmigo, estaré encantada de escucharte, al fin y al cabo, tampoco es que tengas mucho que perder... Con toda probabilidad no volveremos a encontrarnos —dicho esto, se levanta y sale lentamente de mi dormitorio, dejándome intranquilo y con una erección de campeonato.

Por mucho que trato de dormir el resto de la noche, me resulta del todo imposible.

Aunque lo he intentado con todas y cada una de mis fuerzas, todavía no he sido capaz de sacudirme de encima la conversación que he tenido con Eva.

«¿Cómo ha sido capaz de darse cuenta de lo que me pasa?».

«¿Tanto se me nota, joder?».

Al final de la noche (o principios de la mañana, porque ya no sé ni qué hora es), estoy cada vez más preocupado... ¿Y si se me ha clavado Sara en el fondo

de las entrañas? ¿Cómo hago para sacarla de ahí? ¿Qué puñetas tengo que hacer para que desaparezca de mi cabeza?

«Si solo estuviera en tu cabeza...».

Pego un frenazo en cuanto entro en la ciudad y me doy cuenta de que el semáforo está en rojo.

Es entonces cuando la veo.

Sara está cruzando la calle, con el móvil pegado a la oreja y los rizos al viento, moviéndose en todas direcciones. Sonríe por algo que le están diciendo y, entonces, mira en mi dirección.

Mis entrañas se contraen y tengo la extraña sensación de encontrarme en una montaña rusa porque mi estómago se me sube a la garganta y, de golpe, vuelve a bajar.

Aprieto con más fuerza de la necesaria el volante hasta que el sonido de un claxon me saca de mi ensoñación.

Piso el acelerador y salgo pitando de allí.

---

Referencia a la novela *Contra todo pronóstico*.

<https://www.megustaleer.com/libros/contra-todo-pronostico/MES-106283>

<https://www.facebook.com/yolanda.arcenegui.90>

**Son muchos los personajes secundarios que nos roban un trocito del corazón y nos dejan con ganas de saber qué fue de ellos. También hay muchas parejas de nuestras historias favoritas de las que nos encantaría saber algo más de su vida. Pues todo eso y mucho más es lo que podréis encontrar en esta antología de relatos cortos escritos con cariño, llenos de pasión, sentimiento y dulzura y con un romántico final feliz.**



Eros, San Valentín, Cupido... no importa cómo lo nombremos, el amor aparece en algún momento de nuestras vidas.

Hay veces en que cuesta alcanzarlo; otras, está a un simple suspiro, y muchas veces no es fácil reconocer lo que se siente.

Como sea, el cosquilleo llega, las mariposas en el estómago se liberan y la pasión nos envuelve.

Y eso es, en definitiva, el amor en su estado más puro.

**Ana Álvarez** nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Ha escrito durante toda su vida, y desde los veinte años siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez. Fue ella quien le animó a publicar en Internet, y las muchas lecturas y comentarios que recibieron sus escritos le animaron a autopublicar y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde fueron publicadas. A partir de este momento, su trayectoria como escritora del género ha sido imparable vendiendo miles de ejemplares de cada una de sus novelas y recibiendo una excelente acogida por parte de los lectores.

**Ana Castellar** nació en Asturias en febrero de 1979, decidió estudiar psicología. Desde pequeña es una amante de la lectura, le da igual el género, sin embargo, la novela romántica siempre ha sido su favorita. Escribir es algo que le apasiona desde siempre, por eso un día decidió dar el gran paso: se atrevió a crear su propia novela y a aceptar el reto de mostrarla a los lectores.

**Ana de Liévana** nació en Madrid a principios de la década de los ochenta y es licenciada en Periodismo y Humanidades. Ha trabajado en el mundo editorial y como profesora de Historia, aunque siempre ha mantenido vivo su sueño de dedicarse a escribir novela romántica. Desde pequeña le apasionan la lectura, los animales y viajar por todo el mundo siempre que tiene la oportunidad. Actualmente vive en Madrid, dedicada a escribir su siguiente novela y a impartir cursos de escritura creativa.

**Ana E. Guevara.** Nacida hace treinta y cuatro años en Cartagena, Murcia. En 2007 se licenció en Odontología en la Universidad de Murcia y ese mismo año se fue a vivir a Francia con la intención de quedarse un par de años, aunque lleva allí desde entonces. Está casada y tiene dos hijos. Además de escribir le encanta viajar, leer y la fotografía y ha procurado incluir a sus hijos en esas aficiones. Tiene un blog de maternidad donde comenta cosas de su vida como madre; y colabora con la plataforma online de profesionales de salud *El Médico de mi Hijo*. También colabora haciendo reseñas sobre películas y series en el e-zine Goblín Panzudo con el seudónimo de Morgana.

**Ana F. Malory** escribe también como Ana Fernández. Nació en Gijón, Asturias, un 23 de agosto de 1970, aunque creció en Piedras Blancas, una pequeña población cercana a Avilés. “Mi afición por la escritura viene de un momento de mi vida que en el que tenía demasiado tiempo libre. Así que un día cogí papel y lápiz y comencé a escribir una historia romántica, de esas que tanto me gustaba leer desde hacía ya muchos años. Una historia me llevó a otra y así hasta que me encontré con cinco relatos que guardé con mucho cariño, pero sin intención ninguna de que pudieran ser leídos por alguien. Unos años después sentí deseos de compartirlos y, tras muchas dudas y repasos, decidí colgarlos en internet y me sorprendió muy gratamente la buena acogida que tuvieron.”

**A. Macklaus** Nacido el 16 de abril de 1987, en México. Estudió Ingeniería en Computación y un posgrado en Educación, catedrático Universitario. Amante de los diálogos fluidos, el humor negro, el manga y por supuesto el romance.  
a.macklaus@gmail.com

**Antonio Sánchez** trabaja como Asesor de Microinformática en el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo en Sevilla. Es fotógrafo y videógrafo colaborador en las principales agencias de bancos de imágenes, con fotografías vendidas en todos los rincones del planeta desde Los Angeles, Nueva York, Londres, París, Berlín hasta Tokyo, Hong Kong o Sidney. Tiene dos premios por fotografías de aves. De joven escribe, actúa y dirige obras de teatro, lo que le valió quince días de permiso cuando estuvo en el ejército. Ahora escribe guiones, actúa y dirige cortos que publica en su canal de youtube. Bibliófilo empedernido cuenta con más de cinco mil títulos en su biblioteca particular.

**Begoña Gambín.** Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

**Berla Marbel** nació en Benalúa de Guadix (Granada, Andalucía) en la década de los setenta. En la actualidad, reside en un pintoresco pueblo de la costa de Alicante, con su marido y dos perros. Su pasión por los libros la lleva escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género. Un interés por la narrativa que queda plasmado en cada página de Espirales en el ombligo, su primera obra publicada, así como en Mi tierra eres tú y Te tengo en mi piel, todas ellas forman parte de la serie «Segundas oportunidades». Además, ha



publicado también Última entrega; una historia corta y ha participado en varias antologías, como Corazonhadas, que se gestó en favor de AECC. La autora ha creado en Internet su propio espacio virtual; una página que lleva por título «El amor y otras psicopatías».

**Betina Shablíko** nació en Buenos Aires donde reside actualmente y se desempeña como Traductora literaria de inglés y docente de idioma extranjero. Vivió tres años en Italia, época en la que tomó cursos de Arte y estudió teatro. Dada su pasión por el séptimo arte y la fotografía, sus narraciones se caracterizan por tener un fuerte componente audiovisual. Disfruta más en contacto con la naturaleza que en la ciudad, y desde pequeña se ha visto envuelta en innumerables líos por defender a los animales, por lo que hoy día expresa su amor por ellos a través de sus personajes, en un incansable intento de crear concienciación.

**Bruno Puelles.** Dramaturgo con seis obras teatrales estrenadas hasta la fecha, puestas en escena por distintos grupos de Tenerife además de su propia compañía madrileña. Tiene experiencia como actor y director. Actualmente, es profesor de teatro en Madrid.

**Camilla Mora** reside en Buenos Aires, Argentina junto a su familia y sus diversas mascotas. Ama a los animales, por lo que tiene unos cuantos en casa, y cree en sus derechos como en los de cualquier individuo. Es vegana por convicción desde hace varios años. Le encanta el arte en todas sus manifestaciones: pintura, música, fotografía, cocina, cine y escritura, y a esas prácticas se dedica con pasión en su tiempo libre. Sin embargo, desde muy temprana edad se ha visto fascinada y cautivada por la lectura, y por el género

romántico en particular. Poco tiempo después descubrió que podía crear sus propias historias, sus propios mundos, en los que zambullirse y vivir nuevas y las más diferentes experiencias.

**Chris de Wit.** Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

**Christine Cross** es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón. Twitter: @martaljn; Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

**Yolanda Díaz de Tuesta Martín** nació en Bilbao y firma solo como “Díaz de Tuesta” porque ya es lo bastante largo. Además, siempre le ha gustado ser original. Sus géneros preferidos son los relacionados con lo fantástico, en

todas sus formas (terror, cifi, fantasía), pero también el romántico de calidad. Es autora de un buen número de relatos, algunos premiados en concursos. Muchos de ellos forman parte del recopilatorio *De terrores y otras alegrías...* Y, bueno, entre tecla y tecla, mientras tejía palabras y párrafos formando historias, ha sido nieta, hija, hermana mediana, novia, tía, esposa y tantas otras facetas que componen una vida.

**Eleanor Rigby** es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

**Emma J. Care** es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

**Encarna Magín** nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo

hace ella escribiéndolas.

**Eneida Wolf** es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

**Eva Benavídez.** Tengo veintinueve años. Vivo en Cordoba, Argentina, junto a mi esposo y mi hijo. Estudié Relaciones públicas, ceremonial y protocolo. Mi pasión es la escritura desde que a los doce años leí un libro que marcó mi vida: *El diario de Ana Frank*. Comprendí entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, iban a ser el refugio y la constante en mi vida. Dios es la fuente de mi inspiración y mi sostén. Mi motivación mi familia, y mi vocación poner en letras las voces de mi alma.

**Fabiola Arellano** nació en Aguascalientes México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un programa matutino en *Televisa Aguascalientes*, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

**Iris Romero Bermejo.** Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como “*La Rata Careta Escritora*”.

**Isabel Jenner** nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

**Jimena Cook** nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.

**Julianne May** nació en diciembre de 1985, en Buenos Aires, Argentina, lugar

en el que reside con su marido, su hija y su perrita. Le encanta estudiar, es titulada en RRPP y actualmente está cursando Filosofía. Le apasiona el cine y la literatura. Su primer libro, el que jamás olvidará, es *Azabache*, de Anna Sewell, que no pudo leer hasta más mayor, pero del que inventó su propia historia con sus imágenes. Tampoco olvidará que La Cenicienta fue la primera película que vio montones de veces en su infancia. Son muchos los géneros de lectura que le gustan, sin embargo, las novelas románticas son las que le encantan... ¡y escribirlas aún más! Los animales son una de sus debilidades. Su color favorito el violeta y la cocina una de sus pasiones, aunque está convencida de que es una cuestión de karma. Su sitio web: [www.juliannemay.com.ar](http://www.juliannemay.com.ar)

**Laura A. López** nació en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente reside en la misma ciudad. Se graduó en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, está casada y tiene una hija. Se inició en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente*, de Frank De Felitta, y luego *Juan Salvador Gaviota*. Hace unos años encontró una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leyó todos los del género romance de época, por lo que decidió participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuenta con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género *chick-lit*.

**Lucía de Vicente** es una periodista madrileña que tiene la suerte de dedicarse a hacer aquello que más le gusta: escribir. Y cuando deja su trabajo en los medios para dedicarse a la familia y a otros menesteres laborales, se da cuenta de que necesitaba seguir reflejando historias en un papel. Historias que, si ya no podían ser las de los personajes a los que antes entrevistaba, bien podrían ser aquellas que ella misma creara y a las que hasta ahora nunca había podido

poner el fin por falta de tiempo. Pero, como no solo de ilusiones vive la mujer, contribuye en lo que puede a la economía familiar como correctora literaria *freelance*. En noviembre de 2011, su relato *Una respuesta espontánea* fue premiado en el concurso de Ediciones Rubeo *Ese amor que nos lleva*, y publicado en una antología que salió al mercado en febrero de 2012. En diciembre de 2011, su micro relato *Dispuesto a morir* fue premiado para formar parte de la antología *100 mini relatos de amor y un deseo satisfecho* de Éride Ediciones, publicada en febrero de 2012. También fueron seleccionados su relato *Querer no es poder*, para la antología digital editada y distribuida desde el blog Mundo paralelo, que vio la luz el 27 de septiembre de 2012, así como el micro relato *Amor Efímero*, para la antología *Epidermis* de Ediciones Rubeo, que salió al mercado el 20 de octubre de 2012.

**Mairi Duan** nació en Don Benito (Badajoz) un 23 de enero de 1963 en el seno de una familia numerosa. Con cinco años se trasladó a Madrid y posteriormente a Alcalá de Henares, donde actualmente reside junto a su marido y su hijo. Su afición por la lectura la llevó a escribir las historias que circulaban por su imaginación. Entre sus aficiones, además de la lectura, están las manualidades, acuariofilia, y por supuesto escribir.

**Mar P. Zabala** nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

**Marcia Cotlan** nació en Oviedo en 1975. Estudió Filología y en la actualidad se dedica a la docencia. Escribe desde muy pequeña (poesía, relato, novela de misterio), pero no se atrevió con la novela romántica hasta hace cuatro años. Se decanta, especialmente por la romántica histórica y el suspense romántico, aunque ahora también está escribiendo contemporánea. En 2013 publicó *Corazones heridos*.

**Mari Díaz** (Venezuela 1969). Abogada de profesión (especialista en derecho laboral) y escritora de corazón. Desde niña escribía sus propios cuentos, siendo este un pasatiempo hasta hace dos años que optó por la autopublicación y recibió una buena acogida por parte de los lectores. Decidió entonces hacer realidad su anhelo de ser escritora. Es idealista, creativa, ama la libertad y mantiene su mundo equilibrado gracias a los libros. Le fascinan las novelas románticas y detectivescas, así como la buena música. Piensa que un libro siempre debe ir acompañado de un tema musical y, por supuesto, un café. *“Donde muchas personas ven un gran abismo, yo veo la posibilidad de construir un puente inmenso”*. Escribe también bajo el seudónimo de J. M. Day.

**María Acosta** nació en Salgar, Antioquia, en 1973. Cursó sus estudios universitarios en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín y tiene un posgrado en Tesol-Spanish de la Universidad de West Virginia, Estados Unidos. Tiene una comunicación directa con el mundo espiritual desde su nacimiento y durante más de una década se ha dedicado a trabajar con los ángeles impartiendo sus enseñanzas y sabiduría por medio de conferencias, talleres y asesorías privadas. Es autora de *Llamados al amor divino a través de los ángeles* (2005), *Mantenerse en la luz con la ayuda de los ángeles* (2007) y *Surviving College with Angels*



(2010).

**María Ferrer Payeras** nació en Mallorca en 1973. De niña prefería pasar los días metida en su casa con un libro que salir a la calle a jugar. Con el paso del tiempo su pasión por los libros no ha disminuido ni un ápice. Aparte de leer, sus mayores aficiones son hablar sin parar e inventar historias, la mayoría de las veces inverosímiles y exageradas, pero que por lo general se quedan cortas al compararlas con la realidad. Es enfermera, trabaja en el Hospital Son Llàtzer de Palma, y en sus novelas suele aparecer siempre alguien desempeñando esa profesión. En la actualidad vive en Ses Salines, Mallorca, con su marido y sus dos hijos, que son su alegría diaria.

**Mariam Orazal** es el seudónimo de una autora nacida en Badajoz en 1982. Licenciada en Comunicación Audiovisual, se ha dedicado siempre a la redacción y locución de radio en distintos medios de comunicación. Actualmente presenta un programa en Canal Extremadura Radio y compatibiliza el trabajo con su pasión por la escritura. Lectora empedernida desde muy pequeña, hace aproximadamente cuatro años descubrió la novela romántica histórica. Johanna Lindsey, Julia Quinn, Lisa Kleypas... leyó tantas historias maravillosas que al final no pudo evitar imaginar las suyas propias y acabó atreviéndose a escribir. *La noble ladrona* fue la primera obra que publicó a través de la plataforma Wattpad donde ha obtenido un premio Wattys en 2016 como escritora debutante.

**Marian Arpa** es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo

que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

**Marion S. Lee** es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace más de 16 años. Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día.

**Mavi Tomé.** Licenciada en Derecho por la UMA, Máster en PRL y Máster en y Asesoría Laboral, oposita al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado. Es una apasionada de la Historia de España y de las Monarquías Europeas, pasión que combina con la escritura.

Anteriormente, ha participado en dos libros colaborativos: *Encrucijadas y Palabras Mayores*; también ha escrito un libro de cuentos: *Cuentos para Noches de Invierno*. *La Menina del Louvre* es su primera novela y espera que no sea la última.

**Maya Moon** es el seudónimo de María Moreno. Nacida en Jaén en 1971, es Licenciada en Filología Inglesa. Compagina su actividad como escritora con

su trabajo como profesora de inglés en un instituto de Educación Secundaria. Divorciada y madre de dos hijas, actualmente vive en Rincón de la Victoria (Málaga).

**Mayte Pascual** (Abril 1979). Nació en Madrid, donde vive actualmente junto a su marido y sus dos hijos. Estudió periodismo y realización de televisión. Aunque ha trabajado en varios sectores, siente predilección por la edición de video, otra forma de escribir historias, pero con imágenes, trabajo que compagina con la corrección de textos. Ávida escritora y devoradora de libros, descubrió su amor por la escritura ya de niña, cuando las historias que leía no eran suficientes y los libros le duraban un suspiro.

**Mery Eirabella** nació en el año 1977 en Lugo y desde muy pequeña mostró una clara inclinación hacia la escritura. Escribió su primera novela a los trece años y la leía en el patio del colegio a sus compañeras y a todos los que quisieran unirse a ellas. Entonces ya sabía que quería ser escritora. Se licenció en Humanidades, trabajó en medios de comunicación mientras estudiaba, y actualmente compagina el trabajo y la escritura junto con su otra gran pasión: los dramas asiáticos y el cine de autor.

**Mía Martín** nació hace treinta y seis años en Santa Cruz de Tenerife, pero desde niña reside en la isla vecina, Gran Canaria, es licenciada en Derecho, madre de una pequeña guerrera y una lectora voraz; que escribe en su tiempo libre sobre el amor y otros misterios.

**Mile Bluett** nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa

familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

**Mimi Romanz** es el seudónimo que esta autora utiliza para sus novelas. Nació un 2 de enero, en Buenos Aires, Argentina. Es una escritora que disfruta con el hermoso proceso de crear una obra. Si bien estudió una carrera muy alejada del mundo de las letras, la pasión por la escritura siempre estuvo en ella. La timidez ha sido algo que siempre la ha acompañado y caracterizado, es por ello que encontró en la escritura una forma de sacar lo que no podía decir de frente. Miles de nuevas historias siguen creándose en su mente, aunque las relegue a unos pequeños bocetos y las archive en el ordenador a la espera de ser retomadas. También es correctora literaria.

**Mina Vera** es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.

**Nieves Hidalgo** es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

**Nuria Espert Más.** Nacida en Valencia en 1962. Profesora y logopeda. Trabaja ayudando a niños con problemas de comunicación. Siempre que tiene oportunidad les cuenta cuentos, pues cree que es fundamental que los niños crezcan rodeados de buenas historias. Ha publicado el libro infantil *Dulces sonrisas dormilonas*. Ha escrito *Las mareas del tiempo*, una novela juvenil sobre el acoso escolar. “Con mi segunda novela, *Un rincón del corazón que*

*nadie pisa*, espero hacerte llegar un poco de mí y el deseo de que quieras, a través de sus páginas, dejarte llevar y sentir el vuelo de las mariposas”.

**Nuria Rivera** nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

**Paula Alaimo.** Soy Argentina y nací en Capital Federal el 24 de marzo de 1970, estoy casada y tengo un hermoso varón. Me recibí de Locutora Nacional y trabajo como Asistente Administrativa. Desde chica disfruté de la lectura y cada tanto escribía pequeñas notas, situaciones que no pasaban de las dos carillas, en el año 2014 comencé a dibujar una historia, y a partir de ahí no pude parar. Por suerte la diosa de la inspiración no me ha abandonado, seguimos haciendo camino tomadas de la mano.

Facebook: <https://www.facebook.com/autorapaula.alaimo>

Instagram: @paulaalaimo

Twitter: @PaulaAlaimo

**Pilar Piñero Mateo** es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*

**Reina González Rubio.** Nacida en Bizkaia desde pequeña le gustaba inventar pequeñas historias e imaginar que algún día se pudieran plasmar en una hoja en blanco. Licenciada en Ciencias de la información por la Universidad del País Vasco ha ejercido su labor de profesional en diferentes medios de prensa escrita, siempre sus entrevistas, sus reportajes y sus crónicas han tenido un marcado carácter social y solidario. Autora de un libro de relatos *Un atardecer como cualquier otro y otros cuentos* en la actualidad da clases de escritura creativa y continua su labor solidaria impartiendo clases de español a colectivos de emigrantes.

**Sandra Heys.** Nací en la ciudad de Antofagasta. A veces pienso que me he pasado la vida leyendo. Creo haber leído de todos los géneros habidos, pero siempre mis favoritos han sido la novela policíaca y la romántica, siendo esta última mi preferida. Estudié Contabilidad, creo que hay muy pocas profesiones que sean tan poco románticas como la contabilidad y estaría de acuerdo conmigo misma si no fuera porque a mi amado esposo lo conocí gracias al aburrido trabajo contable.

**Viktoria Yocarri.** Nací en México en 1972, bajo el signo de Capricornio. Estudié Contador Público en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Inspirada por encontrar mi propio credo, me aventuré a seguir el llamado de las letras. Actualmente reparto mi tiempo entre la escritura, mi negocio de jardinería y profesora de secundaria.

**Y. Arcenegui:** Nací en Valencia hace treinta y ocho años y, con gran pesar, abandoné mi tierra para seguir al hombre de mi vida en sus andaduras por toda la geografía española.

Soy licenciada en Derecho y escribo desde que tengo uso de razón. Empecé muy pronto a crear historias en esta cabecita mía que nunca para de pensar. Devoradora incansable de novelas, puedo pasarme toda la noche leyendo hasta que veo amanecer. Me considero una persona extremadamente romántica y fiel admiradora de los autores románticos y de sus obras atemporales.



Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Ana Álvarez, Ana Castellar, Ana de Liévana, Ana E. Guevara, Ana F. Malory, Andrew Macklaus, Antonio Sánchez, Begoña Gambín, Bela Marbel, Betina Shablíko, Bruno Puelles, Camilla Mora, Chris de Wit, Christine Cross, Díaz de Tuesta, Eleanor Rigby, Emma J. Care, Encarna Magín, Eneida Wolf, Eva Benavidez, Fabiola Arellano, Iris Romero Bermejo, Isabel Jenner, Jimena Cook, Julianne May, Laura Adriana López, Lucía de Vicente, Mairi Duan, Mar P. Zabala, Marcia Cotlan, Mari Díaz, María Acosta, María Ferrer Payeras, Mariam Orazal, Marian Arpa, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Maya Moon, Mayte Pascual, Mery Eirabella, Mía Martín, Mile Bluett, Mimi Romanz, Mina Vera, Nieves Hidalgo, Nuria Espert Más, Nuria Rivera, Paula Alaimo, Pilar Piñero, Reina González Rubio, Sandra Heys, Viktoria Yocarri, Yolanda Arcenegui

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-96-8

Composición digital: leerdigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

## Antología de relatos románticos San Valentín 2019

- Ana Álvarez. Busca la otra mitad
- Ana Castellar. Un café inesperado
- Ana de Liévana. El ángel de Whitechapel
- Ana E. Guevara. Al final le debo yo el favor a William
- Ana F. Malory. Una vieja tradición
- Andrew Macklaus. Gracias, pero mejor en otras circunstancias
- Antonio Sánchez. La Sierra de la Contienda
- Begoña Gambín. ¿Qué día es hoy?
- Bela Marbel. La gran cita
- Betina Shablíko. El boomerang de San Valentín
- Bruno Puelles. Boda de invierno
- Camilla Mora. Eres mi ideal
- Chris de Wit. Un león en San Valentín
- Christine Cross. Enamorado sin remedio
- Díaz de Tuesta. Regreso por San Valentín
- Eleanor Rigby. La eternidad es un minuto
- Emma J. Care. Inesperado San Valentín
- Encarna Magín. Hija de la Luna, hijo del Sol
- Eneida Wolf. Alguien como tú
- Eva Benavidez. Pacto de seducción
- Fabiola Arellano. Flores para San Valentín
- Iris Romero Bermejo. Nuestro primer beso
- Isabel Jenner. En las redes de lady B
- Jimena Cook. Tras las huellas del pasado
- Julianne May. Corazón veteadó

Laura Adriana López. El disfraz del amor  
Lucía de Vicente. Un sueño por San Valentín  
Mairi Duan. Rescate en San Valentín  
Mar P. Zabala. Amor entre libros  
Marcia Cotlan. Arder  
Mari Díaz. Cómo robar un corazón  
María Acosta. El primer San Valentín  
María Ferrer Payeras. Cita a ciegas  
Mariam Orazal. Indeseadas flechas de Cupido  
Marian Arpa. Amor en San Valentín  
Marion S. Lee. ¿Quieres ser mi Valentine?  
Mavi Tomé. Las pasiones de un gascón  
Maya Moon. Un San Valentín inolvidable  
Mayte Pascual. Donde despiertan los días  
Mery Eirabella. Belinda  
Mía Martín. La respuesta que nadie sabe  
Mile Bluett. Ángel guardián  
Mimi Romanz. Cupido, préstame una flecha  
Mina Vera. Desde ese preciso momento  
Nieves Hidalgo. Eres mi destino  
Nuria Espert Más. El tejedor de palabras  
Nuria Rivera. Amor bajo un paraguas  
Paula Alaimo. Misión San Valentín  
Pilar Piñero. El San Valentín de tu vida  
Reina González Rubio. Manzanas y luciérnagas  
Sandra Heys. El primer beso  
Viktoria Yocarri. Sucedió en San Valentín  
Yolanda Arcenegui. Dulce Sara

Sobre este libro

Sobre las autoras

## Créditos